

rara avis



La posada Jamaica Daphne du Maurier



ALBA

Daphne du Maurier



La posada Jamaica

Traducción

Concha Cardenoso Sáenz de Miera

rara avis

ALBA



Nota al texto



La posada Jamaica se publicó por primera vez en 1936 (Victor Gollancz Ltd., Londres; Doubleday Doran, Nueva York).

Nota



La posada Jamaica es hoy un hotel entrañable y acogedor en el que no se sirven bebidas alcohólicas; se encuentra en la calzada que va de Bodmin a Launceston, un trayecto de unos treinta y dos kilómetros.

En la novela de aventuras que sigue he imaginado cómo podía ser hace ciento veinte años; y, aunque en estas páginas figuran nombres de lugares reales, los personajes y los acontecimientos que se describen son totalmente inventados.

DAPHNE DU MAURIER

Bodinnick-by-Fowey, octubre de 1935

Capítulo I



Era un día frío y gris de finales de noviembre. El tiempo había cambiado de la noche a la mañana, cuando un viento del norte trajo consigo un cielo de granito y una llovizna fina y, aunque eran solo poco más de las dos de la tarde, parecía que hubiera caído sobre las montañas, envolviéndolas en niebla, un desvaído anochecer de invierno. A las cuatro sería de noche. El aire, helado y pegajoso, se colaba en el interior de la diligencia, aunque las ventanillas estaban todas bien cerradas. Los asientos de piel desprendían humedad al tacto y debía de haber alguna grieta en el techo, porque a veces caían suavemente gotitas de lluvia que dejaban en la tapicería una mancha azul oscura como un borrón de tinta. El viento soplaba a rachas, a veces sacudía la diligencia al tomar las curvas, y en terreno elevado y a campo abierto embestía con tanta fuerza que el vehículo entero temblaba y daba bandazos sobre las altas ruedas como un borracho.

El cochero, tapado con un capote hasta las orejas, iba casi doblado en su asiento, en un débil empeño por protegerse con sus propios hombros, mientras los desalentados caballos avanzaban con desgana obedeciendo sus órdenes, tan vencidos por el viento y la lluvia que ni siquiera notaban el látigo que restallaba por encima de ellos cuando el cochero lo lanzaba con mano entumecida.

Las ruedas chirriaban y traqueteaban al hundirse en los surcos de la calzada, levantando a veces barro blando que salpicaba hasta las ventanillas, donde se mezclaba con la lluvia incesante y enturbiaba sin remedio la escasa vista que del campo pudiera tenerse.

Los pocos pasajeros se arrimaban unos a otros para darse calor y proferían exclamaciones todos a la vez cuando el coche se hundía en un surco más profundo de lo normal; un hombre mayor que no había dejado de quejarse desde Truro, cuando subió a la diligencia, se levantó del asiento hecho una furia, se puso a toquetear la falleba de la ventanilla de guillotina hasta que la hoja superior cayó ruidosamente y la lluvia entró en tromba mojándolo a él y a los demás viajeros. Sacó la cabeza y empezó a maldecir al cochero a voces, en un

tono agudo e irritado; lo llamó canalla y asesino y añadió que los mataría a todos antes de llegar a Bodmin si seguía conduciendo a esa velocidad de vértigo que les cortaba la respiración y que, desde luego, él jamás volvería a montarse en una diligencia.

Imposible saber si el cochero lo oyó o no; lo más probable es que el viento se llevara la retahíla de reproches, porque el hombre esperó un momento antes de subir otra vez la ventanilla, tiempo suficiente para que el interior del vehículo se quedara helado, y sentarse en su rincón con la manta en las rodillas, refunfuñando para el cuello de su camisa.

Una mujer jovial de rostro encendido y capa azul que viajaba a su lado exhaló un profundo suspiro de comprensión y, haciendo un guiño a quienquiera que estuviera mirándola y señalando al hombre mayor con un movimiento de cabeza, dijo por enésima vez que hacía una noche de perros, la peor que había visto en su vida, y había visto unas cuantas; que parecía pleno invierno y que desde luego no quedaba ni rastro del verano; después hundió las manos en las profundidades de su capazo, sacó un gran trozo de tarta y se lo zampó a dentelladas fuertes y blancas.

Mary Yellan ocupaba el rincón de enfrente, sobre el que caía la gotera del techo. De vez en cuando una gota helada le daba en el hombro y ella se la quitaba con un gesto de impaciencia.

Apoyaba la barbilla entre las manos y miraba fijamente la ventanilla, salpicada de barro y lluvia, deseando con unas ganas desesperadas que se abriera un poco el denso manto del cielo y asomara siquiera un rastro del perdido cielo azul que ayer cubría Helford, aunque solo fuera un instante, a modo de heraldo de la suerte.

Sin embargo, a unos sesenta y cuatro kilómetros de lo que había sido su hogar veinte años, la esperanza había muerto en su corazón y el heroico coraje, que tan arraigado tenía en su ser y tanto la había ayudado en la larga agonía y muerte de su madre, flaqueaba ahora con estas primeras lluvias y el viento inmisericorde.

Estas tierras le eran ajenas, lo cual constituía en sí mismo una derrota. Miraba por la ventanilla empañada de la diligencia y, a solo un día de viaje, veía un mundo distinto del que conocía. ¡Qué lejanas quedaban ahora, y escondidas tal vez para siempre, las aguas brillantes del Helford, los montes verdes y los suaves

valles, el puñado de casitas blancas a la orilla del agua! En Helford llovía suavemente, las gotas rociaban las abundantes arboledas y se perdían en la hierba exuberante, formaban arroyuelos y reguerillos que corrían hasta el ancho río o se hundían en la tierra que, agradecida, se lo pagaba con flores.

Esta otra lluvia fustigaba sin piedad, se clavaba en las ventanillas del carruaje y empapaba un suelo duro y árido. Aquí no había árboles, solo uno o dos que tendían las ramas deshojadas a los cuatro vientos, doblados y retorcidos por siglos de tormentas, tan ennegrecidos por el tiempo y la inclemencia que, aunque la primavera soplara en semejantes parajes, las yemas no se atreverían a convertirse en hojas por temor a que las matara una helada tardía. Era una tierra de maleza sin setos ni prados, un país de piedras, brezo negro y piornos enanos.

Aquí jamás habría una estación amable, pensaba Mary; o era crudo invierno, como hoy, o el calor seco y abrasador del verano, sin el refugio de un valle umbrío siquiera, solo hierba que se volvería amarilla antes de finales de mayo. La intemperie había teñido la tierra de gris. También la gente que se veía en el camino y en los pueblos era distinta, en consonancia con el terreno. En Helston, donde ella subió al coche, todavía pisaba suelo conocido. ¡Cuántos recuerdos de infancia dejaba en Helston! El trayecto semanal al mercado con su padre aquellos días lejanos; después, cuando se lo arrebataron, la fortaleza con la que su madre ocupó su lugar yendo y viniendo en invierno y en verano, como hacía él, con las gallinas, los huevos y la mantequilla en la parte de atrás del carro, y Mary a su lado sujetando una cesta tan grande como ella, con la pequeña barbilla apoyada en el asa. Los habitantes de Helston era amables; conocían y respetaban a las Yellan, porque la viuda había tenido que luchar mucho en la vida al morir su marido y pocas mujeres habrían podido vivir solas con una hija y una granja que atender y sin pensar ni una sola vez en casarse con otro. Un campesino de Manaccan se lo habría pedido, si se hubiera atrevido, y otro más, río arriba, en Gweek, pero a ella se le veía en los ojos que no se habría quedado con ninguno de los dos porque pertenecía en cuerpo y alma al hombre al que había perdido. Al final, fue el duro trabajo de la granja lo que la venció, porque no se daba tregua y, aunque había puesto en el empeño toda su energía a lo largo de los diecisiete años de viudedad, no pudo responder cuando llegó la última prueba y el corazón le falló.

Había ido perdiendo reses poco a poco y, con los malos tiempos que corrían – según le decían en Helston– y la caída en picado de los precios, nadie tenía dinero. Más al norte sucedía otro tanto. La hambruna no tardaría en llegar a las granjas. Además, una enfermedad atacó la tierra y mató todo el ganado de Helford y alrededores. La enfermedad no tenía nombre ni se descubrió ningún remedio. Era un mal que caía sobre todas las cosas y las destruía como una helada tardía que llega con la luna nueva y desaparece dejando un rastro de cosas muertas. Fue una época de preocupación agotadora para Mary Yellan y su madre. Vieron enfermar y morir uno tras otro los pollos y patos que habían criado; la ternera se derrumbó en el prado en el que pastaba. Lo peor fue la vieja yegua que les había servido veinte años, sobre cuyos lomos anchos y fuertes había montado Mary por primera vez de pequeña. Murió una mañana en el establo, con la fiel cabeza en el regazo de la muchacha; y después de cavar una fosa para ella al pie del manzano del huerto y de enterrarla, sabiendo que nunca más volvería a llevarlas a Helston el día de mercado, la madre le dijo a su hija:

–Una parte de mí se queda en esta tumba con la pobre Nell, Mary. No sé si es la fe o qué, pero el corazón me ha dicho basta, no puedo más.

Entró en casa y se sentó en la cocina, blanca como la pared y diez años mayor que la edad que tenía. Se encogió de hombros cuando Mary le dijo que iba a buscar al médico:

–Ya es tarde, hija; diecisiete años tarde.

Y la que nunca había llorado rompió a llorar en silencio.

Mary fue a buscar al médico que vivía en Mawgan y que la había traído al mundo y, cuando volvían en su calesín, la miró con una expresión de impotencia.

–¿Sabes lo que tiene tu madre, Mary? Que se ha deslomado mental y físicamente desde la muerte de tu padre y al final ha reventado. No me gusta esto. Corren malos tiempos.

Pasaron por el sendero sinuoso hasta la granja de lo alto del pueblo. Una vecina, compungida por las malas noticias que tenía que darles, salió a recibirlos a la cancela.

–Tu madre está peor –gimió–, salió a la puerta hace un momento y parecía un espectro; temblaba de pies a cabeza y se desmayó en medio del camino.

Enseguida vinieron la señora Hoblyn y Will Searle; entre los dos la llevaron dentro, pobrecita. Dicen que tiene los ojos cerrados.

El médico apartó firmemente a la pequeña multitud boquiabierta que se apiñaba en la puerta. Entre él y Searle levantaron el cuerpo inmóvil del suelo y lo llevaron arriba, al dormitorio.

–Es un infarto –dijo el médico–, pero respira y el pulso es normal. Justo lo que me temía... que se quebraría de repente, así. Solo el Señor y ella saben por qué ha sido precisamente ahora, después de tantos años. Mary, ahora tienes que demostrar que eres hija de tus padres y ayudarla en este trance. Eres la única que puede hacerlo.

Seis largos meses o más cuidó Mary a su madre en esta primera y última enfermedad de su vida, pero, a pesar de los desvelos del médico y de su hija, la viuda no quería reponerse. Había perdido el deseo de luchar por la vida.

Era como si anhelara la liberación y rogara en silencio que llegara enseguida. Le dijo a Mary:

–No quiero que vivas deslomándote como yo. Acabarías con el cuerpo y el espíritu destrozados. Cuando yo me vaya no habrá nada que te ate a Helford. Lo mejor que puedes hacer es irte a Bodmin, a casa de tu tía Patience.

De nada sirvió que Mary le dijera que no iba a morir: se le metió entre ceja y ceja, no hubo forma de quitárselo de la cabeza.

–No quiero dejar la granja, madre –le respondió–. Nací aquí, y también padre, y tú eres de Helford. Los Yellan son de aquí y aquí tienen que vivir. No temo la pobreza ni que la granja se hunda. Has llevado todo esto tú sola diecisiete años, ¿por qué no iba a hacer lo mismo yo? Soy fuerte; puedo trabajar como un hombre y lo sabes.

–No es vida para una chica –dijo la madre–. Yo lo he hecho todos estos años por tu padre y por ti. Trabajar por alguien da tranquilidad y satisfacción a una mujer, pero trabajar solo por ti no es lo mismo. En eso no pone una el corazón.

–No sabré qué hacer en la ciudad –dijo Mary–. Esto es lo único que conozco, esta vida a la orilla del río, y no quiero irme. Para ir a la ciudad me basta con Helston. Estoy mejor aquí, con las pocas gallinas que nos quedan, la verdura del huerto, el viejo cerdo y la barquita del río. ¿Qué iba a hacer yo en Bodmin con mi tía?

–Una chica no puede vivir sola, Mary, porque se vuelve loca o mala. No hay vuelta de hoja. ¿No te acuerdas de la pobre Sue, que salía de noche a pasear por el cementerio de la iglesia cuando había luna llena, llamando a los amantes que nunca había tenido? Y, antes de que nacieras, hubo una niña que se quedó huérfana a los dieciséis años. Se escapó a Falmouth para juntarse con los marineros.

»Me removería en la tumba, y tu padre también, si te dejara sola. Tu tía Patience te gustará; siempre fue alegre y juguetona y con un corazón que no le cabía en el pecho. ¿Te acuerdas de cuando vino a vernos, hace doce años? Llevaba una capota con lazos y enaguas de seda. Un hombre que trabajaba en Trelowarren se fijó en ella, pero ella creía que merecía algo más.

Sí, Mary se acordaba de tía Patience, de su flequillo rizado y sus grandes ojos azules, y de cómo se reía y parloteaba y se levantaba las faldas para cruzar el patio. Era bonita como un hada.

–De tu tío Joshua nada puedo decirte –continuó la madre– porque nunca lo he visto ni conozco a nadie que sepa cómo es. Pero, cuando se casó con él, por San Miguel hizo diez años, tu tía me escribió una carta atolondrada, llena de tonterías dignas de una niña, no de una mujer de más de treinta años.

–Les pareceré una paleta –dijo Mary lentamente–. No soy tan fina como creerán que debo ser. No sabría qué decir.

–Te querrán por ti misma, no por tu donaire ni por tu hermosura. Hija, tienes que prometerme que, cuando me vaya, escribirás a tu tía y le dirás que mi última y más preciada voluntad es que te vayas a vivir con ella.

–Te lo prometo –dijo Mary, pero se le encogió el corazón al pensar en un futuro tan inseguro y diferente, sin nada de todo aquello que conocía y amaba, sin contar siquiera con el consuelo y el apoyo de los parajes trillados y conocidos cuando llegaran los malos momentos.

La madre se debilitaba a ojos vistas; se le escapaba la vida día tras día. Resistió toda la temporada de la cosecha y la recogida de la fruta, incluso los primeros días de la caída de la hoja. Pero, cuando llegaron las nieblas matinales y las heladas endurecieron la tierra, cuando el río se hinchó y empezó a llegar desbordado al mar rugiente, y las olas rompían estruendosas en las pequeñas playas de Helford, la viuda se revolvió inquieta en el lecho, dando tirones a las

sábanas. Llamó a Mary por el nombre de su difunto marido y le habló de cosas pasadas, de gente que la joven no había conocido. Pasó tres días en un mundo propio y al cuarto murió.

Mary vio pasar una a una, a manos de otros, las cosas que amaba y entendía. El ganado fue a parar al mercado de Helston. Los muebles se los llevaron los vecinos pieza a pieza. Un hombre de Coverack se encaprichó con la casa y la compró; paseaba por el patio con la pipa en la boca, señalando los cambios que iba a hacer y los árboles que iba a talar para despejar la vista; ella lo miraba por la ventana con mudo aborrecimiento mientras guardaba sus escasas pertenencias en el baúl de su padre.

Este desconocido de Coverack hizo de ella una intrusa en su propia casa; le veía en la mirada las ganas que tenía de que se fuera de una vez, y ahora ella solo pensaba en alejarse de todo aquello, en darle la espalda para siempre. Volvió a leer la carta de su tía, escrita con letra apretada en papel sencillo. Le decía que lamentaba mucho la desgracia que le había caído en suerte, que no sabía que su hermana estuviera enferma, que hacía mucho tiempo que no iba a Helford. Y continuaba:

Aquí ha cambiado mucho todo. Ya no vivo en Bodmin, sino a veinte kilómetros de la ciudad, en la calzada de Launceston. Es un lugar asilvestrado y solitario y, si vinieras aquí, me alegraría contar con tu compañía en invierno. Se lo he preguntado a tu tío y dice que le parece bien, siempre y cuando hables en voz baja, no charles demasiado y ayudes cuando haga falta. Como comprenderás, no puede pagarte ni darte de comer por nada. Espera que ayudes en la cantina a cambio de comida y alojamiento. Es que tu tío es el patrón de la posada Jamaica.

Mary dobló la carta y la metió en el baúl. Para ser un mensaje de acogida de la risueña tía Patience que recordaba le pareció muy raro.

Era una carta fría y seca, sin palabras de consuelo, sin decir nada claramente, solo que su sobrina no debía pedir un sueldo. Tía Patience, con sus enaguas de seda y sus modales refinados, ¡la mujer de un posadero! Mary pensó que su madre no debía de estar al corriente. Era una carta muy distinta de la que había escrito una feliz recién casada hacía diez años.

Sin embargo, había hecho una promesa a su madre y no podía desdecirse. La

casa estaba vendida; ahí ya no había sitio para ella. La recibiera como la recibiera, su tía era la hermana de su madre, eso no debía olvidarlo. La vida tal como la conocía quedaba atrás: su querida granja y las brillantes aguas del Helford. Delante se abría el futuro... y la posada Jamaica.

Y así fue como Mary Yellen inició el viaje hacia el norte en Helston, en una diligencia que no dejaba de traquetear y bambolearse; cruzó la ciudad de Truro, en el nacimiento del Fal, con sus múltiples tejados y agujas, sus anchas calles empedradas, el cielo azul que todavía recordaba al sur, y la gente sonriente a la puerta de las casas, que saludaba a los carruajes al pasar. Pero, cuando Truro quedó atrás, en el valle, el cielo se encapotó y el paisaje se tornó agreste y baldío. Ahora los pueblos aparecían dispersos y muy pocas caras risueñas salían a la puerta de las casitas. Los árboles escaseaban; no había setos. El viento empezó a soplar. La diligencia entró dando tumbos en Bodmin, una ciudad gris e imponente como los montes que la rodeaban; los pasajeros empezaron a recoger sus cosas disponiéndose a apearse, todos menos Mary, que seguía muy quieta en su rincón. El cochero, completamente empapado por la lluvia, la miró por la ventanilla.

—¿Sigue usted el viaje hasta Launceston? —le preguntó—. Cruzar los páramos va a ser una locura esta noche, con el tiempo que hace. Puede quedarse en Bodmin y coger la diligencia de la mañana, ya sabe. Los viajeros de esta se quedan todos aquí, menos usted.

—Me esperan unos amigos —dijo Mary—. No me da miedo el trayecto. Tampoco quiero llegar hasta Launceston; ¿podría dejarme en la posada Jamaica?

El hombre la miró con curiosidad.

—¿En la posada Jamaica? —dijo—. ¿Qué se la ha perdido a usted en la posada Jamaica? No es sitio para una muchacha. Seguro que se trata de un error.

Se quedó mirándola con dureza, sin creer lo que había oído.

—Ah, sí, ya sé que es un paraje solitario —dijo Mary—, pero, como no soy de ciudad... La ribera del Helford, de donde soy, es muy tranquila en invierno y en verano, pero nunca me ha pesado la soledad.

—Yo no he dicho nada de la soledad —replicó el cochero—. A lo mejor es que no lo entiende, claro, al no ser de por aquí. No estoy hablando de los veinte

kilómetros de páramo, aunque solo eso sería bastante para asustar a cualquier muchacha. Espere un momento.

Volvió la cabeza para llamar a una mujer que estaba en la puerta del Royal encendiendo la lámpara del porche, porque ya se había hecho de noche.

—¡Señora! —le dijo—. Venga aquí a hablar con esta jovencita. Me dijeron que iba a Launceston, pero ahora me pide que la deje en la posada Jamaica.

La mujer bajó los escalones y se asomó por la ventanilla del carruaje.

—Aquello es un erial agreste —le dijo— y, si lo que busca es trabajo, en las granjas no se lo van a dar. A los del páramo no les gustan los forasteros. Se las arreglaría usted mejor aquí, en Bodmin.

Mary le sonrió.

—No me pasará nada —dijo—. Voy a casa de unos familiares. Mi tío es el patrón de la posada Jamaica.

Hubo un largo silencio. En la luz grisácea del carruaje Mary vio que la mujer y el hombre la miraban. De pronto sintió un escalofrío de preocupación; quería que la mujer le dijera algo tranquilizador, pero se apartó de la ventanilla.

—Lo siento —dijo, hablando despacio—. Esto no es asunto mío, desde luego. Buenas noches.

El cochero se puso colorado y empezó a silbar como quien quiere desentenderse de una situación embarazosa. Impulsivamente, Mary se echó hacia delante y le tocó el brazo.

—Dígamelo, por favor —le rogó—. No me asustaré de lo que me cuente. ¿Es que la gente no aprecia a mi tío? ¿Pasa algo?

El hombre parecía muy incómodo. Habló entre dientes, sin mirarla a los ojos.

—La posada Jamaica tiene mala fama —dijo—; se cuentan cosas raras de esa posada, usted ya me entiende. Pero no quiero líos... A lo mejor no son ciertas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Mary—. ¿Van muchos borrachos por allí? ¿Es eso? ¿Mi tío frecuenta malas compañías?

El hombre no quería comprometerse.

—No quiero líos —repitió— y no sé nada. Solo sé lo que se dice por ahí. La gente respetable ya no va a esa posada. Es lo único que sé. Antes íbamos allí a abreviar a los caballos y a darles de comer, y de paso comíamos y bebíamos nosotros un poco, también. Pero ahora ya no. Azuzamos a los animales al pasar por delante y

no paramos hasta llegar a Five Lanes, aunque tampoco allí nos entretenemos mucho.

–¿Por qué ya no va nadie? ¿Qué motivos tienen? –insistió Mary.

El hombre vaciló como si buscara las palabras para explicárselo.

–Tienen miedo –dijo por fin, e hizo un gesto negativo con la cabeza; no iba a decir nada más.

Es posible que le pareciera que había sido un poco grosero y lo lamentara, porque al momento volvió a asomarse por la ventanilla y le dijo:

–¿No quiere tomar un poco de té aquí, antes de irnos? Nos queda una buena tirada y en el páramo hace frío.

Mary dijo que no. Había perdido el apetito y, aunque el té la habría reconfortado, no quería apearse ni entrar en el Royal, porque la mujer no le quitaría los ojos de encima y la gente empezaría a cuchichear. Además, una vocecita cobarde e insistente le murmuraba: «Quédate en Bodmin, quédate en Bodmin» y a lo mejor le hacía caso si se refugiaba en el Royal. Había prometido a su madre que iría a vivir con su tía Patience y de ninguna manera podía faltar a su palabra.

–En tal caso, más vale que nos pongamos en marcha –dijo el cochero–. Esta noche será usted la única viajera en todo el camino. Tenga, otra manta para las rodillas. Cuando salgamos de Bodmin, fustigaré a los caballos, porque no está la noche para viajes. No me quedaré tranquilo hasta que me meta en la cama, en Launceston. A nadie le gusta cruzar el páramo en invierno, con este tiempo de perros.

Cerró la portezuela de golpe y subió al pescante.

La diligencia salió de la calle, dejó atrás la seguridad de las sólidas casas, el parpadeo de las luces, la gente que volvía deprisa a casa para cenar, siluetas dispersas, encorvadas contra el viento y la lluvia. Por las ventanillas cerradas Mary veía cálidos hilos de luz de velas; el fuego estaría encendido en las cocinas y el mantel en la mesa; una mujer y unos niños se sentarían a cenar mientras el hombre se calentaba las manos al alegre chisporroteo del hogar. Se acordó de la risueña campesina que había sido su compañera de viaje y se preguntó si ahora estaría sentada a su propia mesa, rodeada de niños. ¡Qué satisfecha, con sus mejillas como manzanas y sus manos rudas! ¡Qué mundo de seguridad en su voz

profunda! Y Mary se contó un cuento en el que se apeaba, la seguía y le rogaba que le permitiera acompañarla; y la mujer le proporcionaría un hogar. Porque no la rechazaría, eso seguro. Le sonreiría, le tendería una mano cordial y le daría cobijo y cama. Ella se pondría a su servicio, llegaría a tomarle cariño, a compartir algo de su vida, a conocer a otras personas.

Los caballos subían la empinada cuesta que salía de la ciudad y por la ventanilla de la parte trasera del carruaje Mary vio desaparecer rápidamente las luces de Bodmin, una detrás de otra, hasta que el último resplandor se apagó con un último guiño. Se quedó sola con el viento, la lluvia y los veinte largos kilómetros de páramo desolado que mediaban entre ella y su destino.

Se preguntó si los barcos tendrían la misma sensación cuando abandonaban la seguridad del puerto. Ella se encontraba más desamparada que cualquier barco, incluso cuando el viento ruge en las velas y el mar lame las cubiertas.

La oscuridad era profunda en el interior del coche, porque el farol daba una tétrica luz amarillenta que bailaba sin parar con la corriente de aire que entraba por la rendija del techo, poniendo en peligro la tapicería, así que prefirió apagarlo. Se acurrucó en su rincón, a merced de las sacudidas de la diligencia, pensando que era la primera vez que percibía algo malévolos en la soledad. Hasta el crujido y el traqueteo del vehículo, que la habían mecido todo el día como una cuna, cobraban ahora un matiz amenazador. El viento arremetía contra el techo y las rachas de lluvia, más violentas en espacio abierto, sin la protección de los montes, fustigaba las ventanas con mayor virulencia. El campo se extendía interminablemente en el espacio a ambos lados del camino. No había árboles, caminos, granjas ni refugio alguno, solo kilómetros y kilómetros de páramo baldío, oscuro y no hollado, como un desierto que se prolongara hasta un horizonte invisible. Pensó que ningún ser humano podía vivir en una tierra tan inhóspita y ser como las demás personas; hasta los niños nacerían retorcidos como los renegridos matojos de piornos, que se doblaban con la fuerza del viento incesante, un viento que todo lo barría por los cuatro costados. Niños que también tendrían la cabeza retorcida, llena de malos pensamientos, viviendo sin remedio entre pantanales y granito, áspero brezo y piedras desgajadas.

Nacerían de una raza extraña que dormía con esta tierra por almohada, bajo este cielo negro. Incluso llevarían dentro algo diabólico. El camino serpenteaba

por la tierra oscura y silenciosa, sin ninguna luz que mandara un pequeño mensaje de esperanza a la viajera del carruaje. Quizá los largos treinta y dos kilómetros que separaban las ciudades de Bodmin y Launceston estuvieran deshabitados; quizá no hubiera siquiera una humilde cabaña de pastor en la desolada calzada: nada, nada más que un lúgubre hito en todo el camino: la posada Jamaica.

Mary perdió la noción del tiempo y el espacio; como si el trayecto fuera de mil kilómetros y la hora, medianoche. Ahora se refugiaba en la seguridad del coche; al menos le ofrecía cierta familiaridad. Lo conocía desde primeras horas de la mañana, y eso era mucho tiempo. Por muy infernal que le pareciera este viaje eterno, al menos tenía cuatro paredes que la protegían, el techo mugriento y con goteras y la confortante presencia del cochero. Le pareció que llevaba a los caballos a mayor velocidad aún; oyó las voces que les daba: el viento llevaba los gritos hasta la ventanilla.

Levantó la falleba y miró fuera. La recibieron el viento y la lluvia y la cegaron un momento; después, apartándose el pelo de los ojos, vio que estaban coronando un repecho del camino a un galope furibundo, y al otro lado, entre bruma y lluvia, asomaba, amenazador, el páramo baldío.

Al frente, en lo alto de la cuesta y a la izquierda, se veía algo parecido a un edificio, que se alzaba, negro, a un lado del camino. Vio chimeneas altas, tenebrosas en la negrura. No había ninguna casa más, ninguna cabaña. Si eso era la posada Jamaica, se levantaba aislada en todo su esplendor, a merced de los cuatro vientos. Mary se arropó en la capa y se abrochó el cierre. Los caballos se habían detenido y sudaban, parados, bajo la lluvia, expulsando vapor de agua en forma de nubes.

El cochero se apeó del pescante y bajó el baúl de Mary. Parecía tener prisa y no dejaba de mirar hacia la casa por encima del hombro.

—Es aquí —dijo—, cruzando ese patio. Si llama a la puerta, la atenderán. Tengo que ponerme en marcha ya o no llegaré a Launceston esta noche.

En un instante subió de nuevo y cogió las riendas. Gritó a los caballos y los fustigó con frenesí, apurado. El coche crujió y enseguida se alejó por el camino y desapareció como si nunca hubiera estado allí, se perdió, la noche se lo tragó.

Mary, sola al lado del baúl, oyó ruido de cerrojos que se abrían en la oscura

casa, a su espalda, y se abrió la puerta. Una silueta corpulenta salió al patio moviendo una linterna de un lado a otro.

—¿Quién anda ahí? —gritó—. ¿Qué vienes a hacer aquí?

Mary dio un paso adelante y miró al hombre a la cara.

La luz le daba en los ojos y no veía nada. El hombre movió la linterna delante de ella y de repente soltó una carcajada, la agarró por el brazo y la empujó bruscamente hacia el porche.

—¡Ah, vaya! Conque eres tú, ¿eh? —dijo—. Así que al final has venido con nosotros. Soy tu tío Joss Merlyn. Bienvenida seas a la posada Jamaica.

La metió en la casa y volvió a reírse; cerró la puerta y dejó la linterna en una consola del pasillo. Se miraron el uno al otro cara a cara.

Capítulo II



Era un hombretón corpulento, de casi dos metros de alto, con unas cejas negras y arrugadas y la piel del mismo color que los gitanos. El pelo, espeso y oscuro, le caía sobre los ojos y le tapaba las orejas. Era fuerte como un caballo, con unos hombros inmensos y poderosos, los brazos largos, que le llegaban casi hasta las rodillas, y unos puños como mazas. Era tan grandote que la cabeza resultaba enana en proporción y parecía que anduviera medio encogido, como un gorila gigante, con la mata de pelo y sus cejas negras. Sin embargo, a pesar de los brazos largos y la constitución grande y fuerte, las facciones no eran simiescas, porque tenía la nariz ganchuda, curvada sobre una boca que tal vez hubiera sido perfecta en el pasado, pero que ahora estaba hundida, colgante, flácida; no carecía de cierto encanto en los ojos, a pesar de las patas de gallo, las bolsas y las sanguinolentas venillas rojas.

Lo que mejor conservaba era la dentadura, sana todavía y muy blanca: cuando sonreía destacaba claramente en contraste con la tez oscura y parecía un lobo esquelético y hambriento. Y, aunque uno esperaría una gran diferencia entre la sonrisa de un hombre y la cara de un lobo cuando enseña los colmillos, en este caso no la había.

–Así que eres Mary Yellan –dijo, inclinándose, imponente, sobre ella, bajando la cabeza para verla más de cerca– y has recorrido un largo camino para cuidar a tu tío Joss. Todo un detalle por tu parte, digo.

Volvió a reírse burlonamente; las carcajadas resonaron en toda la casa y los crispados nervios de Mary se tensaron más aún.

–¿Dónde está mi tía Patience? –preguntó, mirando el oscuro pasillo de un extremo al otro, un pasillo lóbrego de frías losas con unas escaleras angostas y desvencijadas en el fondo–. ¿Es que no me esperaba?

–¿Dónde está mi tía Patience? –la imitó él–. ¿Dónde está mi querida tiita que no viene a darme un beso y mimos y me recibe con gran ceremonia? ¿No le das un beso a tu tío Joss?

Mary retrocedió. La sola idea de darle un beso le revolvió el estómago. O estaba loco o borracho, no podía ser otra cosa, o las dos probablemente. Sin embargo, no quería que se enojara; le daba miedo.

Joss le leyó el pensamiento y soltó otra carcajada.

—No, no; no voy a tocarte ni un pelo; conmigo estás más segura que en una iglesia. Nunca me gustaron las morenas, guapa, y tengo otras cosas que hacer que ponerme a jugar a las casitas con mi sobrinita.

Sonrió sarcásticamente, tratándola de tonta, aburrido de su propia burla. Levantó la cabeza para mirar hacia las escaleras.

—¡Patience! —voceó—. ¿Qué demonios andas haciendo? Ha llegado la chica gimoteando y preguntando por ti. Acaba de conocerme y ya no me soporta.

Se oyó un ruidito en lo alto de las escaleras y unos pies que se arrastraban. Después, el resplandor de una vela y una exclamación. Una mujer bajaba los peldaños protegiéndose los ojos de la luz. Una cofia mugrienta le cubría el pelo, canoso y ralo, que le caía hasta los hombros en rizos revueltos. Se había retorcido las puntas en un vano intento de rehacer los tirabuzones, pero se le habían deshecho. Tenía la cara chupada y la piel se veía tensa en los pómulos; la mirada de sus grandes ojos parecía preguntar algo y fruncía y desfruncía los labios nerviosamente sin parar. Llevaba una descolorida enagua a rayas que debía de haber sido de color cereza, pero ahora era de un color rosa desteñido, y, sobre los hombros, una toquilla muy remendada. Era evidente que acababa de adornar la cofia con una cinta nueva para animar un poco su atavío, pero resultaba falsa e incongruente. Era de un color rojo brillante y destacaba de una forma horrible en contraste con la palidez del rostro. Mary la miraba muda de asombro y aflicción. ¿Esta triste criatura harapienta era la encantadora tía Patience de sus sueños, vestida ahora con tanto descuido y como si tuviera veinte años más de los que tenía?

La mujercita había bajado ya las escaleras, cogió las manos a Mary y la miró a la cara.

—¿De verdad has venido? —susurró—. Eres mi sobrina Mary Yellan, ¿verdad? La hija de mi difunta hermana.

Mary asintió y dio gracias a Dios por que su madre no la hubiera visto en semejantes condiciones.

–Querida tía Patience –le dijo con dulzura–, me alegro mucho de verla otra vez. ¡Hace tanto que vino a vernos a Helford...!

La mujer no le quitaba las manos de encima, le acariciaba la ropa, le tocaba la cara, y de pronto se le echó a los brazos, hundió la cabeza en su hombro y empezó a llorar con fuerza, terriblemente, respirando a bocanadas.

–¡Ah, basta ya! –gruñó su marido–. ¿Qué clase de recibimiento es este? ¡Deja de lloriquear, maldita imbécil! ¿Es que no ves que la chica quiere cenar? Llévatela a la cocina y dale panceta y algo de beber.

Se agachó y cargó al hombro el baúl de Mary como si pesara menos que un paquete de papel.

–Llevo esto a su habitación –dijo– y, si cuando vuelva no has puesto la cena en la mesa, te daré un buen motivo para llorar; y a ti también, si quieres –añadió, acercando la cara a Mary y cruzándole los labios con un dedo enorme–. ¿Eres mansa o muerdes? –dijo, y soltó otra carcajada mirando al techo; después subió las estrechas escaleras dando fuertes pisotones, con el baúl al hombro.

Tía Patience se dominó. Con un grandísimo esfuerzo sonrió y se atusó los rizos con un gesto que Mary recordaba vagamente, y a continuación, parpadeando nerviosamente y moviendo la boca, la llevó por otro pasillo lúgubre hasta la cocina, iluminada con velas y un fuego mortecino de turba en el hogar.

–No hagas caso a tu tío Joss –le dijo, cambiando de pronto de actitud, casi en tono lisonjero, como gimen los perros que han aprendido a obedecer a fuerza de crueldad y que, a pesar de las patadas y las maldiciones, son capaces de luchar como tigres por su amo–. Es que hay que mimarlo; tiene sus cosas y al principio cuesta entender cómo es. Es un buen marido, lo ha sido siempre, desde que nos casamos.

Correteaba mecánicamente de un lado a otro por la cocina embaldosada poniendo la mesa para la cena, sacando pan, queso y salsa de un armario grande empotrado en los paneles, mientras Mary, en cuclillas frente al fuego, intentaba inútilmente calentarse las manos heladas.

El humo de la turba ensuciaba la cocina. Subía hasta el techo, se remansaba en las esquinas y flotaba en el aire como una sutil nube azul. A Mary le picaba en los ojos, se le metía por la nariz y se le pegaba a la lengua.

–Enseguida te encariñarás con él y te acostumbrarás a su forma de ser –

continuó su tía—. Es muy buen hombre, además de valiente. Todo el mundo lo conoce por aquí y le tiene gran respeto. Nadie diría nada en contra de Joss Merlyn. A veces disfrutamos de buena compañía. No siempre está esto tan tranquilo como hoy. Por este camino pasa mucha gente, ¿sabes? Pasan diligencias a diario. Y la gente bien nos tiene en gran consideración. Ayer mismo vino un vecino y le hice un bizcocho para que se lo llevara a casa. Y me dijo: «Señora Merlyn, es usted la única mujer de Cornualles que sabe hacer bizcocho». Estas fueron sus palabras exactamente. Y hasta el propio señor, es decir, el señor Bassat, ¿sabes?, el señor de North Hill, el amo de todas estas tierras, pues lo vi el otro día en el camino, el martes creo que fue, pues se quitó el sombrero y me dijo: «Buenos días, señora», e inclinó la cabeza desde el caballo. Dicen que en sus tiempos se le daban muy bien las mujeres. Y entonces Joss, que estaba reparando la rueda del calesín, salió del establo y le dijo: «¿Qué tal va la vida, señor Bassat?». «Tan generosa como tú, Joss», le contestó el señor, y los dos se echaron a reír.

A modo de respuesta, Mary murmuró unas palabras, pero le afligía que su tía evitara mirarla mientras hablaba, e incluso le parecía sospechosa tanta locuacidad. Hablaba como una niña fantasiosa que se inventa cuentos. Le dolía esa actitud y deseaba que terminara, porque el chorro de palabras la conmovía aún más que las lágrimas. De pronto oyó un paso en el umbral de la puerta y, sobresaltada, se dio cuenta de que Joss estaba abajo otra vez y con toda probabilidad habría oído lo que decía su mujer.

Tía Patience también lo oyó, porque se puso pálida y empezó a fruncir y desfruncir los labios. Joss entró en la cocina y las miró, primero a la una, después a la otra.

—Conque las gallinas ya están cacareando, ¿eh? —dijo, sin sonreír ni reírse, con los ojos entornados—. Si puedes hablar es que no has tardado nada en dejar de llorar. Te he oído, charlatana imbécil: clo, clo, clo, como una pava. ¿Te parece que tu preciosa sobrina se va a creer una palabra de lo que digas? No engañarías ni a una cría, y mucho menos a un puñado de enaguas como esta.

Cogió una silla que estaba arrimada a la pared y la plantó de un golpe frente a la mesa. Se sentó con todo su peso, la silla crujió; alcanzó el pan, se cortó un trozo grande y lo untó de salsa. Se lo metió en la boca, la grasa le resbaló por la barbilla e hizo una seña a Mary para que se sentara.

–Necesitas comer, se ve a la legua –dijo, y se puso a cortar una rebanada fina, la partió en cuatro trozos, los untó de mantequilla y se los dio; lo hizo todo con gran delicadeza, al contrario de como se había servido él, pero el contraste entre la brutalidad de antes y el esmero escrupuloso de ahora le resultó a Mary casi repulsivo. Fue como si tuviera en las manos la capacidad latente de convertir sus dedazos en sirvientes hábiles y astutos. No le habría extrañado que le hubiera cortado un trozo y se lo hubiera tirado al plato, habría sido lo lógico, después de lo que había presenciado. Pero esta delicadeza repentina, esta forma exquisita y precisa de mover las manos, fue una revelación inmediata y siniestra; siniestra por inesperada y porque no encajaba con él. Le dio las gracias en voz baja y empezó a comer.

Tía Patience, que no había dicho una palabra desde que apareció su marido, freía panceta en el fuego. Nadie decía nada. Mary sabía que Joss Merlyn la estaba mirando desde la otra punta de la mesa; detrás oía trajinar a su tía torpemente con el mango caliente de la sartén, pero un momento después la soltó con una breve exclamación de dolor. Se levantó para ayudarla, pero Joss le dijo a voces que se sentara.

–Con una inútil hay más que de sobra. No hacen falta dos –gritó–. Quédate donde estás, tu tía se las apaña sola. No será la primera vez. –Se recostó contra el respaldo de la silla y empezó a hurgarse entre los dientes con las uñas–. ¿Qué bebes? –le preguntó–. ¿Brandy, vino o cerveza? Aquí a lo mejor te mueres de hambre, pero de sed no, seguro. En la posada Jamaica nadie se queda con la garganta seca.

Se echó a reír, le guiñó un ojo y le sacó la lengua.

–Una taza de té, si es posible –dijo Mary–. No estoy acostumbrada a beber licores... ni vino tampoco.

–¿Ah, no? Pues me alegro; tú te lo pierdes. Esta noche puedes tomar té, pero por Dios que dentro de un par de meses pedirás brandy. –Alargó un brazo por encima de la mesa y le cogió la mano–. Tienes las zarpas bastante bonitas, para haber trabajado en una granja –dijo–. Me temía que las tuvieras rojas y ásperas. Lo que peor le sienta a un hombre es que le sirvan la cerveza unas manos feas. No es que mis parroquianos sean muy exigentes en eso, pero hasta ahora nunca hemos tenido camareras en la cantina de la posada. –Le dedicó una burlona

inclinación de cabeza y le soltó la mano—. Patience, querida mía —dijo—, toma, la llave, y vete a buscar una botella de brandy, hazme el favor. Tengo una sed que no me la apaga ni toda el agua del Dozmary¹.

La mujer salió inmediatamente de la cocina y desapareció por el pasillo. Joss volvió a escarbarse entre los dientes; de vez en cuando silbaba mientras Mary comía pan con mantequilla y bebía el té que le había puesto él al alcance de la mano. Un punzante dolor de cabeza le hacía fruncir el ceño, estaba a punto de derrumbarse de cansancio. Le lloraban los ojos por culpa del tufo del hogar. Pero todavía podía vigilar a su tío; ya se le había contagiado un poco el nerviosismo de su tía y tenía la sensación de que eran las dos como ratones en una ratonera, que no podían escapar, y él jugaba con ellas como un gato monstruoso.

La mujer volvió unos minutos después con el brandy y lo dejó al alcance de su marido; mientras terminaba de freír la panceta y la servía en dos platos, uno para Mary y otro para ella, él comenzó a beber mirando malhumoradamente al frente y dando patadas a la mesa. De repente soltó un puñetazo que sacudió los platos y las tazas y tiró al suelo una fuente, que se rompió.

—¡Oye bien lo que te digo, Mary Yellan! —gritó—. Soy el patrón de esta casa y te lo haré saber. Obedecerás en todo lo que te manden, ayudarás en la casa y servirás a mis parroquianos, y yo no te pondré un dedo encima. Pero te juro por Dios que, si abres la boca y cotorreas más de la cuenta, me despacharé a gusto contigo ¡hasta que comas de mi mano, como esa de ahí!

Mary lo miró de frente desde el otro lado de la mesa y bajó las manos al regazo para que no viera que le temblaban.

—Lo entiendo —dijo—. No soy curiosa por naturaleza y nunca he sido chismosa. Lo que usted haga en la posada no es de mi incumbencia, ni tampoco las compañías de las que se rodee. Haré mi trabajo en la casa y no le daré motivos de queja. Pero si hace daño a mi tía Patience de una forma u otra, le aseguro que saldré inmediatamente de la posada Jamaica, iré a buscar a un alguacil, lo traeré aquí y lo entregaré a usted a la ley; después podrá despacharse conmigo a su gusto.

Se puso muy pálida, consciente de que, si ahora su tío montaba en cólera, se derrumbaría y se echaría a llorar, y entonces él la dominaría para siempre. El torrente de palabras le había salido espontáneamente, impulsado por la

compasión que le inspiraba la desgracia de su pobre tía, y no había podido dominarse. Sin sospecharlo siquiera, se había salvado, porque esa pequeña demostración de carácter había impresionado a su tío, que se recostó en el respaldo de la silla y se tranquilizó.

—Muy bien dicho —la felicitó—, muy bien dicho, de verdad. Ahora sabemos exactamente qué clase de inquilina tenemos aquí. Si la arañas, saca las uñas. Está bien, querida mía; tú y yo nos parecemos más de lo que creía. Si vamos a jugar, jugaremos juntos. Puede que algún día te dé trabajo en la posada, un trabajo que no has hecho nunca. Trabajo de hombre, Mary Yellan, en el que se juega con la vida y la muerte.

Mary oyó exclamar a su tía en voz baja, asustada:

—¡Ay, Joss! ¡Ay, Joss, por favor!

Lo dijo con tanto pesar que Mary, sorprendida, la miró. Vio que se inclinaba hacia delante e indicaba a su marido que se callara, pero la fuerza de la barbilla y la agonía de su mirada la asustaron más que todo lo que había sucedido hasta el momento. De pronto se quedó helada, espeluznada, e incluso se mareó un poco. ¿Qué había inspirado tanto pánico a su tía? ¿Qué iba a decir Joss Merlyn? Comprendió que sentía una curiosidad febril y terrible. Su tío movió la mano en el aire con impaciencia.

—Vete a la cama, Patience —dijo—. Estoy harto de ver tu calavera en mi mesa. Esta chica y yo nos entendemos.

La mujer se levantó al punto y, al llegar a la puerta, dio la vuelta con una última e inútil mirada de desesperación. La oyeron subir las escaleras. Joss Merlyn y Mary se quedaron solos. Él apartó el vaso de brandy vacío y cruzó los brazos encima de la mesa.

—Tengo una debilidad, una sola, y voy a decirte en qué consiste —empezó—: el alcohol. Es una maldición, lo sé, pero no puedo evitarlo. Un día acabará conmigo, y será lo mejor. A veces paso temporadas en las que solo bebo un trago, como esta noche. Pero de pronto me entra la sed y tengo que remojar me. Me paso horas dándole. Es el poder, la gloria, las mujeres y el Reino de Dios todo en uno. Porque entonces me parece que soy un rey, Mary. Me parece que tengo los hilos del mundo entre estos dos dedos. Es el cielo y el infierno. Y entonces hablo, hablo hasta que cuento a los cuatro vientos todas las cosas que

he hecho. Me voy a la habitación y grito mis secretos a la almohada. Tu tía me encierra con llave y, cuando vuelvo a estar sobrio, aporreo la puerta y me abre. Esto no lo sabe nadie, más que Patience y yo, y ahora tú también. Te lo he contado porque ya estoy un poco borracho y no puedo morderme la lengua, pero no tanto como para perder la cabeza. No he bebido lo suficiente para contarte por qué vivo aquí, en el culo del mundo, ni por qué soy el patrón de la posada.

Se le puso la voz ronca y hablaba en susurros. El fuego de turba estaba muy bajo en el hogar y proyectaba en la pared sombras negras, alargadas como dedos. También las velas se habían consumido mucho y reflejaban en el techo una silueta monstruosa de Joss Merlyn. Le sonrió y, con un gesto tonto de borracho, se llevó un dedo a la punta de la nariz.

—Eso no te lo he contado, Mary Yellan. ¡Ah, no! Todavía me queda un poco de sentido común y de astucia. Si quieres saber más cosas, pregunta a tu tía. Te contará cuentos. La oí cotorrear hace un rato, cuando te decía que aquí disfrutamos de buena compañía y que el señor la saluda quitándose el sombrero. Mentiras y nada más que mentiras. Eso sí te lo digo, porque además no tardarás en verlo. El señor Bassat no se atreve a asomar la nariz por aquí, tiene miedo. Si me viera en el camino, se persignaría y espolearía al caballo, lo mismo que cualquier otro ricachón de los alrededores. Las diligencias ya no paran aquí, ni el correo. Me da igual, tengo parroquianos de sobra. Cuanto más lejos estén los ricachones, mejor para mí. Aquí hay bebida de sobra, para dar y tomar. Los sábados por la noche, unos vienen a la posada y otros echan el cerrojo a la puerta de su casa, se tapan los oídos y se van a dormir. Algunas noches todas las cabañas del páramo se quedan a oscuras y en silencio y la única luz que se ve en kilómetros sale de las ventanas iluminadas de la posada Jamaica. Dicen que el barullo y las canciones se oyen hasta en las granjas del Roughtor. Esas noches bajarás a la cantina, si te apetece, y así verás la compañía de la que disfrutamos.

Mary estaba muy quieta, agarrada a los lados de la silla. No osaba moverse por temor a que a su tío le cambiara el humor de repente, como había visto antes, y el tono íntimo de confidencialidad se convirtiera súbitamente en cruda brutalidad.

—Todos me temen —prosiguió—, hasta el último mono de esa banda de

malditos. Me temen a mí, que no temo a nadie. Te aseguro que, si hubiera estudiado, me habría paseado a lo largo y ancho de Inglaterra al lado del mismísimo rey Jorge. La bebida me ha echado a perder, la bebida y la sangre caliente que me corre por las venas. Es la maldición de mi familia, Mary. No ha habido ni un solo Merlyn que muriera de viejo en la cama.

»A mi padre lo colgaron en Exeter: mató a un tipo en una pelea. A mi abuelo le cortaron las orejas por robar; lo mandaron a un campo de prisioneros y murió en el trópico, enloquecido y delirando por la mordedura de una serpiente. Soy el mayor de tres hermanos, nacidos todos a la sombra del Kilmar, lejos de aquí, más allá de Twelve Men's Moor; al cruzar el East Moor y llegar a Rushyford, se ve un peñasco de granito que parece la mano del diablo levantándose hacia el cielo: es el Kilmar. Si hubieras nacido a su sombra, te habrías dado a la bebida igual que yo. Mi hermano Matthew se ahogó en la ciénaga de Trewartha. Creíamos que se había hecho marinero, no supimos nada de él hasta el verano siguiente; hubo sequía, no había llovido en siete meses, y allí salió Matthew a flote, en la ciénaga, con las manos en la cabeza, rodeado de zarapitos. Mi hermano Jem, maldita sea su estampa, es el menor. Todavía iba agarrado de las faldas de madre cuando Matt y yo ya éramos hombres hechos y derechos. Nunca nos entendimos Jem y yo. Es muy listo, tiene un pico de oro. Pero, descuida, que con el tiempo lo pillarán y lo colgarán igual que a padre.

Se calló un momento y se quedó mirando el vaso vacío. Lo cogió y lo dejó otra vez.

—No —dijo—, ya he hablado bastante. No bebo más por hoy. Vete a la cama, Mary, antes de que te retuerza el pescuezo. Toma, una vela. Tu habitación es la de encima del porche.

Mary cogió la vela sin decir una palabra y, cuando pasaba a su lado, Joss la agarró por el hombro y la obligó a dar media vuelta.

—Algunas noches oirás ruedas en la calzada —le dijo—, ruedas que no pasarán de largo, sino que se detendrán en la posada. Y oirás pasos en el patio y voces al pie de tu ventana. Cuando pasen estas cosas quédate en tu habitación, Mary Yellan, y tápate hasta la cabeza con las mantas. ¿Entendido?

—Sí, tío.

—Muy bien. Ahora ¡largo! Y que no se te ocurra hacerme preguntas nunca más,

porque te muelo a palos.

Mary salió al oscuro pasillo, chocó contra el escaño del vestíbulo y subió palpando la pared; cuando llegó arriba dio media vuelta para verlo todo. Su tío le había indicado la habitación de encima del porche, así que cruzó el oscuro rellano, que no estaba iluminado, dejó atrás puertas cerradas, dos a cada lado – habitaciones de huéspedes, supuso, a la espera de viajeros que ya nunca paraban ni se refugiaban bajo los techos de la posada Jamaica–, tropezó con otra puerta; giró el pomo y, a la luz trémula de la vela que llevaba, vio el baúl y supo que era su habitación.

Las paredes no estaban empapeladas y el suelo de tablas no tenía moqueta. Una caja puesta boca abajo con un espejo agrietado encima hacía las veces de tocador. No había aguamanil ni jarra de agua; supuso que tendría que lavarse en la cocina. La cama crujió cuando se apoyó en ella y las dos finas mantas que tenía parecían húmedas. Pensó que no se desvestiría, se tumbaría con la ropa del viaje, a pesar del polvo, y se tataría con la capa. Se acercó a mirar por la ventana. El viento había cesado pero seguía lloviendo: una llovizna desagradable que chorreaba por un lado de la casa y llenaba los cristales de porquería.

Oyó ruido al fondo del patio, un gruñido curioso, como de un animal dolorido. Estaba muy oscuro para ver bien, pero distinguió un bulto oscuro que se mecía suavemente. En un momento de delirio, con la imaginación disparada por las cosas que le había contado Joss Merlyn, creyó que era un hombre colgado de una horca. Pero no tardó en darse cuenta de que era el cartel de la posada, que de algún modo, por descuido, se había aflojado y se mecía con el más leve sople de aire. Tan solo un pobre cartel a la intemperie, un cartel que había conocido tiempos mejores cuando lo colgaron por primera vez, cuyas letras blancas estaban ahora borrosas y grises y cuyo mensaje iba y venía a merced del viento: Posada Jamaica - Posada Jamaica. Bajó la persiana y se fue a la cama. Le castañeteaban los dientes y tenía las manos y los pies entumecidos. Se quedó sentada un largo rato, encogida, presa de la desesperación. Se preguntó si sería posible huir y encontrar el camino de vuelta a Bodmin, si la vencería el cansancio y, rendida, se desplomaría en la cuneta y se quedaría dormida allí mismo, para despertarse con la luz de la mañana y ver la mole imponente de Joss Merlyn recortada contra el cielo.

Cerró los ojos y al momento se le apareció esa cara sonriente, pero la sonrisa se trocó en un gesto huraño y el gesto huraño estalló en mil arrugas que se retorcían de ira, y vio la negra mata de pelo y la nariz ganchuda; los dedos largos y fuertes de Joss Merlyn se disponían a agarrarla.

Tenía la sensación de estar atrapada como un pájaro en la red, que por mucho que se revuelva jamás podrá escapar. Si quería ser libre, debía irse ahora mismo, huir por la ventana y echar a correr como una posesa por la calzada clara que cruzaba sinuosamente el páramo. Mañana sería tarde.

Esperó hasta que lo oyó subir las escaleras, murmurando, y, para su gran alivio, torció por el pasillo y se fue hacia el otro lado, a la izquierda de las escaleras. Una puerta se cerró a lo lejos y todo quedó en silencio. Se dijo que no esperaría más. Si se quedaba, aunque solo fuera una noche, bajo este techo, luego le faltaría el coraje y estaría perdida. Perdida, desquiciada, vencida, como tía Patience. Abrió la puerta y salió sigilosamente al pasillo. De puntillas, se acercó a las escaleras. Se detuvo a escuchar. Tenía la mano en la balaustrada y el pie en el primer peldaño cuando oyó ruido al otro lado del pasillo. Alguien lloraba; lloraba entre pequeños gemidos espasmódicos e intentaba ahogar el llanto en la almohada. Era tía Patience. Mary esperó un momento y después volvió a su habitación, se tiró en la cama y cerró los ojos. Fuera lo que fuese lo que debía afrontar en adelante y por muy asustada que estuviera, todavía no se iría de la posada. Tenía que quedarse con tía Patience. Aquí la necesitaban. Tal vez su tía encontrara consuelo en ella, tal vez llegaran a entenderse y, de alguna manera que ahora no quería pensar por agotamiento, se las arreglaría para protegerla, para interponerse entre ella y Joss Merlyn. Su madre había trabajado y vivido sola diecisiete años, había sufrido más penalidades de las que conocería ella en toda su vida. Pero jamás habría huido por culpa de un hombre medio loco. Jamás habría tenido miedo de una casa que apestaba a maldad, por muy aislada que estuviera en este monte barrido por los vientos, como un hito solitario, desafiando al hombre y a la tormenta. Su madre se habría enfrentado valerosamente a sus enemigos. Sí, y al final los habría conquistado. No, no se daría por vencida.

Y se quedó en su duro lecho; le hervía la cabeza, rogaba que llegara el sueño, se sobresaltaba con cualquier ruido, desde los arañazos de un ratón en la pared de la cabecera hasta el crujido del cartel del patio. Contó los minutos y las horas de

una noche eterna y, con el primer canto del gallo, en el campo de detrás de la casa, dejó de contar, suspiró y se durmió como un muerto.

Capítulo III



Mary se despertó con un viento muy fuerte del oeste y un sol débil y desvaído. Lo que la arrancó del sueño fue el tintineo de la ventana y, a juzgar por la luz del día y el color del cielo, dedujo que se había dormido y que debían de ser más de las ocho. Se acercó a la ventana, miró al patio y vio que la puerta del establo estaba abierta y que había huellas recientes de cascos en el barro. Aliviada, pensó que el patrón de la casa habría salido, así que su tía Patience estaría sola, aunque fuera solo un ratito.

Se apresuró a deshacer el equipaje, sacó una falda gruesa, un delantal de colores, los zapatos cerrados que llevaba en la granja y a los diez minutos ya estaba lavándose en el fregadero de la trascocina.

Tía Patience llegó del gallinero, que estaba en la parte de atrás de la casa, con unos huevos recién puestos en el delantal, y se los enseñó con una sonrisita de misterio.

—Pensé que te apetecería uno para desayunar —le dijo—. Anoche estabas tan cansada que casi no comiste nada. Y te he guardado un poco de nata para el pan.

Tenía una actitud normal esta mañana y, a pesar de la irritación de los ojos, que revelaba la noche de preocupación que había pasado, era evidente que estaba haciendo un esfuerzo por parecer animosa. Mary se dijo que solo se desmoronaba como un niño asustado en presencia de su marido, y que cuando él no estaba tenía la misma facilidad infantil para olvidar y disfrutar de pequeños momentos, como este de prepararle el desayuno y poner un huevo a cocer.

Ninguna de las dos aludió a la noche anterior; tampoco nombraron a Joss. Mary no preguntó adónde había ido ni por qué, y tampoco tenía interés en saberlo, pero se alegraba mucho de su ausencia.

Se dio cuenta de que su tía prefería hablar de cosas no relacionadas con su vida actual; parecía que temiera cualquier pregunta, así que Mary optó por contarle anécdotas recientes de Helford, las complicaciones de la vida y la enfermedad y muerte de su madre.

No estaba segura de que su tía le prestara atención, aunque asentía de vez en cuando y fruncía los labios o movía la cabeza y decía alguna palabra suelta; pero le daba la sensación de que la ansiedad y el temor con los que vivía desde hacía años le habían mermado la capacidad de concentración y que sentía un terror profundo que le impedía entregarse con interés a la conversación.

Por la mañana tenían que hacer las tareas domésticas de costumbre y Mary tuvo ocasión de conocer la posada de arriba abajo.

Era un edificio lóbrego y laberíntico, con pasillos largos y habitaciones inesperadas. La entrada a la cantina era independiente, estaba en un lado de la casa y, aunque ahora estaba vacía, quedaba algo en el aire de la última vez que había estado llena: un olor rancio a tabaco y bebida y una impresión cálida de humanidad y suciedad impregnaban los sucios bancos oscuros.

Aunque la impresión general que evocaba era desagradable, parecía la única estancia vital de la posada, no resultaba inhóspita ni lúgubre. Las otras habitaciones estaban descuidadas o no se usaban: incluso la salita que había al lado del porche tenía un aspecto abandonado, como si hiciera muchos meses que no entraba allí ningún viajero honrado a calentarse la espalda en un fuego luminoso. Las habitaciones de huéspedes del piso de arriba se encontraban, si cabe, en peor estado. Una hacía las veces de trastero, con cajas apiladas contra la pared y viejas mantas de montar roídas por una familia de ratas o ratones. En la de enfrente se almacenaban patatas y nabos encima de una cama rota.

Mary supuso que su pequeño dormitorio debía de haber estado en condiciones parecidas y que, si ahora tenía algún mueble, se lo debía a tía Patience. En la habitación de sus tíos, en el otro pasillo, no se atrevió a entrar. Debajo, al final de un pasillo que corría paralelo al de arriba, largo y en dirección opuesta a la cocina, había otro cuarto, pero estaba cerrado con llave. Mary salió al patio para verlo desde fuera, pero la ventana estaba cegada con tablones clavados en el marco y no pudo ver nada.

La casa y los edificios anejos delimitaban tres lados del pequeño cuadrado que era el patio, en cuyo centro había un pesebre y un abrevadero. Y más allá, el camino, como una estrecha cinta blanca que se extendía hasta el horizonte, con el páramo pardo y enfangado a ambos lados. Mary salió a la calzada, echó un vistazo alrededor y, hasta donde alcanzaba la vista, no había nada más que

montes negros y el páramo. La posada de pizarra gris, con sus altas chimeneas, imponente y deshabitada como parecía, era la única vivienda que se divisaba en el paisaje. Al oeste, altos riscos alzaban la cabeza al cielo; unos, cubiertos de vegetación amarilla que brillaba al huidizo sol invernal, parecían lisos como suaves colinas; en cambio otros, siniestros y austeros, coronaban su cumbre con granito y grandes losas de piedra. Las nubes ocultaban el sol intermitentemente y las sombras, alargadas como dedos, volaban por todo el páramo. El color aparecía a manchas; unas veces los montes se jaspeaban de morado y añil, o un débil rayo de sol se filtraba por una nube de gasa y un monte se teñía de marrón dorado, en tanto el de al lado languidecía en la sombra. El paisaje nunca era el mismo: al este, la gloria del mediodía sobre un páramo sosegado cual desierto de arena; y hacia el oeste, a lo lejos, el invierno ártico que una nube dentada con forma de capote de bandolero echaba sobre los montes esparciendo granizo, nieve y una lluvia furiosa sobre las peñas de granito. El aire era recio y fragante, frío como el de las montañas y extrañamente puro. Para Mary, acostumbrada como estaba al clima suave y templado de Helford, con sus altos setos y sus árboles protectores, fue toda una revelación. Allí, ni siquiera el viento del este soplaba con crudeza, porque el brazo del cabo era como una defensa para los que vivían en tierra y solo el río corría, turbulento y verde, batiendo espuma blanca en la cresta de las olas.

Por muy severa y aborrecible, por muy yerma y abandonada que fuera esta nueva región, con la posada Jamaica alzándose sola en el monte como única barrera frente a los cuatro vientos, el aire tenía algo que incitaba a Mary a la aventura. La pinchaba, le sacaba los colores y le ponía los ojos brillantes; jugaba con su pelo, se lo echaba en la cara; al respirar hondo, se le colaba por la nariz hasta los pulmones, más saciante y dulce que un trago de sidra. Se acercó al abrevadero y metió las manos en el chorro. El agua era cristalina y estaba helada. Bebió un poco; no se parecía a ninguna otra agua que hubiera bebido hasta entonces; era rara, tenía un regusto a tierra, como el tufo de la turba en el hogar.

Era un agua profunda que saciaba, porque le quitó la sed.

Se encontraba físicamente fuerte y valiente de espíritu, y volvió a la casa en busca de su tía; estaba hambrienta y esperaba que la comida estuviera preparada. Se lanzó con gran apetito sobre el guiso de cordero y los nabos y, tan pronto

como se llenó por primera vez en veinticuatro horas, recobró el coraje y se dispuso a interrogar a su tía y a asumir las consecuencias.

–Tía Patience –empezó–, ¿por qué mi tío es el patrón de la posada?

El ataque repentino y directo pilló a la mujer por sorpresa y se quedó un momento mirando a Mary sin responder. Después se ruborizó y comenzó a fruncir los labios.

–Pues... –vaciló– es... es un sitio destacado del camino. Eso se ve. Estamos en la calzada principal que viene del sur. Las diligencias pasan por aquí dos veces al día. Salen de Truro y Bodmin con destino a Launceston. Tú llegaste ayer en una diligencia. Siempre hay tráfico en la calzada: viajeros, particulares y, a veces, marineros de Falmouth.

–Sí, tía Patience, pero ¿por qué no paran en la posada?

–Sí, sí paran. A menudo toman algo en la cantina. Tenemos una buena parroquia.

–¿Por qué dice eso, si la salita de la entrada no se usa y las habitaciones de huéspedes están llenas de trastos que solo dan servicio a las ratas y a los ratones? Las he visto con mis propios ojos. Conozco algunas posadas mucho más pequeñas que esta. Había una en el pueblo. El patrón era amigo nuestro. Madre y yo fuimos muchas veces a tomar el té a su salón, y subimos también al piso de arriba, aunque solo había dos habitaciones, pero estaban amuebladas y dispuestas para los viajeros.

Su tía se quedó callada, frunciendo los labios y retorciéndose las manos en el regazo.

–A tu tío Joss no le gusta que se quede nadie –dijo por fin–. Dice que nunca se sabe a quién metes en casa. Claro, en un sitio tan aislado como este... podrían asesinarnos mientras dormimos. En un camino como este hay gente de todas clases. Sería arriesgado.

–Tía Patience, eso son tonterías. ¿De qué sirve una posada si no puede dar cama a los viajeros honrados? ¿Para qué se construyó, si no? Y ¿de qué viven, tía, si no viene gente?

–Sí que viene, sí –replicó la mujer, enfurruñada–, ya te lo he dicho. Vienen hombres de las granjas y lugares de los alrededores. Hay muchas granjas y cabañas esparcidas en varios kilómetros a la redonda y esa gente viene aquí.

Algunas noches la cantina se llena.

–El cochero que me trajo ayer me dijo que las personas respetables ya no vienen a la posada porque tienen miedo. Eso me dijo.

Tía Patience se puso pálida y se le iban los ojos de un lado a otro. Tragó saliva y se pasó la lengua por los labios.

–Tu tío Joss tiene un temperamento fuerte –dijo–, como has podido ver. Enseguida se enfada; no le gusta que se metan con él.

–Pero, tía, ¿por qué iba nadie a meterse con el patrón de una posada que ejerce su oficio honradamente? ¿Quién va a asustarse solo porque un posadero sea muy irritable? No es motivo suficiente.

La mujer se calló. Había agotado sus recursos y se plantó, tozuda como una mula. No se movería de donde estaba. Mary probó a hacerle otra pregunta.

–¿Por qué vinieron a vivir aquí? Mi madre no lo sabía; creíamos que estaba usted en Bodmin; nos escribió desde Bodmin cuando se casó.

–Conocí a tu tío en Bodmin, pero nunca vivimos allí –contestó la mujer, hablando lentamente–. Estuvimos una temporada en Padstow y después nos mudamos aquí. Tu tío compró la posada al señor Bassat. Creo que llevaba unos años vacía y a tu tío le pareció que le convenía. Quería asentarse. Había viajado mucho hasta entonces; ha estado en tantos sitios que no me acuerdo de los nombres. Creo que una vez estuvo en América.

–Esta casa es un poco rara para asentarse, me parece a mí –dijo Mary–. No pudo haber elegido peor, ¿verdad?

–Está cerca de su antiguo hogar –dijo–. Tu tío nació a unos kilómetros de aquí, en Twelve Men's Moor. Su hermano Jem vive allí ahora, en una casita, cuando no anda de correría por toda la comarca. A veces viene a vernos, pero a tu tío Joss le da igual.

–¿El señor Bassat viene de visita alguna vez?

–No.

–¿Por qué, si la posada era suya?

Tía Patience empezó a retorcerse las manos y a fruncir los labios otra vez.

–Hubo algunos malentendidos –contestó–. Tu tío la compró por medio de un amigo. El señor Bassat no sabía quién era Joss hasta que vinimos aquí, y no le hizo mucha gracia.

—¿Por qué?

—No había visto a tu tío desde que se fue de Trewartha, cuando era mozo. Tu tío era un joven alocado; tenía fama de violento. Pero no era culpa suya, Mary, era su desgraciado destino. Todos los Merlyn eran unos brutos. Su hermano pequeño, Jem, es peor que él, estoy segura. Pero el señor Bassat prestó oídos a un montón de mentiras sobre Joss y se molestó muchísimo cuando se enteró de que le había vendido la posada Jamaica. Y ya está, ahora ya lo sabes todo.

Se recostó en la silla, agotada por el exhaustivo interrogatorio. Rogaba con la mirada que no le preguntara nada más y estaba pálida y demacrada. Mary vio que ya había sufrido bastante, pero, con la audacia cruel de la juventud, se atrevió a hacerle una pregunta más.

—Tía Patience —dijo—, por favor, míreme y contésteme, y le prometo que no le haré ninguna pregunta más. ¿Qué tiene que ver el cuarto cerrado del fondo del pasillo con los vehículos que, según me ha dicho mi tío, se detienen en la posada por la noche?

No bien hubo hecho la pregunta se arrepintió y, como tantos que preguntan precipitadamente y a destiempo, deseó no haber pronunciado esas palabras. Pero ya era tarde. El mal estaba hecho.

Una expresión extraña transformó el rostro de su tía, que la miró desde el otro lado de la mesa con sus grandes ojos hundidos rebosantes de terror. Le temblaba la barbilla y se llevó la mano a la garganta. Estaba muy asustada, como angustiada.

Mary se levantó y se arrodilló a su lado. Le echó los brazos alrededor del cuerpo, la estrechó con fuerza y la besó en la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No se enfade conmigo; soy bruta e impertinente. No tengo ningún derecho a hacerle preguntas, no es asunto mío; estoy avergonzada, tía. Por favor, olvide lo que le he preguntado.

Patience se tapó la cara con las manos. Se quedó inmóvil, sin hacer caso a su sobrina. Guardaron silencio unos minutos, mientras Mary le acariciaba los hombros y le besaba las manos.

Después, Patience se soltó y la miró. Sin miedo ya en los ojos, tranquilizada, le cogió las manos y la miró a la cara.

—Mary —dijo en voz baja y grave, como un murmullo—, Mary, no puedo

contestarte porque ni siquiera yo sé la respuesta a muchas cosas. Pero, como eres mi sobrina, la hija de mi hermana, tengo que hacerte una advertencia.

Eché un vistazo por encima del hombro, como si temiera que Joss estuviera en las sombras de detrás de la puerta.

—Mary, en la posada Jamaica pasan cosas que jamás me he atrevido a contar. Cosas feas, cosas viles. No te las puedo decir por nada del mundo; ni siquiera puedo reconocérmelas a mí misma. Con el tiempo llegarás a saber algunas. Es inevitable, si vives aquí. Tu tío Joss se junta con hombres raros que se dedican a asuntos raros. A veces vienen por la noche; desde la ventana de tu cuarto, que está encima del porche, oirás pasos, voces y llamadas a la puerta. Tu tío les abre y se los lleva al cuarto del fondo, que está cerrado con llave. Se meten todos allí y yo les oigo hablar muchas horas desde mi dormitorio. Se van antes del amanecer sin dejar rastro, como si nunca hubieran venido. Mary, cuando vengan, no me digas nada, y a tu tío tampoco. Quédate en la cama y tápate los oídos con las manos. No me hagas preguntas nunca, a tu tío tampoco, ni a nadie, porque si llegaras a saber la mitad de lo que sé yo, se te volvería el pelo blanco, como a mí, y te temblaría la voz y llorarías por la noche, y esa juventud adorable de la que gozas ahora se marchitaría, como la mía.

Se levantó de la mesa, apartó la silla y Mary la oyó subir las escaleras con paso lento e inseguro, y seguir por el pasillo hasta su habitación, y cerrar la puerta.

Mary se sentó en el suelo junto a la silla vacía y, por la ventana de la cocina, vio que el sol había desaparecido detrás del monte más lejano, y que la malevolencia gris de las noches de noviembre no tardaría en caer de nuevo sobre la posada Jamaica.

Capítulo IV



Joss Merlyn estuvo ausente casi una semana y en ese tiempo Mary pudo conocer un poco los alrededores.

No hacía falta que atendiera la cantina, porque no iba nadie cuando el patrón no estaba y, después de ayudar a su tía con las labores de la casa y la cocina, podía hacer lo que quisiera. A Patience Merlyn no le gustaba salir a pasear; no sentía el menor deseo de moverse más allá del gallinero de la parte trasera ni tenía el menor sentido de la orientación. Conocía vagamente el nombre de los montes porque se los había oído a su marido, pero no sabía dónde estaban ni cómo se llegaba a ellos. Y así, Mary salía sola a mediodía, con la única guía del sol y un sentido común muy arraigado, herencia natural de su origen campesino.

El páramo era incluso más agreste de lo que suponía. Se extendía de este a oeste como un desierto inmenso, cruzado por senderos de vez en cuando, con grandes montes en el horizonte.

No se veía el final, aunque en una ocasión, desde la peña más alta que había detrás de la posada, divisó el brillo plateado del mar hacia el oeste. Pero era una tierra silenciosa y desolada, extensa, ajena a la mano humana; en las altas peñas, las losas de piedra descansaban caprichosamente unas sobre otras como centinelas colosales, que montaban guardia desde que la mano de Dios les diera forma.

Unas parecían muebles gigantescos: sillas monstruosas y mesas retorcidas; a veces, otras piedras de menor tamaño ocupaban la cumbre como un gigante recostado que sumía en la sombra el brezo y las ásperas matas de vegetación. Otras eran alargadas y se sostenían de pie de una forma inesperadamente milagrosa, como si se apoyaran en el viento; muchas eran planas, como altares, y miraban al cielo con su cara lisa y pulida esperando el sacrificio que nunca llegaba. En las alturas vivían algunas ovejas salvajes, cuervos y águilas ratoneras; los montes eran el refugio de todas las cosas solitarias.

Entre los montes, en el páramo, pastaban reses negras que pisaban el firme

terreno con cautela y, gracias a su conocimiento innato, evitaban las tentadoras matas de hierba, que no eran de hierba ni mucho menos, sino pantanales que suspiraban y murmuraban. Cuando el viento soplaba en los montes silbaba lúgubrememente entre las hendiduras del granito y a veces se estremecía como un hombre doliente.

Llegaban vientos raros de origen desconocido; barrían la superficie de la vegetación y la hacían estremecerse; soplaban y ondeaban la superficie de los charquitos de lluvia que llenaban las oquedades de las piedras. A veces el viento gritaba y aullaba y su voz retumbaba en las grietas, gemía y se perdía. Entre los riscos reinaba un silencio de otra época, una época pasada y desaparecida como si jamás hubiera sido, una época en la que no existía el hombre pero unos pies paganos hollaban los montes. Y en el aire había una quietud, una paz más extraña aún, que no era la paz de Dios.

Mary Yellan recorría el páramo, subía a las peñas y descansaba en las hondonadas bajas, junto a manantiales y riachuelos, pensando en Joss Merlyn, en lo que tenía que haber sido su infancia, en que se había torcido como los piornos enanos, en que el viento del norte le había arrebatado la juventud.

Un día cruzó el East Moor en dirección al lugar que le había dicho él la primera noche y, después de un trecho, sola en una cresta entre ondulaciones, rodeada por todas partes de páramo yermo, vio que el terreno descendía hasta una ciénaga profunda y traicionera por la que discurría un arroyo cantarín. Y a lo lejos, al otro lado de la ciénaga, un peñasco apuntaba sus poderosos dedos hacia el cielo como una mano agrietada que surgiera de la tierra, toda ella esculpida en granito, con la ladera de un gris ponzoñoso.

Así que aquello era el Kilmar Tor; y en alguna parte de la sólida mole de piedra, donde las crestas ocultaban el sol, había nacido Joss Merlyn y hoy vivía su hermano. Abajo, en la ciénaga, se había ahogado Matthew Merlyn. Se lo imaginó caminando por el terreno alto, silbando una canción, con el murmullo del arroyo en los oídos, y de repente, sin darse cuenta, cayó la noche y el hombre volvía sobre sus pasos, vacilante. Se lo imaginó deteniéndose un momento a pensar, maldiciendo en voz baja, para después, recobrada la confianza, encogerse de hombros y lanzarse hacia la bruma; pero antes de dar ni cinco pasos notaba de pronto que el suelo se le hundía bajo los pies, tropezaba, se caía y se levantaba

hundido hasta las rodillas en hierbajos y lodo. Intentaba agarrarse a las matas, que cedían bajo su peso. Pateaba con fuerza, las piernas no lo obedecían. Pateaba una vez más y conseguía soltar un pie, pero al avanzar sin precaución, presa del pánico, se hundía más, perdía pie y manoteaba agarrándose a los hierbajos. Mary oía sus gritos de terror; un zarapito levantó el vuelo desde la ciénaga delante de él, agitando las alas y lanzando su grito lúgubre. Cuando el zarapito desapareció detrás de una cresta, la ciénaga quedó inmóvil otra vez; solo unas matas temblaron al viento y todo quedó en silencio.

Mary dio la espalda al Kilmar, echó a correr por el páramo tropezando con piedras y abrojos y no paró hasta que la ciénaga se hundió por debajo del nivel del monte y el peñasco se perdió de vista. Había ido más lejos de lo que pensaba y el camino hasta casa se le hizo largo. Le pareció que tardaba una eternidad en llegar al último monte, rebasarlo y ver enfrente las altas chimeneas de la posada Jamaica en la sinuosa calzada. Al cruzar el patio se fijó en la puerta del establo: estaba abierta, y el poni, dentro; se le encogió el corazón. Joss Merlyn había vuelto.

Abrió la puerta tan sigilosamente como pudo, pero la parte inferior rozaba contra las losas del suelo y los goznes chirriaron. El ruido resonó en el silencio del pasillo y al momento apareció el patrón en el fondo, agachando la cabeza para no golpearse con la viga. Llevaba las mangas de la camisa enrolladas por encima de los codos, un vaso en la mano y un trapo. Al parecer estaba de muy buen humor, porque la saludó a voces, moviendo el vaso.

—¡Vaya! —gritó—. ¡No pongas esa cara tan larga! ¿Es que no te alegras de verme? ¿Me has echado mucho de menos?

Mary hizo el esfuerzo de sonreír y le preguntó si había tenido un buen viaje.

—Bueno o malo, maldita la falta que hace —contestó—. Era cuestión de dinero, eso es lo único importante. No he estado en palacio con el rey, si te refieres a eso.

Se echó a reír a carcajadas con su propia broma, y en ese momento apareció su mujer por detrás sonriendo con afectación.

En cuanto murió el eco de la risa, la sonrisa de tía Patience se desvaneció y apareció de nuevo la expresión tensa y asustada, la mirada fija, casi idiota, que se le ponía siempre en presencia de su marido.

Mary comprendió inmediatamente que el poquito de libertad que había

disfrutado su tía los días anteriores se había terminado y que ahora era otra vez la mujer nerviosa y abatida de costumbre.

Dio media vuelta para subir a su habitación, pero Joss la llamó.

—A ver —le dijo—, esta noche no hace falta que te refugies arriba. Tendrás trabajo en la cantina, ayudando a tu tío. ¿No sabes qué día de la semana es?

Mary tuvo que pensarlo. Parecía que había perdido la noción del tiempo. ¿Había cogido la diligencia el lunes? Entonces hoy era sábado. Sábado por la noche. Enseguida entendió lo que quería decir Joss. Esta noche habría parroquianos en la posada Jamaica.

Los que vivían en el páramo llegaban de uno en uno. Cruzaban el patio rápidamente y en silencio, como si no quisieran que nadie los viera. Parecían insustanciales a la tenue luz, meras sombras que bordeaban la pared hasta refugiarse en el porche para llamar a la puerta de la cantina y entrar. Algunos se alumbraban con una linterna, pero la luz discontinua parecía preocupar a los portadores, pues intentaban tapar el resplandor con su propio abrigo. Un par de ellos llegaron en poni; los cascos chocaban secamente contra las piedras, el ruido sonaba extraño en la quietud de la noche, y a continuación se oía rechinar la puerta del establo en sus goznes y el murmullo de los hombres, que hablaban en voz baja mientras dejaban la montura. Otros eran más furtivos aún, se movían sin luz alguna y atravesaban el patio en un suspiro, con el sombrero muy calado, embozados hasta las orejas, aunque esa misma actitud misteriosa delataba la intención de pasar desapercibidos. No se comprendía el motivo de tanto sigilo, porque cualquiera que pasara por el camino podía ver que esta noche la posada Jamaica estaba abierta. La luz salía a chorros por las ventanas, normalmente cerradas a cal y canto, y, a medida que anochecía y pasaban las horas, el barullo de las voces se elevaba más en el aire. A veces se oían cánticos y gritos, o grandes carcajadas, señales de que los parroquianos que habían venido con tanta cautela, como avergonzados, ya no tenían nada que temer bajo el techo de la casa: tan pronto como se vieron todos juntos, con sus amigos en la cantina, con la pipa encendida y el vaso lleno, olvidaron toda precaución.

Era un grupo curiosamente variopinto el que se reunió en la cantina alrededor de Joss Merlyn. Mary, separada y a buen recaudo detrás del mostrador, medio

escondida detrás de una barrera de vasos y botellas, podía mirar a todos sin ser vista.

Los hombres se sentaban a horcajadas en las sillas o se repantigaban en los bancos; otros se apoyaban en la pared o merodeaban encorvados entre las mesas; un par de ellos, de cabeza o estómago más débil, yacían en el suelo cuan largos eran. Casi todos iban sucios, harapientos, desaliñados, despeinados y con uñas rotas; eran trotamundos, cazadores furtivos, salteadores, vagabundos, ladrones de ganado y gitanos. Había un granjero que había perdido su granja por falta de cuidado y de honradez; un pastor que había quemado el almiar de su patrón; un tratante de caballos al que habían expulsado de Devon. Había también un zapatero de Launceston que utilizaba su oficio como tapadera para comerciar con objetos robados; uno de los que estaban en el suelo durmiendo la mona había sido segundo de a bordo en una goleta de Padstow y había varado el barco. El hombrecito del rincón del fondo que se mordía las uñas era un pescador de Port Isaac y corría el rumor de que tenía mucho oro guardado en una media que escondía en la chimenea de su cabaña... aunque nadie sabía de dónde lo había sacado. Algunos vivían en los alrededores, a la sombra misma de las peñas, y nunca habían visto nada más que el páramo, las ciénagas y el granito; uno había venido a pie y sin farol desde Crowdy Marsh, más allá de Roughtor, por el Brown Willie², como si nada; el de Cheesewring estaba ahora sentado con la cara hundida en una jarra de cerveza, las botas en la mesa, al lado de un pobre hombre medio tonto que había venido desde el Dozmary. Este último tenía una marca morada de nacimiento que le cruzaba la cara de arriba abajo; no paraba de pellizcarse el antojo hinchando los carrillos, y Mary, que lo tenía enfrente, a pesar de todas las botellas que la separaban de él, se puso mala y casi perdió el conocimiento al verlo; por no hablar del olor rancio a alcohol y tabaco y del ambiente cargado, con tanta gente que no se lavaba, que le revolvía el estómago y le daba náuseas hasta el punto de que vomitaría si se quedaba allí mucho tiempo más. Afortunadamente no tenía que moverse entre las mesas; su trabajo consistía en quedarse detrás del mostrador lo más escondida posible, fregar y secar los vasos a medida que hiciera falta y rellenarlos en el tirador o con la botella, mientras Joss Merlyn se los servía a los parroquianos o levantaba la trampilla del mostrador y salía a reírse con uno, decirle una barbaridad a otro,

dar unos golpecitos en el hombro a este o saludar al de más allá con un brusco movimiento de cabeza. Después de los primeros ataques de risa, la primera mirada de curiosidad, encogimiento de hombros o sonrisa, los parroquianos de la taberna dejaron de prestar atención a Mary. La consideraron sobrina del patrón, algo así como la doncella de la mujer de Merlyn, tal como se la habían presentado y, aunque algunos de los más jóvenes se habrían puesto a hablar con ella y a marearla, sabían que el patrón no le quitaba el ojo de encima y temían que si se tomaban con ella alguna confianza se enfadaría, porque seguramente la había traído a la posada para darse él una alegría. Por eso, para su gran alivio, nadie la molestaba, aunque si hubiera sabido el motivo de la reticencia de los muchachos, habría salido de la barra avergonzada y asqueada esa misma noche.

Su tía no bajó a la cantina, aunque en algunos momentos Mary entrevió su sombra detrás de la puerta y oyó pasos en el pasillo; en una ocasión la vio mirando con ojos de susto por la rendija de la puerta. La velada se hacía interminable, Mary solo pensaba en que terminara de una vez. El ambiente estaba tan saturado de humo y respiraciones que casi no se distinguía el fondo de la cantina, y sus ojos, cansados y entornados, veían la cara de los hombres deformada, distorsionada, todo pelambreira y dientes, con una boca demasiado grande en proporción con el cuerpo, en tanto los que ya habían bebido su dosis y no podían con una gota más yacían como muertos en los bancos o en el suelo, tapándose la cara con las manos.

Los que todavía se sostenían de pie se reunieron alrededor de un rufián sucio y bajito de Redruth, que se había impuesto como el gracioso de la banda. La mina en la que trabajaba estaba ahora en ruinas y el hombre se había echado a los caminos haciendo de lañador, buhonero o vendedor ambulante y, por lo tanto, había cosechado una sarta de canciones groseras, espigadas tal vez en las entrañas de la tierra negra en la que se había sepultado en el pasado, de manera que ahora, con esas piedras preciosas, procuraba diversión a la parroquia de la posada Jamaica.

Acogían sus ocurrencias con un jolgorio que casi sacudía los cimientos, encabezado, naturalmente, por las sonoras carcajadas del patrón, pero a Mary, estas risotadas feas y escandalosas, sin un matiz de alegría, que retumbaban en los oscuros pasillos de piedra y en las habitaciones vacías de arriba como un ser

torturado, le resultaban espantosas. El buhonero los estaba provocando a costa del desgraciado tonto de Dozmary, que estaba fuera de sí por el alcohol, acuclillado en el suelo como un animal porque no podía levantarse. Lo subieron a una mesa; el buhonero le hacía repetir la letra de sus canciones entera y con gestos, mientras los demás se desternillaban de risa; y el pobre hombre, animado por los aplausos que le dedicaban, bailoteaba encima de la mesa relinchando de gusto y pellizcándose el antojo morado con las uñas rotas. Mary no lo soportaba más. Tocó a su tío en el hombro, él se volvió, tenía la cara congestionada por el calor que hacía, cubierta de sudor.

–No lo soporto más –le dijo–. Sirva usted a sus amigos. Me voy arriba, a mi habitación.

Joss se secó el sudor de la frente con la manga y se quedó mirándola. Mary no se esperaba que estuviera tan sobrio, a pesar de lo mucho que había bebido; sin embargo, aunque fuera el cabecilla de esta reunión tan desenfadada y tumultuosa, sabía bien lo que hacía.

–No lo soportas más, ¿eh? –le dijo–. ¿Te crees un poco superior a esta gentuza? Voy a decirte una cosa, Mary. Has estado muy tranquila detrás del mostrador, tendrías que ponerte de rodillas y agradeceréme. Te han dejado en paz porque tienes el honor de ser mi sobrina, querida, pero si no... ¡por Dios que quedaría muy poco de ti en estos momentos! –Volvió a reírse y le pellizcó la mejilla hasta hacerle daño–. ¡Lárgate, vamos! –le dijo–. Es casi medianoche y no quiero verte por aquí. Enciérrate en la habitación esta noche, Mary, y baja la persiana. Tu tía lleva una hora en la cama tapada hasta la cabeza.

Bajó la voz, se agachó para hablarle al oído, la agarró por la muñeca y se la dobló hacia la espalda hasta que le arrancó un grito de dolor.

–Bien –dijo–, esto no es más que una muestra de castigo, ya sabes a qué atenerte. Si no abres la boca, te trataré como a un cordero. La curiosidad no conviene en la posada Jamaica, tenlo presente. –Ya no se reía, sino que la miraba con el ceño fruncido, como si fuera a leerle el pensamiento–. No eres tan necia como tu tía –prosiguió, hablando lentamente–, es lo malo del asunto. Tienes carita de mona lista y cabeza de mona inquisidora; no te asustas por cualquier cosa. Pero, Mary Yellan, te lo advierto: te partiré la sesera si no te dominas, y todo el cuerpo. Y, ahora, vete a la cama y que no vuelva a verte esta noche.

Giró sobre sus talones y, todavía con el ceño fruncido, cogió un vaso del mostrador y empezó a darle vueltas entre las manos frotándolo despacio con un paño. La mirada despectiva de Mary debió de irritarlo porque el buen humor desapareció en un instante y soltó el vaso con tanta ira que lo hizo añicos.

–Quitadle la ropa a ese maldito tonto –dijo con voz de trueno– y mandádselo desnudo a su madre. A lo mejor el aire de noviembre le enfría esa jeta morada que tiene y le cura esas manías perrunas. Esta posada se ha hartado de él.

El buhonero y los suyos aullaron de gusto y tumbaron al desgraciado boca arriba; empezaron por quitarle la chaqueta y los pantalones, mientras el pobre tipo, perplejo, manoteaba inútilmente y gemía como una oveja.

Mary salió de allí, cerró de un portazo y subió las quejumbrosas escaleras tapándose los oídos con las manos, pero seguía oyendo el eco de las risas y las canciones, que la perseguía por el frío pasillo hasta su habitación y se colaba por los resquicios de los tablones del suelo.

Se encontraba muy mal y se tiró en la cama con la cabeza entre las manos. En el patio se oía una barahúnda de ruidos y grandes carcajadas; un rayo de luz de una linterna que se movía alcanzaba su ventana. Al levantarse a bajar la persiana alcanzó a ver una silueta desnuda y temblorosa que cruzaba el patio a grandes saltos, chillando como una liebre; un puñado de hombres la perseguía abucheándola y burlándose, con la figura gigantesca de Merlyn delante de todos chasqueando un látigo sobre la cabeza de la triste víctima.

Mary hizo lo que le había dicho su tío. Se desvistió rápidamente y se metió en la cama; se tapó con las mantas y se metió los dedos en los oídos pensando únicamente en dejar de oír el horror y la juerga de abajo; pero ni con los ojos cerrados y la cabeza hundida en la almohada desaparecía la cara morada del pobre tonto mirando a los acosadores, y todavía oía el eco débil de sus gritos cuando el pobre hombre tropezó en la zanja y se cayó.

Entró en ese estado que aguarda en la frontera del sueño, cuando los acontecimientos del día acuden a la cabeza en tropel y se confunden unos con otros. Las imágenes bailaban delante de ella, cabezas de gente desconocida, y, aunque a veces le parecía que estaba en el páramo, con el gran peñasco de Kilmar que empuñecía los montes de alrededor, veía al mismo tiempo el caminito de luz que dibujaba la luna en el suelo del dormitorio y oía el golpeteo constante de

la persiana. Antes oía voces y ahora no; a lo lejos, en la calzada, galopaba un caballo y crujían ruedas, pero ahora todo estaba en silencio. Se durmió; y de pronto, sin previo aviso, un chasquido quebró la paz mental que la envolvía y se despertó de repente; se incorporó en la cama y el rayo de luna le dio en la cara.

Aguzó el oído; al principio no oyó nada, solamente los latidos de su corazón, pero a los pocos minutos oyó otra cosa, esta vez de debajo de su habitación: como si arrastraran algo pesado por las losas del pasillo y chocaran contra las paredes.

Se levantó, fue a la ventana y abrió una rendija en la persiana. Había cinco carros en el patio. Tres tenían capota, cada uno tirado por dos caballos, y los otros dos eran carretas. Uno de los que tenían capota estaba exactamente al pie del porche y los caballos despedían vaho.

Algunos de los hombres que antes bebían en la cantina se encontraban ahora alrededor de los vehículos; el zapatero de Launceston estaba al pie de la ventana de Mary hablando con el tratante de caballos; el marinero de Padstow se había espabilado y acariciaba la cabeza a un caballo; el buhonero que había torturado al pobre tonto estaba subiéndose a una carreta con algo que acababa de levantar del suelo. Había también unos cuantos a los que Mary no conocía. Les veía la cara muy bien a la luz de la luna, pero brillaba tanto que los hombres parecían preocupados, porque uno señaló al cielo e hizo un gesto de fastidio, mientras otro se encogía de hombros y otro más, que tenía una actitud autoritaria, agitaba el brazo con impaciencia, como indicándole que se diera prisa; se volvieron los tres al mismo tiempo, desaparecieron en el porche y entraron en la posada. Entretanto seguía oyéndose el ruido de la carga que arrastraban; desde donde se encontraba, Mary podía seguir la trayectoria fácilmente. Trasladaban algo por el pasillo hasta el cuarto del fondo, el que tenía las ventanas cegadas y la puerta cerrada con llave.

Empezó a comprender. Los carros traían paquetes y los descargaban en la posada. Los almacenaban en el cuarto del fondo. Los caballos despedían vaho porque habían hecho un trayecto largo –tal vez desde la costa– y en cuanto terminaran de descargar se irían y desaparecerían en la noche tan rápida y furtivamente como habían venido.

Los hombres del patio trabajaban deprisa, a contra reloj. No descargaron uno

de los vehículos, sino que pasaron la carga a una de las carretas, la que estaba junto al abrevadero. Los paquetes eran todos de distinto tamaño y aspecto; unos eran pequeños, otros grandes, otros eran rollos largos, envueltos en paja y papel. Cuando llenaron la carreta, el cochero, al que Mary no conocía, subió al pescante y se marchó.

Descargaron los otros dos carros de uno en uno; unos bultos los pasaron a las carretas, que a continuación salieron del patio, y otros los llevaron a la casa. Todo se hizo en absoluto silencio. Los hombres que antes gritaban y cantaban estaban ahora sobrios y callados, entregados al trabajo que tenían entre manos. Hasta los caballos parecían entender la necesidad de silencio, porque no se movían.

Joss Merlyn salió del porche con el buhonero. No llevaban abrigo ni sombrero, a pesar del frío que hacía, e iban remangados hasta los codos.

—¿Hemos terminado? —dijo el patrón en voz baja, y el cochero del último carro asintió y levantó la mano.

Los hombres empezaron a subirse a los vehículos. También algunos de los que habían llegado a la posada a pie y así se ahorraron dos o tres kilómetros del largo camino de vuelta. No se fueron con las manos vacías: todos llevaban algún bulto: cajas al hombro, fardos bajo el brazo... El zapatero de Launceston no solo llenó a reventar las alforjas de su poni, sino que además añadió su peso al animal, y con el cinturón un par de agujeros más suelto que al principio de la noche.

Los carros y las carretas se fueron de la posada uno detrás de otro, traqueteando por el patio como un extraño séquito funeral. Al salir a la calzada, unos se dirigieron a la izquierda y otros a la derecha hasta que desaparecieron; en el patio solo estaban ahora un hombre al que Mary no había visto antes, el buhonero y el patrón de la posada Jamaica.

Dieron media vuelta, entraron en la casa y el patio quedó vacío. Los oyó andar por el pasillo en dirección a la cantina, hasta que dejaron de oírse los pasos y una puerta se cerró de golpe.

No se oía nada más que el ronco tictac del reloj del vestíbulo y, de repente, el zumbido previo a las campanadas: dio las tres y después siguió andando con su sonsonete jadeante de moribundo.

Mary se alejó de la ventana y se sentó en la cama. El aire frío le dio en los

hombros, se estremeció y se puso la toquilla.

Imposible pensar siquiera en dormir. Estaba completamente despejada, con todos los nervios de punta y, aunque el aborrecimiento y el temor que le inspiraba su tío eran tan fuertes como siempre, en ese momento era presa de un interés y una curiosidad cada vez mayores. Ahora entendía un poco la clase de negocios a los que se dedicaba Joss. Lo que había visto esa noche era contrabando a gran escala. Sin duda la situación de la posada Jamaica era idónea para tal propósito, seguro que la había comprado solo por ese motivo. Lo que le había dicho de volver al sitio en el que había nacido era un cuento, desde luego. La posada estaba aislada en la gran calzada que cruzaba de norte a sur y enseguida comprendió que cualquiera con capacidad de organización podía montar un equipo de carros entre la costa y el río Tamar, con la posada como refugio y almacén.

Para que el negocio fuera rentable se necesitarían espías por todo el territorio; para eso estaban el marinero de Padstow, el zapatero de Launceston, los gitanos y vagabundos y el pequeño buhonero.

Y, sin embargo, aun teniendo en cuenta la personalidad, la energía y el temor que la enorme fuerza física de Joss Merlyn debía de inspirar a sus compañeros, ¿tenía él cabeza y sutileza suficientes para dirigir semejante empresa? ¿Era él quien planeaba los movimientos y las salidas? ¿La semana anterior, cuando estuvo ausente, lo preparó todo para el trabajo de esa noche?

Tenía que ser así; Mary no podía imaginárselo de otra forma y, aunque el desprecio que sentía por él aumentó, tuvo que reconocer que también sentía cierta admiración por su capacidad organizativa.

Sería necesario controlar todos los aspectos de las operaciones y elegir a los agentes, a pesar de sus rudos modales y su aspecto feroz, de lo contrario no habrían podido zafarse de la ley tanto tiempo. Si un alguacil sospechara que había contrabando, sin duda habría pensado ya en la posada Jamaica, a menos que también participara en el negocio. Mary, con la mano en la barbilla, frunció el ceño. Si no fuera por tía Patience, saldría en ese instante de la posada e iría a la ciudad más cercana a denunciar a Joss Merlyn. Lo encarcelarían rápidamente, a él y a los demás rufianes, y se terminaría el tráfico. Pero era inútil hacer planes sin tía Patience, y, además, la devoción perruna que profesaba a su marido era un

obstáculo insalvable, de momento.

Siguió dándole vueltas a la cuestión, intranquila todavía porque sabía que se le escapaba algo. La posada Jamaica era una guarida de ladrones y cazadores furtivos que, aparentemente al mando de su tío, se dedicaban a un contrabando muy lucrativo entre la costa y Devon. Hasta ahí, todo estaba claro. Pero solo había visto una parte del negocio, ¿habría más cosas que descubrir? Se acordó de la mirada de terror de su tía y de lo que le dijo en voz baja la mañana siguiente de su llegada, cuando las sombras de un anochecer temprano se apoderaron de la cocina. «Mary, en la posada Jamaica pasan cosas que jamás me he atrevido a contar. Cosas feas, cosas viles. No te las puedo decir por nada del mundo; ni siquiera puedo reconocérmelas a mí misma.» Y se retiró a su dormitorio, pálida y abatida, arrastrando los pies como un ser viejo y cansado.

El estraperlo era peligroso, era pura fraudulencia, la ley lo prohibía estrictamente, pero ¿era tan vil? No lo sabía. Necesitaba consejo, pero no tenía a quién acudir. Estaba sola en un mundo rudo y bastante aborrecible, con muy pocas esperanzas de que pudiera mejorar. Si fuera hombre, bajaría las escaleras y se enfrentaría a Joss Merlyn y a sus compinches. Sí, y lucharía contra ellos y, con suerte, derramaría su sangre. Después huiría en un caballo del establo llevándose a tía Patience y volvería al sur, a la amable costa de Helford; buscaría una granja pequeña en el camino de Mawgan o en Gweek y su tía se encargaría de las labores domésticas.

Bueno, soñar no servía de nada; había que afrontar las cosas tal como eran, y con valor, si quería sacar algún provecho de la situación.

De momento era una chica de veintitrés años que estaba en la cama, en enaguas y toquilla, sin más armas que la cabeza para enfrentarse a un sujeto que la doblaba en edad, era ocho veces más fuerte que ella y que, si supiera que lo había visto todo desde la ventana, le echaría las manos a la garganta y, con una leve presión de los dedos, pondría fin a sus preguntas.

Mary maldijo, cosa que solo había hecho una vez en su vida, cuando la persiguió un toro en Manaccan, y lo hizo con la misma intención que ahora: darse ánimos y fingir osadía.

«No permitiré que Joss Merlyn ni ningún hombre vea que tengo miedo –se dijo– y para demostrarlo voy a bajar ahora al pasillo oscuro, voy a ver lo que

hacen en la cantina y, si me mata, será por mi culpa.»

Se vistió rápidamente, se puso las medias, dejó los zapatos, abrió la puerta y se quedó escuchando un momento, pero no se oía nada más que el tictac lento y ronco del reloj del vestíbulo.

Recorrió el pasillo sigilosamente y llegó a las escaleras. Ahora ya sabía que el tercer peldaño crujía, y también el último. Empezó a bajar despacio, con una mano en el pasamanos y la otra en la pared, para aliviar el peso del cuerpo, y llegó al vestíbulo, junto a la puerta de entrada, donde no había nada más que una silla inestable y la silueta oscura del reloj de pie. El ruido ronco de la maquinaria resonaba con fuerza junto a su oído y rasgaba el silencio como si fuera un ser vivo. El vestíbulo estaba más negro que un pozo y, aunque sabía que no había nadie más allí, la misma soledad le parecía amenazadora y la puerta cerrada de la salita que no se usaba se le antojaba ahora cargada de misterios.

El aire era denso y rancio, en contraste con las baldosas del suelo, que le helaban los pies a pesar de las medias. Mientras vacilaba y reunía valor para seguir, un rayo de luz iluminó de repente el pasillo que pasaba por el fondo del vestíbulo y se oyeron voces. Seguro que habían abierto la puerta de la cantina; alguien debió de salir, porque oyó pasos que entraban en la cocina y volvían al poco tiempo, pero quienquiera que fuese dejó la puerta entreabierta; el murmullo de voces no cesó y el rayo de luz no se apagó. Mary tuvo la tentación de volver a su habitación y buscar refugio en el sueño, pero al mismo tiempo el demonio de la curiosidad no la dejaba en paz y la llevó hasta el otro pasillo, donde se agachó junto a la pared, a pocos pasos de la puerta de la cantina. Tenía las manos y la frente sudorosas y al principio no oía nada más que los fuertes latidos de su corazón. Por el resquicio de la puerta distinguió el contorno del mostrador y las botellas y los vasos y, justo frente a ella, una franja estrecha de suelo. Los fragmentos del vaso que había roto su tío seguían en el mismo sitio y, a su lado, una mancha marrón de cerveza, que habría derramado una mano insegura. Los hombres debían de estar en el banco de la pared del fondo, porque no los veía; se habían callado, pero de pronto habló una voz trémula y aguda, una voz desconocida.

—No y no —decía—. Es la última vez que se lo digo: no quiero tener nada que ver en esto. Rompo con usted desde ahora y para siempre, se acabó nuestro

acuerdo. Eso que quiere que haga es asesinato, señor Merlyn, no se puede llamar de otra manera... es puro asesinato.

Hablaba con voz aguda, las frases le temblaban al final, como si el hombre se dejara llevar por la fuerza de los sentimientos y perdiera el dominio de su propia lengua. Alguien –el patrón, sin duda– respondió en voz baja y Mary no entendió lo que decía, pero una risa rasposa interrumpió sus palabras, la risa del buhonero, sin duda. Tenía un matiz inconfundible: grosero e insultante.

Debió de insinuar una pregunta, porque el desconocido replicó enseguida en defensa propia.

–Conque me columpio, ¿eh? –dijo–. Me he arriesgado a que me columpien otras veces y no temo por mi cuello. No; solo pienso en mi conciencia y en Dios Todopoderoso; y aunque soy capaz de enfrentarme a cualquiera en una pelea justa y encajar el castigo correspondiente, si se trata de matar a inocentes, incluso mujeres y niños, con eso se va uno derecho al infierno, Joss Merlyn, y lo sabe usted tan bien como yo.

Mary oyó que movían una silla y que el hombre se ponía de pie, pero al mismo tiempo alguien dio un puñetazo en la mesa y maldijo, y su tío levantó la voz por primera vez.

–No corras tanto, amigo –le dijo–, no corras tanto. Estás metido en este negocio hasta las cejas, ¡maldita sea tu condenada conciencia! Te digo que no puedes volverte atrás ahora, ya es tarde; es tarde para ti y para todos los demás. He dudado de ti desde el primer día, con esos aires de caballero que te das y esos puños tan limpios, y por Dios que tenía razón. Harry, cierra esa puerta, atráncala.

Hubo una pela repentina, alguien gritó y alguien cayó al suelo; también la mesa se dio la vuelta al mismo tiempo y la puerta del patio se cerró de golpe. El buhonero volvió a reírse, una carcajada soez, aborrecible, y empezó a silbar una de sus canciones.

–¿Le hacemos cosquillas, como a Sam el tonto? –dijo, interrumpiéndose a media canción–. Sin esta ropa tan fina será una mierdecilla. También me vendrían bien su reloj y su cadena; los pobres de los caminos, como yo, no tenemos dinero para comprarnos relojes. Hazle cosquillas con el látigo, Joss, vamos a ver de qué color tiene la piel.

–Cierra el pico, Harry, y haz lo que te digo –respondió el patrón–. Quédate ahí, en la puerta, y pínchalo con la navaja si intenta salir. A ver, señor secretario de abogado o lo que seas en la ciudad de Truro: has metido la pata esta noche, pero a mí no me harás meterla. Te gustaría salir por esa puerta, ¿verdad? Y montar en tu caballo y largarte a Bodmin, ¿no? Sí, y a las nueve de la mañana habrías mandado a todos los jueces de estas tierras a la posada Jamaica, y un regimiento de soldados, de paso. Esa es la gran idea que tienes, ¿verdad?

Mary oía los jadeos del desconocido, seguro que le habían hecho daño en la pelea, porque cuando habló, la voz le salió insegura, a trompicones, como si estuviera muy dolorido.

–Haga su trabajo del demonio, si no le queda más remedio –murmuró–, no puedo impedirselo, y le doy mi palabra de que no lo denunciaré. Pero no voy a tomar parte, lo he dicho y lo mantengo ante usted y ante él.

Después de un silencio, Joss Merlyn volvió a hablar.

–Hay un detalle que me preocupa –dijo en voz baja–. Una vez oí esas mismas palabras en boca de un hombre, amigo, y a los cinco minutos se columpiaba en el aire... al final de una soga, amigo mío, con el dedo gordo del pie a un centímetro del suelo. Le pregunté si le gustaba estar tan cerca del suelo, pero no me contestó. La soga le hizo sacar la lengua y se la cortó en dos de un mordisco. Después me contaron que tardó siete minutos y tres cuartos en morir.

En el pasillo, Mary notó que el cuello y la frente se le ponían pegajosos de sudor y que de repente las piernas y los brazos le pesaban como el plomo. Unos puntitos negros flotaban delante de sus ojos y, con verdadero horror, se dio cuenta de que seguramente iba a perder el conocimiento.

Solo pensaba en una cosa, volver a tuestas al vestíbulo, en el que no había nadie, y refugiarse a la sombra del reloj; bajo ningún concepto podía desmayarse allí, so riesgo de que la descubrieran. Se retiró del resquicio iluminado y se alejó palpando las paredes. Ahora le temblaban las piernas y sabía que en cualquier momento le fallarían. Sintió náuseas y la cabeza le daba vueltas.

Oía la voz de su tío a lo lejos, como si hablara tapándose la boca con las manos.

–Harry, déjanos solos –dijo–. No hay más trabajo para ti esta noche en la posada. Lárgate con su caballo y suéltalo al otro lado de Camelford. Este asunto

lo arreglo yo solo.

Mary llegó como pudo al vestíbulo y, casi sin darse cuenta, giró el pomo de la puerta de la salita y tropezó al entrar. Se encogió en el suelo con la cabeza entre las rodillas.

Debió de perder el conocimiento uno o dos minutos, porque los puntitos negros que flotaban en el aire se agruparon en un solo agujero enorme y el mundo se volvió negro; pero la postura en la que se había caído la ayudó a volver en sí más rápidamente que cualquier otra cosa y enseguida pudo incorporarse apoyándose en un codo, y oyó el ruido de los cascos de un poni en el patio; también una voz que maldecía al animal y le decía que se estuviera quieto —era Harry el buhonero—, y después debió de montar y espolear al poni, porque el ruido de cascos se alejó hasta desaparecer por la calzada y perderse al final de la cuesta. Ahora su tío estaba solo en la cantina con su víctima y Mary se preguntó si sabría encontrar la vivienda más cercana del camino de Dozmary para ir a pedir ayuda. Tendría que andar tres o cuatro kilómetros por los senderos del páramo para llegar a la primera cabaña de pastores, el mismo sendero por el que se había ido hacía unas horas el pobre tonto, tal vez estuviera gimiendo y pataleando todavía en la cuneta.

No tenía la menor idea de quién viviría en esa cabaña; quizá alguno de la banda de su tío, en cuyo caso se habría metido ella sola en la boca del lobo. Tampoco podía contar con su tía, que estaba arriba, en la cama, porque en el mejor de los casos intentaría impedirle que fuera a pedir ayuda. La situación era crítica y parecía que no había escapatoria posible para el desconocido, fuera quien fuese, a menos que llegara a un acuerdo con Joss Merlyn. Si era listo, a lo mejor conseguía ganar la partida a su tío; ahora que el buhonero ya no estaba, al menos eran uno contra uno, aunque su tío contaba con la gran ventaja de la fuerza física. Mary empezaba a desesperarse. Si al menos tuviera una escopeta a mano, o una navaja, podría herir a Joss o al menos desarmarlo mientras el otro desgraciado huía de la cantina.

En estos momentos se olvidó de su propia seguridad; además, que la descubrieran solo era cuestión de tiempo y quedarse ahí acurrucada en la salita no servía de nada. Lo de perder el conocimiento había sido una cosa pasajera, pero se despreció por su debilidad. Se levantó del suelo y, agarrando el pomo con

las dos manos para hacer el menor ruido posible, entreabrió la puerta unos centímetros. En el vestíbulo no se oía nada más que el tictac del reloj, la luz del pasillo del fondo ya no se veía. Seguro que habían cerrado la puerta de la cantina. Tal vez el desconocido estuviera luchando por su vida en ese instante, intentando respirar entre las manos de Joss Merlyn, que lo sacudiría contra las losas del suelo. Sin embargo no se oía nada; fuera lo que fuese lo que sucedía detrás de esa puerta cerrada, sucedía en silencio.

Mary iba a salir una vez más al vestíbulo, dispuesta a pasar con mucho sigilo por delante de las escaleras y acercarse al pasillo del fondo, cuando un ruido en el piso de arriba la obligó a parar y a levantar la cabeza. Era una madera que crujía. Después de un minuto de silencio lo oyó de nuevo: pasos que iban y venían lentamente. Tía Patience dormía en el pasillo del otro lado, en el extremo opuesto de la casa y, por otra parte, sabía que Harry el buhonero se había ido en un poni hacía un rato. También sabía que su tío estaba en la cantina con el desconocido y que nadie había ido a las habitaciones desde que había bajado ella. Otra vez, el tablón crujió otra vez y, a continuación, los pasos lentos. Había alguien en el cuarto de huéspedes vacío del piso de arriba.

El corazón se le aceleró de nuevo, y también la respiración. Quienquiera que estuviera escondido arriba debía de llevar muchas horas, al menos desde el principio de la noche; debía de estar detrás de la puerta cuando ella se fue a la cama, porque si hubiera subido más tarde, le habría oído por las escaleras. A lo mejor había visto llegar los carros desde la ventana, igual que ella, y al muchacho tonto gritando por el camino de Dozmary. En aquellos momentos solo los separaba un tabique fino, y seguro que había oído hasta el último de sus movimientos: cuando se sentó en la cama, cuando se vistió, cuando abrió la puerta.

Pero prefería seguir escondido, de lo contrario habría salido al rellano al oírlo salir; si hubiera sido uno de la banda de la cantina, le habría dicho algo, seguro; le habría preguntado qué hacía. ¿Quién le habría abierto la puerta? ¿Cuándo había subido a la habitación? Se habría escondido allí para que no lo vieran los contrabandistas. Por lo tanto no debía de ser un contrabandista, sino un enemigo de su tío. Ya no se oían los pasos y, aunque aguzó el oído y contuvo el aliento, no oyó nada. Pero no se equivocaba, de eso estaba segura. Había alguien

escondido en la habitación contigua a la suya, un aliado quizá, que tal vez pudiera ayudarla a salvar al desconocido de la cantina. Acababa de poner el pie en el primer peldaño cuando volvió a verse luz en el pasillo del fondo y se oyó la puerta de la cantina al abrirse. Su tío salía al pasillo. A Mary no le daba tiempo a subir las escaleras antes de que él volviera la esquina, así que tuvo que retirarse rápidamente a la salita y pegar la cabeza a la puerta. El vestíbulo estaba oscuro, su tío no vería que el pestillo estaba descorrido.

Temblando de emoción y de miedo esperó hasta que el patrón cruzó el vestíbulo, subió las escaleras y llegó al rellano. De pronto los pasos se detuvieron encima de su cabeza, en la puerta de la habitación de huéspedes; su tío aguardó un par de segundos, como si también él hubiera oído algo raro. Después llamó dos veces muy suavemente.

El tablón volvió a crujir y alguien cruzó la habitación de arriba y abrió la puerta. A Mary le dio un vuelco el corazón y la desesperación se apoderó de ella una vez más. Por lo visto, no se trataba de un enemigo de Joss. Seguramente él mismo le habría abierto la puerta a primera hora de la noche, cuando preparaba la cantina con su tía para la velada, y se habría quedado allí esperando a que se fueran todos los hombres. Sería un amigo personal de su tío al que no le apetecía mezclarse con los otros ni presentarse ante la mujer del patrón, siquiera.

Joss Merlyn sabía que esa persona estaba allí desde el principio, por eso había despachado al buhonero. No quería que viera a su amigo. Dio gracias a Dios por no haber subido a llamar a su puerta.

¿Y si se les ocurría entrar en su habitación a ver si estaba dormida? Poca esperanza habría para ella si llegaban a enterarse de su ausencia. Miró hacia atrás, a la ventana. Estaba cerrada y atrancada. No había manera de escapar. Ahora bajaban las escaleras; se detuvieron un instante en la puerta de la salita. Mary llegó a creer que iban a entrar. Estaban tan cerca que podía haber tocado a su tío en el hombro por la rendija. Cuando Joss habló fue como si le hablara a ella al oído.

–Es usted quien tiene la última palabra –dijo en voz baja–, lo dejo a su juicio, no al mío. Lo haré yo o lo haremos entre los dos. Usted dirá.

Con la puerta de por medio, Mary no podía ver ni oír al nuevo compañero de su tío y, si respondió con algún gesto, se quedó sin saberlo. No estuvieron

mucho rato junto a la puerta de la salita, sino que cruzaron el vestíbulo, fueron hasta el pasillo del fondo y después a la cantina.

Cerraron la puerta y Mary no oyó nada más.

El primer impulso fue levantar la tranca de la entrada y huir por la calzada; pero, pensándolo bien, comprendió que, si lo hacía, no sacaría nada en limpio; no sabía si habría otros hombres –el buhonero quizá y todos los demás– apostados a lo largo de la ruta, por si surgían dificultades.

Al parecer, este hombre nuevo, el que había pasado toda la noche escondido en la habitación de arriba, no la había oído salir de su dormitorio; de lo contrario, a estas horas ya se lo habría dicho a su tío y estarían buscándola; a menos que considerasen que ella no tenía ninguna importancia en el plan general. El principal objetivo que tenían era el hombre de la cantina; de ella podían ocuparse después.

Debió de estar diez minutos o más esperando oír algo y ver alguna señal, pero no pasó nada. Solo el reloj seguía con su tictac, zumbando lentamente, inmune a la acción, como un símbolo del tiempo y la indiferencia. Le pareció oír un grito, pero desapareció en un instante y fue tan débil y tan lejano que bien pudo haber sido cosa de su imaginación, tan sobrecitada con todo lo que había sucedido desde la medianoche.

Salió al vestíbulo y se acercó al oscuro pasillo. No salía luz por debajo de la puerta de la cantina. Las velas se habrían consumido. ¿Estarían los tres ahí, sentados a oscuras? Componían una fea estampa en su imaginación, un grupo siniestro, silencioso, con un propósito que ella no alcanzaba a comprender; pero la simple falta de luz añadía un matiz mortal al silencio.

Se atrevió a llegar a la puerta y pegó el oído a la madera. No se oía ni un murmullo, ni una respiración, esa insinuación inconfundible de vida. El olor rancio a alcohol que había impregnado el pasillo toda la noche se había disipado y por el agujero de la cerradura llegaba una corriente continua de aire. Mary cedió a un impulso repentino e incontrolable: abrió la puerta y entró en la cantina.

No había nadie. La puerta del patio estaba abierta y el aire frío de noviembre llenaba el espacio. Por eso había corriente en el pasillo. Los bancos estaban vacíos; la mesa que se había caído en la primera refriega seguía en el suelo, con

las tres patas levantadas hacia el techo.

Pero los hombres se habían marchado; seguro que habían ido hacia la izquierda, por el lado de la cocina, y habían salido directamente al páramo, porque si hubieran cruzado la calzada, los habría oído. El aire fresco y dulce le dio en la cara y, ahora que su tío y los desconocidos no estaban, la cantina parecía otra vez inofensiva e impersonal. El horror había pasado.

Un rayo de luna tardío formaba un círculo blanco en el suelo, dentro del cual se movía algo oscuro con forma de dedo. Era el reflejo de una sombra. Mary miró al techo y vio que habían colgado una soga del gancho de la viga. La punta de la soga era lo que proyectaba la sombra en el círculo blanco, una sombra que se movía de un lado a otro con la corriente de la puerta abierta.

Capítulo V



Pasaron los días y Mary Yellan se acostumbró a la vida en la posada Jamaica con una actitud resuelta y obstinada. Era evidente que no podía abandonar a su tía a las puertas del invierno, pero tal vez cuando llegara la primavera encontraría un motivo para convencerla y las dos cambiaran el páramo por la paz y la quietud del valle de Helford.

Al menos abrigaba esta esperanza y, entretanto, debía aprovechar lo mejor posible los meses que le quedaban por delante y estaba dispuesta a ganar la partida a su tío, si fuera posible, y a denunciarlo a las autoridades, a él y a sus compinches. Si se hubiera tratado únicamente de contrabando, se habría encogido de hombros sin más, aunque aborrecía la flagrante fraudulencia del negocio, pero, a juzgar por todo lo que había visto hasta el momento, Joss Merlyn y su banda no se conformaban solo con esto; eran hombres desesperados que no temían a nada ni a nadie y no se detenían ante el asesinato. Nunca se le olvidaba lo que había pasado aquel primer sábado por la noche, y el cabo de sogas colgado de la viga hablaba por sí mismo. No tenía la menor duda de que al desconocido lo habían colgado entre su tío y el otro hombre, y que lo habían enterrado en el páramo.

Sin embargo, no tenía pruebas que lo demostraran y, pensándolo a la luz del día, parecía una historia fantástica. Aquella noche, después de descubrir la soga, volvió a su dormitorio porque la puerta abierta indicaba que su tío podía regresar en cualquier momento y, agotada por todo lo que había visto, debió de dormirse enseguida y no se despertó hasta bien entrada la mañana, cuando su tía empezó a hacer ruido en el vestíbulo.

No quedaba rastro de lo acontecido la víspera; la cantina estaba barrida y ordenada, los muebles en su sitio, el vaso roto en la basura y ninguna soga colgaba de la viga. El patrón pasó la mañana en la cuadra y en el establo echando la porquería al patio con la horca y haciendo el trabajo que tendría que haber hecho un mozo de cuadras, si lo hubiera tenido; y a mediodía, cuando entró en

la cocina a devorar un almuerzo inmenso, preguntó a Mary por el ganado de Helford y le pidió su opinión sobre una vaca que había caído enferma, pero no hizo la menor alusión a la noche anterior. Parecía estar de bastante buen humor e incluso se le olvidó maldecir a su mujer, que revoloteaba a su alrededor, como de costumbre, pendiente de la expresión de sus ojos, como un perro dispuesto a complacer a su patrón. Joss Merlyn se comportó como un tipo normal y perfectamente sobrio, era imposible creer que hubiera asesinado a un hombre hacía solo unas horas.

Claro que tal vez fuera inocente en este caso y la culpa fuera toda de su compañero, el otro desconocido, pero ella lo había visto con sus propios ojos persiguiendo al tonto desnudo por el patio y había oído gritar al chico cuando el látigo del patrón lo alcanzó. Y lo había visto ejercer de cabecilla de la banda de sinvergüenzas de la cantina, y le había oído amenazar al desconocido que se oponía a sus órdenes; y ahora estaba sentado enfrente de ella, con la boca llena de guiso caliente y haciendo gestos de resignación con la cabeza por una vaca enferma.

Mary le respondió «sí» y «no» y siguió bebiendo su té sin dejar de mirarlo por encima de la taza, moviendo los ojos del gran plato humeante a los largos y poderosos dedos, aborrecibles a pesar de su fuerza y su gracia.

Pasaron dos semanas y la velada del sábado no se repitió. Tal vez el último botín había satisfecho al patrón y a sus compinches y, de momento, se conformaban con eso, porque Mary no volvió a oír los carros y, aunque ahora dormía profundamente, estaba segura de que el ruido de las ruedas la habría despertado. Por lo visto, a su tío le daba igual que ella saliera a pasear por el páramo y, poco a poco, empezó a conocer mejor los alrededores y a descubrir senderos nuevos que le permitían andar por terreno alto y llegar al final a las peñas, al tiempo que evitaba las hondonadas de vegetación empapada y coronada de matas tupidas que, con su aspecto inofensivo, invitaban a acercarse a verlas solo para descubrir que eran las lindes de traicioneras y peligrosas ciénagas.

Aunque se encontraba sola, no se permitía caer en la infelicidad, y esos paseos a la luz gris del mediodía preservaban al menos su estado de salud y contribuían en cierta medida a suavizar la pesadez y la tristeza de las largas noches en la posada, que su tía pasaba sentada con las manos en el regazo, mirando el fuego de turba,

y Joss Merlyn, encerrado él solo en la cantina o fuera de casa, a lomos de su poni, sin decir a nadie adónde iba.

Las visitas brillaban por su ausencia y nadie hacía un alto en la posada para reponer fuerzas o comer algo. El cochero le había dicho la verdad cuando le contó que ya nunca se detenía nadie allí; Mary veía desde el patio las diligencias que pasaban dos veces a la semana, traqueteando a toda prisa cuesta abajo y subiendo el repecho siguiente en dirección a Five Lanes, sin frenar ni detenerse a respirar. En una ocasión reconoció al cochero y lo saludó con la mano, pero el hombre hizo caso omiso y arreó animosamente a los caballos; entonces, con una sensación de ser insignificante, comprendió que el resto del mundo debía de tenerla en la misma consideración que a su tío y que, aunque intentara ir andando a Bodmin o Launceston, nadie la recibiría y le darían con la puerta en las narices.

A veces el futuro se le presentaba muy negro, sobre todo por lo poco que se esforzaba tía Patience en ser sociable; y, aunque a veces le cogía la mano y brevemente le daba unos golpecitos al tiempo que le decía lo mucho que se alegraba de tenerla en casa, la pobre mujer parecía un alma en pena casi todo el tiempo, como cuando hacía las labores de la casa mecánicamente casi sin abrir la boca, aunque las pocas veces que lo hacía era para soltar un chorro de frases absurdas sobre el gran hombre que podía haber sido su marido si la mala suerte no se hubiera cebado con él. Tener una conversación normal era prácticamente imposible, de manera que Mary se acostumbró a complacerla y le hablaba suavemente, como si fuera un niño, y todo esto le ponía a prueba los nervios y la paciencia.

Y con este estado de ánimo atroz, después de un día de viento y lluvia que no le permitió salir de casa, a la mañana siguiente se dispuso a limpiar el largo pasillo de piedra que recorría toda la parte del fondo de la casa. El duro trabajo le fortaleció los músculos, pero no le alivió el mal humor y, cuando terminó, estaba tan asqueada con la posada Jamaica y sus habitantes que le faltó poco para salir al huertecito que había detrás de la cocina, donde trabajaba su tío, indiferente a la lluvia que le empapaba la mata de pelo, y tirarle a la cara el cubo de agua sucia y jabonosa. Ver a su tía toda encorvada removiendo el insulso fuego de turba con la punta de una astilla la desbordó, y estaba a punto de empezar con las losas de

piedra del vestíbulo de la entrada cuando oyó cascos de caballo en el patio y, un momento después, alguien aporreaba la puerta de la cantina.

Nunca había ido nadie a la posada hasta el momento, así que esa llamada era un acontecimiento por sí sola. Mary volvió a la cocina a avisar a su tía, pero ya no estaba allí y, al mirar por la ventana, la vio trotando por el huerto hacia su marido, que estaba cargando turba del montón en una carretilla. No podía oír lo que decían y ellos no podían haber oído la llamada a la puerta. Se limpió las manos con el delantal y fue a la cantina. La puerta no debía de estar atrancada porque, para su gran sorpresa, había un hombre sentado a horcajadas en una silla; sostenía un vaso lleno de cerveza hasta el borde, que él mismo se había servido tranquilamente del tirador. Se miraron unos minutos en silencio.

Tenía algo que le resultaba conocido, como si lo hubiera visto antes en alguna parte. La forma de entornar los párpados, la curva de la boca, el perfil de la mandíbula, incluso la mirada osada y descaradamente insolente que le dedicaba eran detalles que reconocía, y sin duda no le gustaban.

Verlo ahí mirándola de arriba abajo al tiempo que bebía cerveza la irritó muchísimo.

—¿Qué hace usted? —le dijo secamente—. No tiene ningún derecho a entrar aquí y servirse a su gusto. Además, al patrón no le gustan los desconocidos.

En cualquier otro momento Mary se habría reído de sí misma al verse hablando de esa forma, como defendiendo a su tío, pero fregar los suelos de piedra había terminado con su sentido del humor, aunque solo fuera de momento, y necesitaba descargar la irritación con la primera víctima que encontrara.

El hombre terminó la cerveza y le tendió el vaso para que se lo rellenara.

—¿Desde cuándo hay camarera en la posada Jamaica? —le preguntó.

Sacó una pipa del bolsillo, la encendió y le arrojó una gran nube de humo a la cara. Esos modales la enfurecieron tanto que, estirándose hacia delante, le quitó la pipa de la mano y la tiró al suelo, y la pipa se rompió al momento. El hombre se encogió de hombros y se puso a silbar, pero con una falta de melodía que solo consiguió irritar más a Mary.

—¿Así le enseñan a servir a la clientela? —dijo, interrumpiéndose de pronto—. No me parece una elección acertada. En Launceston, donde estuve ayer, las

camareras están mejor educadas y además son más bonitas que muñecas de porcelana. ¿Qué ha estado haciendo? Tiene el pelo todo revuelto por detrás y la cara bastante sucia.

Mary le dio la espalda y se dirigió a la puerta, pero el hombre la llamó.

—Lléname el vaso. Para eso está aquí, ¿no? —dijo—. He recorrido veinte kilómetros a caballo desde el desayuno y tengo sed.

—Por mí, como si ha recorrido cincuenta —replicó Mary—. Parece que anda por aquí como Pedro por su casa, así que sírvase solo. Voy a decir al señor Merlyn que está usted aquí, que le sirva él, si quiere.

—¡Ah! No moleste a Joss; a esta hora del día estará como un oso con dolor de cabeza —respondió él—. Por otra parte, nunca se alegra mucho de verme. ¿Qué ha pasado con su mujer? ¿La ha echado para hacerle sitio a usted? Me parece muy mal trato para la pobre mujer. De todos modos, usted no duraría diez años aquí.

—La señora Merlyn está en el huerto, por si le interesa —dijo Mary—. Salga por la puerta y vaya hacia la izquierda, enseguida verá el huerto y el gallinero. Hace cinco minutos estaban los dos allí. No puede pasar por aquí porque acabo de fregar el pasillo y no quiero tener que hacerlo otra vez.

—Ah, no se preocupe; hay tiempo de sobra —contestó él.

Mary vio que el hombre seguía mirándola de arriba abajo sin saber qué pensar, pero la familiaridad y la insolencia despreocupada de su mirada la sacaban de quicio.

—¿Quiere hablar con el patrón o no? —le preguntó—, porque no puedo quedarme aquí todo el día dándole conversación. Si no quiere verlo y ha terminado su cerveza, deje el dinero en el mostrador y váyase.

El hombre se echó a reír, y la sonrisa y el destello de los dientes le recordaron a algo, pero todavía no logró dar con la clave.

—¿Es igual de mandona con Joss? —le preguntó—. De ser así, Joss debe de haber cambiado mucho. ¡Qué cúmulo de contradicciones es ese hombre, al fin y al cabo! Jamás hubiera creído que se dedicara a una joven, además de sus otras actividades. ¿Qué hacen con la pobre Patience por las noches? ¿La tiran al suelo o duermen los tres juntitos?

Mary se puso como la grana.

—Joss Merlyn es mi tío porque está casado con mi tía —dijo—. Tía Patience era

la hermana de mi madre. Soy Mary Yellan, por si le suena de algo. Ahí tiene la puerta. Buenos días.

Mary se fue de la cantina y al entrar en la cocina se dio de bruces con el patrón. –¿Con quién demonios hablabas en la cantina? –preguntó con voz atronadora—. ¿No te he dicho que cierres el pico?

Su voz resonó en el pasillo.

–Calma –dijo el hombre desde la cantina–, no la zurras. Me ha roto la pipa y se ha negado a servirme; eso parece fruto de tus enseñanzas, ¿no? Ven aquí, déjate ver. Espero que esta doncella te haya amansado un poco.

Joss Merlyn frunció el ceño y, empujando a Mary a un lado, entró en la cantina.

–¡Ah, vaya, eres tú, Jem! –dijo—. ¿Qué te trae hoy por aquí? No puedo comprarte caballos, si has venido por eso. Las cosas van mal y estoy más pelado que un ratón de campo después de una cosecha pasada por agua.

Cerró la puerta y dejó a Mary fuera, en el pasillo.

Mary volvió al vestíbulo principal, donde había dejado el cubo de agua, limpiándose la cara con el delantal. Así que ese era Jem Merlyn, el hermano menor de su tío. Había visto el parecido desde el primer momento, desde luego, pero, como una tonta, no había sabido identificarlo. Le había recordado a su tío a lo largo de toda la conversación, pero no había caído. Tenía los ojos igual que Joss Merlyn, sin las venillas rojas y sin bolsas, y la misma boca, pero firme, mientras que la del patrón era débil y estrecha, con el labio inferior caído. Así debía de ser Joss Merlyn hacía dieciocho o veinte años; también era un poco más bajo y menos fornido, mejor proporcionado.

Mary echó agua en las losas y empezó a frotar con furia, apretando los labios.

Qué mala ralea la de estos Merlyn, con esa insolencia calculada, esa rudeza, esos modales groseros y brutales. Este Jem tenía la misma vena cruel que su hermano, lo sabía por el gesto de la boca. Tía Patience decía que era el peor de todos. Aunque Joss le sacaba una cabeza y los hombros y era más ancho, Jem tenía una fuerza de la que carecía el mayor. Parecía más curtido, más listo. El patrón tenía sotabarba y los hombros le pesaban como una carga. Daba la sensación de que hubiera derrochado su poderío y se hubiera debilitado. Mary sabía que eso era un efecto del alcohol y por primera vez intuyó algo del proceso

de degradación de Joss Merlyn, en comparación con lo que debía de ser antes. Lo comprendió al ver a su hermano. El patrón se había traicionado él solo. Si el hermano menor era un poco sensato, se refrenaría antes de seguir por el mismo camino. Sin embargo, tal vez le diera lo mismo; tal vez fuera el sino de la familia Merlyn renunciar a seguir adelante, a hacer algo bueno en la vida, a tomar una resolución. Tenían un historial muy negro. «No se puede ir en contra de la sangre –decía su madre–, al final siempre aflora. Por mucho que luches contra ella, acaba por vencer. A veces, cuando dos generaciones consiguen limpiar el nombre, se restablece la corriente, pero lo más probable es que la tercera se tuerza y, entonces, todo vuelve a empezar.» ¡Qué pérdida tan lamentable, qué lástima! Y la pobre tía Patience se había dejado arrastrar por la corriente de los Merlyn, había perdido la juventud y la alegría y se había quedado –a decir verdad– muy poco por encima del chico tonto de Dozmary. Ella, que podía haberse casado con un granjero de Gweek y tener hijos, casa, tierras y todas las alegres trivialidades de una vida normal y feliz: cotillear con las vecinas, ir a la iglesia los domingos y al mercado una vez a la semana; la cosecha, recoger la fruta... Cosas que le habrían encantado, cosas con fundamento. Habría conocido la placidez, los años pasarían tranquilamente y el pelo se le habría vuelto blanco a su debido tiempo; años de trabajo de verdad, de disfrutar en calma. Pero había desechado todas esas promesas para vivir con dejadez junto a un bruto que además era un borracho. «¿Por qué las mujeres serán tan tontas, tan cortas de vista y tan ignorantes?», se preguntó; y, envenenada, fregó la última baldosa del vestíbulo como si con ello pudiera limpiar el mundo y borrar la falta de discreción de todas ellas.

Se acaloró en grado sumo, dio media vuelta y se fue a barrer la lóbrega salita, que no había visto una escoba en años. Una nube de polvo le subió hasta la cara cuando se puso a dar palos como una salvaje al desgraciado y deshilachado felpudo. Estaba tan absorta en la desagradable tarea que no oyó la piedra que alguien tiró contra la ventana de la salita, y no se desconcentró hasta que una lluvia de guijarros agrietó el cristal; fue a mirar y vio a Jem Merlyn en el patio, al lado de un poni.

Mary frunció el ceño y dio la espalda a la ventana, pero él respondió con otra lluvia de guijarros, que terminó de agrietar el cristal hasta el extremo de que un

trozo cayó al suelo y, con él, un guijarro.

Mary descorrió el cerrojo de la maciza puerta y salió al porche.

–Y ahora ¿qué quiere? –le preguntó, consciente de pronto de lo despeinada que estaba y de lo sucio que llevaba el delantal.

Él seguía mirándola con curiosidad, pero sin insolencia, y tuvo el detalle de parecer mínimamente avergonzado de su comportamiento.

–Perdone si he sido un poco grosero con usted hace un momento –le dijo–. Es que no me esperaba encontrar a una mujer en la posada Jamaica... y menos a una joven como usted. Creía que Joss la había traído de alguna ciudad para su entretenimiento personal.

Mary se sonrojó otra vez y se mordió el labio con fastidio.

–No sirvo para entretener –dijo sarcásticamente–. Quedaría muy bien yo en una ciudad, ¿verdad?, con mi delantal viejo y mis zapatones. Más bien creo que cualquiera que tenga ojos en la cara ve que soy una chica de campo.

–¡Ah, no sé! –dijo él con despreocupación–. Con un vestido bonito, un par de zapatos de tacón y bien peinada, me atrevería a decir que pasaría por una auténtica dama, incluso en un sitio grande como Exeter.

–Supongo que debo tomármelo como un halago –dijo Mary–, y se lo agradezco mucho, pero prefiero mil veces mi ropa vieja y seguir siendo yo.

–Podría hacer cosas mucho peores, desde luego –le dijo, como dándole la razón.

Mary lo miró y vio que se estaba riendo de ella. Dio media vuelta para entrar en casa.

–¡Ah, vamos! No se vaya –le dijo–. Sé que merezco la mirada más torva por lo que le dije antes, pero si conociera a mi hermano como yo, entendería por qué me equivoqué. Es muy raro que haya una muchacha en la posada. ¿Por qué ha venido aquí?

Mary se quedó mirándolo desde la sombra del porche. Ahora estaba serio y el parecido con Joss se había diluido. Pensó que ojalá no fuera de la familia Merlyn.

–He venido para estar con mi tía Patience –dijo–. Mi madre murió hace unas semanas y no tengo más familiares. Voy a decirle una cosa, señor Merlyn: me alegro de que mi madre no viva para ver a su hermana así.

—Supongo que la vida de casada con un Merlyn por marido no es un camino de rosas —dijo—. Siempre ha tenido un carácter endemoniado y bebe más que un pez. ¿Para qué se casó con él? Ha sido igual toda la vida, hasta donde me alcanza la memoria. Cuando yo era pequeño, me trataba como basura, y seguiría haciéndolo ahora, si se atreviera.

—Supongo que mi tía se dejó llevar por el brillo de sus ojos —dijo Mary con sarcasmo—. En Helford, mi tía era una mariposa, según decía madre. No quiso casarse con un granjero que se lo pidió y se fue del pueblo, y entonces conoció a su hermano. Seguro que fue el peor día de su vida.

—No tiene muy buena opinión del patrón, ¿eh? —dijo él en son de burla.

—Pues no —contestó ella—. Es un matón y una bestia, además de otras muchas cosas. Mi tía era una mujer feliz y risueña y la ha convertido en un mísero trapo, y eso no se lo perdonaré en mi vida.

Jem dio un silbido sin melodía y acarició el cuello al caballo.

—Los Merlyn nunca hemos tratado bien a nuestras mujeres —dijo—, me acuerdo de las zurras que le daba padre a madre, la dejaba baldada. Pero ella no lo abandonó, se quedó con él toda la vida. Cuando lo colgaron en Exeter, la mujer estuvo tres meses sin hablar con nadie. Se le puso el pelo blanco del disgusto. No me acuerdo de mi abuela, pero dicen que una vez luchó junto a mi abuelo, cerca de Callington, cuando los soldados fueron a apresarlos, y que le mordió un dedo a un tipo hasta el hueso. No tengo ni idea de por qué quería tanto a mi abuelo, porque él ni siquiera preguntó por ella después y además dejó todos sus ahorros a otra mujer, una de la otra orilla del Tamar.

Mary no dijo nada. La indiferencia del tono de Jem la sobrecogía. El hombre hablaba sin sombra de vergüenza ni compasión, y supuso que había nacido así, sin asomo de ternura, igual que toda su familia.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse en la posada? —le preguntó bruscamente—. Es un desperdicio para una joven como usted. No hay mucha compañía por aquí.

—Eso no lo puedo evitar —dijo Mary—. No pienso irme si no es con mi tía. Jamás la dejaría sola aquí, y menos después de lo que he visto.

Jem se agachó a quitar al poni una broza de la herradura.

—¿Qué novedades ha descubierto en el poco tiempo que lleva en la posada? —le preguntó—. Aquí nunca pasa nada, se lo aseguro.

Mary no se dejaba engañar fácilmente. Conociéndolo, seguro que su tío lo había animado a que hablara con ella con la idea de enterarse de algo. No, no era tan tonta. Se limitó a encogerse de hombros como quitando importancia al asunto.

–Ayudé a mi tío en la cantina un sábado por la noche –dijo– y la clientela no me gustó mucho.

–Me lo imagino –dijo Jem–. Nadie ha enseñado buenos modales a los tipos que vienen por la cantina. Pasan demasiado tiempo en la cárcel. ¿Qué pensarían de usted? Supongo que cometerían el mismo error que yo y ahora andarán hablando de usted a lo largo y ancho de toda la comarca. Incluso diría que la próxima vez Joss se la jugará a los dados y de pronto se encontrará en la grupa de un caballo, detrás de un sucio cazador furtivo del otro lado de Roughtor.

–Lo dudo –respondió Mary–. Antes muerta que irme en la grupa con nadie.

–Para el caso, lo mismo da muerta que viva –dijo Jem–. Los furtivos del páramo de Bodmin ni se darían cuenta de la diferencia.

Volvió a reírse y otra vez era exactamente igual que su hermano.

–¿Cómo se gana usted la vida? –preguntó Mary con repentina curiosidad, porque, con la conversación, se había dado cuenta de que él hablaba mejor que su hermano.

–Soy ladrón de caballos –dijo, tan orondo–, pero no es muy lucrativo en realidad. Siempre tengo los bolsillos vacíos. Aquí le conviene poder montar. Tengo un poni pequeño que le vendría de perlas. En estos momentos está en Trewartha. ¿Por qué no viene conmigo y se lo enseño?

–¿No teme que lo detengan? –dijo Mary.

–El robo es difícil de demostrar –contestó él–. Supongamos que un poni se pierde por ahí y que su dueño va a buscarlo. Bueno, ya habrá visto con sus propios ojos que estos páramos están llenos de ganado extraviado y caballos salvajes. Al dueño de ese poni le costará mucho encontrarlo. Supongamos que ese poni tiene las crines largas, una pata blanca y una marca en forma de rombo en la oreja, así la búsqueda se refina bastante, ¿verdad? Entonces el dueño va a la feria de Launceston con los ojos muy abiertos, pero no encuentra a su poni. Sin embargo, el poni está allí, sin la menor duda, lo compra un tratante y se lo lleva a otra parte. Lo que pasa es que le han cortado las crines, tiene las cuatro patas

del mismo color y la marca de la oreja no tiene forma de rombo, sino que es un cortecito. El dueño no lo miró ni dos veces. Es bastante fácil, ¿no le parece?

—Tan fácil que no sé por qué no pasa por delante de la posada Jamaica en un carruaje con un lacayo de librea en el pescante —respondió Mary rápidamente.

—¡Ah, usted lo ha dicho! —replicó él haciendo un gesto de resignación—. Nunca he tenido cabeza para los números. Le sorprendería lo rápido que se me va el dinero de las manos. Verá, la semana pasada tenía diez libras en el bolsillo. Hoy solo me queda un chelín. Por eso quiero que me compre el poni.

Mary se echó a reír a su pesar. El hombre hablaba de su falta de honradez con tanta franqueza que era imposible enfadarse con él.

—No puedo gastar los pocos ahorros que tengo en caballos —dijo—. Los guardo para la vejez y, si alguna vez me voy de aquí, necesitaré hasta el último penique, créame.

Jem Merlyn la miró con seriedad y de pronto, impulsivamente, se inclinó hacia ella, aunque antes miró por encima de su cabeza hacia el interior del porche.

—Oiga, en serio —le dijo—, olvide todas las tonterías que le he dicho. La posada Jamaica no es lugar para una joven... ni para una mujer, por cierto. Mi hermano y yo nunca hemos sido buenos amigos y puedo decir de él lo que me venga en gana. Cada cual va por su lado y nos da igual lo que le pase al otro. Pero no hay motivo para que la enrede a usted en sus sucios tejemanejes. ¿Por qué no se escapa? La puedo recoger en el camino de Bodmin, será fácil.

Se lo dijo en un tono tan persuasivo que Mary casi podría haber confiado en él. Pero no se le olvidó que era hermano de Joss Merlyn y, como tal, podía traicionarla. No se atrevió a hablarle sinceramente... todavía no. El tiempo le demostraría de qué lado estaba en realidad.

—No necesito ayuda —dijo—, sé cuidarme sola.

Jem pasó una pierna al otro lado del poni y metió los pies en los estribos.

—De acuerdo —dijo—, no la molesto más. Mi casa está cruzando el arroyo Withy, por si me necesita alguna vez, al otro lado de la ciénaga de Trewartha, al pie de Twelve Men's Moor. Estaré allí hasta la primavera. Que pase un buen día.

Y se fue por la calzada sin darle tiempo a decir adiós siquiera.

Mary volvió lentamente a la casa. Si no se hubiera apellidado Merlyn, habría confiado en él. Necesitaba un amigo con urgencia, pero no podía convertir en

amigo al hermano del patrón. Al fin y al cabo, no era más que un vulgar ladrón de caballos, un sinvergüenza. Era igual que Harry el buhonero y todos los demás. Casi lo había creído porque tenía una sonrisa que desarmaba y una voz agradable, pero a lo mejor se había estado riendo de ella todo el tiempo para sus adentros. Tenía mala sangre; transgredía la ley todos los días de su vida y, en cualquier caso, no podía pasar por alto esa única condición insoslayable: era hermano de Joss Merlyn. Según él, nada los unía, pero también podía ser otra mentira para ganarse su simpatía, porque su hermano le había dicho en la cantina que entablara conversación con ella.

No, pasara lo que pasase, tenía que seguir sola en esto y no confiar en nadie. Hasta las paredes de la posada olían a culpa y engaño, y hablar en voz alta tan cerca de la casa era llamar al desastre.

La casa estaba oscura y silenciosa otra vez. El patrón había vuelto al montón de turba, al fondo del huerto, y tía Patience estaba en la cocina. La visita sorpresa había dado un poco de emoción al largo y tedioso día, como un recreo. Jem Merlyn había traído algo del mundo exterior, un mundo que no estaba completamente rodeado de páramos ni sometido a la mirada ceñuda de las altas peñas de granito; y con él se había ido el brillo de las primeras horas del día. El cielo se encapotó e inevitablemente llegó la lluvia del oeste barriéndolo todo y cubriendo las cimas de bruma. El viento doblaba el negro brezo. El mal humor que Mary tenía al principio de la mañana se disipó y en su lugar apareció un entumecimiento de indiferencia nacido del cansancio y la falta de esperanza. Los días y las semanas se le presentaban interminables, sin más panorama que la larga calzada tentadora, las paredes de piedra y los eternos montes.

Pensaba en Jem Merlyn alejándose con una canción en los labios, espoleando al poni, cabalgando sin sombrero, indiferente al viento y la lluvia, eligiendo su propio camino.

Pensaba en el camino que llevaba al pueblo de Helford, en los repechos, las curvas y las eses que descendían de pronto hacia la orilla del agua, en los patos que chapoteaban en el barro antes de que subiera la marea, en el hombre que llamaba a las vacas más arriba, en el prado. Todas esas cosas se movían, eran parte de la vida, y seguían su camino sin dedicarle a ella un solo pensamiento, pero ella estaba atada a la posada por una promesa inquebrantable, y así se lo

recordaba y se lo advertía su tía Patience cada vez que arrastraba los pies por la cocina.

Sentada a solas en la salita, miraba las gotas de lluvia que emborronaban el cristal de la ventana, con la barbilla apoyada en la mano, derramando lágrimas al ritmo de la lluvia. Las dejaba caer y no se molestaba en enjugárselas, mientras la corriente que entraba por la puerta que no se había acordado de cerrar ondulaba una larga tira de papel que se había despegado de la pared. En otro tiempo había rosas pintadas, pero se habían descolorido y ahora eran grises, y las paredes tenían grandes manchas marrón oscuro, de la humedad. Se alejó de la ventana y la envolvió el ambiente frío y muerto de la posada Jamaica.

Capítulo VI



Aquella noche volvieron los carros. Mary se despertó con las campanadas, cuando el reloj del vestíbulo dio las dos; casi al mismo tiempo se dio cuenta de que había alguien en el porche y oyó una voz que hablaba bajo, suavemente. Salió de la cama con sigilo y fue a la ventana. Sí, ahí estaban; esta vez solo había dos carros enganchados a un caballo y menos de seis hombres en el patio.

Los carros parecían espectrales a la escasa luz, como carrozas fúnebres, y los hombres, fantasmas que no tenían lugar en el mundo a la luz del día, pero que se movían en silencio por el patio en una danza extraña, como una fantasía de pesadilla. Había algo horrible en ellos, algo siniestro incluso en los carros cubiertos, que llegaban furtivamente en la noche. Todo esto la impresionó de una forma más profunda y duradera, porque ahora entendía el significado de esos negocios.

Eran hombres desesperados que recorrían los caminos y llevaban su carga a la posada Jamaica, pero la última vez que habían estado allí uno de ellos había muerto asesinado. Tal vez esta noche volviera a suceder algo parecido, tal vez la soga retorcida volviera a colgar de la viga de la cantina.

La escena del patio le produjo una fascinación fatal, no podía alejarse de la ventana. Hoy los carros habían llegado vacíos: los cargaron con todo lo que habían dejado en la posada la vez anterior. Mary supuso que ese era su método de trabajo. La posada hacía las veces de almacén unas pocas semanas y después, cuando se presentaba la ocasión, volvían con los carros para llevárselo todo al Tamar y distribuirlo. Debía de tratarse de una gran organización, para poder cubrir el terreno en una noche apostarían agentes por todas partes y así vigilarían el curso de los acontecimientos. Tal vez hubiera centenares de hombres en el negocio, desde Penzance y St Ives por el sur hasta Launceston, en el límite con Devon. En Helford apenas se hablaba de contrabando y, cuando se hacía, era con un guiño y una sonrisa indulgente, como si una pipa de picadura y una botella de brandy de un barco del puerto de Falmouth fueran lujos ocasionales e

inofensivos, y no una carga sobre la conciencia de alguna persona.

Sin embargo, esto era otra cosa. Esto era un asunto truculento, cruel, con derramamiento de sangre, nada que ver con sonrisas ni guiños, por lo que había visto hasta entonces. Si a un hombre le remordía la conciencia, recibía a cambio una soga alrededor del cuello. No podía haber eslabones débiles en la cadena que se extendía desde la costa hasta el límite de la comarca, ese era el motivo de la soga en la viga. El desconocido había puesto reparos y había muerto por ello. Con un súbito sentimiento de decepción se preguntó si Jem Merlyn tendría algo que ver con el negocio. Era una coincidencia curiosa que los carros hubieran llegado solo unas horas después de su visita a la posada. Él había dicho que venía de Launceston, y Launceston estaba a la orilla del Tamar. Mary se enfadó con él y consigo misma. A pesar de todo, el último pensamiento que había tenido antes de dormirse había sido la posibilidad de contar con un amigo. Sería de locos alimentar esa esperanza ahora. Las dos cosas iban juntas, no había confusión posible, no era difícil deducir el propósito común.

Aunque Jem no estuviera de acuerdo con su hermano, los dos participaban en el mismo negocio. Había ido a la posada a avisar al patrón de la llegada de los carros esa misma noche, era evidente. Y después, en un arranque de compasión, le aconsejó a ella que se fuera a Bodmin. Le dijo que no era sitio para una joven. ¿Quién iba a saberlo mejor que él, si estaba metido en el negocio? Un negocio despreciable, condenable en todos los aspectos, sin un rayo de esperanza en ninguna dirección, y ella, en medio de todo, pendiente de tía Patience como si fuera una niña.

Ya habían cargado los carros y los cocheros estaban en su sitio con sus compañeros. Esa noche la actuación no había durado mucho.

Distinguió la enorme cabeza y los hombros de su tío a la altura del porche, llevaba una linterna en la mano. Los carros salieron del patio y torcieron a la izquierda, tal como esperaba ella, en dirección a Launceston.

Se apartó de la ventana y volvió a acostarse. Poco después oyó los pasos de su tío en las escaleras y en el otro pasillo hasta que llegaron al dormitorio. Esa noche no había nadie escondido en la habitación de huéspedes.

Pasaron unos días sin incidentes, el único vehículo que se vio por la calzada era

la diligencia de Launceston, que pasaba a toda velocidad por delante de la posada, como una cucaracha asustada. Llegó una bonita mañana fría, con el suelo cubierto de escarcha, y por fin brilló el sol en un cielo sin nubes. Las peñas destacaban audazmente contra el duro cielo azul y la vegetación del páramo, generalmente húmeda y marrón, brillaba, tiesa y blanca de escarcha. En el abrevadero del patio se había formado una fina capa de hielo. El barro que habían pisado las vacas se había endurecido y conservaba las marcas de sus patas, que no desaparecerían hasta que volviera a llover. Soplaban un viento ligero y cantarín del noreste y hacía frío.

Mary, que siempre se animaba con el sol, invirtió la mañana en hacer la colada y, con las mangas recogidas por encima de los codos, hundía los brazos en la tina, y el agua, caliente y jabonosa, se hinchaba en pompas que le acariciaban la piel, un contraste exquisito con el aire helado.

Estaba de buen humor y cantaba mientras lavaba. Su tío se había ido a alguna parte y, cuando él no estaba, la invadía una sensación de libertad. Aquí, en la parte de atrás, la casa, sólida y grande, era como una pantalla que la protegía bastante del viento, y, mientras escurría la ropa y la tendía sobre las aulagas enanas, a pleno sol, supo que estaría seca a mediodía.

Unos golpecitos apremiantes en la ventana le hicieron levantar la cabeza; era su tía, que le hacía señas, muy pálida y evidentemente asustada.

Se secó las manos con el delantal y echó a correr a la puerta de atrás. En cuanto entró en la cocina, su tía se agarró a ella con manos temblorosas y empezó a farfullar incoherencias.

—Tranquila, tranquila —dijo Mary—. No entiendo lo que dice, tía. A ver, siéntese en esta silla y beba un poco de agua, por amor de Dios. Bueno, ¿de qué se trata?

La pobre mujer se mecía en la silla y fruncía los labios nerviosamente sin dejar de señalar a la puerta de la casa con bruscos movimientos de cabeza.

—Es el señor Bassat, de North Hill —susurró—. Lo he visto por la ventana de la salita. Ha venido a caballo con otro caballero. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

Mientras hablaba se oyó un golpe fuerte en la puerta de entrada, después una pausa y a continuación una descarga de golpes más fuertes.

Tía Patience gimió en voz alta, mordiéndose los dedos, tirando de las uñas.

—¿Por qué ha tenido que venir? —lloriqueó—. No había venido nunca. Jamás se acerca a la posada. Le han contado algo, estoy segura. ¡Ay, Mary! ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a decir?

Mary pensaba rápidamente. Se encontraba en una posición muy difícil. Si el que llamaba era el señor Bassat y representaba a la ley, era el momento de traicionar a su tío. Podía contarle lo de los carros y todo lo que había visto desde el primer día. Miró a la mujer que temblaba a su lado.

—Mary, Mary, por amor de Dios, dime qué tengo que decirle —le rogó su tía; le cogió la mano y se la llevó al corazón.

Los golpes en la puerta eran incesantes.

—Tía —dijo Mary—, no tenemos más remedio que abrir la puerta, o la echarán abajo. Procure sobreponerse como sea. No es necesario que digamos nada. Tío Joss no está en casa en este momento y usted no sabe nada. Vamos, la acompaño.

La mujer la miró con una expresión abatida, desesperada.

—Mary —dijo—, si el señor Bassat te pregunta qué es lo que sabes, no le contestarás, ¿verdad? Puedo confiar en ti, ¿verdad? ¿No le contarás lo de los carros? Si le pasa algo a Joss, me mato, Mary.

Después de estas palabras, no había nada más que decir. Mary se entregaría al infierno antes que permitir que su tía sufriera. De todas maneras, había que afrontar la situación por muy irónica que fuera para ella.

—Vamos juntas a la puerta —le dijo—, no entretengamos mucho al señor Bassat. Y no se preocupe por mí, no voy a decir nada.

Fueron al vestíbulo y Mary desatrancó la maciza puerta de la entrada. Había dos hombres en el porche. Uno había desmontado, era el que había aporreado la puerta. El otro era un tipo grandote y fornido que llevaba una gruesa levita con esclavina y montaba un bonito caballo castaño. Llevaba el sombrero calado hasta los ojos, pero Mary vio una cara muy curtida y con muchas arrugas y calculó que tendría unos cincuenta años.

—Aquí se toman las cosas con mucha calma, ¿no? —dijo el hombre—. Parece que no acogen bien a los viajeros. ¿Está el patrón en casa?

Patience Merlyn dio un codazo a su sobrina para que respondiera.

—El señor Merlyn no está en casa, señor —dijo—. ¿Necesita usted descansar o comer algo? Le serviré, si tiene la bondad de pasar a la cantina.

—¡No quiero comer nada, maldita sea! —replicó—. Ni se me ocurriría venir a la posada Jamaica para eso. Quiero hablar con vuestro patrón. A ver, tú, ¿eres la mujer del patrón? ¿Cuándo crees que volverá?

Tía Patience le hizo una leve reverencia.

—Por favor, señor Bassat —dijo, y le salió una voz inusualmente alta y clara, como la de un niño que se ha aprendido la lección—, mi marido se fue tan pronto como desayunó y la verdad es que no sé si volverá antes de la noche.

—Hum —gruñó el caballero—, maldito contratiempo. Quería decirle un par de cosas al señor Joss Merlyn. Vamos a ver, buena mujer, aunque tu amado marido haya comprado la posada Jamaica a mis espaldas, según su estilo canallesco, aunque ahora no insistiremos en esto, lo que no estoy dispuesto a consentir es que las tierras que la rodean, que son mías, estén en boca de todo el mundo por los delitos que se cometen en la región.

—Le aseguro que no sé a qué se refiere, señor Bassat —dijo tía Patience, frunciendo los labios sin parar, retorciéndose las manos entre los pliegues del vestido—. Llevamos una vida muy tranquila, de verdad; mi sobrina, aquí presente, le dirá lo mismo.

—¡Vamos, anda! ¡No soy tan tonto! —respondió el caballero—. Hace mucho tiempo que no le quito la vista de encima a este sitio. Cuando una casa coge mala fama es por algo, señora Merlyn, la posada Jamaica apesta desde aquí hasta la costa. No finjas conmigo. A ver, Richard, sujeta a este maldito caballo, anda.

El otro hombre, que, a juzgar por el atavío, era un criado, cogió las bridas y el señor Bassat desmontó pesadamente.

—Ya que estoy aquí, voy a echar un vistazo —dijo—, y te advierto desde ahora mismo que es inútil que trates de impedírmelo. Soy alguacil y traigo una orden.

Pasó bruscamente entre las dos mujeres y cruzó el umbral del pequeño vestíbulo. Tía Patience hizo un movimiento para detenerlo, pero Mary le dijo que no con un gesto y frunció el ceño.

—Déjelo —le susurró—, si intentamos detenerlo ahora, solo conseguiremos que se enfade más.

El señor Bassat lo miraba todo con desprecio.

—¡Dios santo! —exclamó—. Esto huele a tumba. ¿Qué demonios habéis hecho? La posada Jamaica siempre fue rústica y sencilla, y la comida y la bebida, caseras, pero esto es una auténtica ruina. ¿Por qué está todo tan desangelado? ¡No hay ni un mueble!

Acababa de abrir la puerta de la salita y, señalando la humedad de las paredes con la fusta, dijo:

—¡Se os va a caer el techo a cachos si no lo evitáis a tiempo! No había visto nada semejante en mi vida. Y ahora, señora Merlyn, llévenos arriba.

Pálida y angustiada, Patience Marlyn se dirigió a las escaleras buscando con la mirada una señal de aprobación en los ojos de su sobrina.

El señor Bassat recorrió y registró detenidamente todas las habitaciones de arriba, miró en los rincones más polvorientos, levantó sacos viejos y hurgó entre las patatas sin dejar de proferir exclamaciones de furia y asco.

—Y a esto lo llamáis posada, ¿eh? —dijo—. ¡No hay ni una cama digna de tal nombre! Esto está podrido, podrido hasta los cimientos. ¿Qué pretendéis, eh? ¿Te ha comido la lengua el gato, señora Merlyn?

La pobre mujer no podía responder; movía la cabeza, fruncía y desfruncía los labios sin cesar; Mary sabía que su tía también estaba preguntándose qué sucedería cuando llegaran al cuarto cerrado del pasillo de abajo.

—Por lo visto la señora del patrón se ha quedado sorda y muda de golpe —dijo el caballero secamente—. Y tú, jovencita, ¿tienes algo que decir?

—Hace poco que vine a vivir aquí —contestó Mary—. Mi madre murió y he venido a cuidar a mi tía. No es una mujer muy fuerte, como puede usted ver. Es nerviosa y se altera enseguida.

—No me extraña, viviendo en un sitio como este —dijo el señor Bassat—. Bueno, aquí arriba no hay nada más que ver, ten la bondad de llevarme abajo otra vez y enseñame la habitación que tiene las ventanas cegadas. La he visto desde el patio y me gustaría entrar en ella.

Tía Patience se pasó la lengua por los labios y miró a su sobrina. No podía hablar.

—Lo lamento mucho señor —contestó Mary—, pero si se refiere al cuarto de los trastos del fondo del pasillo, me temo que la puerta está cerrada con llave, pero la llave siempre la tiene mi tío y no sé dónde la guarda.

El caballero, suspicaz, las miró de hito en hito.

—Y ¿tú, señora Merlyn? ¿No sabes dónde guarda la llave tu marido?

Tía Patience dijo que no con un movimiento de cabeza. El caballero soltó un resoplido y giró sobre sus talones.

—En todo caso, la solución es fácil —dijo—. Echaremos la puerta abajo en un visto y no visto.

Salió al patio a llamar al criado. Mary dio unas palmaditas a su tía en la mano y la abrazó.

—Procure no temblar tanto —le susurró, apremiante—. Se le nota mucho que tiene algo que ocultar. Lo mejor que puede hacer es fingir que le da igual, que, por usted, puede mirar todo lo que quiera.

El señor Bassat no tardó en volver con Richards; este, sabedor de que iba a destrozar algo, lucía una amplia sonrisa y blandía una vieja barra de hierro que había encontrado en el establo y que, evidentemente, pensaba emplear a modo de ariete.

Si no hubiera sido por su tía, Mary se habría dispuesto a contemplar la escena con cierto regocijo. Por fin vería lo que se ocultaba en el cuarto cerrado. Sin embargo, pensar que su tía, y ella también, de paso, se verían implicadas en lo que se descubriera, fuera lo que fuese, le producía emociones contradictorias y por primera vez comprendió que sería muy difícil demostrar la total y absoluta inocencia de ambas. Nadie las creería por mucho que lo dijeran, y menos si tía Patience seguía defendiendo ciegamente al patrón.

Así pues, se quedó mirando con cierta expectación a los dos hombres, que cogieron el hierro y empezaron a arremeter contra la puerta. Al principio se les resistió y el eco de las arremetidas se oía en toda la casa. Después la madera se astilló, se oyó un chasquido y la puerta cedió. Tía Patience dejó escapar un pequeño gemido de disgusto y el caballero, apartándola sin contemplaciones, entró en la habitación. Richards, apoyado en la barra de hierro, se limpió el sudor de la frente y Mary pudo ver el interior de la habitación por encima de su hombro. Estaba todo a oscuras, naturalmente; las ventanas, cegadas con sacos, evitaban que entrara la luz de fuera.

—¡Traed una vela, cualquiera de vosotros! —gritó el caballero—. Esto está más negro que la boca del lobo.

El criado se sacó del bolsillo un cabo de vela y, levantándolo por encima de la cabeza, se plantó en el centro de la habitación.

Hubo un momento de silencio, mientras el caballero daba una vuelta para ver todos los rincones con algo de luz; entonces, decepcionado, chasqueó la lengua con irritación y miró al grupito de tres que tenía detrás.

–Nada –dijo–, absolutamente nada. El patrón ha conseguido burlarme otra vez.

No había nada en el cuarto, solamente un montón de sacos en un rincón, gran cantidad de polvo y en las paredes unas telarañas más grandes que una mano. No había mobiliario de ninguna clase, la chimenea estaba tapada con piedras y el suelo era de losas, como el del pasillo de fuera.

Encima de los sacos había una sogá.

El caballero se encogió de hombros y salió al pasillo.

–En fin, esta vez ha ganado el señor Joss Merlyn –dijo–, en esta habitación no hay pruebas ni para demostrar que haya matado a un gato. Reconozco la derrota.

Tía y sobrina lo siguieron por el vestíbulo hasta el porche, mientras el criado iba al establo a buscar a los caballos.

El señor Bassat se golpeó las botas con la fusta y, malhumorado, se quedó mirando al frente.

–Has tenido suerte, señora Merlyn –dijo–. Si hubiera encontrado lo que esperaba en esa maldita habitación, su marido estaría en la cárcel del condado mañana a esta misma hora, pero, visto lo visto... –Volvió a chasquear la lengua con irritación y se interrumpió a media frase–: Apúrate, Richards, ¿quieres? –dijo a gritos–. No puedo perder más tiempo esta mañana. ¿Qué demonios haces?

El hombre salió del establo con los dos caballos.

–A ver, presta atención –dijo el señor Bassat señalando a Mary con la fusta–, puede que esta tía tuya haya perdido el habla y los sentidos, pero tú entiendes el inglés normal, espero. ¿Dices que no sabéis nada de los negocios de tu tío? ¿Viene gente aquí, de día o de noche?

Mary lo miró directamente a los ojos.

–Nunca he visto a nadie –dijo.

–¿Has entrado en esa habitación cerrada alguna vez, antes de hoy?

–No, en mi vida.

–¿Tienes la menor idea de por qué la cierra tu tío?

–No, ni la menor idea.

–¿Has oído ruido de ruedas alguna vez en el patio por la noche?

–Duermo muy profundamente, no me despierto por nada.

–¿Adónde va tu tío cuando no está en casa?

–No lo sé.

–¿No te parece raro tener una posada en la calzada real y cerrarla a cal y canto a cualquiera que pueda pasar por aquí?

–Mi tío es un hombre muy raro.

–Ya lo creo. Es tan redomadamente raro que la mitad de la población de estos alrededores no dormirá tranquila en su cama hasta que lo cuelguen como colgaron a su padre. Díselo de mi parte.

–Así lo haré, señor Bassat.

–¿No te da miedo vivir aquí, tan lejos de cualquier vecino, en compañía tan solo de esta mujer medio loca?

–El tiempo pasa.

–Tienes un pico de oro, ¿verdad, jovencita? En fin, no te envidio la familia. Si una hija mía viviera en la posada Jamaica con un hombre como Joss Merlyn, preferiría verla muerta.

Dio media vuelta y, con las riendas en la mano, montó en el caballo.

–Otra cosa –dijo desde la silla–. ¿Has visto alguna vez al hermano menor de tu tío, Jem Merlyn, de Trewartha?

–No –dijo Mary rápidamente–, nunca viene por aquí.

–¿Ah, no? Bueno, no necesito hacerte más preguntas por hoy. Que paséis un buen día.

Salieron del patio al trote, llegaron a la calzada y se alejaron hacia lo alto del siguiente monte.

Tía Patience se retiró la primera a la cocina y se sentó en una silla a punto de desmayarse.

–¡Ah, sobrepóngase! –le dijo Mary, un poco harta–. El señor Bassat se ha ido sabiendo lo mismo que cuando llegó, pero muy enfadado, además. Si el cuarto hubiera olido a brandy, tendríamos algo que lamentar. La verdad es que tío Joss y tú le habéis arrancado el olor a conciencia.

Se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un trago. Estaba a punto de perder los estribos. Había mentido para salvar el pellejo a su tío, cuando lo que deseaba con todo su ser era proclamar sus delitos. Había visto el cuarto cerrado, pero no le extrañó que estuviera vacío, porque se acordó de la visita de los carros hacía pocas noches; pero tener que ver otra vez esa sogá aborrecible, que reconoció inmediatamente, porque era la que había visto colgada de la viga, fue algo casi insoportable. Y había tenido que callarse por su tía. Era detestable, no podía calificarse de otra forma. Y ahora estaba comprometida y no había vuelta atrás. Para bien o para mal, era una más de la banda de la posada Jamaica. Mientras bebía el segundo vaso de agua pensaba no sin cinismo que seguramente al final la colgarían igual que a su tío. No solo había mentido para salvarlo, pensó, cada vez más furiosa, también había mentido para ayudar a su hermano Jem. Jem Merlyn también tendría que agradecersele. Pero no sabía por qué lo había hecho. De todos modos, él jamás llegaría a saberlo y, en todo caso, le parecería lo más normal del mundo.

Tía Patience seguía gimiendo e hipando delante del fuego y Mary no estaba de humor para consolarla. Le parecía que, por hoy, ya se había esforzado lo suficiente por la familia y tenía los nervios a flor de piel con todo el asunto. Si se quedaba en la cocina un momento más, empezaría a gritar de indignación. Volvió al lavadero del huerto, junto al gallinero, y metió las manos brutalmente en la grisácea agua jabonosa, que se había quedado tan fría como las piedras.

Joss Merlyn volvió poco antes de mediodía. Mary lo oyó entrar en la cocina por delante de la casa; inmediatamente se topó con un torrente de balbuceos de su mujer. Mary no se movió de su sitio en el lavadero; que tía Patience le contara las cosas a su manera; había tiempo de sobra para entrar en casa si la llamaba para confirmar sus palabras.

No oía lo que se decían el uno al otro, pero la voz de su tía sonaba aguda y alta, y su tío intervenía de vez en cuando con una pregunta de tono incisivo. Poco después Joss llamó a Mary por la ventana y la joven entró. Su tío estaba junto al hogar, con las piernas abiertas y la cara negra como la tormenta.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Desembucha! ¿Cuál es tu versión de la historia? A tu tía no hay quien le saque más que palabras sueltas; hasta a una urraca se la entiende mejor. ¿Qué demonios ha pasado aquí? Eso es lo que quiero saber.

Con calma, en pocas y bien elegidas palabras, Mary le contó lo que había sucedido por la mañana. No omitió nada, solamente que el caballero había preguntado también por su hermano, y terminó con las palabras del señor Bassat: que la gente no podría dormir a gusto en su propia cama hasta que colgaran a Joss Merlyn como habían colgado a su padre.

El patrón la escuchó en silencio y, cuando Mary terminó, dio un puñetazo en la mesa y soltó una blasfemia al tiempo que, de un puntapié, mandaba una silla al otro lado de la cocina.

—¡Qué tramposo el malnacido! —tronó—. Tiene menos derecho que nadie a entrar en mi casa. Lo de la orden del alguacil era un farol, necias cotorras; no traía ninguna orden. Por Dios que si hubiera estado yo aquí se lo habría devuelto a su mujer tan deformado que no lo habría reconocido y, en todo caso, ya no le serviría para nada. ¡Así le revienten los ojos! Ya le enseñaré yo al señor Bassat quién manda en estas tierras, y lo que es más, terminará olisqueándome las piernas como un perro. Te asustó, ¿eh? Como vuelva a hacer una jugada de las tuyas, ¡quemó esta casa delante de sus narices!

Joss Merlyn hablaba a voz en grito y el ruido que hacía era ensordecedor. A Mary no la asustaba verlo así, era todo pura fanfarronería teatral; sabía que solo era realmente peligroso cuando bajaba la voz y murmuraba. Todo ese desgañitarse era porque tenía miedo, lo veía con total claridad: Joss había perdido la confianza en sí mismo irremediablemente.

—Dame de comer —dijo—, tengo que volver a salir y no hay tiempo que perder. Deja de gimotear, Patience, o te parto la cara. Hoy lo has hecho muy bien, Mary, no lo olvidaré.

Su sobrina lo miró a los ojos.

—No creerá que lo he hecho por usted, ¿verdad? —le dijo.

—Y a mí qué. Para el caso, es lo mismo —respondió él—. De todos modos, ese cegato imbécil de Bassat no habría encontrado nada; nació con la cabeza mal puesta. Córtaame un cacho de pan, deja de hablar y siéntate al final de la mesa, que es tu sitio.

Las dos mujeres se sentaron en silencio y la comida transcurrió sin más incidentes. En cuanto terminó de comer, el patrón se levantó y, sin una palabra más, se fue al establo. Mary esperaba que sacara el poni de nuevo y se alejara por

la calzada, pero un par de minutos después reapareció, cruzó la cocina, salió al huerto, fue hasta el fondo y subió por las cancelas hacia el campo. Mary lo vio alejarse por el páramo y subir la empinada cuesta que llevaba a Tolborough Tor y a Codda. Dudó un momento, insegura del plan que se le acababa de ocurrir y de pronto, al oír los pasos de su tía arriba, se decidió. En cuanto Patience cerró la puerta de su dormitorio, Mary se quitó el delantal, cogió la toquilla gruesa del perchero de la pared y echó a correr por el campo detrás de su tío. Cuando llegó abajo se agachó junto a la pared de piedra hasta que vio cruzar su silueta recortada contra el cielo y desaparecer; entonces se puso de pie de un brinco y lo siguió pisando con cuidado entre la áspera vegetación y las piedras. Era una empresa insensata, sin duda, pero estaba de un humor temerario y necesitaba una espita de escape, después de haber guardado silencio por la mañana.

Tenía la idea de no perder de vista a Joss Merlyn, pero sin que él la viera, naturalmente; tal vez descubriera algo de su misión secreta. Estaba convencida de que la visita del señor a la posada había alterado los planes del patrón, y de que esta escapada repentina a pie por el centro del West Moor tenía algo que ver. Todavía no era la una y media y hacía una tarde espléndida para pasear. Con su calzado recio y sus faldas cortas hasta los tobillos, le daba igual la aspereza del terreno. El suelo estaba bastante seco, la helada lo había endurecido y, acostumbrada como estaba a los guijarros húmedos de la playa de Helford y al barro espeso de la granja, subir por el páramo le resultaba fácil. Los vagabundeos anteriores le habían enseñado algunas cosas y, en la medida de lo posible, seguía los pasos de su tío por las zonas elevadas.

Era un empeño difícil, empezó a darse cuenta después de andar unos kilómetros. Tenía que seguirlo a buena distancia para que no la descubriera, pero el hombre andaba a tal velocidad y daba unas zancadas tan largas que Mary no tardó en comprender que la dejaría atrás. Pasaron el Codda Tor y Joss torció hacia el oeste, hacia la hondonada al pie del Brown Willy y, a pesar de su gran envergadura, parecía un simple punto negro sobre el páramo parduzco.

La perspectiva de tener que escalar unos cuatrocientos metros la asustó y se detuvo un momento para secarse el sudor que le corría por el rostro. Para mayor comodidad se soltó el pelo y lo dejó revolotear alrededor de la cara. Ignoraba los motivos que tendría el patrón de la posada Jamaica para subir al punto más alto

de Bodmin Moor una tarde de diciembre, pero, ahora que había llegado tan lejos, no pensaba renunciar a alguna recompensa por el esfuerzo y reanudó la marcha a paso ligero.

Ahora el terreno estaba enlodado, porque la helada de la madrugada se había convertido en agua y toda la llanura baja que se extendía ante ella estaba blanda y amarilla por las lluvias del invierno. La humedad se le colaba por los zapatos con una certidumbre fría y pegajosa, llevaba el bajo de la falda salpicado de turba y con algunos desgarrones. Se lo levantó más, lo sujetó en la cintura con la cinta del pelo y siguió avanzando tras las huellas de su tío, pero él ya había atravesado el peor tramo de la hondonada con una rapidez asombrosa, producto de una larga costumbre, apenas se le distinguía entre el brezo y las grandes piedras al pie del Brown Willy. Después quedó oculto tras un peñasco vertical de granito y Mary dejó de verlo.

Era imposible saber qué sendero había elegido para cruzar la ciénaga; había llegado al otro lado y había desaparecido en un visto y no visto; ella lo siguió lo mejor que pudo, a pasos vacilantes. Sabía que era una locura intentarlo, pero, testarudamente, perseveró en su empeño. No sabía cuál era la senda que había llevado a su tío sano y seco hasta el otro lado de la ciénaga, pero al menos tuvo la sensatez de dar un gran rodeo para evitar el terreno traicionero y, desviándose unos tres kilómetros, logró cruzar relativamente a salvo. Se quedó sin la menor esperanza de encontrar a su tío otra vez.

A pesar de todo, empezó a subir el Brown Willy, resbalando y tropezando entre el musgo húmedo y las piedras, trepando a cuatro patas por los grandes picos aserrados de granito que la contrariaban a cada revuelta del camino; de vez en cuando una oveja silvestre se espantaba al oír sus pasos y salía corriendo de detrás de una gran piedra, se quedaba mirándola y pateaba el suelo. Empezaban a llegar nubes del oeste, que proyectaban sombras cambiantes sobre las planicies, y el sol se escondió detrás de ellas.

Reinaba un gran silencio en los montes. Un cuervo levantó el vuelo a sus pies y soltó un graznido; se alejó batiendo sus grandes alas negras y descendió de nuevo protestando con estridencia.

Cuando llegó a la cumbre del monte, las nubes de la tarde se acumulaban, altas, por encima de su cabeza y el mundo parecía gris. A lo lejos, la oscuridad

creciente ocultaba el horizonte y de las tierras de abajo se levanta una bruma blanca. Había llegado a la peña por la cara más empinada y difícil y había perdido casi una hora; la oscuridad no tardaría en envolverla. La aventura había sido en vano, porque, hasta donde alcanzaba la vista, no se veía ningún ser vivo.

Hacia un buen rato que Joss Merlyn había desaparecido; tal vez ni siquiera hubiera subido el monte, a lo mejor lo había rodeado por abajo, entre el áspero brezo y las piedras más pequeñas, y después había continuado su camino solo y sin ser visto, hacia el este o el oeste, según el destino que llevara, y se lo habían tragado los repliegues de los montes más alejados.

Ahora ya no podía encontrarlo. Lo mejor sería descender por el camino más corto y lo más rápidamente posible; de lo contrario, la noche caería sobre ella en el páramo, con el brezo seco por almohada y sin más refugio que los ceñudos peñascos de granito. Reconoció la insensatez de haberse aventurado tan lejos una tarde de diciembre, pues sabía por experiencia que el crepúsculo nunca era largo en Bodmin Moor. La oscuridad llegaba rápidamente, de repente, sin previo aviso, y el sol desaparecía en un instante. También la bruma era peligrosa, se levantaba del suelo húmedo en forma de nube y rodeaba las ciénagas como una barrera blanca.

Decepcionada y abatida, sin rastro de la emoción del comienzo de la aventura, descendió la empinada cara del monte con un ojo puesto en las ciénagas del fondo y el otro en la oscuridad que amenazaba con alcanzarla. Justo debajo de ella había una charca o pozo que, según decían, era la fuente del río Fowey, que corría directo al mar, y esa parte había que evitarla por encima de todo, porque el terreno de alrededor era cenagoso y traicionero y ni siquiera se conocía la profundidad del pozo.

Se desvió a la izquierda para no pasar por allí, pero cuando llegó a la altura del llano de abajo, después de descender sin incidentes el Brown Willy y dejar atrás la poderosa cumbre en espléndida soledad, la bruma y la oscuridad se habían apoderado del páramo y se desorientó por completo.

Pasara lo que pasara, no podía perder la calma, no podía dejarse llevar por un pánico creciente. Aparte de la bruma, la noche se presentaba bien, no muy fría, y no había motivo para pensar que no fuera a descubrir algún sendero que, en última instancia, la condujera a un lugar habitado.

Si seguía por terreno alto, no correría peligro de meterse en una ciénaga, de manera que volvió a subirse la falda, se abrigó con la toquilla y siguió andando sin parar, pisando con cuidado cuando dudaba y sorteando los macizos de vegetación blandos que se hundían al poner el pie en ellos. Evidentemente, avanzó los primeros kilómetros en una dirección desconocida, porque de repente le cerró el camino un río por el que no había pasado en el trayecto de ida. Si seguía el curso del agua, terminaría otra vez en una hondonada cenagosa, así que lo cruzó sin miramientos, empapándose hasta las rodillas. No le preocupaba mojarse los zapatos y las medias; se alegró de que el río no fuera más profundo, porque habría tenido que cruzarlo a nado, en cuyo caso se le habría enfriado todo el cuerpo. Parecía que ahora el terreno se elevaba; tanto mejor, porque podría andar con más seguridad, empezó a cruzar audazmente una llanura alta que parecía interminable, hasta que llegó a una senda accidentada que seguía adelante y ligeramente a la derecha. En cualquier caso, por ahí había pasado algún carro en algún momento, y, si había pasado un carro, ella también podía ir por allí. Lo peor quedaba atrás, y ahora, desaparecida la verdadera preocupación, notó lo débil y desesperadamente cansada que estaba.

Le pesaban las piernas y los brazos de arrastrar cosas que no podía considerar suyas, tenía la sensación de que los ojos se le habían hundido en las cuencas. Siguió adelante, cabizbaja, con las manos a los lados, pensando que, quizá por primera en vez en la larga existencia de la posada Jamaica, alguien se alegraría de ver aparecer a lo lejos sus altas chimeneas. La senda se ensanchó y otro camino la cruzó de derecha a izquierda; Mary se detuvo un momento, indecisa, preguntándose hacia dónde ir. En ese momento oyó un caballo en la oscuridad, a la izquierda, que resoplaba como si lo hubieran sometido a una cabalgada agotadora.

Los cascos resonaban sordamente en la tierra. Mary esperó en medio del camino con los nervios de punta por la inmediatez de un encuentro, hasta que, de la niebla, salió el caballo con su jinete justo enfrente de ella, como un espectro sin entidad real a la escasa luz. El hombre viró bruscamente al verla y frenó al caballo para no arrollarla.

—¡Hola! —dijo a voces—. ¿Quién es usted? ¿Pasa algo?

La miró fijamente desde la silla y, sorprendido, exclamó:

–¡Una mujer! ¿Qué hace aquí en plena noche?

Mary agarró la brida y tranquilizó al asustado caballo.

–¿Puede indicarme el camino? Estoy muy lejos de casa y me he perdido.

–Tranquilo –le dijo al caballo–. ¡Estate quieto de una vez! ¿Dónde vive? Naturalmente que voy a ayudarla, si puedo.

Tenía una voz grave y amable y Mary comprendió que debía de ser una persona educada.

–Vivo en la posada Jamaica –dijo.

Pero al instante se arrepintió. Ahora no querría ayudarla, claro; con solo oír el nombre, fustigaría al caballo y la abandonaría a su suerte. Había cometido una torpeza.

El hombre se quedó en silencio, tal como ella esperaba, pero cuando volvió a hablar la voz no cambió, sino que era más amable y serena que antes.

–La posada Jamaica –dijo–. Se ha desviado mucho del camino, me temo. Seguro que ha recorrido un gran trecho en sentido contrario. Estamos en el otro lado de Hendra Downs, ¿sabe?

–No sé, no me hago idea –le dijo–. Nunca había estado aquí; ha sido una gran tontería atreverme a venir tan lejos en una tarde de invierno. Le agradecería que me indicara el camino, así podría volver a casa enseguida.

Se quedó mirándola un momento y después pasó una pierna por encima de la silla y desmontó.

–Está agotada –le dijo–, no puede dar un paso más y, por otra parte, no voy a permitirselo. El pueblo está cerca, la llevaré en el caballo. Si me da un pie, la ayudo a montar.

Al minuto siguiente Mary estaba en la silla y el hombre en el suelo, con las riendas en la mano.

–Mejor así, ¿no? –le dijo–. El paseo por el páramo ha debido de ser largo e incómodo. Tiene los zapatos empapados, y también el bajo del vestido. La llevaré a mi casa, secaremos todo esto, descansará un rato y cenará antes de que yo mismo la devuelva a la posada Jamaica.

Hablaba en un tono tan solícito, con una autoridad tan serena al mismo tiempo que Mary suspiró de alivio; de momento, se olvidó de todas las responsabilidades y se alegró de ponerse en manos de ese hombre. Él colocó las

riendas de la forma más cómoda para Mary y, al mirarla, ella le vio los ojos por debajo del ala del sombrero. Eran unos ojos extraños, transparentes como el cristal y de un color tan claro que casi parecían blancos; un fenómeno de la naturaleza que jamás había visto. Esos ojos la miraban de una forma penetrante, como si pudieran leerle el pensamiento; se tranquilizó por completo y cedió a la mirada inquisitiva, le daba igual. Por debajo del sombrero de teja asomaba una cabellera blanca también y Mary, perpleja, se quedó mirándolo a su vez, porque no tenía arrugas en la cara y su voz no era la de un anciano.

Entonces, un tanto cohibida, entendió el motivo de tal anomalía y dejó de mirarlo. El hombre era albino.

Se quitó el sombrero descubriéndose ante ella.

—Tal vez sea mejor que me presente —dijo con una sonrisa—. Aunque este encuentro haya sido tan poco convencional, es, en mi opinión, lo propio en estas circunstancias. Soy Francis Davey, el vicario de Altarnun.

Capítulo VII



Había una paz extraña en la casa, algo raro y difícil de definir. Era como una casa de cuento antiguo cuando la descubre el héroe una noche de pleno verano; debería tener una barrera de espinos alrededor que él tendría que cruzar ayudándose de un machete y, a continuación, una profusa galaxia de flores con botones monstruosos que no conocían mano humana. Debajo de las ventanas brotarían helechos frondosos y lirios blancos en tallos largos. En el cuento, la hiedra cubriría los muros y cerraría la entrada y la casa entera habría dormido mil años.

Mary sonrió por el capricho de su fantasía y volvió a acercar las manos a los leños del fuego. Le gustaba ese silencio; le daba reposo y se llevaba el miedo. Este era un mundo muy distinto al de la posada. Allí, el silencio era opresivo, estaba cargado de algo malévolos; las habitaciones que no se usaban apestaban a dejadez. Aquí era diferente. La sala en la que se encontraba era una salita de estar tranquila e impersonal en la que se pasan las veladas. Los muebles, la mesa del centro y los cuadros de las paredes carecían de la familiaridad rotunda de las cosas propias del día. Estaban como dormidos, como si los hubieran sorprendido a medianoche. Aquí había vivido gente en el pasado, gente plácida y feliz; rectores ancianos con libros viejos bajo el brazo; y allí, junto a la ventana, una mujer de pelo gris y vestido azul inclinada sobre una labor de bordado. Todo eso había pasado hacía mucho tiempo. Ahora esas personas dormían en el cementerio de la iglesia del otro lado de la verja y los nombres de las lápidas, cubiertos de líquen, no se podían leer. Desde que se fueron, la casa se había retraído y se había sumido en el silencio, y el hombre que ahora vivía en ella respetaba la personalidad de sus predecesores, pues no había cambiado nada.

Mientras el hombre ponía la mesa para cenar, Mary lo observaba pensando que hacía muy bien en dejarse absorber por el ambiente de la casa, porque otro cualquiera tal vez se hubiera puesto a hablar o a hacer ruido con los cubiertos por no soportar un silencio incómodo. Pasó la mirada por la habitación y aceptó sin

reparos la falta de los habituales temas bíblicos en las paredes, el escritorio satinado sin papeles ni libros que, en su cabeza, asociaba a la salita de estar de una rectoría. Había un caballete en una esquina con un óleo inacabado del lago Dozmary. Representaba un día gris con el cielo cubierto de nubes de lluvia y el agua sin brillo, de un color gris pizarra, sin viento. La imagen le llamó la atención, la fascinó. No entendía nada de pintura, pero el cuadro tenía fuerza y casi notaba la lluvia en la cara. El hombre debió de seguir la dirección de su mirada, porque se acercó al caballete y dio la vuelta al cuadro.

–No lo mire –le dijo–. Lo hice con prisa y no he tenido tiempo de terminarlo. Si le gustan los cuadros, le enseñaré algo mejor. Pero lo primero que voy a hacer es darle la cena. No se mueva del sillón. Traeré la mesa aquí.

Era una novedad que alguien la sirviera a ella, pero el hombre lo hacía con tanta serenidad y tan poco alarde que parecía lo más natural, una cosa cotidiana que no la cohibía.

–Hannah vive en el pueblo –dijo–, se va siempre por la tarde, a las cuatro. Prefiero estar solo. Me gusta traerme la cena aquí yo mismo y así puedo cenar a la hora que quiera. Afortunadamente, hoy ha hecho tarta de manzana. Espero que pueda comérsela, no es una gran repostera.

Le sirvió una humeante taza de té con una cuchara colmada de nata líquida. Ella no lograba acostumbrarse al pelo blanco y a los ojos del hombre; contrastaban tanto con la voz y la sotana negra de clérigo que parecían más llamativos aún. Todavía estaba cansada y un poco fuera de lugar en esa casa, y él respetaba su deseo de silencio. Mary cenó y, de vez en cuando, echaba una ojeada furtiva al vicario por encima de la taza té, pero parecía que él lo notaba enseguida y le devolvía una mirada fría y blanca –impersonal y penetrante como la de un ciego– y entonces ella volvía la cabeza hacia las paredes verde lima de la sala o al caballete del rincón.

–Ha sido providencial que la encontrara en el páramo –dijo él un rato más tarde, cuando ella apartó el plato y se arrellanó otra vez en el sillón con la barbilla en la mano. La agradable temperatura de la salita y el té caliente la adormilaban y oía la voz del vicario como si viniera de lejos–. A veces el trabajo me lleva a las cabañas y granjas más retiradas –prosiguió él–. Esta tarde he ayudado a traer a un niño al mundo. Vivirá, y la madre también. Estas gentes de

los páramos son duras y no se preocupan de nada. Tal vez ya lo haya notado usted. Me inspiran mucho respeto.

Mary no supo qué decir. Los habituales de la posada Jamaica no la habían tratado con respeto. Se preguntó de dónde venía el olor a rosas que impregnaba el aire y entonces vio por primera vez un cuenco de pétalos secos en la mesita que había detrás de su sillón. Y de nuevo habló él con la voz más dulce que nunca, pero más apremiante, también.

–¿Cómo es que se perdió hoy en los páramos? –le preguntó.

Mary se espabiló y lo miró a los ojos; estaban fijos en ella y la miraban con una compasión infinita que le despertó deseos de ponerse a su merced.

Sin darse apenas cuenta de que respondía, se oyó decir:

–Me encuentro en una situación terrible. A veces me parece que me va a pasar lo mismo que a mi tía, y eso me desquicia. Tal vez haya oído rumores aquí, en Altarnun, y se haya encogido de hombros sin prestarles oídos. Hace poco más de un mes que vivo en la posada Jamaica, pero a mí me parecen veinte años. Lo que me preocupa es mi tía; si pudiera sacarla de allí... Pero no está dispuesta a dejar a tío Joss, a pesar de lo mal que la trata. Todas las noches me voy a la cama pensando en si me despertará el ruido de carros en el patio. La primera vez que vinieron eran seis o siete; traían cajas y paquetes grandes, que guardaron en un cuarto cerrado del fondo del pasillo. Aquella noche mataron a un hombre; vi la soga colgando de la viga, abajo... –Se calló de repente, ruborizada–. Nunca se lo había contado a nadie –dijo–, pero me ha salido solo. No podía guardármelo más. Tenía que haberme callado. He hecho algo terrible.

Él tardó un rato en responder; dio tiempo a Mary a reponerse, y después habló dulcemente, despacio, como un padre que calma a un niño asustado.

–No tema –le dijo–, su secreto está a salvo conmigo; no se lo contaré a nadie. Está usted muy cansada y yo tengo la culpa de haberla traído a una habitación caldeada y darle de comer. Tenía que haberla mandado a dormir. Ha debido de pasar muchas horas en los páramos, y hay muchos parajes peligrosos entre la vicaría y la posada Jamaica; esta es la peor época del año en los pantanales. Cuando haya descansado la llevaré de vuelta a su guarida y, si lo desea, yo mismo la disculparé ante el patrón.

–¡Ay, no, por favor! –dijo Mary enseguida–. Si sospechara ni la mitad de lo que

he hecho hoy, me mataría, y a usted también. Usted no lo entiende. Está desesperado y no se detendrá ante nada. No, en el peor de los casos intentaré entrar trepando por el porche hasta la ventana de mi habitación. Es imprescindible que no sepa que he estado aquí, ni siquiera que lo he conocido a usted.

–Me parece que le da mucha rienda suelta a la imaginación –dijo el vicario–. Sé que le pareceré frío y poco comprensivo, pero entienda que estamos en el siglo XIX y nadie asesina a nadie sin motivo. Me creo en el mismo derecho que su tío a llevarla por la calzada real. Y, puesto que hemos llegado hasta aquí, opino que sería mejor que me contara todos los detalles. ¿Cómo se llama usted y cuánto tiempo lleva en la posada Jamaica?

Al mirar los claros ojos del rostro descolorido y el halo de pelo blanco, Mary pensó una vez más que este hombre era un fenómeno muy extraño de la naturaleza, que tanto podía tener veintiún años como sesenta y que, si quisiera, con esa voz tan dulce y convincente lograría obligarla a confesar hasta su más íntimo secreto. Podía confiar en él, al menos de eso estaba segura. Aun con todo dudaba y les daba vueltas a las palabras mentalmente.

–Vamos –le dijo él con una sonrisa–; he oído confesiones de toda clase en mi vida. No aquí, en Altarnun, sino en Irlanda y en España. Lo que tenga que contar no me resultará tan ajeno como se imagina. Existen otros mundos, además de la posada Jamaica.

Después de oír el discurso la invadieron una sensación de humildad y cierta confusión. Era como si, a pesar del tacto y la amabilidad, se burlara de ella y en el fondo la tomara por una joven histérica. Se tiró de cabeza sin pensarlo más y le contó su historia en frases entrecortadas y mal construidas; empezó por la primera noche de sábado en la cantina y después retrocedió hasta el día en que llegó. Fue un relato plano, poco convincente, incluso para sí misma, que sabía la verdad de todo, por eso le faltaban palabras a cada paso y tenía que pararse a pensar, se adelantaba, volvía atrás y se repetía. Él la escuchó pacientemente hasta el final, sin hacer comentarios ni preguntas, pero ella sabía que no apartaba sus ojos blancos de ella, y además el vicario tenía la costumbre de tragar de vez en cuando de una forma que instintivamente llegó a reconocer y a esperar. El miedo que había pasado, la angustia y las dudas le sonaban ahora a invenciones de una

imaginación sobreexcitada, y la conversación entre el desconocido y su tío en la cantina parecía un cuento complicado y sin sentido. Más que ver, notaba la incredulidad del vicario y, en un intento desesperado de rebajar un poco el relato, tan ridículo y pintoresco ahora, convirtió a su tío, que era el villano de la historia, en un campesino cualquiera de los que beben mucho, intimidan a todos y pega a su mujer una vez a la semana; y a los carros, en algo tan poco amenazador como las carretas de los recaderos que viajaban de noche para hacer repartos urgentes.

La visita del caballero de North Hill, esa misma mañana, resultó un poco más convincente, pero la habitación vacía tuvo de nuevo un efecto anticlimático y lo único que pareció un poco real fue el relato del extravío en los páramos, por la tarde.

Cuando terminó, el vicario se puso en pie y empezó a pasear por la sala. Silbaba suavemente, como para sí, y jugueteaba con un botón medio suelto de la chaqueta, que colgaba de un solo hilo. Después se detuvo al lado de la chimenea, de espaldas al fuego, mirándola... pero Mary no sacó ninguna conclusión de esa mirada.

—La creo, sin duda —dijo por fin—, no tiene cara de mentirosa y me da la impresión de que desconoce el significado de la palabra «histeria». Pero esto que me ha contado no podría llevarse ante la justicia... al menos no tal como lo ha contado esta noche. Se parece mucho a un cuento de niños. Y una cosa más: es un escándalo y una vergüenza, lo sabemos todos, pero el contrabando abunda en todo el país y la mitad de los alguaciles viven muy bien gracias a eso. La sorprende, ¿verdad? Pero le aseguro que es cierto. Si la ley fuera más estricta, habría más vigilancia y haría mucho tiempo que la guarida de su tío en la posada Jamaica habría desaparecido del mapa. He estado con el señor Bassat un par de veces y creo que es un hombre honrado e íntegro, pero, entre nosotros, peca un poco de insensato. Fanfarronea y habla mucho, pero nada más. Guardará en secreto la expedición de esta mañana, si no me equivoco. Lo cierto es que no tenía por qué entrar en la posada y registrar las habitaciones, y, si se llega a saber que lo ha hecho y que además no encontró nada, será el hazmerreír de toda la comarca. Pero también le digo otra cosa: esa visita habrá asustado a su tío y no hará ningún movimiento extraño en una temporada. De momento no habrá más

carros en la posada Jamaica. Creo que de eso puede estar segura.

Mary escuchó su razonamiento con algún recelo. Tenía la esperanza de que el hombre se horrorizara si reconocía como cierto lo que le había contado, pero ahí estaba tan fresco, imperturbable, tomándoselo con toda naturalidad.

Él debió de verle la decepción en la cara, porque dijo:

–Si quiere, puedo ir a ver al señor Bassat y contarle su historia. Pero si no puede sorprender a su tío con las manos en la masa, por decirlo de alguna manera, con los carros en el patio, hay pocas posibilidades de denunciarlo. Esto es lo que quiero que se grabe en la cabeza. Me temo que no soy de gran ayuda, pero nos encontramos en una posición difícil, se mire como se mire. Y, por otra parte, usted quiere que su tía quede al margen del asunto, aunque no sé cómo podría hacerse, en caso de arresto.

–Entonces ¿qué cree que debo hacer? –dijo Mary, en tono de impotencia.

–Yo en su lugar jugaría a esperar –le respondió–. Vigile a su tío de cerca y, cuando vea los carros otra vez, venga inmediatamente a decírmelo. Entonces buscaremos entre los dos la mejor solución. Es decir, si me hace el honor de volver a confiar en mí.

–Y ¿qué me dice del desconocido que desapareció? –preguntó Mary–. Lo asesinaron, estoy segura. ¿Cree que nunca se podrá hacer nada?

–Me temo que no, a menos que se encuentre el cadáver, cosa muy poco probable –dijo el vicario–. Además, es posible que no lo mataran. Discúlpeme, pero creo que la imaginación pudo con usted en ese caso. Si hubiera visto al hombre muerto o herido, al menos... sería completamente distinto.

–Oí a mi tío amenazarlo –insistió Mary–, ¿no es suficiente?

–Mi querida niña, la gente se amenaza a diario, pero no se ahorca a nadie por eso. Preste atención: soy amigo suyo, confíe en mí. Si algún día está preocupada o afligida por lo que sea, quiero que venga a contármelo. A juzgar por lo que ha hecho esta tarde, no le da miedo andar, y Altarnun está solo a unos pocos kilómetros por la calzada real. Si alguna vez viene y no estoy, encontrará a Hannah y ella cuidará de usted. Bien, entonces ¿estamos de acuerdo?

–Muchas gracias.

–Ahora póngase las medias y los zapatos mientras yo voy al establo a enganchar el calesín. Voy a llevarla a la posada Jamaica.

La idea de volver era aborrecible, pero tenía que afrontarla. Bajo ningún concepto debía pensar en el contraste entre esta sala tranquila, con las discretas velas, el cálido fuego de leña y el sillón, y los tétricos pasillos fríos de la posada Jamaica o su habitación, que parecía un armario colocado encima del porche. Solo tenía que pensar en una cosa: que podía volver cuando quisiera.

Hacía una buena noche; las nubes oscuras del atardecer habían pasado y el cielo estaba cuajado de estrellas. Mary se sentó al lado de Francis Davey en el alto pescante del calesín envuelta en un gran abrigo con cuello de terciopelo. El caballo no era el mismo que montaba cuando se encontraron en el páramo; era un percherón gris; fresco después de su descanso en los establos, volaba como el viento. Fue un viaje extraño, emocionante. El viento le daba en la cara, le escocían los ojos. La subida desde Altarnun fue lenta al principio, porque la cuesta era empinada, pero no tardaron en alcanzar la calzada real, en dirección a Bodmin; el vicario fustigó al percherón, el animal aplastó las orejas contra el cráneo y se lanzó al galope como poseído.

Los cascos retumbaban en el camino blanco levantando una nube de polvo y Mary se caía hacia su acompañante. Él no hizo el menor amago de frenar un poco y cuando lo miró a la cara vio que sonreía.

—¡Arre! —dijo él—. ¡Vamos! Puedes ir más deprisa.

Lo dijo con entusiasmo, en un tono grave, como si hablara consigo mismo; a Mary le resultaba antinatural, alarmante, incluso la incomodaba, como si el hombre se hubiera transportado a otro mundo y se hubiera olvidado de ella.

Sentada a su lado, pudo mirarlo de perfil por primera vez y vio lo limpias que eran sus facciones, con la nariz fina y prominente; tal vez la peculiaridad de la naturaleza, que lo había creado blanco desde el primer momento, lo hacía tan diferente de cualquier otro hombre que conociera.

Parecía un pájaro. Encogido en su sitio, con la esclavina negra al viento, los brazos eran como alas. Podía tener cualquier edad, era incapaz de calcularse. Entonces él la miró sonriendo y volvió a humanizarse.

—Me gustan mucho estos páramos —dijo—. Usted los ha conocido en malas circunstancias, desde luego, así que no me puede entender. Si los conociera tan bien como yo y los hubiera visto en todos sus diferentes momentos, en verano y en invierno, también le gustarían mucho. Tienen algo fascinante que no se

encuentra en ninguna otra parte del condado. Y son muy antiguos. A veces me parecen supervivientes de otra época. Los páramos fue lo primero que se creó; después vinieron los bosques, los valles y el mar. Suba un día al Roughtor antes del amanecer, a oír el viento entre las piedras, y me entenderá mejor.

Mary se acordó del pastor de su pueblo. Era un hombrecito alegre y tenía una recua de hijos, todos iguales que él, y su mujer hacía una mermelada muy espesa de ciruelas damascenas. En Navidad siempre decía el mismo sermón y, si alguna vez se hubiera atascado, los feligreses podrían haberle dado el pie en cualquier momento. Se preguntó qué diría Francis Davey en su iglesia de Altarnun. ¿Predicaría sobre el Roughtor y la luz del lago Dozmary? Habían llegado a la parte más honda de la calzada; un puñado de árboles formaba un pequeño valle por el que discurría el río Fowey, y delante de ellos se iniciaba un repecho que subía hasta el terreno alto y despejado. Mary ya veía las altas chimeneas de la posada recortadas contra el cielo.

El trayecto terminó y la emoción desapareció dando paso al temor y la aversión que le inspiraba su tío. El vicario detuvo el caballo muy cerca del patio, al abrigo de un ribazo de hierba.

—Parece que no hay nadie —dijo él en voz baja—. Es como la casa de los muertos. ¿Quiere que intente abrir la puerta?

Mary dijo que no.

—Siempre está atrancada —musitó ella— y las ventanas están cerradas. Aquella de arriba, encima del porche, es mi habitación. Puedo trepar hasta allí, si me permite subirme a sus hombros. He hecho cosas más difíciles en mi pueblo. La parte de arriba de la ventana está abierta y, desde el tejado del porche, será muy fácil entrar.

—Resbalará al pisar la pizarra —contestó él—. No voy a permitir que lo haga. Es absurdo. ¿No hay otra forma de entrar? Y ¿por la parte de atrás?

—La puerta de la cantina estará cerrada con llave, y la cocina también —dijo Mary—. Podemos ir hasta allí a comprobarlo, si le parece.

Lo llevó hasta la otra parte de la casa y entonces, dándose la vuelta de pronto, se llevó un dedo a los labios.

—Hay luz en la cocina —susurró—. Eso significa que mi tío ha vuelto. Tía Patience siempre se acuesta temprano. La ventana no tiene cortinas; si pasamos

por delante, nos verá.

Mary se pegó a la pared. Su acompañante le indicó que no se moviera.

–Muy bien –dijo–, voy a echar un vistazo, procuraré que no me vea.

Lo vio acercarse a la ventana por un lado y quedarse unos minutos mirando la cocina. Después le hizo una seña de que lo siguiera con la misma sonrisa tensa que le había visto antes. Se le veía muy pálido en contraste con el sombrero de teja negro.

–Esta noche no habrá discusión con el patrón de la posada Jamaica –dijo.

Siguiendo la dirección de su mirada, Mary se acercó a la ventana. Había una sola vela encendida en la cocina, torcida, metida en una botella. Ya se había consumido hasta la mitad y tenía gruesos goterones de grasa pegados por un lado. La llama temblaba con la corriente de la puerta, que estaba abierta al huerto de par en par. Joss Merlyn estaba sentado a la mesa completamente borracho, con sus grandes piernas estiradas, abiertas, y el sombrero en la nuca. Miraba estupefacto la vela, con los ojos fijos y vidriosos, como un muerto. Había otra botella, con el cuello roto, y un vaso vacío a su lado. El fuego de turba se había consumido por completo.

Francis Davey señaló la puerta abierta.

–Entre y suba a su habitación –le dijo–. Su tío ni siquiera la verá. Cierre bien la puerta y apague la vela. Lo que menos falta le hace ahora es un incendio. Le deseo buenas noches, Mary Yellan. Si alguna vez se encuentra en apuros y me necesita, estaré esperándola en Altarnun.

Dio la vuelta a la esquina de la casa y desapareció.

Mary entró de puntillas en la cocina y atrancó la puerta. Podía haberla cerrado de un portazo, si hubiera querido, su tío no se habría enterado.

Joss se había ido al reino de los cielos y había dejado atrás su pequeño mundo. Mary apagó la vela de un soplido y lo dejó solo en la oscuridad.

Capítulo VIII



Joss Merlyn estuvo borracho cinco días, inconsciente casi todo el tiempo, tumbado en la cocina, en una cama que improvisaron entre Mary y su tía. Dormía con la boca completamente abierta y se le oía respirar desde las habitaciones de arriba. Hacia las cuatro de la tarde se despertaba una media hora, pidiendo brandy a gritos y llorando como un niño. Su mujer acudía a su lado sin tardanza, lo tranquilizaba y le mullía la almohada. Le administraba un poquito de brandy rebajado con agua, hablaba con él amablemente, como si fuera un niño enfermo, mientras le ponía el vaso en los labios; y él miraba a todas partes con los ojos muy abiertos, inyectados en sangre, murmurando para sí y temblando como un perro.

Tía Patience parecía otra mujer, serena y equilibrada, con una fortaleza mental de la que Mary no la creía capaz. Se entregaba por completo a cuidar a su marido. Tenía que hacérselo todo, y Mary la veía cambiarle las mantas y las sábanas con una sensación horrible de repugnancia en el corazón, porque ella no habría soportado acercarse a él. Tía Patience lo hacía con total naturalidad y parecía que ni siquiera la asustaban los gritos y las blasfemias con que la saludaba. Solo en momentos como esos ejercía control sobre él, y Joss se dejaba limpiar la frente con una toalla y agua caliente sin protestar. Después lo arropaba con una manta limpia, le alisaba el pelo y a los pocos minutos se dormía otra vez, con la cara morada y la boca abierta de par en par, sacando la lengua, roncando como un toro. Era imposible vivir en la cocina, y Mary y su tía convirtieron la salita de estar, que no se usaba, en su refugio. Por primera vez tía Patience le hacía algo de compañía. Charlaba animadamente de su época en Helford, cuando la madre de Mary y ella eran niñas y vivían juntas; se movía por la casa con ligereza y rapidez y a veces la oía canturrear en voz baja viejos himnos mientras iba y venía de un lado a otro. Al parecer Joss Merlyn sufría estos ataques alcohólicos cada dos meses. Antes sucedía con menor frecuencia, pero últimamente se repetían más a menudo y tía Patience nunca estaba segura de

cuándo iba a ser el próximo. La causa de este último había sido la visita del señor Bassat –el patrón se había enfadado mucho y estaba muy preocupado, le contó– y cuando volvió de los páramos, a las seis de la tarde, se fue directamente a la cantina. Y entonces supo lo que iba a pasar.

La mujer aceptó la explicación de su sobrina de que se había perdido en los páramos y no le hizo preguntas. Le recomendó que tuviera cuidado con los perros y ahí terminó la historia. Mary se alegró mucho. No tenía ganas de contarle los pormenores de su aventura ni la menor intención de hablar de su encuentro con el vicario de Altarnun. Entretanto Joss Merlyn yacía inconsciente en la cocina y las dos mujeres pasaron cinco días relativamente tranquilos.

El tiempo se puso frío y gris y a Mary no le apetecía salir de casa, pero la mañana del quinto día el viento cesó y salió el sol, y, a pesar de todo lo que le había sucedido esa misma semana, decidió aventurarse otra vez en los páramos. El patrón se despertó a las nueve y empezó a gritar a pleno pulmón. ¿Qué necesidad tenía ella de soportar tanto ruido y el olor de la cocina, que ahora invadía toda la casa, además de ver a su tía corriendo por las escaleras cargada con mantas limpias? De pronto sintió asco y desprecio por todo aquello.

Avergonzada de sí misma, salió de casa con un trozo de pan envuelto en un pañuelo y cruzó la calzada en dirección a los páramos. Esta vez partió en dirección al East Moor, hacia Kilmar, y con todo el día por delante no corría el riesgo de perderse. Iba pensando en Francis Davey, el extraño vicario de Altarnun, y se dio cuenta de lo poco que había hablado él de sí mismo, mientras que ella le había contado toda su vida en una noche. Se imaginó lo singular que resultaría pintando su cuadro junto a las aguas del Dozmary, sin sombrero, quizá, con su halo de pelo blanco alrededor de la cabeza; y unas gaviotas que llegarían tierra adentro desde el mar, rozando la superficie del lago. El vicario parecía Elías en el monte.

Se preguntó cómo habría llegado al sacerdocio y si los habitantes de Altarnun lo querrían. Se acercaba la Navidad y en Helford la gente estaría adornando la casa con acebo, siemprevivas y muérdago. Cocerían gran cantidad de dulces y bizcochos y engordarían pavos y ocas. El pequeño pastor, alegre y festivo, sonreiría al mundo y en Nochebuena iría a Trelowarren después del té a beber licor de endrina. ¿Francis Davey adornaría la iglesia con acebo y bendeciría a

todo el pueblo?

Lo que era seguro es que en la posada Jamaica habría muy poca alegría.

Después de andar una hora o más se paró en seco, no podía continuar porque se lo impedía un río que se dividía en dos brazos, cada uno en una dirección. El río pasaba por un valle entre montes y estaba rodeado de ciénagas. Conocía ese paraje: más allá de la cara lisa y verde de la peña que tenía delante se divisaba la gran mano abierta del Kilmar que apuntaba al cielo con los dedos. Lo que se veía era otra vez Trewartha Marsh, adonde había llegado aquel primer sábado, aunque ahora lo veía desde el sureste y los montes parecían diferentes bajo el bravo sol. Un arroyo burbujeara alegremente por encima de las piedras y había una cancela de paso para cruzar el pequeño cauce. La ciénaga se extendía a lo lejos a su izquierda. Un viento suave agitaba la vegetación y la hacía temblar, suspirar y crujir al unísono; en medio de las claras y apetecibles zonas verdes se levantaban montículos de vegetación dura, con las puntas marrones y ramitas amarillas y leñosas.

Eran las traicioneras islas del pantano, que parecían sólidas por su anchura, pero eran leves como el vilano de los cardos y, al pisarlas, el pie se hundía inmediatamente y la superficie de los charquitos de agua de color pizarra que ondeaba aquí y allá se agitaba y se transformaba en espumarajos negros.

Mary dio la espalda al pantanal y vadeó la cancela del arroyo. Continuó por el terreno alto, con el agua corriendo por abajo, y siguió su curso por el sinuoso valle que discurría entre los montes. Había pocas nubes que dieran sombra y el páramo, del color de la arena, se ondulaba a lo lejos bajo el sol. Un zarapito solitario y pensativo observaba su reflejo en la orilla del agua; de repente metió su largo pico entre los juncos a una velocidad increíble, lo clavó en el lodo líquido; volvió la cabeza, recogió las patas y, dando una nota quejumbrosa, se elevó en el aire en dirección sur.

Algo lo había espantado y a los pocos minutos Mary vio lo que era. Unos cuantos ponis habían bajado ruidosamente del monte y se habían metido en el agua a beber. Hacían ruido con los cascos entre las piedras y se empujaban unos a otros moviendo la cola al viento. Debían de haber entrado por una cancela de la orilla izquierda, un poco más adelante, que estaba completamente abierta, sujeta con una piedra dentada, y que daba a una vereda accidentada y llena de

barro.

Mary se apoyó en la cancela a mirar los ponis y por el rabillo del ojo vio que se acercaba un hombre por la vereda con un cubo en cada mano. Estaba a punto de reanudar el paseo cuando el hombre levantó un cubo en el aire y le dio una voz.

Era Jem Merlyn. No podía huir, y se quedó donde estaba hasta que llegó él. Llevaba una camisa mugrienta que no había visto un lavadero en su vida y unos pantalones sucios de color marrón llenos de crines de caballo y porquería de pocilga. Iba sin sombrero ni abrigo y tenía la mandíbula cubierta de dura barba sin afeitar. Se rió de ella enseñando los dientes, exactamente igual que debía de hacerlo su hermano veinte años antes.

—Conque ha sabido encontrar el camino de mi casa, ¿eh? —dijo—. No la esperaba tan pronto, de lo contrario habría hecho pan en su honor. Hace tres días que no me lavo y solo he comido patatas. Tenga, coja este cubo.

Le puso uno de los cubos en la mano sin darle tiempo a protestar y bajó hasta el agua, detrás de los ponis.

—¡Sal de ahí! —gritó—. ¡Sal de una vez, me estás ensuciando el agua de beber! ¡Vamos, maldito diablo negro!

Golpeó al poni más grande en los cuartos traseros con el culo del cubo y los animales salieron disparados del agua, monte arriba, lanzando coces.

—La culpa es mía por no cerrar la cancela —dijo, dirigiéndose a Mary—. Traiga aquí el otro cubo; el agua de la otra orilla está limpia.

Mary bajó y él llenó los dos cubos, sonriéndole por encima del hombro.

—¿Qué habría hecho si no me hubiera encontrado en casa? —le preguntó, limpiándose la cara con la manga.

Mary no pudo evitar una sonrisa.

—Ni siquiera sabía que vivía aquí —contestó—, y, desde luego, no he venido buscándolo a usted. Si lo hubiera sabido, me habría ido hacia la izquierda.

—No la creo —dijo él—. Se echó al monte con la esperanza de encontrarme, no hace falta que disimule. Bien, pues ha llegado a tiempo para hacerme la comida. Hay cordero en la cocina.

La llevó por la vereda enfangada y, al dar la vuelta a un recodo, llegaron a una cabaña pequeña de color gris construida contra un lado del monte. En la parte de atrás había algunos edificios rústicos más y una parcela alargada para patatas.

Unos hilos finos de humo salían por la chimenea.

–El fuego está encendido, no le llevará mucho tiempo guisar ese trozo de cordero. Supongo que sabe cocinar, ¿no? –le dijo.

Mary lo miró de hito en hito.

–¿Siempre se aprovecha de la gente de esta manera? –le preguntó.

–No tengo muchas ocasiones –respondió él–, pero puede entrar un rato, mientras está aquí. La comida me la hago yo desde que murió madre y, desde entonces, no ha entrado ninguna mujer en la cabaña. Pase, ¿quiere?

Entró en la casa detrás de él y agachó la cabeza, igual que él, al pasar por el bajo dintel.

La habitación era pequeña y cuadrada, la mitad que la cocina de la posada, con una gran chimenea abierta en una esquina. El suelo estaba sucio y lleno de desperdicios: mondas de patata, tallos de col y migas de pan. Había cosas desperdigadas por todas partes, con una capa de ceniza del fuego de turba por encima. Mary lo miró con desánimo.

–¿Es que no limpia nunca? –le preguntó–. Esta cocina parece una pocilga. Tendría que darle vergüenza. Deme ese cubo de agua y tráigame una escoba. No pienso comer en una cocina tan sucia.

La mugre y la sordidez estimularon sus instintos de limpieza y orden y se puso manos a la obra sin perder un momento. En media hora dejó la cocina como los chorros del oro, con el suelo húmedo y brillante, sin una brizna de basura. Encontró platos en el armario y un mantel, con lo que procedió a poner la mesa y, entretanto, el cordero se hacía en una cazuela puesta al fuego, acompañado de patatas y nabos.

Olía bien y Jem entró por la puerta olisqueando el aire como un perro hambriento.

–Tendré que traer a una mujer –dijo–. Está claro. ¿Dejaría a su tía y vendría a cuidarme a mí?

–Tendría que pagarme mucho –dijo Mary–. Jamás tendrá dinero suficiente para darme lo que le pediría.

–¡Qué avaras son las mujeres! –dijo, y se sentó a la mesa–. No tengo la menor idea de lo que hacen con el dinero, porque nunca se lo gastan. Madre era igual. Lo guardaba en una media y nunca llegué a ver ni el color que tenía. Dese prisa

con la comida, estoy más hambriento que una lombriz.

–¡Cuánta impaciencia! –dijo Mary–. No me da ni las gracias, y eso que le he hecho la comida. Quite las manos de ahí, la fuente quema.

Puso el cordero humeante en la mesa, enfrente de Jem, y él se relamió.

–Bueno, parece que algo aprendió en el sitio de donde viene –dijo–. Siempre he dicho que las mujeres tendrían que saber dos cosas por instinto, y cocinar es una de ellas. Tráigame una jarra de agua, haga el favor. El cántaro está fuera.

Pero Mary ya le había preparado un vaso lleno y se lo puso delante en silencio.

–Nacimos todos aquí –dijo Jem, levantando la cabeza hacia el techo–, arriba, en el dormitorio. Pero Joss y Matt ya eran mayores cuando yo todavía era un mocoso que se pegaba a las faldas de su madre. A padre lo veíamos poco, aunque cuando estaba en casa se dejaba notar. Una vez, me acuerdo, le tiró un cuchillo a madre... Le dio por encima del ojo y se le llenó la cara de sangre. Me asusté y fui corriendo a esconderme en ese rincón, junto al fuego. Madre no dijo nada, solo se limpió el ojo con agua y después le sirvió la cena. Era una mujer valiente. Eso se lo reconozco, aunque hablaba poco y nunca nos daba mucho de comer. Me mimó bastante de pequeño, por ser el benjamín, supongo, y mis hermanos me zurraban cuando ella no los veía. No eran tan animales como se imagina, pero nunca fuimos una familia cariñosa; he visto a Joss zarandeando a Matt hasta que no podía tenerse en pie. Matt era un pequeño demonio; hablaba poco, como madre. Se ahogó en la ciénaga. Allí, aunque grites hasta que te estallen los pulmones, no te oye nadie, más que algún pájaro o algún poni descarriado. También yo me he visto en apuros alguna vez en la ciénaga.

–¿Cuánto hace que murió su madre? –preguntó Mary.

–Por Navidad hará siete años –le respondió, mientras se servía más cordero–. Con mi padre colgado, Matt ahogado, Joss en América y yo creciendo hecho un salvaje, madre se volvió religiosa, rezaba a todas horas y llamaba al Señor. Yo no podía soportarlo, así que me largué. Embarqué en una goleta de Padstow una temporada, pero a mi estómago no le sentaba bien el mar y volví a casa. Encontré a madre muy delgada, en los huesos. «Tiene que comer más», le decía yo, pero no me hacía caso, así que volví a largarme y me quedé un tiempo en Plymouth buscándome la vida a mi aire. Volví para la comida de Navidad y me encontré la casa cerrada y sin nadie. Me volví loco. Hacía veinticuatro horas que

no comía. Volví a North Hill y me dijeron que madre había muerto. La habían enterrado hacía tres semanas. Para lo que comí en Navidad, podía haberme quedado en Plymouth. Hay queso en ese armario, detrás de usted. ¿Quiere la mitad? Tiene gusanos, pero no le harán daño.

Mary dijo que no con un movimiento de cabeza y dejó que se levantara él a buscarlo.

–¿Qué pasa? –dijo–. Parece una vaca mareada. ¿Ya se le ha agriado el cordero en el estómago, tan pronto?

Mary se quedó mirándolo mientras él volvía a su sitio y untaba el trozo de queso seco en un rebojo de pan rancio.

–Cornualles se quedará muy a gusto cuando desaparezcan todos los Merlyn –dijo–. Más vale una epidemia en el país que una familia como la suya. Sus hermanos y usted nacieron torcidos, ruines. ¿Nunca piensa en lo que debió de sufrir su madre?

Jem la miró sorprendido, con el pan y el queso a medio camino de la boca.

–Madre estaba bien –dijo–. Nunca se quejó. Estaba acostumbrada a nosotros. Se casó con padre a los dieciséis años; no le dio tiempo a sufrir. Joss nació al año siguiente, y después Matt. Se le iba el tiempo en criarlos y, cuando se despegaron de sus faldas, tuvo que empezar otra vez conmigo. Fui un descuido, sí. Padre se emborrachó en la feria de Launceston después de vender tres vacas que no eran suyas. De no haber sido por eso, ahora no estaría aquí hablando con usted. Páseme la jarra.

Mary terminó de comer. Se levantó y empezó a recoger la mesa en silencio.

–¿Qué tal está el patrón de la posada Jamaica? –dijo Jem, recostándose en la silla y mirándola mientras ella metía los platos sucios en el agua.

–Bebe tanto como su padre –dijo ella brevemente.

–Será su perdición –dijo Jem con seriedad–. Se emborracha hasta perder el sentido y luego se pasa cinco días durmiendo la mona. Un día lo matará el alcohol. ¡Qué insensato es! ¿Cuánto duró la última vez?

–Cinco días.

–¡Ah, eso no es nada para Joss! No se levantaría en una semana, si le dejas. Al final vuelve en sí, se pone de pie y anda como un ternero recién nacido, y con la boca negra como la ciénaga de Trewartha. Cuando se deshace del exceso de

líquido y el resto de la bebida desaparece hay que andar con mucho ojo, porque es más peligroso que nunca. Tenga mucho cuidado.

—A mí no me pone la mano encima, de eso me encargo yo —dijo Mary—. Hay cosas que le importan más, tiene mucho de lo que ocuparse.

—No sea tan misteriosa, deje de gesticular para sí con la boca fruncida. ¿Ha sucedido algo en la posada?

—Según como se mire —dijo ella, echándole un vistazo por encima del plato que estaba secando—. La semana pasada recibimos la visita del señor Bassat de North Hill.

Jem dejó caer la silla al suelo de golpe.

—¡La visita del demonio! —dijo—. Y ¿qué tenía que decir el caballero?

—Tío Joss no estaba en casa —dijo Mary— y el señor Bassat insistió en entrar en la posada y registrar las habitaciones. Rompió la puerta del cuarto del fondo del pasillo, bueno, entre su criado y él, pero no había nada dentro. Eso lo decepcionó y también lo sorprendió, y se fue muy enfadado. Por cierto, preguntó por usted, y le dije que no lo había visto en mi vida.

Mientras Mary le contaba todo esto, Jem silbaba sin ninguna gracia y la miraba sin expresión, pero cuando llegó a la última frase y aludió a su persona, entrecerró los ojos y después soltó una carcajada.

—¿Por qué mintió? —le preguntó.

—En aquel momento me pareció lo mejor para no complicar las cosas —dijo ella—. Si lo hubiera pensado mejor, le habría dicho la verdad, no lo dude. Usted no tiene nada que ocultar, ¿verdad?

—No mucho, solo que el poni negro que ha visto en el arroyo es suyo —contestó Jem con petulancia—. La semana pasada era gris con manchas más oscuras y, para el caballero, valía una fortuna, porque lo había criado él. Me proporcionará unas cuantas libras en Launceston, si tengo suerte. Venga a echarle un vistazo.

Salieron al sol, Mary iba secándose las manos en el delantal y se quedó unos momentos en la puerta de la cabaña, mientras Jem iba hacia los caballos. La cabaña estaba construida en la falda del monte por cuyo pie discurría el Withy Brook en dirección al valle hasta perderse en los montes siguientes. Detrás de la casa se extendía un terreno llano y homogéneo que ascendía hacia las grandes peñas de ambos lados, y esta pradera, que parecía un prado para el ganado, sin

nada que la cerrara hasta donde alcanzaba la vista, a excepción del escarpado y amenazador peñasco de Kilmar, debía de ser la franja de tierra conocida por el nombre de Twelve Men's Moor.

Mary se imaginó a Joss Merlyn de pequeño, saliendo a la carrera por la puerta con la mata de pelo sobre los ojos, y la figura solitaria y demacrada de su madre detrás de él, cruzada de brazos, mirándolo con una pregunta en los ojos. Un mundo de pesares y silencio, de ira y amargura, debía de haber habitado bajo el techo de la pequeña cabaña.

Se oyó una voz y cascos de caballo, y Jem llegó hasta ella dando la vuelta a la esquina de la casa a horcajadas del poni negro.

—Este es el ejemplar que quería que me comprara —dijo—, pero es usted muy mirada con el dinero. La llevaría muy bien, porque el caballero lo crió para su mujer. ¿Seguro que no quiere cambiar de opinión?

Mary negó con un movimiento de cabeza y se rió.

—Y querrá que lo ate en el establo de la posada, supongo —le dijo—, y así, cuando el señor Bassat nos haga otra visita, no lo reconocerá, ¿verdad? Le agradezco mucho la molestia, pero de todos modos prefiero no arriesgarme. Ya he mentido por su familia todo lo que se puede mentir en una vida, Jem Merlyn.

Jem puso mala cara y desmontó.

—Acaba de rechazar la mejor oferta que le harán en la vida —dijo—, y no le daré otra oportunidad. En Nochebuena me lo llevaré a Launceston; los tratantes se matarán por él. —Dio una palmada al poni en los cuartos traseros—. Ya puedes irte —le dijo, y el animal salió volando hacia el claro de la orilla.

Jem cogió una hoja de hierba y empezó a chuparla mirando a su compañera de soslayo.

—¿Qué esperaba encontrar el caballero Bassat en la posada Jamaica? —preguntó.

Mary lo miró directamente a los ojos.

—Eso lo sabe usted mejor que yo —respondió.

Jem siguió mordisqueando la hierba pensativamente, escupiendo fragmentos verdes en el suelo.

—¿Cuánto sabe usted? —preguntó de pronto, y tiró la brizna de hierba.

Mary se encogió de hombros.

—No he venido a contestar preguntas —dijo—, ya le contesté a muchas al señor

Bassat.

–Joss tuvo suerte, porque ya se lo habían llevado todo –dijo Jem en voz baja–. La semana pasada le dije que estaba pisando terreno peligroso. Al final lo pillarán, es solo cuestión de tiempo. Y lo único que hace para defenderse es emborracharse, el muy insensato.

Mary no dijo nada. Si Jem pretendía sacarle algo sincerándose con ella, se llevaría una decepción.

–Seguro que tiene una vista magnífica desde la habitación de encima del porche –dijo–. ¿Despierta el ruido a la bella durmiente?

–¿Cómo sabe cuál es mi habitación? –preguntó Mary enseguida.

Jem se quedó parado al oír la pregunta; ella vio un destello de sorpresa en sus ojos. Después Jem se echó a reír y cogió otra hierba de la orilla.

–La ventana estaba abierta de par en par cuando llegué al patio el otro día por la mañana –dijo– y un trocito de la persiana se movía con el aire. Nunca había visto una ventana abierta en la posada.

La excusa era creíble, pero insuficiente para Mary, y le entraron unas sospechas terribles. ¿Sería Jem el que se ocultaba en la habitación de huéspedes vacía aquel sábado por la noche? Algo se le enfrió por dentro.

–¿Por qué se queda tan callada ahora? –prosiguió él–. ¿Cree que voy a ir a decirle a mi hermano: «Oye, que esa sobrina tuya tiene la lengua muy larga»? ¡Maldita sea, Mary! No está ciega ni sorda; hasta un mocosito vería que hay gato encerrado si viviera un mes en la posada.

–¿Qué pretende sonsacarme? –replicó Mary–. Y ¿qué más le da lo que sepa yo? Lo único que me interesa es llevarme a mi tía de ahí lo antes posible. Se lo dije cuando fue a la posada. Es posible que tarde un poco en convencerla y tengo que ser paciente. En cuanto a su hermano, por mí, como si se mata a fuerza de alcohol. Se trata de su vida y, por lo tanto, es asunto suyo. Yo no tengo nada que ver.

Jim silbó y dio una patada a una piedra suelta.

–Entonces, el contrabando no la impresiona tanto, ¿verdad? –dijo–. No abriría usted la boca aunque mi hermano forrase todas las habitaciones de la posada con cajas de brandy y ron, ¿no? Pero, si se metiera en otros asuntos, si fuera una cuestión de vida o muerte, de asesinato tal vez... entonces ¿qué?

Dio media vuelta y la miró de frente, y Mary comprendió que esta vez no jugaba con ella; la actitud indolente y risueña había desaparecido y tenía una mirada seria, pero no pudo saber lo que ocultaba.

–No sé a qué se refiere –dijo Mary.

Siguió mirándola en silencio un largo rato, como si debatiera algo mentalmente y la solución se encontrara solo en la cara de Mary. El parecido con su hermano también desapareció. De pronto era un hombre más duro, más viejo y de otra ralea.

–Es posible –dijo por fin–, pero con el tiempo lo sabrá, si se queda lo suficiente. ¿Por qué parece su tía un fantasma viviente? ¿Sabría decírmelo? Pregúnteselo la próxima vez que sople el viento del noroeste.

Y se puso a silbar otra vez con suavidad y las manos en los bolsillos. Mary lo miraba en silencio. Jem hablaba enigmáticamente, aunque no sabía si lo hacía para asustarla o no. A Jem, el ladrón de caballos, con sus modales petulantes y sin un penique, lo entendía e incluso lo toleraba, pero esto era una novedad y no estaba segura de que le gustara.

Jem soltó una breve carcajada y se encogió de hombros.

–Un día Joss y yo nos veremos las caras, y será él quien lo lamente, no yo –dijo.

Y con este comentario misterioso, se fue hacia el páramo detrás del poni. Mary lo miraba pensativamente, con los brazos debajo de la toquilla. Así pues, la primera intuición había sido certera y había algo más que el contrabando. El desconocido de aquella noche en la cantina había hablado de asesinato y ahora Jem acababa de decir lo mismo. Ella no era tonta ni estaba histérica, aunque al vicario de Altarnun opinara de otro modo.

No sabía qué papel desempeñaba Jem en todo esto, pero no dudaba ni un momento de que algo tenía que ver.

Y si era el hombre que había bajado las escaleras con tanto sigilo detrás de su tío... seguro que sabía perfectamente que aquella noche ella había salido de su dormitorio y se había escondido para escuchar la conversación. Entonces, él sería el primero que se acordaría de la soga colgada de la viga y sospecharía que ella la había visto cuando los dos hombres se fueron al páramo.

Si Jem era ese hombre, tenía motivos suficientes para interrogarla a fondo. Le

había preguntado cuánto sabía, pero ella no se lo había dicho.

La conversación ensombreció un tanto el día. Ahora quería irse, deshacerse de él, quedarse a solas con sus pensamientos. Empezó a bajar lentamente hacia el Withy. Había llegado a la cancela del final de la vereda cuando lo oyó acercarse a la carrera; Jem se lanzó a la cancela, parecía medio gitano, así, sin afeitar y con los pantalones sucios.

–¿Qué hace? –le dijo–. Todavía es pronto, no anochece hasta las cuatro. La acompañaré a pie hasta Rushyford Gate. ¿Qué le pasa? –Le cogió la cara por la barbilla y la miró–. Creo que la asusto –dijo–. Cree que tengo barriles de brandy y paquetes de tabaco en las viejas habitaciones de arriba y que se los voy a enseñar y que después le voy a cortar el cuello. Es eso, ¿verdad? Los Merlyn somos un puñado de desesperados y Jem es el peor de todos. ¿Es eso lo que opina?

Ella le sonrió a su pesar.

–Algo así –confesó–, pero usted no me da miedo, no crea. Incluso me parecería simpático, si no me recordara tanto a su hermano.

–Tengo la cara que tengo, no lo puedo remediar –dijo–, aunque no me negará que soy mucho más guapo que Joss.

–Tanto engrimiento compensa con creces las cualidades que le faltan –dijo Mary, dándole la razón–, y no niego que sea bien parecido. Rompa todos los corazones que quiera, pero ahora déjeme marchar; tengo un largo paseo hasta la posada y no quiero perderme otra vez en los páramos.

–Ah, y ¿cuándo se perdió? –preguntó él.

Mary frunció el ceño ligeramente. Se le habían escapado las palabras.

–El otro día por la tarde salí al West Moor –dijo– y la bruma se levantó temprano. Pasé un rato dando vueltas hasta que encontré el camino otra vez.

–Es una insensatez salir a pasear –le dijo–. Hay algunos sitios entre la posada y Roughtor que podrían tragarse un rebaño de vacas, y no digamos ya a alguien tan frágil como usted. No es un buen entretenimiento para una mujer. ¿Por qué lo hizo?

–Quería estirar las piernas. Llevaba muchos días encerrada en casa.

–A ver, Mary Yellan, la próxima vez que quiera estirar las piernas, estírelas en esta dirección. Si entra por la cancela, no se perderá, siempre y cuando se desvíe

de la ciénaga por la izquierda, como ha hecho hoy. ¿Va a venir conmigo a Launceston en Nochebuena?

–¿Qué piensa hacer allí, Jem Merlyn?

–Simplemente vender el poni negro del señor Bassat, querida. Ese día es mejor que se aleje de la posada cuanto pueda, si conozco a mi hermano. Estará recuperándose de la borrachera y buscando pelea. Si están acostumbrados a sus vagabundeos por el páramo, no les extrañará su ausencia. La devolveré a casa a medianoche. Diga que sí, Mary.

–¿Y si lo pillan en Launceston con el poni del señor Bassat? Quedaría como un idiota, ¿no? Y yo también, si me encarcelan con usted.

–No van a pillarme, al menos de momento. Arriésguese, Mary. ¿No le gustan las emociones? ¿Tanto cuidado tiene con su persona? Debieron de criarla entre algodones, allí en Helford.

Mary mordió el anzuelo.

–Está bien, Jem Merlyn, no crea que tengo miedo. De todos modos, me da lo mismo estar en la cárcel que vivir en la posada Jamaica. ¿Cómo vamos a ir a Launceston?

–La llevaré en el carro, con el poni negro del señor Bassat detrás de nosotros. ¿Sabe ir a North Hill por el páramo?

–No.

–Solo tiene que seguir su instinto. Vaya por la calzada un kilómetro y medio, hasta que encuentre un claro en el seto en la cumbre que se desvía a la derecha. Verá Carey Tor enfrente y Hawk's Tor a la derecha, a lo lejos. Siga todo recto y no se perderá. Saldré a buscarla a mitad de camino. Iremos por los páramos siempre que podamos. En la calzada habrá bastante tráfico el día de Nochebuena.

–Entonces ¿a qué hora me pongo en marcha?

–Dejaremos que los demás se adelanten y lleguen por la mañana; hacia las dos, cuando lleguemos nosotros, las calles estarán llenas y pasaremos desapercibidos. Salga de la posada hacia las once, si le parece.

–No le prometo nada. Si ve que no llego, siga su camino. No olvide que a lo mejor tía Patience me necesita.

–De acuerdo. Invéntese una excusa.

–Hay una cancela que cruza el arroyo –dijo Mary–, no hace falta que me acompañe más allá. Encontraré el camino. Tengo que ir directamente por la cresta de aquel monte, ¿verdad?

–Presente mis respetos al patrón, si quiere, y dígale que espero que esté de mejor humor, y de mejor lengua, también. ¡Pregúntele si le apetece que ponga yo una rama de muérdago en el porche de la posada! Cuidado con el agua. ¿Quiere que la pase en brazos? Se mojará los pies.

–No me pasaría nada aunque me mojara hasta la cintura. Buenas tardes, Jem Merlyn.

Y Mary saltó osadamente por encima del arroyo, apoyándose con una mano en la cancela. Se le mojó la enagua y se la levantó para sacarla del agua. Oyó la risa de Jem en la otra orilla y se alejó cuesta arriba sin mirar atrás ni saludar con la mano.

«No se puede comparar con los hombres del sur –pensó–, con los de Helford, Gweek y Manaccan.» Había un herrero en Constantine que lo tumbaría con el meñique. Jem Merlyn no tenía de qué sentirse orgulloso. Ladrón de caballos, vulgar contrabandista, granuja y quizá asesino también. Por lo visto, en el páramo se criaban los mejores hombres.

No le tenía miedo, y para demostrárselo iría con él en su carro a Launceston el día de Nochebuena.

Empezaba a caer la noche cuando cruzó la calzada y entró en el patio. La posada parecía oscura y deshabitada, como de costumbre; la puerta estaba atrancada y las ventanas, cerradas. Fue a la parte de atrás y llamó a la puerta de la cocina. Su tía abrió inmediatamente, parecía pálida y agobiada.

–Tu tío lleva todo el día preguntando por ti –dijo–. ¿Dónde estabas? Son casi las cinco, y te fuiste por la mañana.

–He ido a pasear por el páramo –contestó Mary–. Creía que no importaría. ¿Por qué preguntaba tío Joss por mí? –Estaba ligeramente nerviosa y miró hacia la cama del rincón de la cocina. No había nadie–. ¿Adónde se ha ido? –preguntó–. ¿Se encuentra mejor?

–Ha querido ir a la salita –respondió su tía–. Dijo que estaba harto de la cocina. Lleva ahí toda la tarde, sentado frente a la ventana, a ver si te veía venir.

Ahora tienes que portarte bien con él, Mary, hablarle con buenas palabras y no llevarle la contraria. Cuando se empieza a recuperar es el peor momento... Cada día se pondrá un poco más fuerte, exigente e incluso puede que violento. Ten mucho cuidado con lo que le digas, ¿eh, Mary?

Patience era la de siempre otra vez, se retorció las manos nerviosamente y frunció los labios sin parar mirando por encima del hombro de su sobrina mientras hablaba. Daba lástima verla y contagió a Mary su azoramiento.

–¿Para qué quiere verme? –preguntó–. Nunca tiene nada que decirme. ¿Qué se le antoja ahora?

Tía Patience parpadeó y frunció los labios una vez más.

–Le apetece, solo eso –dijo–. Murmura y habla solo; no hay que hacer caso de lo que dice en estas circunstancias. En realidad no es él mismo. Voy a decirle que has vuelto.

Salió de la cocina y fue a la salita por el pasillo.

Mary se acercó al aparador y se sirvió agua de la jarra. Tenía la garganta muy seca. El vaso le temblaba en la mano y se maldijo por tonta. Había sido muy valiente en el páramo hasta ahora, pero en cuanto entró en la posada perdió el arrojo y se echó a temblar como una niña. Tía Patience volvió.

A Mary se le había pasado el hambre y tuvo que obligarse a comer. Bebió dos tazas de té muy caliente y apartó el plato. Ninguna de ellas decía nada. Tía Patience no perdía de vista la puerta. Cuando terminaron de cenar recogieron la mesa en silencio. Mary echó un poco de turba en el fuego y se agachó a un lado. El humo picante y azul se elevó en el aire y se le metió en los ojos pero no le llegó ni una pizca de calor.

Fuera, en el vestíbulo, el reloj dio las seis con un zumbido repentino. Mary contó las campanadas conteniendo el aliento. Rompían el silencio con deliberación; la última tardó una eternidad en llegar, resonó por toda la casa y murió. El tictac del reloj reanudó su andadura. En la salita no se oía nada y Mary volvió a respirar. Tía Patience estaba sentada a la mesa enhebrando una aguja a la luz de la vela. Con los labios y el entrecejo fruncidos se inclinó sobre la labor.

La larga tarde pasó, pero el patrón no llamaba a nadie desde la salita. Mary dio una cabezada y los ojos se le cerraron sin querer, y en ese estado de atontamiento y pesadez oyó levantarse a su tía en silencio y guardar la labor en el armario, al

lado del aparador. En sueños, la oyó susurrarle al oído:

–Me voy a la cama. Tu tío ya no se va a despertar, se habrá acomodado para pasar la noche. No voy a molestarlo.

Mary respondió con un murmullo y, semiinconsciente, oyó las pisadas ligeras en el pasillo y el crujido de las escaleras.

Una puerta se cerró suavemente en el descansillo de arriba. El letargo del sueño se apoderaba de Mary y la cabeza se le hundió más entre las manos. El lento tictac del reloj describía algo, como pasos arrastrándose por un camino... un... dos... un... dos..., uno detrás de otro; estaba en el páramo, junto al arroyo, y la carga que llevaba pesaba mucho, demasiado para soportarla. Si pudiera dejarla un rato y descansar en la orilla y dormir...

Pero hacía frío, mucho frío. Tenía los pies empapados. Debía subir un poco más por el ribazo, salir del agua... el fuego se había apagado, ya no había fuego... Abrió los ojos y vio que estaba tumbada en el suelo, al lado de la ceniza blanca del fuego. Hacía mucho frío en la cocina y había muy poca luz. La vela estaba a punto de apagarse. Bostezó y se estremeció; estiró los brazos entumecidos. Al levantar la mirada vio que la puerta de la cocina se abría muy poco a poco, centímetro a centímetro.

Se quedó inmóvil, con las manos en el frío suelo. Esperó pero no pasaba nada. La puerta se movió otra vez y después se abrió de par en par hasta chocar con la pared de atrás. Joss Merlyn estaba en el umbral con los brazos estirados hacia delante, balanceándose sobre los pies.

Al principio creyó que no la había visto; tenía la mirada fija en la pared de enfrente y no se movía de donde estaba, no se atrevía a entrar en la cocina. Ella se agachó más, con la cabeza por debajo del nivel de la mesa, y no oía nada más que los alborotados latidos de su corazón. Lentamente se volvió hacia ella y la miró un momento sin decir nada. Cuando habló, tenía la voz tensa y ronca, poco más que un murmullo.

–¿Quién está ahí? –dijo–. ¿Qué haces? ¿Por qué no dices nada?

La cara parecía una máscara cenicienta, desprovista de su color habitual. Los ojos, inyectados en sangre, la miraban fijamente sin reconocerla. Mary no se movió.

–Suelta ese cuchillo –susurró él–. Suéltalo, te aviso.

Ella estiró la mano por el suelo y tocó la pata de una silla con la punta de los dedos. No podía agarrarla si no se movía un poco. Esperó conteniendo la respiración. Él avanzó con la cabeza agachada, palpando el aire con las manos, arrastrando los pies por el suelo lentamente hacia ella.

Mary le miraba las manos, hasta que las tuvo a un metro y notó su aliento en la cara.

–Tío Joss –dijo en voz baja–. Tío Joss...

El hombre se agachó sin avanzar más, mirándola, y de pronto se inclinó hacia delante y le tocó el pelo y los labios.

–Mary –dijo–. ¿Por qué no me dices nada? ¿Dónde has ido? ¿Los has visto?

–Te equivocas, tío Joss –dijo ella–, aquí no hay nadie, estoy sola. Tía Patience ha subido al dormitorio. ¿Estás enfermo? ¿Puedo ayudarte en algo?

Joss volvió la cabeza a los lados en la tenue luz, registrando con la mirada los rincones de la cocina.

–A mí no me asustan –musitó–. Los muertos no pueden hacer nada a los vivos. Se han apagado como las velas... Eso es, ¿verdad, Mary?

Ella asintió mirándolo a los ojos. Joss se irguió y se sentó en una silla con las manos extendidas sobre la mesa. Lanzó un suspiro profundo y se pasó la lengua por los labios.

–Son sueños –dijo–, solo sueños. Las caras destacan en la oscuridad como si estuvieran vivas y me despierto sudando a chorros por la espalda. Tengo sed, Mary; toma la llave, vete a la cantina y tráeme brandy.

Rebuscó en el bolsillo y sacó un manojito de llaves. Ella lo cogió con mano temblorosa y salió de la cocina al pasillo. Fuera tuvo un momento de duda, tal vez sería mejor subir a su habitación inmediatamente, cerrar la puerta con llave y dejarlo desvariar solo en la cocina. Empezó a andar de puntillas por el pasillo hacia el vestíbulo.

De pronto Joss le dio una voz desde la cocina:

–¿Adónde vas? Te he dicho que vayas a la cantina y me traigas brandy.

Ella oyó que arrastraba la silla y la separaba de la mesa. Ya era tarde. Abrió la puerta de la cantina y palpó las botellas del armario. Cuando volvió a la cocina lo encontró derrumbado en la mesa, con la cabeza entre las manos. Al principio le pareció que se había vuelto a dormir, pero, al oír los pasos, levantó la cabeza,

estiró los brazos y se recostó en el respaldo de la silla. Ella le dejó la botella y un vaso al alcance de la mano. Joss se llenó el vaso hasta la mitad y lo agarró con las dos manos sin dejar de mirarla por encima del borde.

–Eres buena chica, Mary –dijo–, te aprecio, tienes sentido común y agallas; serías una buena compañera para un hombre. Tenías que haber nacido chico.

Se pasó el brandy por la lengua sonriendo como un tonto, después le guiñó un ojo y la señaló con el dedo.

–Esto lo pagan con oro en el norte del país –dijo–; es lo mejor que se puede comprar con dinero. No lo superan ni las bodegas del rey Jorge. Y ¿cuánto tengo que pagar yo? ¡Ni un mísero penique! En la posada Jamaica la bebida es gratis. – Se rió y sacó la lengua–. Es un juego peligroso, Mary, un juego de hombres. He arriesgado el pescuezo diez veces, veinte. Me han perseguido pisándome los talones, disparándome, con las balas pasándome entre el pelo. Pero a mí no me pillan, soy muy listo. Hace mucho que estoy en este negocio. Antes de venir aquí trabajaba en Padstow, en la costa. Echábamos un lugre al mar una vez cada quince días, con las mareas de primavera. Éramos cinco, sin contarme a mí. Pero trabajar a pequeña escala no da dinero; hay que hacerlo a lo grande y obedecer las órdenes. Ahora somos más de un centenar, trabajamos desde la costa hacia el interior. Te juro que en este tiempo he visto mucha sangre, Mary, y he visto matar a hombres más de veinte veces, pero este asunto es el más arriesgado de todos... es jugársela a vida o muerte.

Le hizo una seña para que se acercara y volvió a guiñarle el ojo, aunque antes echó un vistazo a la puerta.

–Ven –susurró–, acércate aquí, ponte a mi lado, que quiero hablar contigo. Tienes agallas, eso se nota, no te asustas como tu tía. Tú y yo tenemos que ser socios. –La agarró por el brazo y la atrajo a su lado, junto a la silla–. Esta maldita bebida es lo que me pierde –dijo–. Soy más débil que una rata cuando se apodera de mí, ya lo has visto. Y tengo sueños, pesadillas; veo cosas que jamás me asustan si estoy sobrio. Maldita sea, Mary, he matado a hombres con mis propias manos, los he pisoteado bajo el agua, los he golpeado con rocas y piedras y nunca más he vuelto a pensar en ellos; me he ido a mi cama y he dormido como un niño. Pero cuando me emborracho los veo en sueños; les veo la cara verde y blancuzca, me miran con ojos mordisqueados por los peces, y algunos

tienen las carnes colgando a tiras de los huesos, otros, algas enredadas en el pelo... Hubo una vez una mujer, Mary, que se aferraba a una balsa con un niño en brazos; el pelo le caía por la espalda. El barco estaba muy cerca de las rocas, claro, y el mar, liso como tu mano; estaban todos vivos, todos ellos; el agua no les llegaba ni a la cintura. Ella me pidió ayuda, Mary, y le destrocé la cara con una piedra; se cayó de espaldas, golpeando con las manos en la balsa. Soltó al niño y le di otra vez; los vi ahogarse en un metro de agua; estábamos asustados, temíamos que alguno alcanzara la playa... Era la primera vez que no teníamos en cuenta la marea. Media hora después estarían todos a salvo en la arena. Tuvimos que coserlos a pedradas, Mary, tuvimos que partirles los brazos y las piernas; y se ahogaron allí, delante de nosotros, como la mujer y el niño, en el agua que no les llegaba ni a los hombros... Se ahogaron porque los aplastamos con rocas y piedras, se ahogaron porque no podían ponerse de pie...

La miraba muy de cerca, clavaba la mirada enrojecida en sus ojos y le rozaba la mejilla con su aliento.

–¿Nunca habías oído hablar de naufragios? –preguntó en susurros.

Fuera, en el pasillo, el reloj dio la una y una sola campanada sonó en el aire como una llamada. Ni ella ni él se movieron. La cocina estaba helada, porque en el hogar solo quedaba ceniza fría y por la puerta abierta se colaba una leve corriente de aire. La llama amarilla de la vela bailaba y parpadeaba. Joss le cogió la mano; ella la dejó muerta. Tal vez Joss percibió en su rostro algo del horror helado que sentía, porque la soltó y volvió la vista a otra parte. Se quedó mirando el vaso vacío y empezó a tamborilear en la mesa con los dedos. Agachada en el suelo a su lado, Mary vio que una mosca cruzaba por la mano de su tío. La mosca pasó entre el vello negro, por encima de las venas y los nudillos, y corrió hasta la punta de los largos y delgados dedos. Se acordó de la finura que adquirieron inmediatamente esos dedos cuando le cortaron pan la primera noche; si querían, podían ser delicados y ligeros; ahora tamborileaban en la mesa y se los imaginó agarrando una piedra de bordes afilados, apretándola; vio la piedra volando por el aire...

Joss volvió la cabeza hacia ella otra vez, susurrando roncamente, y con un movimiento de cabeza señaló el reloj.

–A veces ese ruido se me mete en la cabeza –dijo– y ahora, cuando ha dado la

una, ha sido como el repique de una boya sonora en una cala. Lo he oído llegar por el aire, con el viento del oeste: uno, dos, uno, dos, adelante y atrás golpea el badajo contra la campana, como si tocara a muerto. Lo he oído en sueños, lo he oído esta noche. Es un tañido fúnebre, agotador, Mary, así repica en la cala. Te crispa los nervios y te entran ganas de gritar. Cuando trabajas en la costa, tienes que salir en una barca para acallar las boyas; les envuelves la lengua con un trapo. Así se callan. Y entonces vuelve el silencio. A lo mejor es una noche de bruma, se ven nubes de niebla blanca en el agua, y más allá de la cala habrá un barco olisqueando el aire como un perro cazador. Quiere oír la boya, pero no oye nada. Y se acerca a la costa entre la bruma: viene directo hacia nosotros, que estamos esperándolo, Mary, y de pronto vemos que se estremece, que choca, y las olas se lo tragan.

Cogió la botella de brandy y dejó caer un chorrito lentamente en el vaso. Lo olió y se lo pasó por el paladar.

—¿Has visto alguna vez moscas atrapadas en un frasco de melaza? —dijo—. Yo he visto a hombres en las mismas condiciones; atrapados entre las jarcias como un enjambre de moscas. Se agarran a ellas para salvarse gritando de horror al ver las olas. Son como moscas, exactamente igual, puntitos negros. He visto el barco rajarse bajo sus pies, los mástiles y las vergas partiéndose como hilos, y entonces caen al mar y nadan para sobrevivir. Pero cuando llegan a la orilla son hombres muertos, Mary. —Se limpió la boca con la mano y la miró fijamente—. Los muertos no hablan, Mary —añadió.

La cara de Joss asentía y se estrechaba, y de pronto desapareció. Mary ya no estaba de rodillas en el suelo de la cocina, agarrada a la mesa; era una niña otra vez, corría junto a su padre por los riscos de más allá de St Kevern. El padre la subió a hombros, otros hombres corrían con ellos, y gritaban y gemían. Alguien señalaba a lo lejos, al mar y, agarrada a la cabeza de su padre, vio un gran barco blanco que daba bandazos sin remedio, como un pájaro en el mar, con los mástiles rotos y las velas arrastrándose en el agua, a su lado. «¿Qué hacen?», preguntó la pequeña Mary. Nadie le respondió, nadie se movió de donde estaba, todos miraban horrorizados el barco que se hundía y daba vueltas. «Que Dios se apiade de ellos.» Y la niña empezó a llorar y a llamar a su madre, que apareció entre la multitud y acudió enseguida para cogerla en brazos y llevársela de allí.

Los recuerdos terminaban ahí bruscamente, desaparecían, y la historia se quedaba sin final; pero, cuando empezó a entenderlo y dejó de ser una niña, su madre le habló del día en que fueron a St Kevern y un gran buque blanco se hundió con toda la tripulación a bordo y se destrozó la popa contra los temibles Manacles. Mary tembló y suspiró y la cara de su tío seguía mirándola desde arriba, enmarcada en una mata de pelo, y ella estaba de rodillas junto a él otra vez, en la cocina de la posada Jamaica. Se encontraba muy mareada y tenía las manos y los pies como el hielo. Lo único que quería era irse a la cama y hundir la cabeza entre las manos, taparse con la manta y la almohada para no ver absolutamente nada. Quizá si se tapara los ojos con las manos, dejaría de verle la cara y las imágenes que le había descrito. Quizá si se metiera los dedos en los oídos, dejaría de oír su voz y el rugido de las olas en la costa. Ahora veía el rostro blanco de los ahogados, con los brazos levantados; oía los gritos de terror, los gemidos; oía el fúnebre repique de la boya sonora, que se mecía en el mar. Tuvo otro escalofrío.

Miró a su tío y lo vio inclinado hacia delante en la silla, con la cabeza sobre el pecho. Tenía la boca completamente abierta, roncaba y babeaba: se había dormido. Las largas y oscuras pestañas coronaban las mejillas como un flequillo. Los brazos descansaban en la mesa, con las manos juntas, como si rezara.

Capítulo IX



El día de Nochebuena amaneció encapotado, amenazaba lluvia. Por la noche había templado, además, y el patio, pisoteado por las vacas, parecía un lodazal. Las paredes de la habitación de Mary estaban húmedas al tacto y había una gran mancha amarilla en una esquina, por donde se desprendía el yeso.

Se asomó a la ventana y el viento suave y húmedo le dio en la cara. Dentro de una hora Jem Merlyn estaría esperándola en el páramo para llevarla a la feria de Launceston. Ir o no ir dependía de ella, pero no terminaba de decidirse. Había envejecido en cuatro días y el espejo, agrietado y con manchas, le devolvía una cara demacrada, fatigada.

Tenía ojeras profundas y hoyitos en las mejillas. Por la noche tardaba en dormirse y había perdido el apetito. Por primera vez en su vida se encontró cierto parecido con su tía. Tenían la misma arruga en el ceño y la misma boca. Si fruncía los labios y empezaba a mordérselos como ella, podía ser su propia tía la que se estaba mirando, con el pelo lacio y castaño a los lados de la cara. Era fácil contagiarse de esa manía, y también de la de retorcerse las manos, así que dio la espalda al espejo delator y empezó a ir de un lado a otro por la atestada habitación. Últimamente procuraba quedarse el máximo tiempo posible en el dormitorio con la excusa del frío. De momento prefería no hablar con su tía... mucho rato. Los ojos la traicionarían. Se mirarían con el mismo horror mudo, ocultando la misma angustia, y tía Patience lo entendería todo. Ahora tenían un secreto, un secreto del que jamás debían hablar entre ellas. Mary se preguntó cuántos años haría que sabía esas cosas y guardaba silencio. Nadie adivinaría nunca lo mucho que había sufrido. Fuera donde fuera en el futuro, siempre la acompañaría el dolor de ese secreto. Nunca la abandonaría. Ahora entendía los tics de esa cara pálida, las manos retorciendo el vestido, los ojos abiertos como platos. Ahora que lo sabía, las pruebas le saltaban a la vista.

Al principio le daban náuseas, unas ganas horribles de vomitar; aquella noche se quedó en la cama rogando por que le fuera concedida la gracia del sueño, pero

le fue negada. Veía rostros desconocidos en la oscuridad; rostros marchitos y fatigados de personas ahogadas; un niño con las muñecas rotas; una mujer con el pelo largo y mojado pegado a la cara; hombres asustados que no sabían nadar. A veces le parecía que su padre y su madre estaban entre ellos; la miraban con los ojos muy abiertos y los labios blancos, y tendían las manos hacia ella. Tal vez tía Patience sufriera esto mismo a solas, por la noche en su habitación; los rostros se acercaban y le suplicaban, y ella los echaba de su lado. No los iba a liberar. En cierto modo, tía Patience también era culpable de asesinato. Los había matado con su silencio. Tenía tanta culpa como el propio Joss Merlyn, porque ella era una mujer y él, un monstruo. Él estaba atado a ella y ella se lo consentía.

Habían pasado tres días, el primer horror había remitido, pero ahora se encontraba más vieja, muy cansada e indiferente: ya casi no sentía nada. Ahora le parecía que lo había sabido siempre, que en el fondo estaba preparada. La primera vez que vio a Joss Merlyn en el porche, con una linterna en la mano, había sido un aviso, y el ruido de la diligencia alejándose por la calzada hasta que dejó de oírlo, una despedida.

Cuando vivía en Helford había oído algunos rumores sobre esas cosas, retazos de cotilleos que se comentaban en las calles del pueblo, un fragmento de una anécdota, una negación, un gesto de impotencia, pero los hombres no hablaban mucho y no daban crédito a las habladurías; veinte años antes quizá, o cincuenta tal vez, cuando su padre era joven, pero ahora no, a luz del nuevo siglo no. Volvió a ver la cara de su tío casi pegada a la suya y le oyó susurrarle al oído: «¿Nunca habías oído hablar de naufragios?». Jamás había oído decir esas cosas en voz baja, pero tía Patience había vivido entre ellas diez años... Mary perdió toda consideración por su tío. Y también el temor que antes le inspiraba. Solo le quedaba desprecio en el corazón, desprecio y asco; para ella había perdido cualquier rastro de ser humano, era una fiera de costumbres nocturnas. Lo había visto borracho y sabía exactamente lo que era, ya no la asustaba. Ni él ni ninguno de su banda. Eran seres malvados que pudrían el campo y ella no descansaría hasta que fueran pisoteados, anulados, eliminados. No se volverían a salvar por sentimentalismo.

Pero también estaba tía Patience... y Jem Merlyn, que irrumpió en sus pensamientos sin permiso, pero no quería pensar en él. Ya tenía suficientes cosas

en la cabeza para tener que cargar además con Jem. Se parecía mucho a su hermano. Los ojos, la boca, la sonrisa. Eso era lo peligroso. Veía a su tío en la forma de andar, en la inclinación de la cabeza, y comprendió por qué su tía se había vuelto loca por él hacía diez años. Sería muy fácil enamorarse de Jem Merlyn. Hasta el momento, los hombres no habían tenido mucho protagonismo en su vida; el trabajo en la granja, en Helford, no dejaba tiempo para nada más. Algunos chicos le sonreían en la iglesia o la acompañaban a las meriendas campestres cuando llegaba la cosecha; una vez, un vecino le dio un beso detrás de un almiar, después de beber un vaso de sidra. Fue una tontería y, desde entonces, procuró evitar al muchacho; un chico inofensivo, por lo demás, que olvidó el incidente a los cinco minutos. De todos modos, ella no se casaría nunca; hacía tiempo que lo había decidido. Encontraría la forma de ahorrar dinero y haría trabajos de hombre en una granja. En cuanto se fuera de la posada, todo eso quedara atrás y lograra construir algo parecido a un hogar para tía Patience y ella, seguro que no le quedaría tiempo para pensar en hombres. Y, en contra de su voluntad, ahí se le presentaba otra vez la cara de Jem, sin afeitarse, como un vagabundo, con la camisa sucia y esa mirada insolente, ofensiva. No había ternura en él, era rudo, tenía crueldad para dar y tomar; era un ladrón y un mentiroso. Representaba todo lo que ella temía, aborrecía y despreciaba; pero sabía que podía quererlo. La naturaleza no sabe de prejuicios. Los hombres y las mujeres eran como los animales de la granja de Helford, suponía; todos los seres vivos obedecían a la misma ley de atracción, cierta semejanza de piel y tacto y enseguida se buscaban entre sí. No se elegía con la cabeza. Los animales no razonaban, ni los pájaros del aire. Mary no era hipócrita, se había criado para la tierra y había vivido mucho tiempo entre pájaros y animales, los había visto emparejarse, criar su prole y morir. Había muy poco romanticismo en la naturaleza, y no pensaba buscarlo para sí. En Helford veía pasear a las chicas con los chicos; se daban la mano, se ruborizaban, se quedaban confusos, suspiraban y miraban el reflejo de la luna en el agua. Los veía perderse por el callejón de hierba de la parte de atrás de la granja —lo llamaban «el callejón del amor», aunque los mayores tenían otro nombre más acertado—, el chico pasaba el brazo por la cintura de la chica y ella apoyaba la cabeza en el hombro de él. Miraban las estrellas y la luna o contemplaban la ardiente puesta de sol en verano, y Mary,

al salir del establo de las vacas, se limpiaba el sudor de la cara con las manos mojadas pensando en la ternera recién nacida que había dejado al lado de su madre. Miraba a la pareja que se despedía y sonreía; se encogía de hombros, entraba en la cocina y le contaba a su madre que antes de fin de mes habría boda en Helford. Y después tocaban las campanas, se cortaba la tarta y el muchacho, con ropa de domingo, se plantaba en los escalones de la iglesia con la cara brillante, inquieto, al lado de la novia vestida de muselina, con el pelo liso rizado para la ocasión; pero en menos de un año, la luna y las estrellas podían brillar toda la noche que a ellos les daría igual cuando el muchacho llegaba a casa al final del día, cansado de trabajar en el campo, diciendo a voces que la cena estaba quemada, que no valía ni para los perros, mientras la chica, desde el dormitorio de arriba, le contestaba a gritos, encorvada, sin rizos, paseando de un lado a otro con un bulto en brazos que lloriqueaba como un gatito y no se quería dormir. Ya no hablaban del reflejo de la luna en el agua. No, Mary no se hacía ilusiones románticas. Enamorarse era una manera bonita de decirlo, nada más. Jem Merlyn era un hombre y ella, una mujer, y no sabía si era por sus manos, por su piel o por su sonrisa, pero algo dentro de ella se movía; pensar en él la irritaba y la estimulaba por igual. Y el pensamiento no la dejaba en paz. Sabía que tenía que volver a verlo.

Miró una vez más el cielo gris y las nubes bajas. Si pensaba ir a Launceston, tenía que prepararse y salir ya. No inventaría ninguna excusa; se había curtido en los últimos cuatro días. Que tía Patience pensara lo que quisiera. Si tenía un poco de intuición, sabría que no le apetecía verla. Y miraría a su marido a los ojos sanguinolentos, a las manos temblorosas, y lo entendería. Una vez más, tal vez la última, el alcohol le había soltado la lengua. Había contado su secreto y su futuro estaba en manos de Mary. Todavía no sabía lo que iba a hacer con lo que sabía, pero no volvería a salvarlo. Hoy iría a Launceston con Jem Merlyn y esta vez le tocaría a él responder preguntas; además, su actitud sería más humilde en cuanto comprendiera que no les tenía miedo, sino que podría destruirlos tan pronto como quisiera. Y mañana... bueno, mañana sería otro día. Siempre le quedaría la promesa de Francis Davey; en la casa de Altarnun le darían refugio y paz.

«¡Qué Navidad tan extraña!», pensaba mientras cruzaba East Moor con el

Hawk's Tor por guía y dejaba atrás los montes por el otro lado. El año anterior se había arrodillado en la iglesia al lado de su madre y había pedido salud, fuerza y valor para las dos. Había pedido paz de espíritu y seguridad, que su madre viviera mucho tiempo todavía, y prosperidad para la granja. La respuesta fue enfermedad, pobreza y muerte. Ahora estaba sola, atrapada en una red de brutalidad y delitos, viviendo bajo un techo que aborrecía, entre gente a la que despreciaba... y andando por un páramo yermo y hostil al encuentro de un ladrón de caballos y asesino, además. Esta Navidad no rezaría ninguna oración a Dios.

Mary esperaba en la parte alta por encima de Rushyford cuando vio a lo lejos una pequeña cabalgata que se acercaba: el poni, el carro y dos caballos atados detrás. El carretero levantó el látigo a modo de saludo. Mary notó que se le subían los colores a la cara y después desaparecían. Esta debilidad era motivo de tormento para ella y le habría gustado que fuera una cosa material y viva que pudiera pisotear y hacer trizas. Guardó las manos entre la toquilla y esperó con el ceño fruncido. Él silbó al acercarse y le tiró un paquete pequeño a los pies.

–Le deseo feliz Navidad –dijo–. Ayer tenía una moneda de plata en el bolsillo, pero me quemaba. Ahí tiene un pañuelo nuevo para la cabeza.

Mary tenía intención de recibirlo con sequedad y en silencio, pero este comienzo se lo puso difícil.

–Es muy amable –dijo–, pero de todos modos me parece que ha echado a perder el dinero.

–Eso me da igual, estoy acostumbrado –respondió él, y la miró de arriba abajo en actitud ofensiva y distante y se puso a silbar una canción sin melodía–. Ha llegado temprano. ¿Pensaba que a lo mejor la dejaba plantada?

Mary subió al carro, se sentó a su lado y cogió las riendas.

–Me gusta tenerlas otra vez entre las manos –dijo haciendo caso omiso de su comentario–. Mi madre y yo íbamos a Helston una vez a la semana, el día de mercado. Me duele el corazón cuando me acuerdo de eso y de lo mucho que nos reíamos juntas, incluso cuando las cosas se pusieron mal. Usted no lo entiende, claro. Solo se preocupa de sí mismo.

Él se cruzó de brazos y se quedó mirándola mientras llevaba las riendas.

–Este poni cruzaría el páramo con los ojos vendados –le dijo–. Déjelo a su aire,

ya verá. No ha dado ni un mal tropezón en toda su vida. Eso es, sí. Él se ocupa de usted, no lo olvide, confíe en él. ¿Qué decía?

Mary llevaba las riendas suavemente en las manos y miraba al camino.

–Nada importante –contestó–, en realidad pensaba en voz alta. Entonces ¿va a vender dos ponis en la feria?

–Doble provecho, Mary Yellan, y usted tendrá un vestido nuevo, si me ayuda. No sonría ni se encoja de hombros. No soporto la ingratitud. ¿Qué le pasa hoy? Está pálida y no le brillan los ojos. ¿Se encuentra mal, le duele el estómago?

–No he salido de casa desde la última vez que lo vi –dijo–. Prefería encerrarme en mi habitación con mis pensamientos, pero no han sido buena compañía. He envejecido mucho en cuatro días.

–Lamento que haya perdido sus atributos –prosiguió–. Me apetecía pasear por Launceston con una chica guapa a mi lado y que los hombres nos mirasen al pasar y me guiñaran el ojo. Hoy está usted muy apagada. No me mienta, Mary, no estoy tan ciego como cree. ¿Qué ha ocurrido en la posada Jamaica?

–No ha pasado nada –dijo–. Mi tía no sale de la cocina, siempre trajinando de un lado a otro, y mi tío se sienta a la mesa con la cabeza entre las manos, delante de una botella de brandy. Solo he cambiado yo.

–No han recibido más visitas, ¿verdad?

–No que yo sepa. Nadie ha cruzado el patio.

–Tiene un gesto muy firme en la boca y ojeras muy negras. Está cansada. No es la primera vez que veo a una mujer con esa cara, pero la otra tenía un motivo: su marido acababa de llegar a Plymouth después de pasarse cuatro años en la mar. Pero esa excusa a usted no le sirve. Por casualidad no habrá pensado mucho en mí, ¿verdad?

–Sí, una vez –dijo ella–. Me preguntaba a quién colgarían antes, si a su hermano o a usted. Por lo que veo, no hay mucha diferencia.

–En el caso de Joss, será por su culpa –dijo Jem–. Si hay alguien capaz de echarle la soga al cuello es él mismo. Tiene todas las papeletas para meterse en un buen lío. Cuando hagan el sorteo se llevará su merecido y no habrá botella de brandy que lo salve. Lo colgarán sobrio.

Continuaron en silencio, Jem jugaba con la correa de la fusta y Mary no le perdía las manos de vista. Se las miraba por el rabillo del ojo y vio que eran largas

y delgadas; tenían la misma fuerza y la misma gracia que las de su hermano. Estas la atraían, las otras la repelían. Por primera vez se dio cuenta de que la atracción y la repulsión iban en paralelo, que la línea divisoria entre ambas era muy fina. Una idea desagradable en la que no quiso ahondar. Si hubiera sido Joss con veinte años menos el que fuera a su lado, ¿qué? Enterró la comparación en lo más hondo de la cabeza por temor a la escena que evocaba. Ahora sabía por qué odiaba a su tío.

La voz de Jem interrumpió sus pensamientos.

–¿Qué mira? –preguntó.

Mary levantó la cabeza hacia el frente.

–Acabo de fijarme en sus manos –dijo brevemente–, son iguales que las de su hermano. ¿Hasta dónde vamos a seguir por el páramo? ¿Aquello de allí no es la calzada?

–La cogeremos más abajo, cuatro o cinco kilómetros más allá. Así que se fija en las manos de los hombres, ¿eh? Jamás lo hubiera dicho. Parece que al fin y al cabo es una mujer, no un granjerito a medio criar. ¿Va a contarme por qué se ha encerrado cuatro días en su habitación sin hablar con nadie o quiere que lo adivine? A las mujeres les gusta ser enigmáticas.

–No hay ningún misterio. La última vez que nos vimos me preguntó si sabía por qué mi tía parecía un fantasma viviente. Eso me dijo, ¿no? Bien, pues ahora ya lo sé, nada más.

Jem la miró con curiosidad y después se puso a silbar otra vez.

–La bebida es una cosa muy curiosa –dijo al cabo de un momento–. Yo me emborraché una vez, en Ámsterdam, cuando hui a la mar. Recuerdo un reloj de iglesia que daba las nueve y media de la noche y yo estaba sentado en el suelo abrazando a una pelirroja guapa. Y no recuerdo nada más hasta que me desperté a las siete de la mañana siguiente, tirado boca arriba en una cloaca, sin botas ni pantalones. A menudo me pregunto qué hice en esas diez horas. Lo he pensado mucho, pero no me acuerdo de nada.

–Afortunado usted –dijo Mary–. Su hermano, en cambio, no lo es, porque cuando se emborracha recupera la memoria, en vez de perderla.

El poni aflojó la marcha y ella le dio un golpecito con las riendas.

–Si está solo, habla solo –prosiguió Mary–, pero a las paredes no les afecta. Sin

embargo esta vez no lo estaba. Resulta que estaba yo cuando se despertó del letargo. Y había tenido un sueño.

—Y cuando le contó lo que había soñado usted se encerró en su habitación cuatro días, ¿verdad? —dijo Jem.

—No voy a contarle una palabra más —contestó ella.

Jem se inclinó de repente sobre ella y le quitó las riendas de las manos.

—No mira por dónde va —dijo—. Ya le he dicho que este poni no ha tropezado jamás, pero eso no significa que lo pueda llevar de cabeza a un bloque de granito del tamaño de una bala de cañón. Pásemelo.

Mary se arrellanó en el asiento y le dejó llevar las riendas. Era verdad, había perdido la concentración y se merecía el reproche. El poni recuperó el paso y se lanzó al trote.

—Y ¿qué piensa hacer? —preguntó Jem.

Mary se encogió de hombros.

—No lo he decidido todavía —dijo—. Tengo que pensar en tía Patience. No creerá que se lo voy a contar, ¿verdad?

—¿Por qué no? Yo no soy espía de Joss.

—Es su hermano y con eso me basta. Hay unos cuantos vacíos en la historia y usted encaja muy bien en ellos.

—¿Cree que perdería el tiempo trabajando con mi hermano?

—Por lo que he visto, no sería tiempo exactamente. Su negocio da para repartir y la mercancía no se paga. Los muertos no piden cuentas, Jem Merlyn.

—No, pero los barcos muertos sí, cuando el viento los arrastra a la playa. Lo que buscan los barcos son luces, Mary, cuando quieren llegar a puerto. ¿Ha visto alguna vez cómo van las polillas a la luz y se queman las alas? Un barco hace lo mismo con una luz falsa. Puede suceder una vez o dos o hasta tres, pero si naufraga el cuarto, huele tan mal que llega al cielo y el país entero se revoluciona y quiere saber por qué. A estas alturas, mi hermano ha perdido el norte y se va a estrellar contra la costa.

—¿Con usted?

—¿Conmigo? ¿Qué tengo que ver con él? Que meta él solo la cabeza en la soga. Puede que haya cogido algo de tabaco de vez en cuando, y he llevado cargas, pero le digo una cosa, Mary Yellan, y puede creerme o no, según le dé: jamás he

matado a un hombre... todavía.

Lanzó el látigo brutalmente por encima de la cabeza del poni y el animal se puso a galopar.

—Ahí delante hay un vado, donde el seto se va hacia el este. Cruzamos el río y un kilómetro más allá salimos a la calzada de Launceston. Después nos quedan unos diez o doce kilómetros hasta la ciudad. ¿Está cansada? —Mary dijo que no con un gesto de la cabeza—. Hay pan y queso en la cesta, debajo del asiento, un par de manzanas y unas peras. Seguro que tiene hambre. Entonces, cree que hundo barcos, ¿eh?, y que me quedo en la playa a ver cómo se ahogan los hombres, ¿no? Y después, cuando el agua los hincha, les registro los bolsillos, ¿verdad? ¡Qué bonita descripción!

Mary no sabía si el enfado era real o fingido, pero el gesto de la boca de Jem era firme y los pómulos se le pusieron colorados.

—Ni siquiera lo ha negado, ¿no? —dijo ella.

Jem la miró con insolencia, entre despectivo y risueño, y se rió de ella como si fuera una niña ignorante. A Mary le sentó muy mal, de pronto intuyó la pregunta que se estaba fraguando y se le calentaron las manos.

—Si cree esas cosas de mí, ¿por qué viene a Launceston conmigo?

Iba a burlarse de ella; si respondía con una evasiva o vacilaba sería un triunfo para él, así que se preparó para poner el sentido del humor en juego.

—Por esos ojos tan brillantes que tiene, Jem Merlyn —dijo—. Es el único motivo por el que he venido con usted. —Y lo miró directamente sin temblar.

Él se rió y, con un gesto de incredulidad, se puso a silbar otra vez; a partir de ese momento todo fue fácil entre ellos, incluso se estableció cierta camaradería infantil. La osadía de la respuesta lo había desarmado; no sospechaba la debilidad que ocultaban sus palabras y, de momento, fueron compañeros, libres de la tensión de ser un hombre y una mujer.

Llegaron a la calzada principal y el carro corría detrás del poni trotón, con los dos animales robados atados en la cola. Nubes cargadas de lluvia cruzaban el cielo, amenazadoras y bajas, pero de momento no caía ni una gota y no había niebla en los montes que se elevaban a lo lejos. Mary se acordó de Francis Davey y de Altarnun, que quedaba lejos, a la izquierda, y se preguntó qué le diría cuando le contara la historia. No le aconsejaría que siguiera esperando. Tal vez

no le agradecería que fuera a verlo sin previo aviso y le interrumpiera la Navidad, y se imaginó la silenciosa vicaría tranquila y quieta entre el puñado de casas que formaban el pueblo, con la alta torre de la iglesia sobresaliendo como un guardián por encima de tejados y chimeneas.

Altarnun era un remanso de paz para ella –el mero nombre sonaba como un susurro– y la voz de Francis Davey significaría seguridad y poder olvidar las preocupaciones. Esa rareza suya resultaba inquietante y agradable al mismo tiempo. El cuadro que había pintado, la forma de llevar el caballo, cómo la había atendido en silencio, un silencio eficaz; y lo más extraño de todo: la quietud gris y sombría de la sala, sin rastro de su personalidad. Era una sombra y, como ahora no estaba con ella, carecía de sustancia. No tenía la agresividad viril de Jem cuando estaba a su lado, no era de carne y hueso. No era más que dos ojos blancos y una voz en la oscuridad.

El poni se asustó de pronto ante un claro en el seto y Jem soltó una maldición que la sacó de sus pensamientos con un sobresalto.

Ella disparó al aire:

–¿Hay iglesias por aquí? He vivido como una pagana todos estos meses y no me gusta nada.

–¡Sal de ahí, maldito animal! –gritó Jem, atacando al poni en la boca–. ¿Es que quieres tirarnos a todos a la zanja? ¿Iglesias, dice? ¿Cómo demonios quiere que sepa nada de iglesias? Solo he estado en una iglesia una vez, y porque me llevaba mi madre en brazos, y salí con el nombre de Jeremiah. No sé nada de iglesias. Tengo entendido que guardan bajo llave un platillo de oro.

–Hay una en Altarnun, ¿verdad? –le dijo–. Eso está relativamente cerca de la pensión Jamaica. A lo mejor voy allí mañana.

–Mejor sería que comiera conmigo el día de Navidad. No puedo darle pavo, pero siempre puedo hacerme con una oca del viejo Tuckett, el granjero de North Hill. Se está quedando ciego y no se enteraría de que le falta.

–¿Sabe quién ocupa la vicaría de Altarnun, Jem Merlyn?

–No, ni idea, Mary Yellan. Nunca he tenido tratos con el clero, ni creo que los tenga jamás. Son una raza aparte. Había un pastor en North Hill cuando yo era chico; era muy miope y dicen que un domingo se equivocó y, en vez de dar a los fieles vino de misa, les dio brandy. Todo el pueblo se enteró y ¿sabe lo que pasó?

Pues que la iglesia se puso de bote en bote, casi no había ni sitio para arrodillarse, la gente estaba de pie pegada a las paredes, esperando su turno. El pastor no sabía lo que pasaba, nunca había tenido la iglesia tan llena, así que subió al púlpito con los ojos brillantes y dio un sermón sobre el rebaño que vuelve al redil. Me lo contó mi hermano Matthew; él pasó dos veces por el altar y el pastor no se dio cuenta. Fue un día memorable en North Hill. Saque el pan y el queso, Mary, tengo el estómago tan encogido que ni lo noto.

Mary hizo un gesto de impotencia y suspiró.

—¿Se ha tomado algo en serio alguna vez en su vida? —le dijo—. ¿No respeta nada ni a nadie?

—Respeto mis entrañas —contestó él—, y ahora me piden algo de comer. La caja está debajo de los pies, en mi lado. Cómase la manzana si la embarga el sentimiento religioso. En la Biblia sale una manzana, eso sí lo sé.

Entraron en Launceston a las dos y media de la tarde, acalorados y risueños. Mary se había echado las preocupaciones a la espalda y, a pesar de la firme resolución que había tomado a primera hora del día, al fin se dejó llevar por el buen humor de Jem y se entregó a la alegría.

Lejos de la posada recobró el ánimo y su juventud natural; su compañero lo notó al instante y lo aprovechó.

Se reía porque tenía que reírse y porque él la hacía reír; el bullicio y el ruido de la ciudad, el ambiente navideño de exaltación y bienestar resultaba contagioso. Había mucha gente por la calle y las tiendecitas estaban llenas de adornos. Carruajes, carros y diligencias se apiñaban en la plaza empedrada. Todo era color, vida y movimiento; la gente se agolpaba y se daba codazos alegremente delante de los puestos del mercado; los pavos y las ocas picoteaban los barrotes de madera de sus jaulas y una mujer de abrigo verde levantaba manzanas estirando mucho los brazos y sonreía; las manzanas eran rojas y brillantes como sus mejillas. Era un espectáculo entrañable; así recordaba Helston en Navidad, un año tras otro; pero en Launceston se respiraba un espíritu más brillante, más libre; había más gente y las voces se mezclaban. Aquí había espacio y cierta sofisticación; al otro lado del río se encontraban Devonshire e Inglaterra. Los granjeros del condado vecino se codeaban con las campesinas del este de Cornualles; había tenderos, reposteros y jóvenes aprendices que iban y venían

entre el gentío con bandejas de salchichas y dulces calientes. Una señora que llevaba un sombrero con plumas y una capa azul de terciopelo se apeó de un coche y entró en el White Hart, tan cálido, iluminado y acogedor, seguida por un acompañante de abrigo acolchado gris claro, que se llevó un monóculo al ojo y fue detrás de ella más ufano que un pavo real.

A Mary le pareció un mundo alegre y feliz. La ciudad se encontraba en el centro de un monte, con un castillo enmarcado en el medio, como un cuento de fábula. Había arboledas y campos que descendían suavemente y el agua brillaba en el fondo del valle. Los páramos quedaban lejos; se extendían a espaldas de la ciudad hasta perderse de vista y nadie se acordaba de ellos. Launceston era real, estas gentes estaban vivas. La Navidad volvía a la ciudad con los suyos, tenía su sitio entre las calles empedradas y la multitud alborozada y sonriente; el débil sol del invierno se esforzaba por salir de su escondite entre las nubes grises para unirse a la fiesta. Mary se puso el pañuelo que le había regalado Jem. Incluso llegó a permitirle que se lo atara por debajo de la barbilla. Habían dejado el poni y el carro en la parte más alta de la ciudad, y Jem se abrió paso entre la multitud llevando los dos caballos robados; Mary lo seguía de cerca. Jem avanzaba con confianza, directo hacia la plaza principal; allí se reunía todo Launceston, y estaba ocupada de punta a punta por los puestos y tenderetes de la feria de Navidad. Había un espacio acordonado para la compraventa de ganado; campesinos, caballeros y tratantes de Devon y más allá se apiñaban en torno al recinto. A Mary se le aceleró el corazón al acercarse; si había por allí alguien de North Hill o algún granjero del pueblo vecino, seguro que reconocerían los caballos. Jem llevaba el sombrero echado hacia atrás y silbaba. La miró una vez más y le guiñó el ojo. La gente se apartaba para dejarle pasar. Mary iba por un lado, detrás de una verdulera gorda que llevaba una cesta, y vio a Jem hacerse un sitio entre el grupo de hombres con ponis; hacía gestos de asentimiento a dos o tres de ellos y miraba a sus ponis al tiempo que se inclinaba sobre una llama para encender la pipa. Tenía una actitud fría e imperturbable. Al cabo de un rato, un tipo llamativo con sombrero cuadrado y pantalones de color crema se abrió camino a codazos y cruzó hasta donde estaban los caballos. Tenía una voz fuerte e imponente y no dejaba de darse latigazos en la bota con una fusta y señalar a los ponis. Por el tono y el aire autoritario, Mary pensó que sería un tratante.

Enseguida se le acercó un hombre de baja estatura y ojos de lince que llevaba una capa negra; de vez en cuando le daba con el codo y le decía algo al oído.

Mary vio que se fijaba mucho en el poni negro del señor Bassat; después se acercó al animal y se agachó a tocarle las patas; a continuación dijo algo al oído al hombre de la voz imponente. Mary lo miraba con inquietud.

—¿De dónde ha sacado este poni? —preguntó el tratante a Jem, dándole unos golpecitos en el hombro—. Este no se ha criado en el páramo, con esa cabeza y esas ancas, no.

—Nació en Callington hace cuatro años —dijo Jem displicentemente, con la pipa en un lado de la boca—. Un año después se lo compré al viejo Tim Bray, ¿se acuerda de Tim? El año pasado lo vendió todo y se fue a Dorset. Tim me garantizó que con este poni siempre recuperaría el dinero. La madre era irlandesa y le hizo ganar muchos premios en el norte. Échele un vistazo, si quiere. Pero no es barato, eso se lo aseguro.

Dio unas chupadas a la pipa mientras los dos hombres miraban el poni una y otra vez. El tiempo se hizo eterno hasta que por fin se irguieron otra vez y se apartaron.

—¿Ha tenido alguna enfermedad en la piel? —dijo el hombre de los ojos de lince—. Parece muy áspera, afilada como cerdas de cepillo. También le veo algo raro que no me gusta. No lo habrá drogado, ¿verdad?

—A este poni no le pasa nada malo —contestó Jem—. El otro, el de allí, se quedó en los huesos el verano pasado, pero lo he devuelto a la vida y ahora está bien. Tanto es así que me parece que voy a quedármelo hasta la primavera, aunque me cuesta dinero. Pero al poni negro no le puede poner ninguna pega. Le voy a decir una cosa con toda franqueza y le aconsejo que me crea. El viejo Tim Bray no sabía que la hembra estaba preñada; se encontraba en Plymouth en ese momento y dejó a su hijo al cargo de ella; cuando se enteró, le dio una buena paliza al chico, pero, claro, ya era tarde. Tuvo que sacar el mayor provecho de una mala jugada. En mi opinión, el macho era gris, fíjese en este pelo corto de aquí, pegado a la piel: es gris, ¿verdad? Tim perdió una gran oportunidad con este poni. Fíjese en la espalda, ¡esto es buena raza! Deme dieciocho guineas y es suyo.

El de los ojos de lince hizo gestos negativos, pero el tratante dudaba.

–Dejémoslo en quince y a lo mejor cerramos el trato –respondió.

–No, dieciocho, es el precio, ni un penique menos –contestó Jem.

Los dos hombres hablaron entre sí y no parecían ponerse de acuerdo. Mary oyó la palabra «falso» y Jem le echó una mirada por encima de la gente. Un murmullo se levantó del grupo de hombres que estaba a su lado. El de los ojos de lince volvió a agacharse para tocar las patas al poni negro.

–Aconsejo pedir otra opinión sobre este poni –dijo–. A mí no me convence. ¿Dónde lleva la marca?

Jem le enseñó la estrecha hendidura de la oreja y el hombre la examinó a conciencia.

–Es usted un comprador exigente, ¿eh? –dijo Jem–. Cualquiera diría que he robado el caballo. ¿Todo en orden con la marca?

–Sí, eso parece. Pero tiene suerte de que el viejo Tim Bray esté en Dorset. Jamás ha tenido un poni como este, diga usted lo que diga. Yo en tu lugar no lo tocaría, Steven. Te meterías en líos. Vámonos a otra parte.

El tratante miró el poni negro con lástima.

–Tiene muy buena estampa –dijo–. Me da igual quién lo criara o si su padre era pinto. ¿Por qué recelas tanto, Will?

El de los ojos de lince le tiró de la manga otra vez y le dijo algo al oído. El tratante puso mala cara y después asintió.

–De acuerdo –dijo en voz alta–. Seguro que tienes razón, no me cabe duda. Enseguida hueles los líos, ¿eh? Será mejor que lo dejemos. Quédese con el poni –añadió, dirigiéndose a Jem–. A mi socio no le gusta. Le aconsejo que rebaje el precio. Si se lo queda mucho tiempo, lo lamentará.

Y se abrió paso entre la gente con el de los ojos de lince a su lado, hasta que desaparecieron en dirección al White Hart. Mary respiró aliviada cuando dejó de verlos. No pudo interpretar la expresión de Jem; el gesto de los labios era el del silbido inevitable. La gente iba y venía; los ponis greñudos del páramo se vendieron por dos o tres libras cada uno y los nuevos amos se fueron tan contentos. Nadie volvió a acercarse al negro. La gente lo miraba de soslayo. A las cuatro menos cuarto, después de un tira y afloja divertido, Jem vendió el otro caballo por seis libras a un campesino risueño de aspecto honrado. El campesino decía que le daba cinco y Jem respondió que siete, a continuación, un regateo

vociferante de veinte minutos y lo dejaron en seis, y el hombre se fue a lomos de su nueva adquisición con una sonrisa de oreja a oreja. A Mary ya le fallaban los pies. Empezaba a oscurecer en la plaza del mercado y se encendieron algunas luces. Un ambiente de misterio envolvió la ciudad. Pensaba en el trayecto de vuelta en el carro cuando oyó la voz de una mujer a su espalda y una risa aguda y afectada. Al volverse, vio la capa azul y el sombrero de plumas de la mujer que se había apeado de un coche al principio de la tarde.

—¡Ah, James, mira! —decía—. ¡Qué monada de poni! ¿Has visto algo igual en tu vida? Lleva la cabeza exactamente igual que el pobre Beauty. El parecido es asombroso, solo que este es negro, claro, y no se puede comparar con la crianza de Beauty. ¡Qué lata que no haya venido Roger! No puedo interrumpirle la reunión. ¿Qué te parece a ti, James?

El acompañante de la señora sacó el monóculo y lo miró.

—¡Maldición, Maria! —dijo, alargando las vocales—. No sé nada de caballos. El poni que perdiste era gris, ¿no? Este otro es de ébano, completamente, querida mía. ¿Quieres comprarlo?

La mujer soltó una risa de cascabeles.

—Sería un regalo de Navidad magnífico para los niños —dijo—. No han parado de atosigar a Roger, desde que Beauty desapareció. Pregunta el precio, James, haz el favor.

El hombre se adelantó unos pasos.

—Oiga, buen hombre —dijo, llamando a Jem—, ¿ese poni negro que tiene ahí está en venta?

James hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Se lo he prometido a un amigo —dijo—. No me gustaría faltar a mi palabra. Por otra parte, este poni no podría montarlo usted. Lo montaban mis hijos.

—¿Ah, sí? Comprendo. ¡Ah, gracias! Maria, el buen hombre dice que no está en venta.

—¿Está seguro? ¡Qué lástima! Me he enamorado de él. Le pagaré lo que pida, díselo. Pregúntale otra vez, James.

De nuevo, James se puso el monóculo y llamó a Jem:

—Oiga, buen hombre, esta señora se ha encaprichado con el poni. Acaba de perder uno y quiere reemplazarlo. Sus hijos se llevarán un gran disgusto cuando

se lo cuente. Que se fastidie su amigo, ¿me entiende? Que espere. ¿Cuánto pide por él?

–Veinticinco guineas –dijo Jem al punto–. Bueno, es lo que me iba a pagar mi amigo. La verdad es que no quisiera venderlo.

La señora del sombrero de plumas se acercó al recinto del ganado.

–Le doy treinta por el poni –dijo–. Soy la señora Bassat de North Hill y quiero ese poni para regalárselo a mis hijos por Navidad. Por favor, no sea obstinado. Tengo la mitad del precio aquí, en la bolsa, y este caballero le dará la otra mitad. El señor Bassat está en Launceston en estos momentos y quiero darle la sorpresa, a él y a mis hijos. El mozo lo recogerá inmediatamente y se lo llevará a North Hill antes de que el señor Bassat se vaya de la ciudad. Tenga, aquí tiene el dinero.

Jem se quitó el sombrero e hizo una profunda inclinación.

–Gracias, señora –dijo–. Espero que al señor Bassat le satisfaga su adquisición. Ya verá que el poni sabe tratar muy bien a los niños.

–¡Ah! Seguro que le parecerá magnífico. Aunque este no se puede comparar con el que nos robaron. Beauty estaba muy bien criado y valía mucho dinero. Este animalito es bastante airoso también y a los niños les encantará. Vamos, James; ya casi es de noche y estoy helada de frío.

Se alejó del recinto en dirección al coche, que la esperaba en la plaza. Un lacayo alto se adelantó de un salto para abrirla la portezuela.

–Acabo de comprar un poni para el señorito Robert y el señorito Henry –dijo–. Tenga la bondad de ir a buscar a Richards y dígame que lo lleve a casa. Quiero dar una sorpresa al señor.

Al montar en el coche las enaguas se levantaron volando detrás de ella; a continuación subió el acompañante del monóculo.

Jem echó un rápido vistazo por encima del hombro y tocó el brazo a un muchacho que estaba detrás de él.

–Oye –dijo–, ¿quieres ganarte cinco chelines? –El muchacho asintió, boquiabierto–. Pues quédate con este poni y cuando venga el mozo a buscarlo, se lo entregas, ¿entendido? Acaban de decirme que mi mujer ha traído al mundo a dos gemelos y que su vida corre peligro. No puedo perder ni un minuto. Toma, coge las riendas. Y feliz Navidad.

Se esfumó en un instante cruzando la plaza a paso vivo, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones. Mary iba detrás a una distancia prudencial de diez pasos, roja como la grana, mirando al suelo. La risa le hervía por dentro y se tapó la boca con el pañuelo. Estaba a punto de reventar cuando llegaron al otro extremo de la plaza, donde ya no se veía el coche ni el grupo de gente, y se quedó quieta con la mano en un costado, recuperándose. Jem la esperaba, más serio que un juez.

–Jem Merlyn, mereces la horca –le dijo, cuando recobró el aliento–. ¡Mira que plantarte en la plaza del mercado y vender el poni robado a la mismísima señora Bassat! ¡Eres más descarado que el demonio y me han salido canas de mirarte!

Jem echó la cabeza atrás y empezó a reírse. Ella no lo pudo resistir. Las carcajadas resonaban por toda la calle, la gente los miraba y también se contagiaba, sonreía primero y luego rompía a reír; todo Launceston parecía estremecerse de gozo con el eco de la risa en las calles, que se mezclaba con el bullicio de la feria, los gritos, las llamadas y las notas de una canción. Antorchas y bengalas proyectaban luces extrañas en las caras de la gente; había colores en el aire, sombras, zumbido de voces... todo vibraba de júbilo.

Jem le cogió la mano y se la apretó.

–Ahora te alegras de estar aquí, ¿verdad? –le preguntó.

–Sí –dijo ella con desparpajo, y no se arrepintió.

Se zambulleron en el meollo de la feria, entre el calor de la gente que la abarrotaba. Jem le regaló una toquilla carmesí y unos pendientes de oro. Chuparon naranjas en un tenderete de toldo a rayas y una gitana arrugada les echó la buenaventura. «Cuidado con un desconocido oscuro», le dijo a Mary; ellos se miraron y se echaron a reír otra vez.

–Tiene sangre en las manos, joven –le dijo ella–. Un día matará a un hombre.

–¿Qué te dije esta mañana en el carro? –replicó él–. Todavía soy inocente. ¿Lo crees ahora?

Ella hizo un gesto de incredulidad pero no respondió. Unas gotas menudas de lluvia les rociaban la cara, pero les daba igual. El viento se levantaba a rachas e hinchaba los toldos esparciendo papeles, cintas y sedas; un puesto grande con toldo a rayas se estremeció un momento y se arrugó; las manzanas y las naranjas rodaron por el suelo hasta el sumidero. Las bengalas chisporroteaban con el

viento, llovía y la gente empezó a correr de un lado a otro en busca de refugio, riéndose y llamándose unos a otros, chorreando agua de lluvia.

Jem agarró a Mary por los hombros, se la llevó a refugiarse en un portal y la colocó frente a sí; la abrazó y la besó.

–Cuidado con el desconocido oscuro –le dijo; se rió y la besó otra vez.

Las nubes nocturnas llegaron cargadas de lluvia y en un instante todo se volvió negro. El viento apagó las bengalas; la llama de los faroles se encogió y se puso amarilla y los brillantes colores de la feria desaparecieron. La plaza quedó desierta; los tenderetes y los puestos con toldos a rayas, vacíos, solitarios. La lluvia entraba a rachas en el portal abierto y Jem estaba de espaldas al mal tiempo, haciendo de pantalla protectora. Le desató el pañuelo y jugueteó con su pelo. Ella notaba las puntas de sus dedos en el cuello, desplazándose hacia los hombros; entonces levantó las manos y lo apartó.

–Ya he hecho bastante el tonto por esta noche, Jem Merlyn –dijo–. Tenemos que volver a casa. Suéltame.

–No querrás ir en un carro abierto con este viento, ¿verdad? –respondió–. Sopla de la costa y nos tumbaría en cuanto llegáramos arriba. Tendremos que pasar la noche juntos en Launceston.

–Sí, claro. Vete a buscar el poni, Jem, ahora que ha amainado un poco. Te espero aquí.

–No seas puritana, Mary. Te calarás hasta los huesos en la calzada de Bodmin. ¿No puedes fingir que estás enamorada y quedarte conmigo?

–¿Me lo dices porque estás hablando con la camarera de la posada Jamaica?

–¡Maldita sea la posada Jamaica! Me gustas tú, me gusta tocarte, con eso le basta a cualquier hombre. También tendría que bastarle a cualquier mujer.

–Seguro que sí, a algunas. Pero resulta que a mí no.

–¿Es que en la ribera del río Helford a las mujeres os hacen distintas? Quédate conmigo esta noche, Mary, y lo averiguamos. Cuando amanezca serás como todas las demás, te lo juro.

–No me cabe la menor duda. Por eso prefiero arriesgarme a acabar empapada en el carro.

–¡Dios! Eres más dura que el pedernal, Mary Yellan. Cuando estés sola otra vez lo lamentarás.

–Mejor lamentarlo entonces que después.

–Si te beso otra vez, ¿cambiarás de opinión?

–No.

–No me extraña que mi hermano se pasara una semana en la cama con la botella, contigo por la casa. ¿Le cantaste salmos?

–Diría que sí.

–No he conocido mujer más perversa que tú. Te regalaría un anillo si con eso te fuera a parecer todo más respetable. Pocas veces tengo dinero suficiente en el bolsillo para hacer semejante oferta.

–¿Cuántas mujeres dices que has tenido?

–Seis o siete, repartidas por todo Cornualles, sin contar las de la otra orilla del Tamar.

–No está mal para un solo hombre. Yo que tú esperarías un poco para llegar a la octava.

–Qué aguda eres, ¿no? Pareces un mono con esa toquilla que llevas y los ojos brillantes. Está bien, voy a buscar el carro y a llevarte a casa de tu tía, pero antes te beso, lo quieras o no.

Le cogió la cara entre las manos.

–Una, pena; dos, alegría³ –dijo–. Te daré los que faltan cuando tengas una actitud más complaciente. No estaría bien terminar la canción esta noche. Quédate aquí; vuelvo enseguida.

Agachó la cabeza bajo la lluvia y se fue calle arriba. Ella lo vio desaparecer detrás de una hilera de puestos, al doblar la esquina.

Se retiró otra vez al abrigo del portal. La calzada estaría desolada, lo sabía muy bien. Un viento venenoso impulsaba una lluvia torrencial; en el páramo sería más inclemente aún. Hacía falta valor para enfrentarse a diecisiete kilómetros en un carro abierto. La idea de quedarse en Launceston con Jem le aceleraba el corazón, era emocionante pensarlo ahora que se había ido y no podía verle la cara, pero a pesar de todo no iba a perder la cabeza por complacerle. En cuanto se desviara de la actitud que se había propuesto, ya no habría marcha atrás. Perdería la libertad de pensamiento, la independencia. Ya se había soltado más de lo debido y no podría verse completamente libre de él nunca más. Esto sería una debilidad, una carga, y las paredes de la posada se tornarían más aborrecibles

todavía. Era mejor soportar la soledad una misma. Ahora, separados por seis kilómetros de páramo, el silencio sería un tormento. Se envolvió más en la toquilla y cruzó los brazos. Deseaba que las mujeres no fueran los frágiles seres de paja que le parecía que eran, porque entonces podría quedarse esa noche con Jem Merlyn y olvidarse de sí misma igual que él de sí mismo, y después, por la mañana, despedirse con risas y un encogimiento de hombros. Pero ella era una mujer y no podía hacerlo. Ya había tonteado bastante con los besos. Se acordó de tía Patience, siempre a la sombra de su amo como un fantasma, y se estremeció. Eso mismo le pasaría a ella si la gracia de Dios y su propia fuerza de voluntad no lo impedían. Una ráfaga de viento le agitó la falda y la lluvia entró de nuevo en el portal abierto. Hacía más frío ahora. Se formaban charcos entre las piedras del suelo y las luces y la gente habían desaparecido. Launceston había perdido su encanto. Mañana sería un día de Navidad gris y triste.

Seguía esperando; daba pisotones contra el suelo y se soplaba las manos. Jem tardaba mucho en volver con el carro. Seguro que se había enfadado con ella porque le había dicho que no y ahora la castigaba dejándola en ese portal abierto para que se mojara y se quedara helada. Pasaban los minutos y no volvía. Si lo hacía por venganza, era un plan que no tenía ninguna gracia ni originalidad. Un reloj dio las ocho. Hacía más de media hora que se había ido, pero el sitio en el que había dejado el poni y el carro estaba a solo cinco minutos. Mary estaba desanimada y cansada. No se había sentado desde las primeras horas de la tarde y ahora que se le había pasado el efecto de las grandes emociones quería descansar. No iba a ser fácil recuperar el buen humor y la falta de sentido de la responsabilidad de las últimas horas. Jem se había llevado la alegría consigo.

Por último, no pudo soportarlo más y empezó a subir la cuesta para ir en su busca. No había nadie en la calle, solo algunos rezagados que se refugiaban en los portales como podían, igual que había hecho ella. Llovía implacablemente y el viento soplaba con fuerza. No quedaba rastro del espíritu navideño.

En unos minutos llegó al establo en el que habían dejado el poni y el carro por la tarde. La puerta estaba cerrada y, mirando por una rendija, vio que el pesebre estaba vacío. Jem debía de haberse ido. Con impaciencia febril, llamó a la puerta de la tiendecita de al lado; tardó un poco en abrirla el hombre que les había hecho sitio en el pesebre hacía unas horas.

Parecía molesto por haber tenido que levantarse de su sitio junto al fuego y al principio no la reconoció, con la toquilla mojada.

–¿Qué quiere? –dijo–. Aquí no se da comida a los desconocidos.

–No he venido a pedir comida –contestó Mary–. Estoy buscando a mi acompañante. Vinimos juntos aquí con un poni y un carro, acuérdesese. He visto que no hay ningún animal en el pesebre. ¿Lo ha visto usted?

El hombre farfulló unas palabras:

–Me disculparé, pero su amigo se fue hace veinte minutos o más. Parecía muy apurado; iba con otro hombre. No estoy muy seguro, pero parecía un criado del White Hart. De todos modos, se fueron por ahí.

–Supongo que no dejó ningún recado.

–No, lo siento. Tal vez lo encuentre en el White Hart. ¿Sabe dónde está?

–Sí, gracias. Voy a ver. Buenas noches.

El hombre le cerró la puerta en las narices, satisfecho de deshacerse de ella, y Mary volvió sobre sus pasos en dirección a la ciudad. ¿Qué haría Jem con un criado del White Hart? Seguro que el hombre se había equivocado. Lo único que podía hacer ahora era averiguar la verdad. Volvió a la plaza empedrada. El White Hart parecía acogedor, con tanta luz en las ventanas, pero no se veía el poni ni el carro por ninguna parte. Se le hizo un nudo en el estómago. Jem no se habría ido a casa sin ella, ¿verdad? Tras un momento de vacilación se acercó a la puerta y entró. El salón estaba lleno de caballeros que hablaban y se reían y, una vez más, su ropa de campesina y el pelo mojado causaron estupefacción, pues enseguida se le acercó un criado y le dijo que se fuera.

–Estoy buscando al señor Jem Merlyn –dijo Mary con firmeza–. Ha venido aquí con un poni y un carro y lo han visto con un criado de la casa. Lamento molestarle, pero necesito encontrarlo. ¿Sería tan amable de preguntar?

El hombre se fue de mal humor y Mary se quedó esperando en la entrada, de espaldas a un grupito de hombres que la miraban desde la chimenea. Reconoció entre ellos al tratante y al de los ojos de lince.

De pronto tuvo un presentimiento. Al poco tiempo volvió el criado con una bandeja de vasos, que distribuyó entre los hombres del grupo de la chimenea, y después otra vez, con tarta y jamón. Ni siquiera miró a Mary, y no le hizo el menor caso hasta que lo llamó por tercera vez.

–Lo siento –dijo–; hay mucho trabajo aquí esta noche y no podemos perder el tiempo con la gente de la feria. Aquí no hay ningún Merlyn. He preguntado ahí fuera y nadie sabe nada.

Mary dio media vuelta hacia la puerta inmediatamente, pero el de los ojos de lince se plantó en medio.

–Si se refiere al gitano moreno que intentó venderle un poni a mi socio esta tarde, puedo decirle algo –dijo, sonriendo ampliamente y enseñando una hilera de dientes rotos.

El grupo de la chimenea soltó una risotada. Ella miró al uno y a los otros.

–Pues dígame lo que sea –respondió.

–No hace ni diez minutos estaba con un caballero –dijo el de los ojos de lince sin dejar de sonreír, mirándola de arriba abajo– y entre unos cuantos de los aquí presentes lo convencimos de que montara en el carruaje que estaba esperando en la puerta. Al principio se resistió, pero el caballero le echó una mirada y por fin se decidió. Sin duda sabrá qué fue del poni negro, ¿verdad? Pedía un precio muy alto por él.

El último comentario arrancó otras cuantas risotadas entre los del grupo de la chimenea. Mary no apartaba la mirada de su interlocutor.

–¿Sabe dónde fueron? –preguntó.

El hombre se encogió de hombros y, burlonamente, puso cara de compungido.

–Ignoro el destino que llevaban –dijo– y lamento decir que su acompañante no dejó palabras de despedida para usted. Sin embargo, es Nochebuena, la noche es joven todavía y, como ha visto, el tiempo no está para quedarse en la calle. Si prefiere esperar aquí hasta que a su amigo se le antoje venir, estos caballeros y yo le haremos compañía con mucho gusto.

Le puso la mano a lo tonto en la toquilla.

–¡Qué canalla debe de ser ese tipo, para dejarla plantada de esta forma! –dijo en tono melifluo–. Entre, descanse y olvídense de él.

Mary siguió andando sin una palabra y salió del local. Mientras se cerraba la puerta oyó el eco de la risa del hombre.

Se quedó en la plaza vacía con la única compañía de los chaparrones intermitentes. Había sucedido lo peor, habían descubierto que el poni era robado. No había otra explicación. Jem se había ido. Se quedó mirando las casas

oscuras como una tonta, preguntándose cuál era el castigo por robar. ¿Colgaban a los hombres por hurto, igual que por matar? Se encontraba mal, como si la hubieran molido a palos, y tenía la cabeza hecha un lío. No veía nada con claridad, no podía pensar, no sabía qué hacer. Suponía que, de todas formas, ya había perdido a Jem y que nunca volvería a verlo. La breve aventura se había terminado. De momento estaba desconcertada y, sin darse cuenta apenas, empezó a andar por la plaza sin rumbo fijo, en dirección al monte del castillo. Si hubiera aceptado quedarse en Launceston, no habría sucedido esto. Habrían salido del portal y habrían buscado una habitación en la ciudad, en cualquier parte; estarían juntos y se habrían amado.

Y, aunque lo hubieran atrapado por la mañana, habrían pasado esas horas a solas. Ahora que no estaba con ella lo echaba de menos en cuerpo y alma, amargamente, con resentimiento, y comprendió lo mucho que lo habría querido. Lo habían atrapado por su culpa y no podía hacer nada por ayudarlo. Seguro que lo colgarían; moriría igual que su padre. El muro del castillo la miraba ceñudamente y la lluvia corría en regueros por los lados del camino. No quedaba nada bello en Launceston; era una ciudad lóbrega, gris, despreciable, y cada recodo del camino auguraba un desastre. Y siguió dando tumbos con la fina lluvia en la cara, sin dirección, indiferente a los diecisiete kilómetros que la separaban de su cama en la posada Jamaica. Si querer a un hombre significaba tanto sufrimiento, tanta angustia, tanto malestar, renunciaba al amor. Era un sentimiento que destrozaba la sensatez y la compostura, que vencía al valor. Antes era fuerte e indiferente, ahora era una niña que no podía ni hablar. La empinada cuesta se alzaba ante ella. Habían bajado por ahí a primera hora de la tarde; se acordaba del tronco retorcido en el claro del seto. Jem se había puesto a silbar mientras ella cantaba fragmentos de canciones. De pronto volvió en sí y titubeó. Era una locura seguir andando en esa dirección; el camino se extendía como una cinta blanca; no andaría ni tres kilómetros más con el viento y la lluvia, caería rendida.

Dio media vuelta en plena cuesta y vio las luces parpadeantes de la ciudad un poco más abajo. Tal vez alguien le dejara una cama para pasar la noche, o una manta en el suelo. No llevaba dinero; tendrían que fiarle. El viento le revolvía el pelo y los arbolitos enanos le hacían reverencias corteses. La madrugada de

Navidad sería húmeda y violenta.

Siguió andando cuesta abajo, el viento la llevaba como a una hoja y entonces vio un carruaje en la oscuridad que subía lentamente en sentido opuesto. Parecía un escarabajo rechoncho y negro, avanzaba despacio, en contra del fuerte viento y la lluvia. Lo miró con los ojos nublados, sin que el cerebro le mandara más señal que el recuerdo de Jem Merlyn, que tal vez viajara de la misma forma hacia la muerte por una calzada desconocida. El carruaje llegó a su altura, empezó a sobrepasarla y de pronto, impulsivamente, corrió hacia él llamando al cochero, que iba en el pescante envuelto en un capote.

—¿Va al camino de Bodmin? —le preguntó a voces—. ¿Lleva algún pasajero?

El cochero hizo un gesto negativo con la cabeza y fustigó al caballo, pero, antes de que Mary se apartara, salió un brazo por la ventanilla del coche y le tocó el hombro.

—¿Qué hace Mary Yellan sola en Launceston en Nochebuena? —dijo una voz desde el interior.

La mano era firme, pero la voz era amable. Un rostro blanco la miraba en la oscuridad del coche: pelo blanco y ojos blancos bajo un sombrero de teja. Era el vicario de Altarnun.

Capítulo X



Observaba su perfil a la escasa luz, claro y definido, la nariz estrecha y prominente, curvada como el pico de un pájaro. Los labios finos y descoloridos, la boca firmemente cerrada; iba inclinado hacia delante, con la barbilla apoyada en un largo bastón de ébano que sujetaba entre las piernas.

De momento no le veía los ojos; se los tapaban las cortas pestañas blancas; entonces se volvió hacia ella, las pestañas se movieron y los ojos que la miraron eran blancos también, transparentes e inexpresivos como el cristal.

—Bien, es la segunda vez que viajamos juntos —dijo, con una voz suave y grave, como de mujer—. Por fortuna, se me presenta de nuevo la ocasión de ayudarla en el camino. Está usted empapada; debería quitarse la ropa.

Se quedó mirándola con fría indiferencia mientras ella intentaba desabrochar el cierre de la toquilla.

—Hay una manta seca ahí que le servirá para el resto del viaje —continuó—. Y los pies... mejor descálcese. En este carruaje no hay corriente apenas.

Sin una palabra, Mary se quitó la toquilla empapada y el corpiño y se envolvió en la tosca manta de crin que le ofrecía. El pelo se le salió de la cinta y le cayó como una cortina sobre los hombros desnudos. Parecía una niña a la que sorprenden en una escapada; se sentó con las manos juntas, tímida, obediente a lo que dijera el señor.

—Y ¿bien? —dijo él.

La miraba con seriedad, e inmediatamente Mary empezó a dar explicaciones de lo que había hecho en el día. El vicario tenía algo que la impelía a dejar de ser fiel a sí misma, igual que le había pasado ya en Altarnun, algo que la hacía hablar como una campesina tonta e ignorante, porque lo que le contó no tenía mucho sentido y ella salía malparada: otra mujer que se había degradado en la feria de Launceston, y el hombre que había elegido la había abandonado a su suerte en vez de acompañarla a casa. Le daba vergüenza referirse a Jem por su nombre y habló sin convicción de «uno que se dedica a domar caballos», al que había

conocido paseando por el páramo. Y después surgieron dificultades en Launceston por la venta de un poni y temía que le hubieran acusado de falta de honradez.

Se preguntaba qué pensaría Francis Davey de ella, ahora que sabía que había ido a Launceston con un hombre al que apenas conocía, y que después de perderlo por una mala acción había recorrido la ciudad de noche sola y empapada, como una mujer de la calle. Él escuchó el relato en silencio hasta el final, ella le oyó tragar saliva un par de veces, un detalle que recordaba.

—Entonces, al final no ha estado tan sola, ¿verdad? —le dijo—. Y la posada Jamaica no está tan aislada como creía, ¿no?

Mary se ruborizó en la oscuridad y, aunque el vicario no podía verle la cara, sabía que no le quitaba los ojos de encima y sintió el peso de la culpa, como si hubiera hecho algo malo y estuviera recriminándose.

—¿Cómo se llamaba su acompañante? —preguntó con calma.

Mary dudó un momento, torpe e incómoda, con más sensación de culpa que nunca.

—Era el hermano de mi tío —contestó, consciente del tono reticente de su voz, reconociéndolo a su pesar como una confesión.

Fuera cual fuese la opinión que tenía de ella hasta el momento, seguro que ahora no iba a mejorar. No hacía ni una semana que había llamado asesino a Joss Merlyn y, sin embargo, se había ido con su hermano sin el menor escrúpulo, como una camarera cualquiera que quisiera divertirse en la feria.

—Pensará mal de mí, claro está —añadió rápidamente—. Con lo poco que confío en mi tío y lo despreciable que lo considero, no tiene sentido que haga de su hermano mi confidente. Sé que no es honrado, que es un ladrón; me lo dijo desde el primer momento; pero aparte de eso...

Insegura, dejó la frase inconclusa. Al fin y al cabo, Jem no negaba nada; no se esforzaba en defenderse cuando lo acusaba. Y en cambio ahora ella se ponía de su parte, lo defendía sin motivo y contra su buen juicio, y todo por el roce de sus manos y un beso en la oscuridad.

—¿Quiere decir que el hermano no sabe nada de la actividad nocturna del patrón? —continuó la voz amable, a su lado—. ¿No forma parte de la banda que lleva los carros a la posada Jamaica?

Mary hizo un pequeño gesto de desesperación.

–No sé –respondió–, no tengo pruebas. Él no reconoce nada, se encoge de hombros. Pero me dijo una cosa: que nunca había matado a un hombre. Y lo creí. Y sigo creyéndolo. También dijo que mi tío iba de cabeza a manos de la justicia y que no tardarían en atraparlo. No haría esos comentarios si fuera de la banda.

Lo decía sobre todo para convencerse a sí misma, más que al hombre que iba a su lado, y de pronto la inocencia de Jem cobró una importancia vital.

–El otro día me dijo usted que conocía un poco al señor –añadió rápidamente–. Tal vez también pueda ejercer cierta influencia en él. Seguro que puede convencerlo de que sea benévolo con Jem Merlyn, cuando llegue el momento. Hay que tener en cuenta que es joven y podría empezar una nueva vida; a usted no le resultará difícil, en su posición.

El silencio del vicario fue una humillación más y, sabiendo que la miraba con sus ojos fríos, comprendió que debía de considerarla una necia sin ninguna gracia, muy femenina. Seguro que entendía que suplicaba por un hombre que la había besado una vez; debía de despreciarla, no hacía falta decirlo.

–En realidad conozco muy poco al señor Bassat de North Hill –le dijo amablemente–. Nos hemos saludado un par de veces y hemos hablado de asuntos relacionados con nuestras respectivas parroquias. Es muy improbable que perdone a un ladrón por que se lo pida yo, sobre todo si el ladrón es culpable y casualmente el hermano del patrón de la posada Jamaica.

Mary no dijo nada. Una vez más, el extraño hombre de Dios había hablado con lógica y sabiduría, y no había réplica posible. Pero estaba atrapada en la súbita fiebre de amor que destruye la razón y confunde la lógica, y esas palabras la molestaron y aumentaron el torbellino que tenía en la cabeza.

–Parece preocupada por la seguridad de ese hombre –prosiguió él; Mary no estaba segura de si lo decía en son de burla, como reproche o con comprensión; pero, veloz como el rayo, el vicario añadió–; aunque, si su nuevo amigo hubiera cometido otras faltas, como conspirar con su hermano contra la propiedad ajena e incluso tal vez contra la vida de sus congéneres, ¿qué le parecería, Mary Yellan? ¿Seguiría intentando salvarlo?

Mary notó las frías e impersonales manos del hombre sobre las suyas y, como

tenía los nervios crispados después de las emociones del día, como estaba asustada y desilusionada por igual, porque amaba a un hombre que no le convenía y acababa de perderlo por su propia culpa, se derrumbó y empezó a despotricar como un niño al que se le niega algo.

–Yo no buscaba esto –dijo con vehemencia–. Podía enfrentarme a la brutalidad de mi tío y a la lastimosa estupidez de mi tía Patience; podía soportar incluso el silencio y el horror de la posada sin acobardarme ni huir. Podía soportar la soledad. Luchar contra mi tío me proporciona una satisfacción penosa, que a veces me da valor, y tengo la sensación de que al final le ganaré la partida, se ponga como se ponga. Tenía la idea de llevarme a mi tía de la posada y conseguir que se haga justicia, y después, cuando terminara todo, buscar trabajo en una granja en cualquier parte y vivir como un hombre, igual que antes. Pero ahora ya no puedo mirar hacia delante; no puedo hacer planes ni pensar; doy vueltas y vueltas en una trampa, todo por un hombre al que desprecio, un hombre que piensa de una forma muy distinta a la mía que escapa a mi comprensión. No quiero amar como una mujer ni tener sentimientos de mujer, señor Davey; esas cosas duelen mucho, hacen sufrir y destrozan tal vez para toda la vida. Yo no buscaba esto, no lo quiero.

Se reclinó en el asiento con la cara apoyada a un lado, agotada por el torrente de palabras y avergonzada por su explosión sentimental. Ahora ya le daba igual lo que pensara de ella. Era sacerdote y, por lo tanto, ajeno a su pequeño mundo de tormentos y pasiones. No sabía de estas cosas. Estaba enfurruñada y descontenta.

–¿Cuántos años tiene? –le preguntó él de pronto.

–Veintitrés –dijo Mary.

Le oyó tragar en la oscuridad, retiró la mano de la de ella para llevarla otra vez al bastón de ébano y se quedó callado.

El carruaje ya estaba lejos del valle de Launceston y de la protección de los setos y se encontraba en la parte alta que llevaba al páramo abierto, expuesto a toda la fuerza del viento y la lluvia. El viento no cesaba, pero la lluvia era intermitente y de vez en cuando una estrella perdida asomaba furtivamente detrás de una nube baja y duraba un instante como un pinchacito de luz. Después desaparecía, tapada y barrida por una negra cortina de agua, y por la

estrecha ventanilla del carruaje no se veía nada más que un cuadrado de cielo oscuro.

En el valle llovía continuamente y el viento, aunque persistente, llegaba con una fuerza moderada, porque los árboles y el monte lo frenaban un poco. Aquí, en la parte alta, no había obstáculos naturales de ninguna clase; solamente el páramo a ambos lados de la calzada y, por arriba, la inmensa bóveda negra del cielo; el viento aullaba de una forma que antes no se oía.

Mary se estremeció y se acercó más a su acompañante como un perro a otro. El vicario seguía en silencio, pero ella sabía que la miraba y, por primera vez, se hizo cargo de su proximidad como persona; notaba su aliento en la frente. Recordó que la toquilla y el corpiño mojados estaban en el suelo, a sus pies, y que estaba desnuda debajo de la tosca manta. Cuando él volvió a hablar, se dio cuenta de lo cerca que estaban: su voz la sorprendió, la confundió de pronto, por inesperada.

—Es usted muy joven, Mary Yellan —le dijo suavemente—; es como un pollito con medio cascarón todavía encima. Superará esta pequeña crisis. Las mujeres como usted no necesitan verter lágrimas por un hombre al que solo han visto un par de veces, y el primer beso no es nada digno de recordarse para siempre. No tardará en olvidar a su amigo y el poni robado. Vamos, séquese las lágrimas de los ojos; no es usted la primera que se come las uñas por un amor perdido.

Quitaba importancia a los apuros de Mary como si fueran algo que no merecía tenerse en cuenta; fue la primera reacción a sus palabras. Y después se preguntó por qué no había recurrido a las frases convencionales de consuelo, como buscar alivio en la oración, en la paz de Dios y en la vida eterna. Se acordó de la última vez que había ido con él en el carruaje, cuando azuzó al caballo para que alcanzara la máxima velocidad, encogido en su asiento, con las riendas en la mano, murmurando palabras que ella no llegó a oír. Volvió a sentir una inquietud parecida a la de aquel día, una sensación de incomodidad que en su cabeza relacionaba instintivamente con la rareza del pelo y de los ojos, como si la anormalidad física fuera una barrera entre él y el resto del mundo. En el reino animal las rarezas eran algo aborrecible que se perseguía y se destruía o se expulsaba del rebaño. No bien lo hubo pensado se reprochó la muestra de estrechez y falta de caridad cristiana. Él era un congénere y un sacerdote de Dios; pero, mientras se disculpaba por haber dicho tantas tonterías y haber hablado

como una cualquiera, recogió sus prendas y empezó a ponérselas furtivamente sin quitarse la manta.

—Así pues, mis conjeturas resultaron ciertas y no ha pasado nada en la posada Jamaica desde la última vez que la vi, ¿verdad? —dijo un rato después, siguiendo otro hilo de pensamiento—. Ningún carro ha ido a inquietar a la bella durmiente y el patrón se ha entretenido solamente con su vaso y su botella, ¿no?

Mary, azorada y angustiada todavía, pensando en el hombre que había perdido, hizo un esfuerzo por volver a la realidad. Hacía casi diez horas que no se acordaba de su tío. Inmediatamente recordó todo el horror de la semana anterior y lo que había descubierto. Pensó en las interminables noches en vela, en los largos días de soledad, y los ojos enrojecidos de su tío aparecieron de nuevo delante de ella, con su sonrisa de borracho y sus manos palpando a ciegas.

—Señor Davey —murmuró—, ¿ha oído hablar de saboteadores alguna vez?

Era la primera vez que decía esa palabra en voz alta; ni siquiera pensaba en ella, y, ahora que la había oído de sus propios labios, le sonaba temible e indecente como una blasfemia. El interior del carruaje estaba demasiado oscuro para verle en la cara el efecto que le causaba, pero le oyó tragar saliva otra vez. No le veía los ojos, ocultos bajo el sombrero de teja, solo adivinaba la línea del perfil, la barbilla afilada y la prominencia de la nariz.

—Una vez, hace muchos años, cuando era una niña, oí a un vecino hablar de ellos —le contó—, y después, cuando ya tenía edad para entenderlo, corrían rumores... Solo oía palabras sueltas, porque enseguida dejaban de hablar. Si un hombre volvía de un viaje por la costa del norte contando cosas tremendas, enseguida lo obligaban a callar; los mayores prohibían esa clase de cuentos por indecentes. Yo no los creía; pregunté a mi madre y me dijo que eran invenciones horribles de gente malintencionada; esas cosas no podían existir ni existían. Se equivocaba. Ahora sé que se equivocaba, señor Davey. Mi tío lo es, me lo ha dicho él mismo.

El vicario tampoco respondió esta vez; estaba muy quieto, como una estatua de piedra, y ella siguió hablando en voz muy baja.

—Es a lo que se dedican los hombres que vi aquel primer sábado en la cantina de la posada, todos ellos, desde la costa hasta la orilla del Tamar. Los gitanos, los furtivos, los marineros, el buhonero de los dientes rotos... Han asesinado a

mujeres y a niños con sus propias manos; los han sujetado bajo el agua, los han matado con rocas y piedras. Los carros que viajan por la noche son carros de muerte, y la mercancía que transportan no es solo brandy para unos y tabaco para otros, sino toda la carga de los barcos que naufragan, una mercancía que se paga con la sangre, la confianza y los bienes de los hombres asesinados. Por eso la gente tímida de las cabañas y granjas teme y aborrece a mi tío, por eso le cierran todas las puertas y por eso los carruajes pasan de largo por la posada entre nubes de polvo. Sospechan lo que no pueden demostrar. Mi tía vive aterrorizada por si se descubre; y solo hace falta que mi tío se emborrache y hable con un desconocido para que su secreto salga a la luz y se esparza a los cuatro vientos. Ya está, señor Davey, ahora ya sabe la verdad de la posada Jamaica.

Sin aliento, se reclinó contra el lateral del carruaje mordiéndose los labios y retorciéndose las manos, presa de una emoción que la dominaba, exhausta y conmovida por el torrente de palabras que había dejado escapar; y en algún rincón oscuro de su cabeza una imagen pugnaba por salir sin compasión por sus sentimientos: el rostro de Jem Merlyn, el hombre al que amaba, distorsionado y maligno, se mezclaba horriblemente con el de su hermano y por último ambos se fundían en uno solo.

El rostro oculto debajo del sombrero de teja se volvió hacia ella; de pronto, Mary captó un brillo de pestañas blancas y los labios se movieron.

—De manera que el patrón habla cuando bebe, ¿eh? —dijo.

A Mary le pareció que a la voz le faltaba un poco de su acostumbrada amabilidad; le sonó más áspera, como más aguda; pero cuando lo miró a la cara, los ojos la miraban tan fría e impersonalmente como de costumbre.

—Sí, habla —le respondió—. Desnuda su alma al mundo cuando se pasa cinco días bebiendo sin parar. Me lo dijo él mismo la primera noche que pasé en la posada. En aquella ocasión no estaba borracho. Pero hace cuatro días, cuando despertó del primer estupor y fue a la cocina dando tumbos después de medianoche... esa noche habló. Por eso lo sé. Y tal vez por eso he perdido la fe en la humanidad, en Dios y en mí misma; y tal vez por eso hice tantas tonterías hoy en Launceston.

Mientras hablaban, el temporal había arreciado y ahora, en una curva de la calzada, el carruaje avanzaba contra el viento, estaba prácticamente parado. Se

balanceó sobre sus altas ruedas y un aguacero repentino golpeó las ventanillas como un puñado de guijarros. Ya no había donde refugiarse; el páramo se extendía a ambos lados, desnudo y desprotegido, y las nubes pasaban raudas sobre la tierra, se rasgaban y se partían en mil pedazos contra las peñas. El aire traía un aroma salado y húmedo del mar, a unos veinticinco kilómetros de allí.

Francis Davey se inclinó hacia delante.

–Estamos acercándonos a Five Lanes y al desvío a Altarnun –dijo–; el cochero tiene que ir a Bodmin y la llevará a la posada Jamaica. Yo me apeare en Five Lanes e iré a pie hasta el pueblo. ¿Soy el único hombre que ha tenido el honor de oír sus confidencias o también se ha sincerado con el hermano del patrón?

Una vez más, Mary no supo si lo decía con ironía o se burlaba.

–Jem Merlyn lo sabe –dijo a su pesar–. Hablamos de esto por la mañana. Pero no me dijo nada y sé que no se lleva bien con mi tío. De todas formas, ahora ya da igual; Jem irá a la cárcel por otro delito.

–¿Y si pudiera salvar el pellejo traicionando a su hermano? ¿Qué le parecería, Mary Yellan? Ahí se lo dejo, para que lo piense.

Mary se sobresaltó. Era otra posibilidad y, de momento, se agarró con fuerza a la paja. Pero el vicario de Altarnun debió de leerle el pensamiento, porque, cuando lo miró buscando confirmación de sus esperanzas, le vio sonreír, la fina línea de los labios expresiva por un instante, como si la cara fuera una máscara que se hubiera agrietado. Incómoda, apartó la vista como si hubiera tropezado fortuitamente con algo que no debía ver.

–Sería un alivio para él y para usted, sin duda –continuó el vicario–, si nunca hubiera participado. Pero siempre queda la duda, ¿verdad? Y ni usted ni yo conocemos la respuesta a esa pregunta. Por lo general, el que es culpable no se pone la soga al cuello voluntariamente.

Mary hizo un gesto de impotencia con las manos y el vicario debió de ver lo desesperada que estaba, porque volvió a hablar con la amabilidad de costumbre, que había perdido hacía un momento, y le puso la mano en la rodilla.

–«Se acaba la luz del día y vamos a la noche» –dijo en voz baja–. Si se nos permitiera extraer nuestros textos de Shakespeare, mañana se predicarían sermones extraños en Cornualles, Mary Yellan. Sin embargo, su tío y sus aliados no son miembros de mi congregación, pero aunque lo fueran no me

entenderían. La veo confusa. Mis palabras son enigmas para usted. «Este hombre no sabe consolar –se dirá usted–, es un fenómeno de la naturaleza, con ese pelo y esos ojos blancos.» No me dé la espalda, sé lo que piensa. Voy a decirle una cosa que puede servirle de consuelo, interprétela como mejor le parezca. Dentro de una semana comienza el Año Nuevo. Las luces falsas han destellado por última vez y no habrá más naufragios; se apagarán las velas.

–No lo entiendo –dijo Mary–. ¿Cómo lo sabe? Y ¿qué tiene que ver el Año Nuevo con todo esto?

Apartó la mano y empezó a abotonarse el abrigo, dispuesto a apearse. Levantó la persiana de la ventanilla y pidió al cochero que frenera; el aire frío entró en el coche como agujas de lluvia helada.

–Esta noche he estado en Launceston en una reunión que es la prolongación de una serie de reuniones similares que se han celebrado estos últimos años. Y a los presentes se nos ha informado de que por fin el gobierno de su majestad está dispuesto a dar determinados pasos a partir del año próximo en lo tocante a la vigilancia de las costas del país de su majestad. Habrá vigilancia en los acantilados, en vez de luminarias, y representantes de la ley recorrerán los vericuetos que ahora solo conocen su tío y sus aliados. Se establecerá una cadena por toda Inglaterra, Mary, que será muy difícil de romper. ¿Lo entiende ahora?

Abrió la portezuela del carruaje y saltó al camino. Se quitó el sombrero bajo la lluvia y Mary vio el abundante pelo blanco que le enmarcaba la cara como un halo. Él le sonrió una vez más, hizo una inclinación de cabeza, tendió la mano pidiéndole a Mary la suya y la sostuvo un momento.

–Sus preocupaciones tocan a su fin –le dijo–; las ruedas de los carros se oxidarán y el cuarto cerrado del fondo del pasillo se puede convertir en salón. Su tía recuperará la paz de la noche y su tío se matará a fuerza de alcohol para alivio de todos ustedes, o se volverá metodista y predicará entre los viajeros de la calzada principal. En cuanto a usted, volverá al sur y encontrará el amor. Que duerma bien esta noche. Mañana es Navidad y las campanas de Altarnun tocarán por la paz y la buena voluntad. Pensaré en usted.

Hizo una seña al cochero y el carruaje siguió su camino sin él.

Mary se asomó a la ventanilla para llamarlo, pero el vicario había girado a la izquierda por uno de los cinco desvíos y ya no se lo veía.

Continuaron por la calzada de Bodmin. Todavía faltaban cinco kilómetros para que las altas chimeneas de la posada Jamaica aparecieran en el horizonte, y eran los kilómetros más salvajes y expuestos de los treinta y dos que mediaban entre ambas ciudades.

A Mary le habría gustado irse con Francis Davey. En Altarnun no oiría el viento y llovería en silencio en la calle protegida. Al día siguiente podría arrodillarse en la iglesia a rezar por primera vez desde que saliera de Helford. Si lo que le había dicho el vicario era verdad, podría alegrarse al fin y al cabo, y dar gracias tendría algún sentido. La época del saboteador había terminado; la ley lo reduciría, a él y a sus compinches; acabarían con ellos, los borrarían de la comarca como habían hecho con los piratas veinte o treinta años antes; y todos serían olvidados, no quedaría ningún recuerdo que pudiera envenenar las ideas de los que vinieran detrás. Nacería una nueva generación que jamás habría oído hablar de ellos. Los barcos arribarían a Inglaterra sin miedo; no habría nada que cosechar después de las mareas. Las cuevas que hasta ahora se llenaban de ecos, susurros humanos y pisadas en los guijarros se sumirían en el silencio otra vez y el único grito que desgarraría el silencio sería el de una gaviota. Debajo de la plácida superficie del agua, en el lecho del mar, yacerían cráneos sin nombre, monedas verdes que antaño fueran de oro y huesos viejos de barcos quedarían en el olvido para siempre, muerto con ellos el terror que conocieron. Amanecería una época nueva, los hombres y las mujeres viajarían sin temor y se apoderarían de la tierra. Aquí, en esta franja de páramo, los campesinos labrarían sus tierras y pondrían a secar la turba al sol igual que lo hacían ahora, pero la sombra que antes los envolvía habría desaparecido. Tal vez creciera la hierba y floreciera de nuevo el brezo donde ahora se levantaba la posada Jamaica.

Acurrucada en un rincón del carruaje contempló el nuevo mundo que se aproximaba; por la ventanilla, abierta al viento, llegó el estampido de un disparo en medio del silencio de la noche; y un grito lejano, y un gemido. Se oían voces de hombres en la oscuridad, pisadas en la calzada. Se asomó y la lluvia le dio en la cara; oyó la voz aterrorizada del cochero cuando el caballo retrocedió y tropezó. La calzada se empinaba aquí desde el valle y ascendía en curvas sucesivas hasta la cima del monte, y allí, a lo lejos, se alzaban las finas chimeneas de la posada Jamaica recortándose contra el cielo como un patíbulo. Por la calzada se

acercaba un grupo de hombres, con uno a la cabeza que saltaba como una liebre agitando una linterna ante sí a medida que corría. Se oyó otro disparo, el cochero se encogió en su asiento y cayó. El caballo volvió a tropezar y se lanzó ciegamente a la cuneta. El coche se tambaleó un momento sobre las ruedas, se escoró y se detuvo. Alguien lanzó una blasfemia al cielo; alguien se rió brutalmente; se oyeron un silbido y un grito.

Un rostro se asomó a la ventanilla del carruaje, un rostro rodeado de una mata de pelo y un flequillo sobre unos ojos rojos, inyectados en sangre. Los labios se abrieron y aparecieron unos dientes blancos; después levantaron la linterna hasta la ventanilla para iluminar el interior del coche. Una mano sujetaba la luz, la otra, el cañón humeante de una pistola; eran una manos largas y finas, con dedos estrechos, puntiagudos, bonitos, llenos de gracia, y las uñas redondeadas y sucias.

Joss Merlyn sonrió, la sonrisa trastocada y delirante de un hombre enloquecido, exaltado, poseído por un veneno; metió la cabeza y el brazo en el coche y apuntó a Mary con la pistola, tocándole la garganta.

Después soltó una carcajada y echó la pistola atrás por encima del hombro; abrió la portezuela bruscamente, agarró las manos a Mary y la arrastró a la calzada levantando la linterna para que todos la vieran. Eran unos diez o doce hombres los que se encontraban allí, desharrapados, barbudos, sucios, la mitad tan borrachos como su jefe, los ojos enloquecidos; un par de ellos llevaba una pistola en la mano; los demás, botellas rotas, cuchillos y piedras. Harry el buhonero estaba junto a la cabeza del caballo; en la cuneta, boca abajo, con los brazos debajo del cuerpo, yacía el cochero sin oponer resistencia.

Joss Merlyn atrajo a Mary hacia sí y la alumbró directamente a la cara; cuando los demás vieron quién era estallaron en carcajadas y el buhonero se llevó dos dedos a la boca y silbó.

El patrón se agachó y le hizo una inclinación de borracho serio; le cogió el pelo, se lo retorció como una cuerda y lo olisqueó como un perro.

—Conque eres tú, ¿eh? —dijo—. Te ha dado por volver como una perrita quejumbrosa, con el rabo entre las piernas, ¿eh?

Mary no dijo nada. Miraba a los hombres que la rodeaban y ellos la miraban a su vez sonriendo, acercándose cada vez más, riéndose, señalando con el dedo su ropa mojada, tocándole el corpiño y la falda.

–Así que te has quedado muda, ¿eh? –vociferó su tío.

Le sacudió un bofetón con el dorso de la mano. Ella levantó un brazo para protegerse, pero él se lo bajó y, agarrándola por la muñeca, se la retorció hasta la espalda. Mary soltó un grito de dolor y él se rió de nuevo.

–Si te mato, se te pasará enseguida –dijo–. ¿Crees que puedes ponerte en mi contra con esa carita de mona y ese descaro que tienes? Y ¿qué andas haciendo a medianoche en un coche de alquiler por la calzada real, medio desnuda, con el pelo suelto? Así que al final no eres más que una vulgar puta.

Le tiró de la muñeca y Mary se cayó.

–¡Déjeme en paz! –gritó ella–. No tiene ningún derecho a tocarme ni a hablar conmigo. Es usted un asesino cruel y un ladrón, y la justicia lo sabe. Todo Cornualles lo sabe. Su reino está acabado, tío Joss. He ido a Launceston y lo he denunciado.

Se levantó un murmullo entre el grupo de hombres; se acercaron más, gritándole y haciendo preguntas, pero el patrón empezó a vociferar:

–¡Atrás, malditos idiotas! ¿No veis que no es más que un farol para salvar el pellejo? ¿Cómo va a denunciarme si no sabe nada? No ha recorrido veinte kilómetros a pie para ir a Launceston. Miradle los pies. Ha estado por ahí, en la calzada, con algún hombre, que la ha mandado a casa sobre ruedas en cuanto se hartó de ella. Levántate o ¿prefieres que te frote la nariz contra el suelo?

La puso de pie y la sujetó a su lado. Después señaló al cielo, las nubes bajas corrían impulsadas por el viento y brillaba una estrella húmeda.

–¡A ver! –gritó–. Se ha abierto un claro en el cielo y la lluvia se va hacia el este. Soplará más viento antes de que terminemos y dentro de seis horas amanecerá un día pésimo y gris en la costa. No podemos perder más tiempo. Harry, trae el caballo aquí; podemos ir seis en el carruaje. Trae también el carro del establo y el poni; hace una semana que no trabaja. ¡Vamos, haraganes del demonio, borrachos! ¿No queréis ver correr el oro y la plata entre las manos? Llevo siete días durmiendo como un cerdo y por Dios que esta noche estoy fresco como un niño y quiero volver a la costa. ¿Quién viene conmigo a Camelford?

Doce voces respondieron a una y se levantaron manos en el aire. Uno de ellos empezó a cantar agitando una botella por encima de la cabeza, tambaleándose; después tropezó, se cayó y fue a dar con la cara en la zanja. El buhonero le

sacudió un puntapié, pero el hombre no se movió; a continuación agarró el caballo por la brida, tiró de él azuzándolo con golpes y voces por la empinada cuesta y las ruedas del coche pasaron por encima del caído; el hombre movió las piernas un momento como una liebre herida, intentó levantarse del barro entre gritos de terror y dolor y finalmente se desplomó, inmóvil.

Los demás echaron a correr detrás del carruaje haciendo ruido en la calzada y Joss Merlyn se quedó un momento mirando a Mary con una sonrisa boba de borracho; de pronto, impulsivamente, la cogió en brazos, alcanzó al carruaje y abrió la portezuela violentamente. La tiró en un asiento del rincón y, sacando la cabeza por la ventanilla, ordenó al buhonero que fustigara al caballo.

Los que corrían al lado imitaron sus voces, algunos saltaron a la portezuela y se colgaron de la ventanilla, otros subieron al pescante, ocuparon el asiento vacío del cochero y azuzaron al caballo con palos y una lluvia de piedras.

El animal temblaba y, sudando de pavor, coronó la cuesta al galope, con media docena de locos colgados de las riendas y gritando tras él.

La posada irradiaba luz, las puertas estaban abiertas y las ventanas también. La casa entera se abría de par en par a la noche como si estuviera viva.

El patrón tapó la boca a Mary con la mano y la empujó contra un lateral del coche.

—Conque serías capaz de denunciarme, ¿eh? —dijo—, de ir corriendo a la justicia para que me colgaran de una soga como a un gato, ¿eh? De acuerdo, te daré una oportunidad. Vendrás a la costa, te plantarás allí con el viento y la lluvia en la cara y vigilarás hasta que amanezca y suba la marea. Sabes lo que significa eso, ¿verdad? Sabes adónde voy a llevarte, ¿no?

Ella lo miraba horrorizada, pálida como la cera, e intentó hablar, pero él le tapaba la boca.

—Crees que no te doy miedo, ¿verdad? —le dijo—. Te burlas de mí y me haces muecas con esa carita bonita tan blanca y tus ojos de mona. Sí, estoy borracho; estoy borracho como un rey y, por mí, como si el cielo y la tierra se derrumban. Esta noche cabalgaremos gloriosamente, con todos los hombres a nuestras órdenes, quizá por última vez; y vendrás con nosotros, Mary, a la costa...

Le dio la espalda y empezó a vocear a sus compañeros; el caballo, espantado con los gritos, echó a galopar otra vez arrastrando el coche consigo; las luces de la

posada Jamaica desaparecieron en la oscuridad.

Capítulo XI



El viaje hasta la costa fue una pesadilla de dos horas o más y Mary, dolorida y magullada de tanto baqueteo, desfallecía en un rincón del carruaje, indiferente a lo que pudiera sucederle. Harry el buhonero y otro par de hombres se acomodaron en el interior al lado de su tío y el olor a tabaco y a alcohol rancio que despedían impregnaba el ambiente.

El patrón y sus compinches habían llegado a un estado de exaltación incontrolable y la presencia de una mujer los animaba a hacer bromas morbosas, pues la debilidad y el malestar de ella les producía placer.

Al principio hablaban dirigiéndose a ella y para ella, riéndose y cantando para llamarle la atención; Harry el buhonero empezó con sus canciones obscenas, que resonaban con fuerza en un espacio tan reducido, arrancaban indecorosos aullidos de gozo a sus compañeros y los estimulaban más aún.

Le observaban el rostro con la idea de ver alguna señal de vergüenza o turbación, pero Mary estaba tan cansada que no oía ninguna palabra ni ninguna canción. Oía el barullo de las voces a través de una espesura de agotamiento; se dio cuenta de que su tío le clavaba el codo en un lado, otro dolor sordo que se sumaba al de cabeza y al escozor de los ojos, y veía un mar de caras sonrientes entre el humo. Le daba igual lo que hicieran o dijeran y el deseo de dormir y olvidar se convirtió en una tortura.

Cuando se convencieron de que no respondería a ningún estímulo, perdieron interés e incluso las canciones parecían menos procaces; Joss Merlyn rebuscó en los bolsillos y sacó un juego de naipes. Inmediatamente la olvidaron y se centraron en la novedad; aprovechando la tregua momentánea que cayó sobre ella como una bendición, se apartó cuanto pudo del tufo caliente y animal de su tío y se acurrucó; cerró los ojos rindiéndose al vaivén y los botes del carruaje. Estaba tan fatigada que no era totalmente dueña de su conciencia; se balanceaba en la frontera del país del trance. Sentía dolor y notaba el movimiento de las ruedas del carruaje y oía a lo lejos un murmullo de voces; pero todo esto estaba

fuera, no con ella, no lo identificaba con su propia existencia. La oscuridad la envolvió como un don del Cielo y se dejó llevar, y se perdió. El tiempo ya no contaba. Fue la falta de movimiento lo que la devolvió al mundo, la quietud repentina, el aire húmedo y frío que entraba por la ventanilla abierta y le daba en la cara.

Estaba sola en su rincón. Los hombres se habían ido y, con ellos, la luz. Se sentó y se quedó quieta un momento, temiendo atraerlos de nuevo, sin saber qué le había pasado; después se adelantó hacia la ventanilla, pero el dolor y el entumecimiento del cuerpo eran insoportables. Un latigazo hiriente le recorrió los hombros, encogidos de frío; el corpiño todavía estaba húmedo de la primera lluvia de la noche. Esperó un poco antes de intentarlo otra vez. El viento seguía soplando con fuerza, pero el temporal había amainado un poco, solo una llovizna fría entraba por la ventanilla. El carruaje estaba abandonado en un barranco estrecho, entre paredes altas, y habían desenganchado el caballo. El barranco parecía descender bruscamente en un camino agreste y accidentado. Mary solo veía unos pocos metros por delante. Era una noche muy oscura y el barranco parecía la boca del lobo. No había estrellas en el cielo y el viento cortante del páramo era ahora un rugido escandaloso y vociferante acompañado de una bruma húmeda. Sacó la mano por la ventanilla y tocó la pared. Encontró arena suelta y tallos de vegetación sucios y cargados de agua. Intentó abrir la portezuela, pero estaba cerrada con llave. Se quedó escuchando atentamente. Aguzó la vista para ver lo que había enfrente, por el camino del empinado barranco, y el viento le trajo un murmullo conocido y plomizo a un tiempo, un murmullo que por primera vez no pudo recibir con alegría, porque al reconocerlo le dio un vuelco el corazón y tuvo un presentimiento escalofriante.

Era el murmullo del mar. El barranco era un camino que llevaba a la orilla.

Y entendió el motivo de la suavidad que traía el aire y por qué la llovizna le caía livianamente en las manos con un olor a sal. Las altas paredes del barranco daban una falsa impresión de refugio, en contraste con la expansión yerma del páramo, pero en cuanto saliera de esa sombra engañosa la ilusión desaparecería y el temporal se desataría con virulencia. No podía haber quietud cuando el mar rompía contra una costa rocosa. Volvió a oírlo, incesante ahora: el murmullo y el suspiro del agua que se entrega a la playa y se retira a regañadientes, después una

pausa, mientras el mar se prepara para renovar esfuerzos; un fragmento momentáneo de tiempo y... de nuevo el rugido y el estrépito de la venida, el estruendo de la ola entre los guijarros y la dispersión escandalosa de las piedras que el agua arrastra al mar. Mary se estremeció; abajo, en la oscuridad, su tío y sus compinches esperaban la marea. Si oyera griterío sería más soportable esperar sola en el carruaje. Por deleznales que fueran, las voces desaforadas, la risa y las canciones con las que se habían dado ánimos para el viaje habrían sido ahora un alivio; pero esta quietud sepulcral le resultaba siniestra. La acción les había devuelto la sobriedad, tenían algo que hacer con las manos. Ahora que había recuperado todos los sentidos y había olvidado el cansancio, Mary no podía quedarse de brazos cruzados. Miró el tamaño de la ventanilla. La portezuela estaba cerrada con llave, ya lo sabía, pero tal vez pudiera colarse por el estrecho marco encogiéndose y retorciéndose de alguna manera.

Valía la pena arriesgarse. Pasara lo que pasara esa noche, su vida carecía de valor; su tío y los demás podían buscarla y matarla si querían. Conocían esta parte del país, pero ella no. Encontrarían su rastro enseguida si se lo proponían, como una manada de perros cazadores. Se esforzó en salir por la ventana empujando de espaldas al exterior, con la dificultad añadida de las magulladuras del hombro y el torso. El techo del carruaje estaba resbaladizo y mojado y no le permitía agarrarse, pero siguió esforzándose y empujando hasta que, retorciéndose brutalmente y haciendo presión, consiguió sacar las caderas, aunque se arañó con el marco y se mareó. Perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás por la ventanilla hasta el suelo.

La altura no era nada, pero se hizo daño al caer y notó un hilo de sangre en el lado en el que se había rozado con el marco. Se dio un momento para recuperarse, se levantó como pudo y empezó a subir la cuesta con paso vacilante por la parte más oscura. Todavía no sabía lo que iba a hacer, pero si se alejaba del barranco y del mar, se alejaría también de la banda. No había duda de que habían bajado a la playa. Este camino, que subía y torcía a la izquierda, la llevaría al menos a un terreno alto, a la parte superior del acantilado, y desde allí, a pesar de la bruma, podría hacerse una idea de dónde estaba. Habría una calzada en alguna parte, el carruaje tenía que haber llegado por algún sitio; y, si había una calzada, habría casas en las cercanías, con hombres y mujeres honrados a los que

contaría lo que pasaba, y ellos, en cuanto lo supieran, despertarían a todos.

Siguió subiendo casi a tientas por el estrecho paso, tropezando de vez en cuando con las piedras; el viento le metía el pelo en los ojos, la molestaba y, al llegar de pronto a una curva cerrada, levantó las manos para apartarse los mechones de la cara, por eso no vio el bulto encogido de un hombre que se encontraba en el camino, de espaldas a ella, vigilando el sendero sinuoso que tenía delante. Se le cortó la respiración al chocar con él, y el hombre, sorprendido, cayó con ella gritando de terror y de rabia, dándole puñetazos.

Pelearon en el suelo, ella procuraba alejarse de él y le arañaba la cara, pero la fuerza del hombre se impuso enseguida y, haciéndola rodar sobre un lado, le agarró el pelo y se lo retorció tirando de las raíces, hasta que el dolor la obligó a inmovilizarse. Echado encima de ella, jadeando porque la caída lo había dejado sin aire, la miró atentamente con la boca abierta, enseñando unos dientes amarillos y rotos.

Era Harry el buhonero. Mary no se movía, esperaba que lo hiciera él primero; entretanto se maldecía por haber cometido la estupidez de echar a andar sin ninguna precaución, sin pensar siquiera en que hasta un niño, jugando, habría apostado allí a un vigilante.

Él esperaba que ella gritara o peleara, pero como no hacía nada, se echó a un lado sobre el codo, le sonrió con malicia y señaló en dirección a la playa con un movimiento de cabeza.

—Te ha sorprendido verme, ¿eh? —le dijo—. Creías que estaba abajo, en la playa, con el patrón y los demás, cebando las nasas. Y entonces la bella durmiente despertó y se fue a dar un paseo por el camino. Estoy encantado de recibirte. —Le sonrió y le pasó una uña negra por la mejilla—. Hace frío y humedad en este agujero —dijo—, pero ahora da igual. Todavía estarán muchas horas ahí abajo. Por la forma en que te has dirigido a Joss hoy, deduzco que te has vuelto contra él. No tiene derecho a encerrarte en la posada como a un pájaro en una jaula, sin ropa bonita que ponerte. Seguro que ni siquiera te ha regalado un broche para el corpiño, ¿a que no? No te preocupes por eso. Yo te daré encajes para el cuello, pulseras para las muñecas y suave seda para la piel. Vamos a ver...

Sin dejar de sonreír, le hacía gestos de asentimiento mirándola con sorna y malicia; le puso la mano encima. Ella se movió inmediatamente, le propinó un

puñetazo debajo de la barbilla y le cerró la boca igual que se cierra una trampa, con la lengua entre los dientes. El hombre chilló como una ardilla y ella soltó otro puñetazo, pero esta vez Harry le sujetó la mano y se tiró encima de ella, ya sin la menor pretensión de coqueteo amable, con una fuerza horrible, pálido como un muerto. Ahora el hombre luchaba por poseerla, y ella lo sabía, como sabía que, en fuerza bruta, la ganaba y al final la vencería; de repente, con el fin de engañarlo, le dio una ventaja inicial renunciando a toda resistencia. Harry gruñó de satisfacción y se relajó, que era lo que ella pretendía y, mientras él cambiaba de postura y bajaba la cabeza, le clavó la rodilla con todas sus fuerzas al tiempo que le metía los dedos en los ojos. El hombre se dobló inmediatamente por la cintura y rodó hacia un lado aullando de dolor; en un segundo, Mary se escapó, se levantó del suelo y le dio una patada mientras él se retorció, indefenso, sujetándose el vientre con las manos. Buscó una piedra para tirársela, pero solo encontró tierra suelta y arena, y le arrojó unos cuantos puñados a la cara, de manera que lo cegó momentáneamente y no pudo volverse contra ella. Después dio media vuelta y echó a correr por el sinuoso camino como un animal perseguido, con la boca abierta y los brazos estirados, tropezando con las raíces y cayéndose al suelo cada poco; cuando volvió a oír sus gritos y sus pasos detrás, se dejó llevar por el pánico y, nublada la razón, empezó a trepar por el alto terraplén que bordeaba el camino, resbalando a cada paso en la tierra blanda, hasta que, por la fuerza de la desesperación que brotaba del terror, llegó arriba y se arrastró, sollozando, por un hueco del seto de espinos que coronaba el terraplén. Le sangraban la cara y las manos, pero no reparó en ello y emprendió una carrera por el acantilado, alejándose del camino, pisando matas, por un terreno irregular sembrado de montículos, completamente desorientada, con la única idea de huir de esa cosa que era Harry el buhonero.

Un muro de niebla la engulló y ocultó la línea lejana del seto hacia el que se dirigía; se detuvo inmediatamente, consciente de los peligros de la niebla marina, que podía engañarla y guiar sus pasos al camino otra vez. Se puso a cuatro patas en el suelo y siguió avanzando despacio, con los ojos cerca del suelo, siguiendo un sendero estrecho de arena que giraba en la dirección que ella quería. El progreso era lento, pero el instinto le decía que la distancia entre ella y el buhonero seguía aumentando, y eso era lo único importante. No sabía cuánto

tiempo había pasado, podían ser las tres o las cuatro de la madrugada y la oscuridad todavía duraría unas horas. Empezó a llover de nuevo a través de la cortina de niebla; le parecía oír el mar por todas partes, no tenía escapatoria; se oían las olas claramente, más fuertes y agitadas que antes. Se dio cuenta de que el viento no le había servido de guía, porque ahora, que lo tenía de espalda, podía haber cambiado un poco de dirección y, como no conocía la costa, no había avanzado en dirección este, como pretendía, y se encontraba al borde de un sendero que descendía en picado, a juzgar por el ruido del mar, y que llevaba directamente a la playa. Aunque la niebla le impedía ver las grandes olas, rompían solo un poco más allá, en la oscuridad, y, para mayor consternación, al mismo nivel que ella, no por debajo. Esto significaba que el acantilado descendía bruscamente hasta la playa por ese lado y que el barranco en el que había quedado el carruaje, en vez de un camino largo y tortuoso hasta una cueva, como se había imaginado, debía de estar a pocos metros del mar. Las paredes del barranco ahogaban el ruido del oleaje. Mientras pensaba en todo esto se abrió un claro en la niebla, por el que asomó un trocito de cielo. Siguió arrastrándose con vacilación, el sendero se ensanchaba, la niebla se disipaba y el viento le daba de nuevo en la cara; estaba arrodillada entre maderos abandonados por las mareas, algas y guijarros sueltos en una playa estrecha con terraplenes a ambos lados; justo enfrente, a menos de cincuenta metros, las altas olas rompían contra las rocas.

Un rato después, cuando se le acostumbraron los ojos a la oscuridad, los distinguió, arrimados a las irregularidades de las rocas que interrumpían la planicie de la playa: un grupo de hombres que se apiñaban para darse calor y abrigo mientras escrutaban en silencio la oscuridad que se abría ante ellos. Los que antes estaban tan activos parecían ahora, tan quietos, más temibles todavía; la actitud furtiva, la postura corporal, agachados contra las rocas, la tensión de las cabezas vigilantes, todas y cada una mirando al mar, infundía temor y sensación de peligro al mismo tiempo.

Si hubieran estado gritando, cantando y llamándose unos a otros, haciendo odiosa la noche con su vocerío y atronando el aire con fuertes pisotones en los guijarros, habría sido lo propio de su manera de ser, lo que podía esperarse de esos hombres; pero ese silencio era ominoso, sugería que el momento crítico de

la noche había caído sobre ellos. Solo una roca sobresaliente separaba a Mary de la playa abierta, pero no se atrevía a ir más allá por miedo a que la descubrieran. Se arrastró hasta la roca y se tumbó en el suelo de piedras; si levantaba la cabeza, veía, justo delante de ella, a su tío y sus compinches, de espaldas.

Se quedó a la espera. Ellos no se movían. No se oía nada. Únicamente el mar llegaba monótonamente a la playa, la barría y se retiraba de nuevo; la línea en la que rompían las olas destacaba, blanca y fina, sobre la negra noche.

La niebla seguía dispersándose poco a poco, cada vez se veía mejor el perfil estrecho de la cala. Las rocas se hicieron más prominentes y los acantilados cobraron solidez. La extensión de agua se ensanchó abriéndose desde la cala hasta la línea limpia de la costa, que continuaba interminablemente. A la derecha, a lo lejos, donde la parte más alta del acantilado caía al mar, Mary divisó un débil punto de luz. Al principio creyó que era una estrella que atravesaba el último jirón de niebla, pero la razón le dijo que las estrellas blancas no existían ni se movían con el viento en lo alto de un acantilado. La miró fijamente y la vio moverse otra vez; era como un ojito blanco en la oscuridad. Bailaba y hacía reverencias, cabeceaba en la tormenta como si el viento mismo la llevara encendida a modo de llama viva que nunca se apaga. El grupo de hombres no le prestaba atención; tenían la mirada fija en el mar oscuro, más allá de las olas.

Mary comprendió de pronto el motivo de su indiferencia y el ojito blanco, que al principio le parecía amable y consolador, parpadeando con valentía él solo en la cruda noche, se convirtió en un símbolo de horror.

La estrella era una luz engañosa que su tío y sus compinches habían puesto allí. Ahora el punto de luz era pernicioso y las reverencias que le hacía al viento, una burla. Se lo imaginó ardiendo con fuerza, extendiendo sus rayos por todo el acantilado, y ya no era blanco, sino viejo y amarillento como una costra. Había alguien junto a la luz vigilando para que no se apagase. Vio pasar una silueta oscura por delante del resplandor; lo tapó un momento, pero enseguida volvió a lucir. La silueta se convirtió en un borrón pegado a la cara gris del acantilado, que descendía rápidamente en dirección a la playa. Fuera quien fuese, iba a reunirse abajo con los de la banda. Se movía presurosamente, como si el tiempo corriera en su contra, sin ningún cuidado, echando abajo tierra y piedras, que se precipitaban hasta la playa. El ruido alertó a los hombres y, por primera vez

desde que Mary los observaba, desviaron la atención del mar y se fijaron en él. Mary lo vio llevarse las manos a la boca y ponerse a gritar, pero el viento se llevó sus palabras y no pudo oírlas. Sin embargo sí alcanzaron al grupo de hombres que aguardaba en la playa, pues al momento se alborotaron y algunos echaron a correr a su encuentro trepando por el acantilado; pero el hombre volvió a gritar algo y a señalar hacia el mar; entonces se desviaron todos hacia las olas olvidándose, de momento, del sigilo y el silencio, haciendo ruido al pisar las piedras, hablando cada cual más fuerte para hacerse oír a pesar del estruendo del mar. Al momento, uno de ellos (su tío, reconoció sus zancadas largas y sus enormes hombros) levantó la mano pidiendo silencio; se quedaron a la espera en la playa, con las olas rompiendo un poco más allá de sus pies; formaban una línea estrecha entre las piedras, como cuervos, las siluetas oscuras se recortaban sobre la playa blanca. Mary miraba también hacia el mar; entre la niebla y la oscuridad brilló entonces otro punto luminoso en respuesta al primero. Esta luz nueva no bailaba ni se movía como la del acantilado; se hundía, quedaba oculta como un viajero atosigado por la carga, y se levantaba otra vez señalando al cielo, como una mano que se eleva en la noche en su último y desesperado intento de rasgar el muro de niebla, impenetrable hasta entonces. La nueva luz se acercó a la primera. La una arrastraba a la otra. Pronto se encontrarían y serían dos puntos blancos en la oscuridad. Y los hombres seguían agachados e inmóviles en la estrecha playa, esperando el encuentro de las luces.

La segunda luz volvió a hundirse; Mary veía ahora entre las sombras el perfil de un casco, las negras vergas como dedos apuntando hacia arriba, mientras el mar, blanco e hinchado, se doblaba bajo el casco, silbaba y se retiraba otra vez. La luz del mástil se acercó más al resplandor del acantilado, fascinada, como una polilla atraída por una vela.

Mary no pudo soportarlo más. Se levantó del suelo y echó a correr por la playa dando voces, gritando, agitando las manos por encima de la cabeza; su voz se enfrentaba al viento y al mar, que se la devolvían burlonamente. Alguien la sujetó y la tumbó en el suelo. Unas manos la inmovilizaron. La pisaron y le dieron patadas. Sus gritos murieron, ahogados por un áspero trozo de arpillería que la atragantaba; le pusieron los brazos a la espalda y le ataron las manos; la dura cuerda se le clavaba en las muñecas.

La dejaron boca abajo, a menos de veinte metros de donde llegaban las olas; mientras yacía impotente, sin aliento, con sus voces de aviso ahogadas en la garganta, oyó sus propios gritos convertidos en gritos ajenos que llenaban el aire de ruido. Eran más fuertes que el rugido del mar, el viento los robaba y se los llevaba; y con los gritos llegaron el crujir de la madera al romperse, el impacto horrible de una cosa viva y enorme que encontraba resistencia, el estremecimiento de la madera que se retuerce y se parte.

Atraído por un imán, el mar se retiró de la playa y una gran ola más alta que las demás se abalanzó estruendosamente sobre el barco, que flotaba dando bandazos. Mary vio la mole negra que había sido un barco escorarse lentamente, como una gran tortuga, los mástiles y vergas como hilos de algodón arrugados, deshechos. Unos puntos negros se agarraban a la superficie resbaladiza e inclinada de la tortuga, no querían caerse, se pegaban como lapas, con todas sus fuerzas, a la madera astillada; y, cuando la mole que ascendía y se estremecía por debajo de ellos se partió monstruosamente en dos cortando el aire, cayeron de uno en uno a las blancas lenguas del mar como puntitos negros sin vida ni sustancia.

Mary sintió una angustia mortal, cerró los ojos y apretó la cara contra las piedras. El silencio y el sigilo desaparecieron; los hombres que habían esperado tantas horas soportando el frío dejaron de esperar. Rompieron a correr como locos de un lado a otro por la playa, gritando, aullando, enloquecidos, inhumanos. Entraron en las olas hasta la cintura, ajenos al peligro, sin la menor precaución, y empezaron a recoger restos sucios del naufragio que flotaban en el agua.

Eran animales que peleaban y se enfrentaban por trozos de madera resquebrajada; algunos se quitaron la ropa y corrían desnudos en la fría noche de diciembre para abrirse camino en el mar más fácilmente y hundir las manos entre los restos que las olas les arrojaban. Charlaban y discutían como monos, se robaban cosas unos a otros; en un rincón al pie del acantilado, uno de ellos encendió una hoguera de llamas fuertes y feroces, a pesar de la llovizna. Empezaron a arrastrar los desechos del mar hasta allí. El fuego arrojaba una luz lúgubre sobre la playa, un resplandor amarillento sobre lo que antes era negro, y proyectaba sobre las piedras sombras largas y oscuras, las de los hombres que

iban y venían en su horrible tarea.

Cuando el primer cuerpo llegó a tierra, sin vida afortunadamente, se apiñaron sobre él y le echaron las manos encima hasta dejarlo pelado como un hueso; después de despojarlo de todo e incluso de estirarle los aplastados dedos por si tenía anillos, lo abandonaron y lo dejaron boca arriba, meciéndose en la espuma de la última ola.

Fuera cual fuese el método de trabajo que hubieran seguido hasta entonces, esa noche no lo aplicaron. Robaban al azar, cada uno para sí; estaban locos, ebrios, alucinados por el éxito que no habían previsto, como perros lanzando mordiscos tras los pasos de un amo cuya fortuna ha resultado un triunfo y se alza con el poder y la gloria. Lo seguían allá donde fuera entre las olas, con el agua corriéndole por el pelo, como un gigante entre ellos.

Empezó a bajar la marea, el agua retrocedió y el aire se enfrió más. La luz que se movía arriba, en el acantilado, y seguía bailando al viento como un viejo burlón, se tornó pálida y tenue. El agua se tiñó de gris y el color se reflejó en el cielo. Al principio los hombres no percibieron el cambio; seguían delirantes, afanosos con su presa. Hasta que el propio Joss Merlyn levantó la gran cabeza, olisqueó el aire y dio una vuelta sobre sí mismo observando el contorno de los acantilados y la oscuridad que se diluía; entonces dio una voz pidiendo silencio a sus hombres, señalando el cielo, que estaba plomizo y claro.

Los hombres vacilaron y miraron de nuevo los restos del naufragio que subían y bajaban entre las olas, todavía sin rescatar, esperando a que los recogieran; y de pronto, todos a una, echaron a correr por la playa en dirección a la entrada del barranco, de nuevo en silencio, sin palabras ni gestos, con el rostro gris y asustado a medida que la luz aumentaba. Se les había hecho tarde. Los había cegado el éxito. Los había sorprendido el alba. Y a causa del retraso se arriesgaban a que la luz del día los delatara. El mundo se despertaba; la noche, que había sido su aliada, ya no los protegía.

Fue Joss Merlyn quien le sacó la arpillera de la boca y la puso de pie de un tirón. Al ver que la debilidad se había apoderado de ella sin remedio, porque no podía tenerse en pie ni hacer nada por sí misma, la maldijo con furia y miró a los acantilados, que cada vez se veían con mayor dureza y claridad; se agachó para levantarla, porque se había caído al suelo otra vez, y se la echó al hombro como

un fardo. La cabeza le quedó colgando, los brazos, como muertos, y notaba las manos de su tío apretándole en el lado herido, avivándole el dolor, frotándole en la parte entumecida sobre la que había quedado tirada en las piedras. Cargando con ella, emprendió la carrera por la playa hasta la entrada del barranco; los demás, atrapados en una red de pánico, cargaban los tres caballos que tenían allí atados con los restos del botín que habían hurtado a las aguas. Era una actividad febril, torpe, trabajaban sin dirección, desquiciadamente, sin sentido del orden; el patrón, sobrio ahora por necesidad y curiosamente ineficaz, los maldecía y los amenazaba en vano. El carruaje se atascó a medio camino, se resistió a los esfuerzos de los hombres por desatascarlo y este súbito revés de la fortuna incrementó el pánico y propició la desbandada. Algunos empezaron a trepar por el terraplén dejándolo todo atrás, pensando solo en salvar el pellejo. El amanecer era su enemigo y resultaba más fácil afrontarlo en solitario, buscando la seguridad relativa del barranco y el seto, que en la calzada con cinco o seis compañeros más. Aquí, en la costa, ir en grupo levantaría sospechas, porque todos se conocían y enseguida se identificaba a los forasteros; pero un cazador furtivo, un vagabundo o un gitano podía ir solo y encontrar su propio camino y su propio refugio. Los que se quedaron tirando del carro sin resultado maldijeron a estos desertores, y entonces, en un acceso de estupidez y pánico, levantaron el vehículo del suelo con tanta brutalidad que lo volcaron y, al caer sobre un lado, se partió una rueda.

Este desastroso colofón desató un pandemónium en el sendero del barranco. Todos echaron a correr hacia el único carro que quedaba, el que habían dejado más arriba, y hacia los caballos, que ya iban muy cargados. Alguien que todavía obedecía al jefe y conservaba algún sentido de lo que había que hacer prendió fuego al carruaje destrozado, cuya presencia en el sendero era peligrosa para todos, y el tumulto que se produjo a continuación (peleas entre los hombres por quedarse con el carro que todavía podía llevarlos tierra adentro) fue una muestra repugnante de dientes y uñas, de bocas aplastadas por piedras y de ojos cortados con cristales rotos.

Ahora tenían ventaja los que llevaban armas, y el patrón, con el único aliado que le quedaba, Harry el buhonero, a su lado, se situó de espaldas al carro y disparó sobre la turba, que, aterrorizada por la persecución que llegaría con el

día, lo vio ahora como un enemigo, un jefe falso que los había llevado a la destrucción. El primer disparo no alcanzó a nadie y fue a parar al blando terraplén de enfrente, pero proporcionó a uno de los oponentes la ocasión de cortar un ojo al patrón con una piedra afilada. Joss Merlyn le dedicó el segundo disparo, que le alcanzó en el estómago y, mientras el tipo se doblaba en el barro entre sus compañeros, herido de muerte y chillando como una liebre, Harry el buhonero alcanzó a otro en la garganta; la bala le abrió la tráquea y el hombre empezó a sangrar a chorros como una fuente.

Fue la sangre lo que le hizo ganar el carro al patrón, porque los rebeldes, histéricos y desorientados al ver a sus compañeros moribundos, dieron media vuelta como un solo hombre y huyeron como cangrejos por las curvas del camino, con la única idea de poner tierra de por medio y dejar atrás a su antiguo jefe. El patrón se apoyó en el carro con la pistola asesina todavía humeante, sangrando abundantemente por el corte del ojo. En cuanto se quedaron solos, el patrón y el buhonero no perdieron más tiempo. Recogieron todo lo que se había salvado y habían llevado hasta el barranco y lo cargaron en el carro al lado de Mary: objetos de todas clases, inútiles e inprovechables, pues el grueso del botín se había quedado en la playa y se lo llevaría el mar. No se atrevieron a ir a buscarlo porque harían falta doce hombres y las primeras luces del alba habían dado paso al día y todo el campo estaba ahora iluminado. No había un momento que perder.

Los dos heridos de bala yacían en el sendero al lado del carro. No hizo falta comprobar si respiraban o no; los cuerpos eran pruebas y había que destruirlos. Fue Harry el buhonero el que los arrastró hasta la hoguera, que ardía satisfactoriamente; el carruaje se había consumido ya en gran parte, aunque todavía sobresalía una rueda roja por encima de la madera quemada o chamuscada.

Joss Merlyn enganchó el último caballo que quedaba y, sin una palabra, se subieron al carro y arrearon al animal.

Mary, tumbada boca arriba en el carro, miraba las nubes bajas que cruzaban el cielo. Ya no había oscuridad; la mañana era gris y húmeda. Todavía oía el ruido del mar, más lejano e insistente, un mar que había derrochado toda su furia y ahora se dejaba llevar por la marea.

También el viento amainó; los altos tallos de la vegetación de las orillas del barranco no se movían y todo era silencio en la costa. El aire olía a tierra mojada y a nabos, a la niebla que había pasado la noche al raso. Una fina llovizna le mojaba otra vez la cara y las manos.

Las ruedas del carro aplastaban el sendero irregular y, después de una curva a la derecha, llegaron a una superficie lisa de grava: la calzada que discurría hacia el norte entre setos bajos. De muy lejos, a través de muchos campos y tierras de labor, llegaba el alegre repicar de campanas, extraño y discordante en el aire matutino.

De repente Mary se acordó de que era Navidad.

Capítulo XII



Conocía ese cuadrado de cristal. Era de mayor tamaño que el de la ventanilla del carruaje y tenía repisa; y recordaba muy bien la grieta que lo cruzaba. No dejaba de mirarlo, de forzar la memoria, y se preguntó por qué ya no notaba la lluvia en la cara ni la corriente continua de aire. Por debajo nada se movía y lo primero que pensó es que el carruaje se había parado, que había vuelto a atascarse en el barranco y que, entre las circunstancias y el destino, la obligarían a repetir una vez más todo lo que había hecho antes. Cuando saliera por la ventanilla se caería y se haría daño y cuando volviera a subir por el sendero tropezaría con Harry el buhonero, que estaría agachado en su escondite; pero esta vez no tendría fuerzas para enfrentarse a él. Abajo, en la playa de guijarros, los hombres esperaban a que subiera la marea y la gran tortuga negra que era el barco, plana y monstruosa, se balanceaba entre las olas. Mary gimió y volvió la cabeza de un lado a otro con inquietud; vio de reojo una pared marrón descolorida y un clavo oxidado del que en algún momento había colgado un cartel.

Se encontraba en su habitación de la posada Jamaica.

Por muy fría y desangelada que fuera esta aborrecible habitación, al menos la protegía del viento y la lluvia y... de las zarpas de Harry el buhonero. Tampoco oía el mar. El rugido de las olas no la molestaría más. Si la muerte llegara ahora, sería una aliada; había dejado de agradecer la existencia. Le habían robado la vida y el cuerpo que yacía en la cama no era suyo. No deseaba vivir. Estaba conmocionada, sin voluntad y sin fuerzas; se le llenaron los ojos de lágrimas.

Un rostro se le acercó a la cara, ella se encogió en la almohada y levantó las manos para protegerse, pues la boca hinchada y los dientes rotos del buhonero se le habían quedado grabados en la memoria.

Sin embargo alguien le cogió las manos con cuidado y los ojos que la miraban, enrojecidos de llorar igual que los suyos, eran azules y temblaban.

Era tía Patience. Se abrazaron buscando consuelo en el contacto. Y después de derramar pesares en forma de llanto, dejándose llevar por la emoción hasta el

límite, la naturaleza se impuso de nuevo y Mary se recuperó un poco, cobró algo de su antiguo valor y fuerza.

–¿Sabe lo que ha pasado? –le preguntó.

Tía Patience le apretó las manos con tanta fuerza que Mary no las podía retirar; la miraba suplicándole perdón en silencio, como un animal al que se castiga por algo que no ha hecho.

–¿Cuánto tiempo llevo en cama? –preguntó Mary.

Su tía le dijo que era el segundo día. Mary se quedó pensando en silencio en esta información nueva y repentina para ella; dos días era mucho tiempo para una persona que hacía solo un momento había visto empezar el día en la costa.

Podían haber sucedido muchas cosas en ese tiempo, y ella lo había pasado en cama, impotente.

–Tenía que haberme despertado –le dijo bruscamente a su tía, quitándose de encima las manos que la sujetaban–. No soy una niña, no necesito que me cuiden ni me mimen por unos rasguños. Tengo cosas que hacer; usted no lo entiende.

Tía Patience la acarició tímida e ineficazmente.

–No podías moverte –gimoteó–; sangrabas, estabas toda magullada. Te bañé cuando todavía estabas inconsciente; al principio pensé que te habían malherido, pero gracias a Dios no te había pasado nada grave. Las heridas se te curarán y todas estas horas de sueño te han sentado bien.

–Sabe quién lo hizo, ¿verdad? ¿Sabe dónde me llevaron?

El rencor la volvía cruel. Sabía que sus palabras eran como latigazos, pero no podía evitarlo. Empezó a hablar de los hombres de la playa. Ahora era su tía la que sollozaba y cuando Mary vio que empezaba a fruncir los finos labios y que la miraba aterrorizada, con ojos llorosos, se dio asco a sí misma y tuvo que callarse. Se incorporó en la cama y puso los pies en el suelo, un poco mareada por el esfuerzo; el pulso la martilleaba en las sienes.

–¿Qué vas a hacer?

Tía Patience tiraba de ella con nerviosismo, pero la sobrina la apartó y empezó a coger su ropa.

–Tengo cosas que hacer –dijo secamente.

–Tu tío está abajo. No va a dejarte salir de la posada.

–Mi tío no me da miedo.

–Mary, por tu bien y por el mío, no le repliques otra vez. Sabes lo que has sufrido ya. No se ha movido de abajo desde que volvió contigo, se ha quedado ahí, blanco y terrible, con una pistola preparada encima de las piernas; las puertas de la posada están atrancadas. Sé que has visto cosas tremendas, indecibles; sé lo que has tenido que soportar, pero, Mary, ¿es que no entiendes que, si bajas ahora, puede hacerte daño otra vez... incluso matarte...? Nunca lo había visto así. No puedo responder de su estado de ánimo. No bajas, Mary. Te lo suplico de rodillas, no bajas.

Empezó a arrastrarse por el suelo tirando a Mary de la falda; le agarró las manos y se las besó. Era una cosa desquiciante, espantosa de ver.

–Tía Patience, ya he tenido que soportar mucho por la lealtad que le tengo. No puede pedirme que cargue con más. No sé lo que significó para usted tío Joss al principio, pero ahora es un ser inhumano. Las lágrimas que derrama no lo salvarán de la justicia, tiene que comprenderlo. Es una bestia, la sangre y el alcohol lo han vuelto medio loco. Han muerto hombres en la playa, los ha asesinado él, ¿no lo entiende? Se han ahogado hombres en el mar. No veo otra cosa. No podré pensar en otra cosa hasta el día en que me muera.

El tono de voz se le disparó peligrosamente; en cualquier momento brotaría la histeria. Todavía estaba muy débil para pensar con lógica y se vio corriendo por la calzada, pidiendo a gritos una ayuda que sin duda llegaría enseguida.

Tía Patience tardó demasiado en rogarle que no gritara; Mary no hizo caso del dedo que la avisaba. Se abrió la puerta. El patrón de la posada Jamaica apareció en el umbral. Bajó la cabeza para no darse con las vigas y miró fijamente a las mujeres. Estaba demacrado y ennegrecido, con el corte del ojo todavía en carne viva. Iba sucio, no se había lavado y tenía grandes ojeras negras.

–Me ha parecido oír voces en el patio –dijo–. He ido abajo, a la salita, a mirar por una rendija de los tablones, pero no he visto a nadie. ¿Habéis oído algo desde aquí?

Nadie respondió. Tía Patience hizo un gesto negativo con la cabeza, la sonrisa nerviosa que había compuesto para recibirlo temblaba, insegura, pero ella no se daba cuenta. Joss se sentó en la cama y, pellizcando las mantas, pasó la mirada de la ventana a la puerta.

–Va a venir –dijo–, seguro que viene. Me he cortado el cuello yo solo; lo he puesto en mi contra. Me lo advirtió una vez y yo me reí de él. No le hice caso. Quería jugar yo solo. Podemos darnos por muertos los tres: tú, Patience, Mary y yo. Estamos acabados, te lo digo; se acabó el juego. ¿Por qué me dejaste beber? ¿Por qué no rompiste hasta la última maldita botella de la casa ni me encerraste con llave, solo en la habitación? No te habría hecho daño. No os habría tocado un pelo a ninguna de las dos. Ahora es tarde. Esto es el fin.

Las miraba con los ojos sanguinolentos y hundidos, los enormes hombros encogidos hasta el cuello. Ellas lo miraban sin comprender, mudas de asombro, impresionadas por la expresión de su cara, una expresión que no habían visto nunca.

–¿A quién se refiere? –dijo Mary al cabo de un rato–. ¿De quién tiene miedo? ¿Quién se lo advirtió?

Joss hizo un gesto negativo con la cabeza y se llevó las manos a la boca con dedos inquietos.

–No –dijo lentamente–, ahora no estoy borracho, Mary Yellan; mis secretos todavía son míos, pero te digo una cosa... y no tienes escapatoria; estás en esto tanto como Patience: ahora tenemos enemigos en los dos bandos. En uno, la justicia, y en el otro... –Se contuvo y miró a Mary con la expresión astuta de siempre–. Te gustaría saberlo, ¿verdad? Te gustaría salir de casa furtivamente con el nombre en los labios y traicionarme. Te gustaría verme colgado. Sí, claro, no me extraña; te he hecho tanto daño que no se te olvidará en toda tu vida, ¿verdad? Pero también te salvé, ¿no es cierto? ¿Sabes lo que habría hecho contigo esa chusma si no hubiera estado yo allí? –Se rió y escupió en el suelo, volviendo un poco a su ser habitual–. Solo por eso puedes ponerme algunos puntos a favor –dijo–. Anoche no te tocó nadie más que yo, y no te he estropeado esa cara tan bonita que tienes. Los cortes y los moratones se curan solos, ¿verdad? Pobre cosita débil, sabes perfectamente que, si hubiera querido, podría haberte poseído la primera semana que pasaste aquí. Al fin y al cabo eres una mujer. Sí, por todos los santos del Cielo, y ahora te arrastrarías a mis pies como tu tía Patience, aplastada, contenta, pegada a mí, como otra maldita necia desgraciada. Salgamos de aquí. Esta habitación apesta a humedad y a moho.

Se puso de pie y la arrastró al pasillo; cuando llegaron al rellano, la empujó

contra la pared, debajo de la repisa de la vela, de manera que la luz le daba en la cara amoratada y con rasguños. Le levantó la barbilla y la sostuvo un momento mientras le pasaba los dedos suave y delicadamente por las heridas. Ella lo miraba con repugnancia y aborrecimiento; las manos bonitas y suaves le recordaron a todo lo que había renunciado, a todo lo que había perdido; y cuando le acercó más el odioso rostro, indiferente a Patience, que estaba a su lado, y su boca, tan parecida a la de su hermano, se cernió sobre la de ella, el efecto fue horrible y completo; Mary se estremeció y cerró los ojos. Joss apagó la vela de un soplido; las dos lo siguieron por las escaleras sin decir una palabra; las pisadas resonaban secamente en toda la casa.

Las llevó a la cocina; la ventana y la puerta también estaban cerradas y atrancadas. Dos velas iluminaban el espacio desde la mesa.

Joss dio media vuelta y se quedó mirando a las mujeres; cogió una silla y se sentó a horcajadas sin dejar de observarlas, al tiempo que sacaba la pipa del bolsillo y la rellenaba.

–Tenemos que hacer un plan de acción –dijo–. Llevamos dos días y una noche sin movernos de aquí, como ratas en una trampa, esperando a que nos pillen. Y ya estoy harto, os lo aseguro. Nunca he sabido jugar a esto, me pone los pelos de punta. Si tiene que haber pelea, que sea al aire libre, por Dios bendito.

Dio unas chupadas a la pipa mirando al suelo, malhumorado, dando golpecitos con el pie.

–Harry es leal hasta cierto punto –continuó– pero se largaría y dejaría que se nos cayera el pelo si tuviera algo que ganar. En cuanto a los demás... se han dispersado por el campo lloriqueando, con el rabo entre las piernas, como una manada de perros sarnosos. Se les ha metido el miedo en el cuerpo para siempre. Sí, y a mí también, para que os enteréis. Ahora estoy sobrio, veo perfectamente el maldito berenjenal del demonio en el que me he metido y podemos darnos con un canto en los dientes si salimos de esta con la cabeza sobre los hombros, los tres. Tú, Mary, riéte si quieres con tu blanca carita de desprecio; saldrás tan mal parada como Patience y yo. Estás metida en esto hasta el cuello, como nosotros, y no te librarás. ¿Por qué no me echaste la llave, pregunto? ¿Por qué no me impediste que bebiera?

Su mujer se acercó, y empezó a quitarle motitas de la chaqueta al tiempo que

se pasaba la lengua por los labios, preparándose para hablar.

—A ver, ¿qué pasa? —dijo él con fiereza.

—¿Por qué no huimos ahora, antes de que sea tarde? —musitó ella—. Hay un carro en el establo; en pocas horas llegamos a Launceston y cruzamos a Devon. Podemos viajar de noche, ir a los condados del este.

—¡Eres idiota! —gritó—. ¿No te das cuenta de que entre la posada y Devon hay mucha gente que me tiene por el diablo en persona... y que solo esperan la oportunidad de echarme la zarpa encima para colgarme todos los delitos que se han cometido en Cornualles? A estas horas toda la comarca sabe lo que sucedió en Nochebuena y, si ven que huimos, tendrán la prueba. ¡Dios! ¿Te crees que no he estado a punto de largarme y salvar el pellejo? Sí, claro, y entonces hasta el último mono del país nos señalaría con el dedo. Pareceríamos tan normales, ¿verdad?, viajando en el carro encima de nuestros enseres y cacharros, como campesinos en día de mercado, saludando al pasar por la plaza de Launceston. No; tenemos una oportunidad, una entre un millón. Hay que quedarse aquí sin llamar la atención, sin abrir la boca. Si nos encerramos en la posada y no nos movemos, a lo mejor empiezan a rascarse la cabeza y a frotarse la nariz. Necesitan pruebas, tienen que buscarlas, desde luego. Las necesitan, pruebas fehacientes, antes de ponernos las manos encima. Y no las van a encontrar, si ninguno de esos perros malditos se va de la lengua.

»Sí, claro, el barco está allí, estrellado contra las rocas, y hay cosas tiradas por la playa, montones de material listo para llevárselo, que alguien ha colocado allí, dirán. Encontrarán dos cadáveres reducidos a cenizas. “¿Qué es esto? Ha habido un incendio; ha habido pelea”, dirán. Parecerá un asunto muy feo, muy sospechoso, pero ¿dónde están las pruebas? Contesta esta pregunta. Yo pasé la Nochebuena como un hombre respetable, en el seno de la familia, jugando a las cunitas y al dragón de fuego⁴ con mi sobrina.

Sacó la lengua a un lado y guiñó un ojo.

—Se le olvida una cosa, ¿verdad? —dijo Mary.

—No, querida mía, no se me olvida nada. El cochero de aquel carruaje murió de un tiro y se cayó en la cuneta de la calzada, a menos de quinientos metros de casa. Creías que habíamos dejado el cadáver allí, ¿verdad? A lo mejor todavía te escandalizas, pero el cadáver viajó con nosotros hasta la costa y descansa allí, si

mal no recuerdo, debajo de tres metros de guijarros. Bueno, claro, alguien lo echará de menos; estoy preparado para eso; pero, como el carruaje no lo encontrarán jamás, no tiene mucha importancia. A lo mejor estaba harto de su mujer y se fue a Penzance. Por mí, que lo busquen allí. Y ahora que nos hemos recuperado los dos, me vas a contar qué hacías en aquel coche, Mary, y dónde habías estado. Si no me respondes, creo que ya sabes cómo me las gasto. Encontraré la forma de hacerte hablar.

Mary miró a su tía. La mujer temblaba como un perro acobardado, con los ojos azules fijos en su marido. Mary pensó rápidamente. Mentir era muy fácil; ahora, el factor más importante era el tiempo, tenía que contar con él y estarle agradecida, si tía Patience y ella lograban salir vivas del apuro. Tenía que jugar bien esta baza y dar a su tío toda la cuerda que quisiera para que se colgara él solo. Al final, la confianza que tenía en sí mismo se le volvería en contra. Mary tenía una esperanza de salvarse, y la tenía cerca, a menos de ocho kilómetros, en Altarnun, esperando su señal.

—Le contaré todo lo que hice y puede creerme o no —dijo—, a mí me da igual. El día de Nochebuena fui andando a Launceston, a la feria. A las ocho estaba cansada, empezó a llover y se levantó viento, así que me empapé y no podía hacer nada. Alquilé el coche y le dije al cochero que me llevara a Bodmin, porque pensé que, si le decía que me trajera a la posada Jamaica, se habría negado. Y ya está, no tengo nada más que decir.

—¿Estuviste sola en Launceston?

—Naturalmente.

—Y ¿no hablaste con nadie?

—Compré un pañuelo en un puesto que atendía una mujer.

Joss Merlyn escupió en el suelo.

—De acuerdo —dijo—. Te haga lo que te haga, volverías a contarme el mismo cuento, ¿verdad? Por una vez me llevas ventaja, porque no puedo demostrar si mientes o no. No hay muchas jóvenes dispuestas a pasar solas todo el día en Launceston, eso te lo aseguro. Ni a volver solas a casa. Si lo que dices es cierto, nuestras perspectivas mejoran. Jamás relacionarán al cochero con la posada. Maldita sea, dentro de un momento querré echar un trago otra vez.

Se echó hacia atrás en la silla levantando las patas delanteras y dio unas

chupadas a la pipa.

—Todavía tendrás tu propio carruaje, Patience —dijo—, y llevarás plumas en el sombrero y capa de terciopelo. Todavía no me han derrotado. Antes tiene que caer toda la banda. Espera y verás; empezaremos de nuevo y viviremos como gallos de pelea. A lo mejor me vuelvo sobrio y voy a la iglesia los domingos. Y tú, Mary, me sujetarás la mano cuando sea viejo y me darás la comida a la boca.

Echó atrás la cabeza y soltó una carcajada; pero se le cortó la risa en seco, se le cerró la boca como una trampa y dejó caer las patas delanteras de la silla con estrépito; se levantó en medio de la cocina con el cuerpo torcido, blanco como la pared.

—Escuchad —musitó—, ¿lo oís...?

Ellas siguieron su mirada, fija en la claridad que entraba por las rendijas de los postigos.

Algo rascaba suavemente la ventana de la cocina... daba golpecitos leves y arañaba furtivamente el cristal.

Parecía una rama de hiedra cuando se suelta del tronco y, al doblarse hacia abajo, cosquillea una ventana o un porche, molesta e inquieta por cada soplo de viento. Pero en las paredes de pizarra de la posada Jamaica no había hiedra y los postigos estaban al aire.

El ruidito no cesaba, persuasivo, impávido, tap... tap... como el pico de un ave, tap... tap... como dedos de una mano.

En la cocina solo se oía la respiración temerosa de tía Patience, que acercaba la mano sigilosamente a la de su sobrina. Mary miraba al patrón, que seguía inmóvil en medio del suelo, proyectando su sombra monstruosamente en el techo, y vio que tenía los labios morados entre el vello oscuro de la barba. De pronto se dobló hacia delante, agachándose, de puntillas como un gato, resbalando con la mano por el suelo hasta alcanzar la pistola que estaba junto a la silla de enfrente, sin apartar la mirada ni un instante de la claridad que entraba entre los postigos.

Mary tragó saliva; tenía la garganta tan seca como el polvo; la situación se le hacía más tensa al no saber si quien estaba al otro lado de la ventana era amigo o enemigo suyo, pero, a pesar de la esperanza, los latidos del corazón le decían que el miedo era contagioso, igual que las gotas de sudor de la cara de su tío. Se llevó

las manos, húmedas y trémulas, a la boca.

Joss esperó un momento al lado de los postigos cerrados y de pronto saltó hacia delante, levantó la tranca y los abrió; la luz gris de la tarde entró inmediatamente en la cocina. Había un hombre allí con la cara lívida pegada al cristal, sonriente, con los dientes rotos.

Era Harry el buhonero... Joss Merlyn soltó un juramento y abrió la ventana.

—Maldito seas, entra, ¿quieres? —gritó—. ¿Quieres que te meta una bala en las tripas, condenado? Me has tenido aquí sordo y mudo cinco minutos, apuntándote a las tripas con la pistola. Abre la puerta, Mary; no te quedes pegada a la pared como un fantasma. Con tu tía en esta casa, no hacen falta más timoratas.

Como todos los hombres cuando se les mete el miedo en el cuerpo, echó la culpa de su pánico a otra persona y empezó a fanfarronear haciéndose el fuerte. Mary fue lentamente hasta la puerta. El buhonero le trajo un vívido recuerdo de la pelea en el sendero y la reacción no se hizo esperar: las náuseas y el asco volvieron con fuerza. Abrió la puerta sin una palabra, escondida detrás, y, cuando él entró en la cocina, giró sobre los talones inmediatamente y se acercó al fuego mortecino; se puso a echar un poco más de turba sobre el rescoldo mecánicamente, dándole la espalda.

—Bueno, ¿traes noticias? —le preguntó el patrón.

A modo de respuesta, el buhonero chascó los labios y señaló hacia atrás con el pulgar.

—Toda la comarca está que arde —dijo—. Hasta el último rincón de Cornualles, desde el Tamar hasta St Ives. He ido a Bodmin esta mañana; en la ciudad no se habla de otra cosa, están sedientos de sangre, y de justicia también. Anoche dormí en Camelford, todo el mundo chismorreaba levantando los puños en el aire. Esta tormenta solo tiene un final, Joss, y sabes cuál es, ¿verdad?

Se cruzó la garganta con un gesto de la mano.

—Tenemos que salir por piernas —dijo—, es la única posibilidad que nos queda. Las calzadas son veneno y Bodmin y Launceston, peor aún. Yo me voy por el páramo y entraré en Devon más allá de Gunnislake; tardaré más, ya lo sé, pero me da igual si salvo el pellejo. ¿Hay algo de pan en la casa, señora? No he probado bocado desde ayer por la mañana.

Hizo la pregunta a la mujer del patrón, pero fue a Mary a quien miró. Patience Merlyn se puso a buscar pan y queso con torpeza en el armario, frunciendo y desfrunciendo los labios nerviosamente, pensando en otra cosa. Mientras ponía la mesa miraba, suplicante, a su marido.

—Ya ves lo que dice —le rogó—. Es una locura quedarse aquí; tenemos que irnos inmediatamente, antes de que sea tarde. Sabes cómo se toma las cosas esta gente; no tendrán compasión contigo, te lincharán sin juicio ni nada. Por amor de Dios, Joss, hazle caso. Sabes que no lo digo por mí, lo digo por ti...

—¡Calla la boca, anda! —tronó su marido—. Nunca te he pedido consejo y ahora tampoco. Puedo afrontar solo lo que me espera sin que te pongas a balbucear a mi lado como una oveja. Conque tú también abandonas, ¿eh, Harry? Te largas con el rabo entre las piernas porque un puñado de escribanos y beatos claman al Cielo por tu sangre. ¿Acaso tienen pruebas contra nosotros? Dímelo. O ¿es que la conciencia te ha revuelto la bilis?

—¡Qué conciencia ni qué ocho cuartos, Joss! Lo que digo es de puro sentido común. Esta parte de la comarca se ha vuelto perniciosa para nosotros y me largo a otra parte, ahora que todavía estoy a tiempo. En cuanto a las pruebas, hemos estado jugando con fuego estos últimos meses y esto es prueba suficiente, ¿no te parece? Te he sido leal, ¿no? He venido hoy aquí arriesgando el pescuezo para avisarte. No me meto contigo, Joss, pero ha sido tu estupidez la que nos ha metido en este lío, ¿no es verdad? Nos pusiste a todos ciegos de alcohol, igual que tú, y nos llevaste a la costa a una aventura insensata que no habíamos planeado. Teníamos una posibilidad entre un millón y la perdimos y... ¡cómo la perdimos, maldita sea! No sabíamos ni lo que hacíamos porque estábamos como cubas, dejamos el material y mil huellas por toda la playa. Y ¿quién tuvo la culpa? ¡Tú, afirmo!

Dio un puñetazo en la mesa acercando con insolencia al patrón su cara amarillenta con una mueca en los labios resecos.

Joss Merlyn lo pensó un momento y cuando habló lo hizo en un tono bajo, peligroso.

—Conque me acusas, ¿eh, Harry? —dijo—. Eres como los demás, te retuerces como una serpiente cuando la suerte se te pone en contra. No te han ido mal las cosas a mi lado, ¿no? Has tenido más oro que en toda tu vida, has vivido como

un príncipe todos estos meses, en vez de en el fondo de una mina, que es de donde saliste. Supongamos que la otra noche hubiéramos tenido la cabeza en su sitio, sobria, antes del amanecer, como tantas otras veces. Ahora estarías adulándome para que te llenara los bolsillos, ¿verdad? Estarías dorándome la píldora con los demás perros sarnosos, suplicándome que te diera tu parte del botín, llamándome Dios Todopoderoso; me lamerías las botas y te arrastrarías por el suelo. Huye si quieres, huye a la orilla del Tamar con el rabo entre las piernas y ¡púdrete por ahí! Me enfrentaré al mundo yo solo.

El buhonero soltó una carcajada forzada y se encogió de hombros.

—Podemos hablar, ¿no crees? Podemos hablar sin echarnos las manos al pescuezo. No voy contra ti, todavía estoy de tu parte. En Nochebuena estábamos todos ciegos de alcohol, lo sé muy bien; dejémoslo así, lo hecho hecho está. La banda se ha dispersado, así que no tenemos que contar con ellos. Solo quedamos tú y yo, Joss. Hemos estado juntos en esto, los dos, y más a fondo que casi todos los demás, eso también lo sé, y, cuanto más nos ayudemos, mejor para los dos. De acuerdo, por eso estoy aquí, para hablarlo contigo y ver dónde estamos.

Volvió a reírse enseñando las blandas encías y empezó a tamborilear con los dedos, cuadrados y negros, encima de la mesa.

El patrón lo miraba con frialdad; volvió a coger la pipa.

—A ver, Harry, ¿dónde quieres ir a parar? —dijo, mientras rellanaba la pipa otra vez.

El buhonero se lamió los dientes y sonrió.

—A ninguna parte, Joss —dijo—, solo quiero ponernos las cosas fáciles a todos. Tenemos que irnos, eso es evidente, a menos que prefiramos que nos cuelguen. Pero la cuestión es esta: a pesar de todo, no me parece divertido largarnos con las manos vacías. Dejamos unas cuantas cosas de la costa en el cuarto el otro día. Eso es cierto, ¿no? Y, en rigor, son de todos los que trabajamos por ellas en Nochebuena. Pero solo quedamos nosotros para repartírnoslas. No digo que haya nada de mucho valor ahí, casi todo es porquería, seguro, pero supongo que algo habrá que nos ayude a llegar a Devon, ¿no te parece?

El patrón le soltó una nube de humo en la cara.

—Es decir, que no has vuelto a la posada Jamaica solo por mi cara bonita, ¿eh? —dijo—. Creía que me apreciabas, Harry, que querías cogerme de la mano.

El buhonero sonrió otra vez y se removió en la silla.

–De acuerdo –dijo–, pero somos amigos, ¿verdad? Hablar claramente no tiene nada de malo. El material está ahí y hacen falta dos hombres para moverlo. Estas mujeres no pueden hacerlo. ¿Por qué no llegamos a un acuerdo tú y yo y zanjamos el asunto?

El patrón dio unas chupadas a la pipa, pensando.

–¡Cuántas ideas tienes! Todas bien ensartadas y expuestas con tanto primor como las delicadas baratijas que llevas en tu cesta, amigo mío. ¿Y si resultara que el material no está? ¿Si resultara que ya me he deshecho de él? Llevo dos días en casa tocándome las narices, ¿sabes?, y pasan muchos coches por mi puerta. ¿Qué me dices ahora, Harry, muchacho?

El buhonero perdió la sonrisa y echó la barbilla hacia delante.

–¿Estás de broma? –dijo con mala cara–. ¿Juegas a dos bandas aquí, en la posada Jamaica? Si lo haces, verás que no te ha compensado. A veces guardabas un silencio sepulcral, Joss Merlyn, cuando nos dedicábamos a los cargamentos y teníamos los carros en el camino. He visto cosas que no he entendido, y he oído otras. Has hecho de esto un negocio muy próspero un mes sí y otro también; demasiado próspero, pensábamos algunos, para el poco provecho que le sacamos los demás, que éramos los que más nos arriesgábamos. Y no te preguntamos cómo lo hacías, ¿verdad? A ver, Joss Merlyn: ¿a ti te da órdenes otro más poderoso que tú?

El patrón se le echó encima en un visto y no visto. Le dio un puñetazo en la barbilla y el hombre se cayó hacia atrás con silla y todo y se golpeó la cabeza contra el suelo estrepitosamente. Se recuperó al momento, se puso de rodillas, pero el patrón ya estaba de pie a su lado, apuntándolo a la garganta con el cañón de la pistola.

–Si te mueves, eres hombre muerto –le dijo en voz baja.

Harry el buhonero lo miró entrecerrando sus malvados ojillos, con la cara rechoncha y amarillenta. La caída le había cortado la respiración y jadeaba. A la primera señal de pelea, tía Patience, horrorizada, se pegó a la pared buscando en vano la mirada comprensiva de su sobrina. Mary no quitaba la vista de encima a su tío; no tenía la menor idea de lo que le pasaba por la cabeza mientras bajaba la pistola y daba un puntapié al buhonero.

–Ahora tú y yo podemos empezar a razonar –dijo.

Volvió a apoyarse en la mesa con la pistola sobre el brazo, mientras el buhonero seguía en el suelo, medio arrodillado medio acucillado.

–Siempre he sido el jefe de este juego y lo sigo siendo –dijo el patrón, hablando despacio–; lo he levantado yo desde el primer momento, hace tres años, cuando nos dedicábamos a los cargamentos de pequeños lugres de doce toneladas que iban a Padstow, y nos dábamos por satisfechos con siete peniques y medio en el bolsillo. Lo he levantado hasta convertirlo en el mayor negocio del país, desde Hartland hasta Hayle. ¿Que si me dan órdenes? ¡Dios! Me gustaría conocer al que se atreviera a intentarlo. Bueno, ahora se ha terminado. Hemos hecho lo que teníamos que hacer y esto se acabó. Aquí termina el juego para todos. Tú no has venido hoy a avisarme de nada, has venido a ver si podías aprovechar algo. La posada estaba cerrada y tu mísero corazoncito se ha alegrado. Rascabas en la ventana porque sabías por experiencia que la falleba está floja y es fácil forzarla. No esperabas encontrarme aquí, ¿eh? Creías que estaría Patience sola, o quizá con Mary, y que no te costaría nada asustarlas, ¿verdad?, y coger mi pistola de su sitio en la pared, siempre tan a mano, como la has visto tantas veces. Y después, que el patrón de la posada Jamaica se vaya al infierno. Harry, rata miserable ¿crees que no te lo vi en los ojos en cuanto abrí los postigos y me encontré con tu cara en la ventana? ¿Crees que no vi el respingo de sorpresa que diste ni la sonrisa amarilla que pusiste de pronto?

El buhonero se pasó la lengua por los labios y tragó saliva. Echó una mirada a Mary, que seguía inmóvil junto al fuego, con los ojos redondos como botones, igual que una rata acorralada. Se preguntaba si ella echaría más leña al fuego contra él. Pero Mary no decía nada: esperaba a su tío.

–Muy bien –dijo–, vamos a hacer un trato tú y yo, como has propuesto antes. Pongamos unas buenas condiciones. Ya ves que he cambiado de opinión, mi querido amigo, y con tu ayuda nos pondremos de camino a Devon. Tenemos aquí material que vale la pena llevarse, tal como me acabas de recordar, y que no puedo cargar yo solo. Mañana es domingo, un día santificado para el descanso. Ni cincuenta naufragios juntos lograrían que esta comarca dejara sus rezos un domingo. Los postigos estarán cerrados, habrá sermones, caras serias, oraciones por los pobres marineros que tan mala fortuna han sufrido a manos del diablo,

pero no van a ir a buscar al diablo en domingo.

»Nos quedan veinticuatro horas, Harry, muchacho, y mañana por la noche, cuando te hayas deslomado cargando turba y nabos de mis tierras en la carreta y me hayas dado un beso de despedida, y a Patience también e incluso a Mary tal vez, bueno, entonces podrás dar las gracias a Joss Merlyn de rodillas por dejarte marchar con vida, en vez de quedarte sentado en tu colita dentro de una zanja, que es donde tendrías que estar, con una bala en ese corazón tan negro que tienes.

Levantó la pistola otra vez y acercó la boca del cañón a la garganta del buhonero, que se puso a gemir con los ojos en blanco. El patrón se rió.

—No eres mal tirador, a tu manera, Harry —le dijo—. ¿No es aquí donde tocaste a Ned Santo la otra noche? Le dejaste la tráquea al aire y la sangre salía silbando a chorro. Ned era un buen chico, pero hablaba más de la cuenta. Es ahí donde le diste, ¿verdad?

La boca del cañón se acercó más a la garganta del buhonero.

—Si ahora me equivocara, Harry, te quedaría la tráquea al aire igual que al pobre Ned. Pero tú no quieres que me equivoque, ¿verdad?

El buhonero no podía hablar. Se puso bizco y abrió la mano completamente, con todos los dedos pegados al suelo, como si se le hubiera clavado.

El patrón movió la pistola, se agachó y levantó al buhonero hasta ponerlo de pie.

—Vamos —le dijo—. ¿Crees que me voy a pasar la noche jugando contigo? Las bromas solo duran cinco minutos, si no son una pesadez. Abre la puerta de la cocina, tuerce a la derecha y empieza a andar por el pasillo hasta que te diga que te pares. No puedes escaparte por la puerta de la cantina; todas las puertas y ventanas de la casa están cerradas y atrancadas. Te queman las ganas de tocar el botín que trajimos de la playa, ¿verdad, Harry? ¿Sabes una cosa, mi querida Patience? Creo que es la primera vez que invitamos a alguien a quedarse en la posada, sin contar a Mary, porque ella es de la familia.

Se echó a reír de buen grado; de repente el humor le había dado un giro completo, como una veleta y, poniendo la pistola al buhonero en la espalda, lo empujó por la puerta y por el oscuro pasillo de losas hasta el almacén. La puerta que el señor Bassat y su criado habían echado abajo sin ningún miramiento

estaba ahora reforzada con tablones y travesaños nuevos y era tan fuerte, si no más, que antes. Joss Merlyn no había estado completamente ocioso la semana anterior.

Encerró allí a su amigo bajo llave; a modo de despedida, le ordenó que no diera de comer a las ratas, que últimamente se habían multiplicado, y volvió a la cocina riéndose a pleno pulmón.

—Sabía que Harry me fallaría —dijo—, hace semanas que se lo veo en los ojos, mucho antes de que se nos viniera encima este desastre. Lucha al lado de los ganadores, pero te muerde la mano en cuanto cambian las tornas. Es envidioso, está amarilloso verdoso de envidia, podrido hasta el tuétano. Me tiene envidia, todos me tienen envidia. Sabían que tengo cabeza y por eso me odian. ¿Por qué me miras tanto, Mary? Más vale que cenes y te vayas a dormir. Mañana por la noche te espera un largo viaje y te aseguro desde ahora que no va a ser nada fácil.

Mary lo miraba desde el otro lado de la mesa. No iba a ir con él, pero eso no la preocupaba de momento; que su tío pensara lo que quisiera. A pesar de lo cansada que estaba, porque le pesaba mucho la tensión de todo lo que había visto y hecho, mil planes le llenaban la cabeza.

Antes del día siguiente por la noche tenía que ir a Altarnun de alguna manera, como fuera. Otros se encargarían de hacer lo necesario. Su responsabilidad terminaría en cuanto llegara allí. Sería doloroso para tía Patience e incluso quizá para ella, al principio; no sabía nada de los entresijos y recovecos de la ley, pero al menos la justicia saldría vencedora. No sería difícil demostrar que era inocente, y también su tía. Imaginarse a Joss, que en este momento estaba sentado enfrente de ella con la boca llena de pan duro y queso rancio, de pie, con las manos atadas a la espalda, indefenso por primera vez y para siempre, era una cosa que le producía un placer exquisito, y no paraba de darle vueltas a la imagen en la cabeza, mejorándola. A la larga, tía Patience se repondría, los años malos quedarían atrás y por fin encontraría paz y tranquilidad. Se preguntaba cómo lo detendrían cuando llegara el momento. Quizá se pusieran en marcha, tal como pensaban y, cuando salieran a la calzada, él riéndose con aplomo, los rodearía una numerosa banda de hombres fuertes y armados y, cuando lo redujeran y lo tumbaran en el suelo por la fuerza, desarmado e impotente, ella se agacharía y le sonreiría. «Creía que tenía cabeza, tío», le diría, y él lo entendería.

Dejó de mirarlo y se volvió al aparador para coger su vela.

–Esta noche no ceno –dijo.

Tía Patience murmuró algo, disgustada, y levantó la mirada de la rebanada de pan que tenía en el plato, pero Joss Merlyn la hizo callar de un puntapié.

–Anda, déjala que se enfurruñe cuanto quiera –le dijo–. ¿Qué más te da que cene o no? Es bueno que las mujeres y los animales pasen hambre, así se les mete en cintura. Mañana por la mañana estará como un corderito. Espera, Mary; dormirás mejor si te encierro con llave. No quiero merodeadores por el pasillo.

Echó una ojeada a la pistola, que estaba colgada en la pared, y otra, como al descuido, a los postigos de la ventana, que seguían abiertos de par en par.

–Cierra los postigos, Patience –dijo pensativamente– y echa la tranca. Cuando termines de cenar, te vas a la cama también. Esta noche no me moveré de la cocina.

Su mujer lo miró con miedo, alarmada por el tono de voz, y le habría contestado, pero él se lo impidió.

–¿Es que todavía no has aprendido que no tienes que hacerme preguntas? –le dijo a voces. La mujer se levantó inmediatamente y fue a la ventana. Mary esperaba en la puerta con la vela encendida–. A ver –dijo–. ¿Qué haces ahí plantada? Te he dicho que te vayas.

Mary salió al oscuro pasillo, la vela proyectaba su sombra detrás de ella, a medida que andaba. No se oía nada en el cuarto del fondo del pasillo y pensó en el buhonero, tumbado allí a oscuras, vigilando y esperando que llegara el día. Era horroroso pensar en él, era igual que una rata, estaba prisionero entre iguales, y de pronto se lo imaginó con patas de rata, arañando y royendo las jambas de la puerta, rascando en silencio para abrirse camino hacia la libertad y el silencio de la noche.

Se estremeció, sorprendentemente agradecida de que su tío hubiera decidido encerrarla a ella también. La casa estaba traicionera esa noche, los pasos sonaban a hueco sobre las baldosas y se oían ecos espontáneos en las paredes. Incluso la cocina, que era la única habitación de la casa que ofrecía algo de calidez y normalidad, se quedó abierta, amarilla y siniestra a la luz de las velas, cuando ella se fue. Entonces ¿su tío iba a pasar la noche ahí, con las velas consumidas y la pistola apoyada en la pierna, esperando algo... o a alguien? Mientras subía las

escaleras él cruzó el vestíbulo y la siguió por el rellano hasta la habitación de encima del porche.

–Dame la llave –dijo.

Se la dio sin decir una palabra y Joss se quedó un momento mirándola, después se agachó un poco y le puso un dedo en la boca.

–Siento debilidad por ti, Mary –dijo–; todavía tienes valor y agallas, a pesar de la paliza que te he dado. Te lo he visto en los ojos esta noche. Si hubiera sido más joven, te habría cortejado, Mary... sí, y te habría conquistado, y te habría llevado conmigo a la gloria. Lo sabes, ¿verdad?

Mary no dijo nada. Lo miraba sin pestañear, pero la mano que sujetaba la vela le temblaba, aunque ella no se daba cuenta.

Joss bajó la voz y habló en susurros:

–Me esperan peligros –dijo–. No lo digo por la justicia; si es necesario, sabré abrirme camino hacia la libertad. Por mí, como si todo Cornualles echa a correr detrás de nosotros. Lo que tengo que vigilar es otra cosa... pasos, Mary, que vienen y van en la noche, y una mano que pueda acabar conmigo.

A la media luz se le veía la cara delgada y vieja; una chispa de conocimiento le brilló en los ojos, saltó como una llama para decirle algo y después se apagó.

–Pondremos el Tamar entre nosotros y la posada Jamaica –dijo.

Joss sonrió; la curva de la boca le resultó dolorosamente familiar a Mary, conocida, como un eco del pasado. El hombre cerró la puerta y echó la llave.

Lo oyó bajar las escaleras y llegar al pasillo; después volvió la esquina de la cocina y se hizo el silencio.

Mary se acercó a la cama y se sentó con las manos en el regazo; por algún motivo que jamás se explicaría y que después alejaría de sí y olvidaría para siempre, como los antiguos pecadillos de la infancia y los sueños jamás reconocidos a la vigorosa luz del día, se llevó los dedos a los labios, como había hecho él, los arrastró hasta la mejilla y otra vez a los labios.

Y empezó a llorar en silencio, en secreto, unas lágrimas amargas que iban cayéndole en la mano.

Capítulo XIII



Se quedó dormida donde estaba, sin desvestirse.

El primer pensamiento consciente que tuvo fue que había vuelto la tormenta; el agua caía a raudales por la ventana. Abrió los ojos y vio que la noche estaba serena, no soplaba el viento ni golpeaba la lluvia. Completamente despierta, se quedó esperando a ver si se repetía el ruido que la había alertado. Y enseguida lo oyó: una lluvia de tierra contra el cristal, desde el patio. Bajó las piernas al suelo y aguzó el oído sopesando mentalmente las posibilidades de que fuera algo peligroso.

Si se trataba de una seña, el método no era nada refinado y sería mejor pasarla por alto. Alguien que no conociera bien la distribución de la posada podía haber confundido su ventana con la del patrón. Su tío estaba esperando abajo, con la pistola en la pierna, dispuesto para recibir una visita; tal vez ya hubiera llegado esa visita y había salido al patio... Al final la curiosidad pudo con ella, se acercó sigilosamente a la ventana y se quedó en la sombra del saliente de la pared. Todavía era de noche y había sombras por todas partes, pero a lo lejos, en la parte más baja del cielo, una fina línea de nubes anunciaba el amanecer.

No se había equivocado; la tierra desparramada en el suelo era real, y también la silueta que se recortaba justo debajo del porche: era un hombre. Se escondió al lado de la ventana a esperar el siguiente movimiento. El hombre se agachó otra vez, toqueteó el reseco lecho de flores que había al pie de la ventana de la salita, levantó la mano y arrojó un puñado de tierra a la de Mary, que se esparció por el cristal deshecho en barro blanco y piedrecillas.

Esta vez le vio la cara, pero se llevó tal sorpresa que se olvidó de la precaución con la que había procedido hasta el momento y gritó.

El que estaba en el patio era Jem Merlyn. Sin perder un momento, abrió la ventana, y lo habría llamado por su nombre, pero él le pidió silencio por señas. Se acercó más a la pared por un lado del porche, para que el tejadillo no lo ocultara y, haciendo bocina con las manos, le dijo en susurros:

–Baja a abrirme la puerta.

Ella le dijo que no con un movimiento de cabeza.

–No puedo, estoy encerrada en mi habitación.

Él la miró atónito, sin comprender, y volvió a mirar la casa como buscando otra solución. Pasó las manos por la pizarra en busca de clavos viejos que en otro tiempo pudieran haber servido para sujetar una enredadera, y que ahora le fueran de utilidad como asidero. Llegaba bien al tejado bajo del porche, pero no había dónde apoyarse y de nada serviría quedarse con las piernas en el aire.

–Échame una manta –dijo en voz baja.

Ella entendió enseguida el plan, ató un extremo de la manta a la pata de la cama y echó el otro por la ventana, donde quedó colgando por encima de la cabeza de Jem. Ahora tenía dónde agarrarse, así que tomó impulso para subirse al tejadillo del porche y encajó el cuerpo entre el tejadillo y la pared de la casa, agarrándose con los pies a la pizarra, y así quedó al nivel de la ventana de Mary.

Colocó una pierna a cada lado del porche y la cara cerca de la de Mary, con la manta colgando a su lado. Mary intentó abrir la ventana, pero fue en vano. Solo se abría unos centímetros, así que Jem no podía entrar en la habitación sin romper el cristal.

–Tengo que hablar contigo desde aquí fuera –dijo–. Acércate más, que pueda verte.

Mary se arrodilló en el suelo con la cara a la altura del trocito abierto, y se miraron un momento sin decir nada. Jem parecía muy cansado, tenía los ojos hundidos como si no hubiera dormido y arrastrara una gran fatiga. Tenía unas arrugas en las comisuras de los labios que ella no había visto hasta entonces, y no sonreía.

–Te debo una disculpa –dijo después–. En Nochebuena te abandoné en Launceston sin excusa. Perdóname o no me perdones, pero ahora no puedo explicarte los motivos. Lo siento.

Esta actitud tan áspera no iba con él; parecía que había cambiado mucho, y a Mary no le gustó el cambio.

–Estaba preocupada por ti –dijo–. Te seguí la pista hasta el White Hart y allí me dijeron que te habías subido a un carruaje con un caballero; pero nada más, ni un recado para mí, ni una sola explicación. Había unos hombres en el salón,

junto al fuego, entre ellos, el tratante que habló contigo en la plaza del mercado. Eran horribles y entrometidos y no me fié de ellos. No sabía si se habría descubierto que el poni era robado. Estaba muy triste y preocupada. No te culpo de nada. Tus asuntos tuyos son.

La hería su actitud. Esperaba cualquiera cosa menos esto. Al principio, cuando lo vio en el patio, al pie de su ventana, pensó en él solo como el hombre al que quería, que había venido a verla por la noche, a buscar su compañía. Pero la frialdad de Jem apagó la llama y Mary se encerró en sí misma inmediatamente, confiando en que la desilusión no se le hubiera notado mucho.

Ni siquiera le preguntó cómo había vuelto a casa aquella noche, y tanta indiferencia la asombraba.

—¿Por qué estás encerrada en tu habitación? —le preguntó.

Ella se encogió de hombros y, cuando respondió, lo hizo en un tono plano y seco.

—A mi tío no le gusta que le espíen. Teme que salga al pasillo y descubra sus secretos. Parece que a ti también te molestan muchos los entrometidos. Supongo que te ofenderías si te preguntara qué haces aquí esta noche.

—Bueno, enfádate cuanto quieras, me lo merezco —le dijo de pronto—. Sé lo que opinas de mí. Un día podré explicártelo, si cuando llegue ese día no te has ido lejos. Sé un hombre un momento, manda el orgullo herido y la curiosidad al infierno. Piso terreno muy delicado, Mary, y un paso en falso sería mi ruina. ¿Dónde está mi hermano?

—Nos dijo que iba a pasar la noche en la cocina. Teme algo o a alguien; las puertas y las ventanas están atrancadas y tiene la pistola en la mano.

Jem se rió roncamente.

—No me extraña que tenga miedo. Y más que tendrá a medida que pasen las horas, te lo aseguro. He venido a verlo pero, si está ahí con la pistola en la mano, pospongo la visita hasta mañana, cuando se vayan las sombras.

—Mañana será tarde.

—¿Por qué lo dices?

—Tiene intención de abandonar la posada por la noche.

—¿Eso es verdad?

—¿Para qué te iba a engañar ahora?

Jem se quedó en silencio. Era evidente que no se esperaba semejante noticia y estaba dándole vueltas en la cabeza. Mary lo vio debatirse entre la duda y la indecisión y las antiguas sospechas volvieron con viveza. Él era la visita que esperaba su tío y, por lo tanto, lo odiaba y lo temía. Él era el hombre que movía los hilos de la vida de su tío. Recordó la mala cara del buhonero cuando dijo las palabras que tanta ira provocaron al patrón: «A ver, Joss Merlyn: ¿a ti te da órdenes otro más poderoso que tú?». Él era quien sacaba provecho de la fuerza del patrón, el que se escondía en la habitación vacía.

Se acordó una vez más de cuando la llevaba a Launceston tan risueña y despreocupadamente, de cuando le cogió las manos en la plaza del mercado, de cuando la besó y la abrazó. Ahora estaba muy serio y silencioso, con la cara en la oscuridad. La idea de la doble personalidad la inquietaba y también la asustaba. Esa noche era un extraño para ella, un extraño con un propósito sombrío que no alcanzaba a comprender. Había dado un paso en falso al avisarle de que el patrón pensaba huir, y eso podía ponerle las cosas más difíciles a ella. Fuera lo que fuese lo que Jem había hecho o se propusiera hacer y aunque fuera un falso, un traidor y un asesino de hombres, ella lo amaba con toda su débil carne y tenía que avisarlo.

—Ten mucho cuidado cuando vayas a ver a tu hermano —le dijo—. Está de un humor peligroso; si alguien se interpone ahora en sus planes, puede morir. Te lo digo por tu propia seguridad.

—Joss no me da miedo ni me lo ha dado nunca.

—Es posible, pero ¿y si es él quien te teme a ti?

Jem no respondió, pero de pronto se inclinó hacia delante, la miró y tocó la herida que le cruzaba la cara desde la frente hasta la barbilla.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó incisivamente, mirándole ahora la mejilla despellejada.

Tras un momento de vacilación, Mary respondió:

—Me lo hice en Nochebuena.

A Jem le brillaron los ojos y ella supo que lo había entendido, que sabía lo que había pasado aquella noche y que por eso estaba ahora en la posada Jamaica.

—¿Fuiste a la playa con ellos? —preguntó en un susurro.

Mary asintió y se quedó mirándolo sin atreverse a decir nada; él, en respuesta,

lanzó una maldición en voz alta; entonces se acercó más y rompió el cristal de un puñetazo, indiferente al ruido de los cristales y a la sangre que le brotó inmediatamente de la mano. Ahora el hueco de la ventana era lo suficientemente grande para dejarle pasar y, antes de que ella se diera cuenta, estaba en la habitación, a su lado. La cogió en brazos, la llevó a la cama y la depositó con cuidado; se puso a buscar una vela y, cuando la encontró, la encendió; volvió a la cama, se arrodilló junto a ella y le iluminó el rostro con la vela. Repasó las heridas con un dedo, hasta el cuello, y, cuando Mary se estremeció de dolor, él contuvo el aliento rápidamente y volvió a maldecir.

–Podía haberte evitado todo esto –dijo.

Apagó la vela, se sentó a su lado en la cama y le cogió la mano; se la apretó, la retuvo un momento y la soltó de nuevo.

–¡Dios bendito! ¿Por qué fuiste con ellos? –le preguntó.

–Estaban completamente borrachos. Creo que no sabían lo que hacían. Tenía tantas posibilidades de enfrentarme a ellos como un niño. Eran doce o más, todos a las órdenes de mi tío. El buhonero y él. ¿Por qué me preguntas, si ya lo sabes todo? No me obligues a recordar, no quiero acordarme de nada.

–¿Qué te hicieron?

–Me golpearon, me arañaron... bueno, ya lo ves. Intenté escaparme y me hice una herida en un costado. Me atraparon otra vez, desde luego. Me ataron los pies y las manos en la playa y me pusieron una mordaza para que no pudiera gritar. Vi el barco acercarse entre la niebla y no pude hacer nada... sola, con el viento y la lluvia. Y tuve que ver cómo morían.

Se interrumpió, la voz le temblaba y se dio media vuelta tapándose la cara con las manos. Él no se acercó, se quedó en silencio a su lado y ella sintió que se alejaba envuelto en secretos.

Estaba más sola que antes.

–¿Fue mi hermano el que más daño te hizo? –le dijo al fin.

Ella suspiró profundamente. Ya era muy tarde y no se podía hacer nada.

–Como te he dicho, estaba borracho. Quizá sepas mejor que yo lo que es capaz de hacer cuando se emborracha.

–Sí, lo sé. –Hizo una pausa y volvió a cogerle la mano–. Morirá por esto –dijo.

–Su muerte no devolverá la vida a los que él mató.

–Ahora no estoy pensando en ellos.

–Si estás pensando en mí, no malgastes tu compasión. Sabré vengarme a mi manera. Al menos he aprendido una cosa: a confiar solo en mí misma.

–Las mujeres son frágiles, Mary, a pesar de toda su valentía. Es mejor que te quedes al margen, de momento. Ahora es cosa mía.

No le respondió. Tenía sus propios planes y él no entraba en ellos.

–¿Qué piensas hacer? –le preguntó.

–Todavía no lo he decidido –mintió.

–Si se va mañana por la noche, tienes poco que decidir –replicó él.

–Cree que voy a ir con él, y tía Patience también.

–Y ¿tú?

–Depende de lo que pase mañana.

Fueran cuales fueran sus sentimientos por él, no iba a confiarle sus planes. Seguía siendo un desconocido en gran medida y, por encima de todo, enemigo de la justicia. En ese momento se le ocurrió que, si traicionaba a su tío, también lo traicionaba a él.

–Si te pidiera que hicieras una cosa, ¿cómo reaccionarías? –le preguntó.

Jem sonrió por primera vez, burlón e indulgente, como en Launceston, e inmediatamente volvió a creer en él, animada por el cambio.

–¿Cómo quieres que lo sepa? –dijo.

–Quiero que te vayas de aquí.

–Me voy ahora mismo.

–No, quiero decir, del páramo, lejos de la posada. Quiero que me digas que no volverás jamás. Puedo enfrentarme a tu hermano; ahora no representa ningún peligro para mí. No quiero que vengas aquí mañana. Por favor, prométeme que te irás muy lejos.

–¿Qué te propones?

–Una cosa que no tiene que ver contigo, pero que podría ponerte en peligro. No puedo decir nada más. Te agradecería que confiaras en mí.

–¿Qué confíe en ti? ¡Por Dios! ¡Claro que confío en ti! Eres tú la que desconfía de mí, tontita mía.

Se rió en silencio, se inclinó, la rodeó con los brazos y la besó como lo había hecho en Launceston, pero ahora con más ahínco, con furia y desesperación.

–En tal caso, tú juega tus cartas que yo jugaré las mías –le dijo–. Si quieres hacer de chico, no puedo impedírtelo, pero por el bien de tu cara, que acabo de besar y que besaré otra vez, guárdate del peligro. No quieres morir ahora, ¿verdad? Tengo que irme; se hará de día en menos de una hora. Y si fracasamos los dos, ¿qué? ¿Te molestaría no volver a verme nunca más? No, claro, te daría igual.

–Yo no he dicho eso. No entiendes nada.

–Las mujeres no piensan igual que los hombres, van por caminos diferentes. Por eso no me gustan, crean problemas y confusión. Fue un placer llevarte a Launceston, Mary, pero cuando se trata de la vida y la muerte, como lo que tengo que hacer ahora, bien sabe Dios que desearía que estuvieras a cien kilómetros de aquí, o bordando tranquilamente en una salita acogedora en alguna parte, donde más te guste.

–Nunca he sido así ni lo seré.

–¿Por qué? Algún día te casarás con un campesino o un comerciante y vivirás como una mujer respetable entre tus vecinos. No les cuentes que una vez viviste en la posada Jamaica y que te cortejó un ladrón de caballos, porque te darán con la puerta en las narices. Adiós, que te vaya bien.

Se levantó de la cama y fue a la ventana, atravesó el agujero que había abierto y pasó las piernas al otro lado, al tejado del porche, y, agarrado a la manta con una mano, llegó al suelo.

Ella lo miraba por la ventana, diciéndole adiós con la mano instintivamente, pero él cruzó el patio como una sombra, sin volver la vista atrás. Lentamente, Mary recogió la manta y la puso de nuevo en la cama. La mañana no tardaría en llegar; no volvería a dormirse.

Se quedó sentada, esperando a que le abrieran la puerta y haciendo planes para la tarde. Tenía que procurar no levantar sospechas en todo el largo día; tenía que actuar pasivamente, con algo de mal humor, tal vez, como si hubiera conseguido acallar por fin sus sentimientos y estuviera dispuesta a emprender el viaje con el patrón y su tía Patience.

Después, más tarde, pondría cualquier excusa –fatiga, tal vez, ganas de descansar en su habitación antes del largo viaje de la noche– y entonces llegaría el momento más peligroso. Tendría que salir de la posada en secreto, sin que la

vieran, e ir a Altarnun corriendo como una liebre. Francis Davey la entendería esta vez; tendrían el tiempo en contra y él reaccionaría enseguida. Volverían juntos a la posada, si le parecía bien, confiando en que no hubieran notado su ausencia. Ahí estaba el peligro. Si el patrón iba a su dormitorio y descubría que no estaba, su vida valdría menos que nada. Debía estar preparada para esa posibilidad. No habría excusa que la salvara. Pero si creía que seguía durmiendo, el juego seguiría adelante. Harían los preparativos del viaje; quizá incluso llegaran a subir al carro y saldrían a la calzada; a partir de ese momento la responsabilidad ya no sería suya. Su destino estaría en manos del vicario de Altarnun. Hasta ahí llegaban sus pensamientos, aunque tampoco quería mirar más allá.

Esperó a que llegara la mañana y, cuando llegó, las horas se le hacían interminables; los minutos eran horas y las horas, partículas de la eternidad. Se palpaba la tensión entre los tres. En silencio, demacrados, esperaban que cayera la noche. Poco podían adelantar a plena luz del día; siempre era posible que apareciera algún intruso. Tía Patience iba de la cocina a su habitación haciendo preparativos ineficaces e inútiles, sus pasos se oían constantemente en el pasillo y las escaleras. Hacía hatos con la pobre ropa que le quedaba y después los deshacía, cada vez que el recuerdo de una prenda olvidada le venía a la distraída cabeza. Trajinaba en la cocina sin propósito, abría armarios, miraba en los cajones y acariciaba las cazuelas y sartenes con dedos inquietos, incapaz de decidir cuáles llevarse y cuáles dejar. Mary la ayudaba lo mejor que podía, pero era un trabajo tan irreal que le resultaba mucho más difícil; su tía no sabía que todo el esfuerzo era en vano, pero ella sí.

A veces, cuando se permitía pensar en el futuro, la aprensión la vencía. ¿Cómo reaccionaría tía Patience? ¿Qué haría cuando vinieran a quitarle a su marido? Era una niña y como tal tendría que cuidarla. Y volvió a salir de la cocina y a subir las escaleras hasta su habitación, y Mary la oyó arrastrar el baúl por el suelo, ir de un lado a otro sin parar: envolvía una vela en un pañuelo, la ponía junto con una tetera agrietada y una cofia descolorida de muselina, lo desenvolvía todo otra vez y lo cambiaba por tesoros más antiguos.

Joss Merlyn la observaba de mal humor; a veces, irritado, la maldecía si se le caía algo al suelo o tropezaba. Le había cambiado el humor una vez más durante

la noche. La guardia en la cocina no le había sentado bien y, como las horas pasaban sin que sucediera nada y la visita que esperaba no llegaba, estaba, si cabe, más inquieto que antes. Iba de un lado a otro por la casa, crispado y abstraído, murmurando para sí en algunos momentos, mirando por los resquicios de las ventanas como si esperase ver a alguien que fuera a caer sobre él de improviso. Su inquietud afectaba a su mujer y a Mary. Tía Patience lo miraba con ansiedad, y también miraba las ventanas y se quedaba escuchando, frunciendo los labios, retorciéndose el delantal.

El buhonero no hacía ningún ruido en el cuarto cerrado, pero el patrón tampoco fue a verlo ni lo nombró; este silencio resultaba siniestro por sí mismo, extraño y antinatural. Si el buhonero se hubiera puesto a gritar barbaridades o a aporrear la puerta, habría sido todo normal; pero estaba ahí, a oscuras, sin moverse ni hacer ningún ruido, y, a pesar de lo mucho que lo aborrecía, se estremeció al pensar que tal vez hubiera muerto.

A la hora de almorzar se sentaron a la mesa en la cocina y comieron en silencio, casi furtivamente, y el patrón, que por lo general tenía un apetito feroz, tamborileaba en la mesa con los dedos sin tocar el plato de fiambre. Mary levantó la vista un momento, vio que, debajo de las pobladas cejas, sus ojos la miraban con insistencia, y le entró un temor incontrolable: ¿sospecharía algo de sus planes? Ella confiaba en el buen humor que tenía la noche anterior y estaba preparada para seguirle la corriente y, en caso de necesidad, responder a sus baladronadas con otras mayores sin llevarle nunca la contraria. Sin embargo, estaba allí enfurruñado, desanimado, un estado de ánimo que ya le conocía y, por lo tanto, sabía que presagiaba peligro. Al cabo de un rato reunió valor para preguntarle cuándo pensaba que iniciarían el viaje.

—Cuando esté preparado —respondió él escuetamente, y no dijo nada más.

Con todo, ella se obligó a continuar; después de ayudar a su tía a recoger la mesa y, siguiendo su propio consejo de fingir una y otra vez, convencerla de que era necesario preparar una cesta de provisiones para el viaje, le dijo a su tío:

—Si tenemos que pasar la noche en la calzada, ¿no sería mejor que tía Patience y yo descansáramos ahora, por la tarde, para empezar el viaje frescas y descansadas? No vamos a poder dormir en todo el camino. Tía Patience lleva en pie desde el amanecer, y yo también, por cierto. Por lo que veo, no nos sirve de mucho

quedarnos aquí esperando a que caiga la noche.

Lo dijo con toda la naturalidad de que fue capaz, pero con el corazón en un puño, señal inequívoca de que no confiaba en la respuesta; y además no podía mirarlo a los ojos. Él se quedó pensándolo y Mary, para dominar la ansiedad, dio media vuelta y se puso a revolver en el armario.

—Id a descansar, si queréis —se pronunció Joss al fin—. Después tendréis más que hacer. Tienes razón, no vamos a poder dormir en todo el camino. Id arriba; me quedaré muy a gusto sin vosotras por aquí.

Ya había dado el primer paso, pero se entretuvo un poco más revolviendo en el armario, pues temía levantar sospechas si se daba mucha prisa en salir de la cocina. Su tía, que siempre reaccionaba como un autómata a cualquier indicación, la siguió sumisamente a las habitaciones y se dirigió a su dormitorio, obediente como una niña buena.

Mary entró en su cuartito de encima del porche y cerró la puerta con llave. La perspectiva de la aventura le aceleró el corazón y no sabía a ciencia cierta si la emoción podía más que el miedo. Había unos seis kilómetros por la calzada hasta Altarnun, podía recorrerlos en una hora. Si salía de la posada a las cuatro, cuando el día empezara a declinar, estaría de vuelta antes de las seis, y el patrón no iría a despertarla antes de las siete. Disponía de tres horas para hacer su parte, y ya había pensado en la forma de escaparse. Saldría al porche por la ventana y saltaría al suelo como Jem esa misma mañana. No había mucha altura y, como máximo, se llevaría un rasguño y un susto. En cualquier caso, era mejor hacerlo así que arriesgarse a tropezar con su tío en el pasillo de abajo. La maciza puerta de la entrada siempre hacía ruido al abrirse y salir por la cantina significaba pasar por delante de la puerta abierta de la cocina.

Se puso el vestido que más le abrigaba y, con manos temblorosas, se echó su vieja toquilla por encima de los hombros y se la ató. Lo que más nerviosa la ponía era la espera forzosa. En cuanto estuviera en la calzada, el objetivo de la caminata le daría valor y el movimiento de las piernas sería estimulante.

Se sentó al lado de la ventana a mirar el patio vacío y la calzada por la que nunca pasaba nadie, esperando a que el reloj de abajo diera las cuatro. Cuando por fin sonaron las campanadas en medio del silencio, fue como una alarma que le irritara los nervios; abrió la puerta, aguzó el oído un momento y oyó pasos en

el eco de las campanadas y murmullos en el aire.

Producto de su imaginación, naturalmente; nada se movía. El reloj siguió andando hacia la hora siguiente. Ahora cada segundo contaba, no podía perder más tiempo, tenía que irse. Cerró la puerta con llave otra vez y fue a la ventana. Pasó por el cristal roto como había hecho Jem, con las manos en el alféizar, y enseguida se encontró con un pie a cada lado del tejadillo del porche, mirando hacia abajo.

Vista desde ahí, la distancia le pareció mayor, y no tenía manta para ayudarse a saltar, como él. El tejadillo era resbaladizo y no había donde asegurar las manos ni los pies. Dio media vuelta y se agarró con desesperación al alféizar de la ventana, que de pronto le parecía lo mejor y lo conocía bien; después cerró los ojos y saltó al aire. Casi inmediatamente los pies llegaron al suelo: el salto no era nada, como había previsto, pero se rozó las manos y los brazos con la pizarra y se acordó vívidamente de la última vez que se había caído, en el carruaje, en el barranco de la playa.

Echó un vistazo a la posada, siniestra y gris a la luz de la tarde, con las ventanas cerradas; pensó en los horrores que había visto la casa, en los secretos que ahora impregnaban las paredes junto con recuerdos más antiguos, festivos y luminosos, de chimeneas encendidas y risas, antes de que su tío la envolviera en su sombra; le dio la espalda como quien se la da instintivamente a una casa de los muertos y salió a la calzada.

Hacía una buena tarde –al menos tenía el tiempo a favor– y echó a andar hacia su destino con la mirada fija en la calzada blanca que se alargaba ante ella. Oscureció en el camino, el páramo se cubrió de sombras a ambos lados. Lejos, a la izquierda, las altas peñas, rodeadas de niebla al principio, se fundieron con la oscuridad. Todo estaba en silencio. No hacía viento. Después saldría la luna. Se preguntó si su tío habría contado con esta fuerza de la naturaleza, que brillaría sobre sus planes. A ella le daba igual. Esta noche el páramo no le resultaba tan imponente, no tenía que ver con ella. Hoy solo contaba la calzada. El páramo perdía importancia si no se le prestaba atención ni se tenía que pisar; asomaba más allá, lejos de su destino.

Llegó por fin a Five Lanes, al cruce de caminos, y cogió el de la izquierda, que descendía en pronunciada pendiente hasta Altarnun. La exaltación iba en

aumento a medida que dejaba atrás las luces de las cabañas y la envolvía el olor amable del humo de las chimeneas. Aquí se oían ruidos de vecindad que hacía tiempo que había perdido: el ladrido de un perro, el murmullo de los árboles, el golpe de un cubo al sacar agua de un pozo... Había puertas abiertas y se oían voces en las casas. Las gallinas alborotaban detrás de un seto, una mujer llamaba con voz aguda a un niño, que respondía con un grito. Un carro pasó lentamente a su lado, hacia las sombras, y el carretero le dio las buenas tardes. Se percibía aquí un movimiento apacible, plácido y pacífico; se percibían los antiguos olores de pueblo que conocía y sabía interpretar. Los dejó atrás y se dirigió a la vicaría, que estaba al lado de la iglesia. No había ninguna luz. Todo era silencio. Estaba rodeada de árboles y, por segunda vez, tuvo la sensación de que la casa vivía encerrada en su pasado y que ahora, dormida, no sabía nada del presente. Llamó a la puerta y oyó el eco que se repitió por las habitaciones vacías. Miró por las ventanas, pero no vio nada más que una oscuridad suave y negativa.

Entonces, maldiciéndose por estúpida, se dirigió de nuevo a la iglesia. Francis Davey estaría allí, naturalmente. Era domingo. Dudó un momento, insegura de lo que hacía; entonces se abrió la cancela y salió una mujer que llevaba flores.

Miró a Mary de arriba abajo sabiendo que era una desconocida y habría pasado de largo después de darle las buenas noches si Mary no la hubiera seguido.

–Disculpe, señora –dijo–. Veo que ha salido de la iglesia. ¿Sabría decirme si el señor Davey está dentro?

–No, no está –respondió la mujer, y al cabo de un momento añadió–: ¿quería verlo?

–Sí, es muy urgente –dijo Mary–. He ido a su casa, pero no contesta nadie. ¿Puede usted ayudarme?

La mujer la miró con curiosidad y después hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Lo siento –dijo–. El vicario no está en casa. Hoy ha ido a predicar a otra parroquia que está muy lejos de aquí. No creo que vuelva a Altarnun esta noche.

Capítulo XIV



Mary se quedó mirando a la mujer con incredulidad.

—¿Se ha ido? —repitió—. Pero... es imposible. ¿No se habrá equivocado usted?

Estaba tan segura que instintivamente rechazaba este revés fatal a sus planes. La mujer se ofendió; no entendía por qué una desconocida tenía que dudar de su palabra.

—El vicario salió de Altarnun ayer por la tarde —dijo—. Se fue a caballo después de comer. Lo sé con toda seguridad, porque yo le cuido la casa.

Seguramente vio consternación y disgusto en la expresión de Mary, porque enseguida cedió y siguió hablando con amabilidad.

—Si quiere dejarle un recado, démelo y yo se lo daré en cuanto vuelva... — empezó a decir, pero Mary hizo gestos negativos con la cabeza, desanimada, desvalida en un momento.

—Sería tarde ya —dijo con desesperación—. Se trata de un asunto de vida o muerte. Si el señor Davey no está, no sé a quién acudir.

La curiosidad volvió a picar a la mujer.

—¿Se trata de un enfermo? —preguntó—. Puedo indicarle dónde vive el médico, si le sirve de ayuda. ¿De dónde ha venido usted?

Mary no respondió. Estaba pensando a toda prisa en cómo resolver la situación. Haber venido a Altarnun y volver a la posada sin ayuda era imposible. Tampoco podía confiar en la gente del pueblo, que además no la creería. Necesitaba acudir a alguna autoridad... a alguien que supiera algo de Joss Merlyn y de la posada Jamaica.

—¿Hay algún alguacil por aquí cerca? —preguntó al fin.

La mujer frunció el ceño pensando en la pregunta.

—Aquí, en Altarnun, no hay ninguno —dijo, vacilante—. El que vive más cerca es el señor Bassat, en North Hill, pero eso está a unos seis kilómetros, más o menos, no lo sé con seguridad, porque nunca he estado allí. Pero usted no debe ir sola, andando y de noche.

–Es necesario –dijo Mary–, no puedo hacer otra cosa. Y tampoco puedo perder tiempo. Disculpe que sea tan misteriosa, pero el asunto es grave y solo el vicario o un alguacil podrían ayudarme. Dígame, por favor, ¿es difícil el camino a North Hill?

–No, es bastante fácil. Tiene que seguir el camino de Launceston unos tres kilómetros y después torcer a la derecha en la garita del portazgo; pero no es buena idea que una joven vaya sola por ahí de noche, yo no lo hago nunca. A veces hay mala gente en el páramo, gente que no es de fiar. Últimamente no nos atrevemos a alejarnos mucho de casa, con tantos asaltos en el camino, y hasta violencia.

–Gracias por su comprensión, se lo agradezco mucho –dijo Mary–, pero siempre he vivido en sitios solitarios y no tengo miedo.

–Como guste –respondió la mujer–, pero más vale que se quede aquí a esperar al vicario, si es que puede.

–Imposible –dijo Mary–, pero, cuando vuelva, ¿puede decirle que...? ¡Ah, un momento! Si tiene tinta y papel, se lo explico por escrito, eso sería mucho mejor.

–Venga a mi casa, está aquí mismo, y escriba lo que quiera. Cuando se vaya usted, yo misma lo llevaré a la vicaría inmediatamente, se lo dejaré encima de la mesa y así lo verá tan pronto como vuelva.

Mary se fue con la mujer a la cabaña y esperó con impaciencia, mientras ella buscaba una pluma en la cocina. El tiempo volaba, y tener que ir ahora hasta North Hill trastocaba todos sus cálculos.

Si iba a ver al señor Bassat sería imposible que no hubieran descubierto su ausencia cuando regresara a la posada. Su tío se daría cuenta y huiría antes de la hora prevista. En ese caso, su misión habría fracasado... La mujer volvió con papel y pluma y Mary se puso a escribir con desesperación, sin pararse un momento a elegir las palabras:

He venido a pedirle ayuda, pero usted no estaba. A estas horas ya sabrá, como toda la comarca, el horror del naufragio de Nochebuena. Lo hizo mi tío con su banda de la posada Jamaica, aunque esto ya lo habrá averiguado usted. Sabe que tarde o temprano sospecharán de él, por eso tiene intención de abandonar la posada esta noche, cruzar el Tamar y llegar a Devon. Como no lo he encontrado a usted aquí, me voy tan rápido como pueda a North Hill a buscar al señor Bassat; quiero contárselo todo y avisarle de que mi tío se quiere

escapar, para que mande inmediatamente a alguien a la posada a detenerlo antes de que sea tarde. Entrego esta nota a su ama de llaves confiando en que la deje en un sitio donde la vea usted nada más llegar a casa. Con mucha prisa,

MARY YELLAN

Dobló el papel y se lo dio a la mujer, que estaba a su lado; le dio también las gracias y le aseguró que el camino no la asustaba; y con esto se puso nuevamente en marcha, dispuesta a recorrer seis kilómetros o más hasta North Hill. Subió la cuesta de Altarnun con gran pesadumbre y una tremenda sensación de aislamiento.

Había puesto tanta fe en Francis Davey que todavía le costaba asimilar que hubiera podido abandonarla. Claro que él no sabía que lo iba a necesitar y, aunque lo hubiera sabido, tal vez habría dado más importancia a sus compromisos. Desanimada y triste, dejó atrás las luces de Altarnun con las manos vacías. Quizá en ese momento su tío estuviera aporreando la puerta de su cuarto, ordenándole que abriera. Esperaría un momento y después forzaría la cerradura. Vería que se había escapado y la ventana rota le indicaría cómo lo había hecho. Suponía que esto echaría sus planes por tierra, pero en realidad lo ignoraba. Lo que le preocupaba era tía Patience: imaginársela viajando como un perro tembloroso atado a su amo le hizo seguir corriendo por la blanca calzada con los puños apretados y la barbilla muy alta.

Por fin llegó a la garita del portazgo e inició el descenso por el estrecho camino sinuoso que le había indicado la mujer de Altarnun. Unos setos altos tapaban la vista del campo a ambos lados y el páramo oscuro quedaba lejos, oculto a sus ojos. El camino daba vueltas y vueltas, como los de Helford, y este repentino cambio de paisaje, después de la monótona calzada, le avivó la fe. Se animó imaginándose a la familia Bassat amable y educada, como los Vyvyan de Trelowarren: le prestarían atención y la comprenderían. El señor Bassat no estaba en su mejor momento el día en que lo conoció; había ido a la posada de mal talante; se acordó de cómo lo había engañado y lo lamentó. En cuanto a la señora, seguro que ahora ya sabía que un ladrón de caballos le había tomado el pelo en la plaza del mercado de Launceston; por fortuna, ella no estaba al lado de Jem cuando le vendió el poni a su propia dueña. Siguió soñando con los Bassat, pero no dejaba de recordar los pequeños incidentes y, en el fondo, cada

vez la inquietaba más la idea de hablar con ellos.

El paisaje volvió a cambiar, unas lomas se alzaban a lo lejos, oscuras, cubiertas de bosques, y en alguna parte corría un río cantando y saltando por encima de las piedras. Ya no existía el páramo. Salió la luna por encima de los árboles más lejanos y Mary siguió andando con confianza por el camino, ahora iluminado, que la llevaba hacia el fondo del valle, donde los árboles se cerraron cordialmente sobre ella. Finalmente encontró la verja de una finca y un sendero de entrada, aunque el camino continuaba hasta un pueblo.

Tenía que ser North Hill y la casa solariega del señor Bassat. Entró en el sendero y, a lo lejos, el reloj de una iglesia dio las siete. Hacía tres horas que había salido de la posada. Se puso más nerviosa al rebasar una curva y ver la casa, grande e imponente en la oscuridad, porque la luna no había ascendido lo necesario para brillar suavemente sobre ella. Tiró de la gran campana y al instante respondieron unos perros con furiosos ladridos. Mary esperó hasta que oyó pasos dentro; un criado abrió la puerta. El criado regañó a los perros con sequedad y estos asomaron el hocico por la puerta y olieron los pies a Mary. Se sintió inferior y pequeña ante el hombre, que esperaba que ella dijera algo, y se acordó de la ropa tan vieja que llevaba.

–Necesito ver al señor Bassat por un asunto muy grave –le dijo–. No me conoce, pero si pudiera hablar con él unos minutos, le diría quién soy. Es cosa de suma importancia, si no, no habría venido a molestarlo a esta hora un domingo por la noche.

–El señor Bassat se fue a Launceston esta mañana –respondió el hombre–. Lo llamaron con mucha premura y todavía no ha vuelto.

Mary no pudo dominar la emoción y se le escapó un gemido de desesperación.

–Vengo de lejos –dijo, tan afectada como si el propio disgusto pudiera conjurar la presencia del señor Bassat–. Si no puedo hablar con él antes de una hora, sucederá algo terrible: un gran criminal escapará de las manos de la justicia. Me mira usted sin comprender, pero le digo la verdad. Si hubiera alguien a quien pedir ayuda...

–La señora Bassat está en casa –dijo el hombre con gran curiosidad–. Tal vez la reciba, si es cosa tan urgente como dice. Sígame a la biblioteca, haga el favor. No se preocupe por los perros, no le harán nada.

Mary cruzó el vestíbulo como en sueños, solo sabía que su plan había fallado otra vez por pura mala suerte y que ahora ya no podía hacer nada ni por sí misma.

La gran biblioteca y su brillante fuego le parecieron irreales y, acostumbrada como estaba a la oscuridad, parpadeó al encontrar tanta luz de pronto. Una mujer, a la que reconoció al punto, pues era la señora del mercado de Launceston, se encontraba en un sillón frente a la chimenea leyendo un cuento a dos niños en voz alta, y, sorprendida, levantó la cabeza cuando el criado entró con Mary.

El criado empezó a dar explicaciones con viveza.

–Señora, esta joven trae noticias muy graves para el señor –dijo–; me ha parecido que lo mejor era que hablara con usted directamente.

La señora Bassat se levantó sin pérdida de tiempo y dejó caer el libro que tenía en el regazo.

–No será por alguno de los caballos, ¿verdad? –dijo–. Richards me dijo que Solomon tenía tos y que Diamond no quería comer. Con este mozo de cuabras todo es posible.

Mary hizo un gesto negativo con la cabeza.

–No se trata de su casa, señora –le dijo con mucha seriedad–. Son otra clase de noticias. Si pudiera hablar con usted a solas...

La señora Bassat se tranquilizó al saber que no se trataba de los caballos, dijo algo a los niños y estos salieron enseguida de la habitación seguidos por el criado.

–¿En qué puedo ayudarla? –le dijo con interés–. Está pálida y cansada. ¿No quiere sentarse?

Mary, impaciente, volvió a hacer un gesto negativo con la cabeza.

–Gracias, pero necesito saber cuándo volverá el señor Bassat a casa.

–No tengo la menor idea –contestó la señora–. Tuvo que irse esta mañana en cuanto vinieron a avisarle y, la verdad, yo también estoy muy preocupada. Si ese posadero presenta batalla, que es lo más probable, el señor Bassat puede salir malherido a pesar de los soldados.

–¿A qué se refiere? –preguntó Mary rápidamente.

–Pues eso, que el señor ha ido a una misión muy peligrosa. Su cara no me resulta conocida y además deduzco que no es usted de North Hill; de otro

modo, sabría que me refiero a ese tal Merlyn que regenta la posada de la calzada de Bodmin. Hace tiempo que el señor sospecha que ha cometido delitos terribles, pero hasta esta mañana no tenía pruebas definitivas contra él. Se fue inmediatamente a Launceston a pedir refuerzos; por lo que me dijo antes de irse, tiene intención de rodear la posada esta noche y detener a los que estén allí. Irá bien armado, naturalmente, y con un gran contingente de hombres, pero yo no respiraré tranquila hasta que vuelva.

La expresión de Mary debió de asustarla, porque se puso muy pálida, retrocedió hasta la chimenea y cogió el grueso cordón de la campanilla que colgaba de la pared.

—Usted es la muchacha de la que me habló —dijo rápidamente—, la muchacha de la posada, la sobrina del patrón. Quédese donde está, no se mueva o llamo a los criados. Es usted la muchacha. Lo sé. Él me dijo cómo era. ¿Qué quiere de mí?

Mary, tan pálida como la señora, le tendió la mano.

—No voy a hacerle daño —le dijo—. Por favor, no toque la campanilla. Permítame explicárselo. Sí, soy la muchacha de la posada Jamaica.

La señora Bassat desconfiaba. La observaba con preocupación y no soltaba el cordón de la campanilla.

—No tengo dinero aquí —dijo—. No puedo hacer nada por usted. Si ha venido a North Hill a interceder por su tío, ha llegado tarde.

—No me entiende, señora —dijo Mary en voz baja—. El patrón de la posada es tío mío solo porque está casado con mi tía. Los motivos por los que vivo en la posada no hacen al caso ahora y la historia sería larga de contar. Yo temo a ese hombre y lo detesto más que usted o que cualquiera de toda la comarca, y con motivo. He venido a avisar al señor Bassat de que el patrón tenía intenciones de irse esta noche y huir de la justicia. Tengo pruebas fehacientes de sus delitos que creo que pueden interesar al señor Bassat. Me dice usted que el señor ya se ha ido y que tal vez esté en la posada en estos momentos. Si es así, he perdido el tiempo viniendo a North Hill.

Y se sentó; puso las manos en el regazo y se quedó mirando el fuego fijamente. Había agotado todos sus recursos y en ese momento no podía mirar adelante. Lo único que podía hacer era pensar que las molestias que se había tomado habían

sido en vano. No tenía que haberse escapado del dormitorio de la posada. El señor Bassat habría ido de todos modos. Y ahora, por haberse entrometido en secreto, había cometido el error que había intentado evitar por todos los medios. Su ausencia se habría prolongado en exceso, a estas horas su tío habría descubierto la verdad y lo más probable era que hubiera huido ya. El señor Bassat y sus hombres encontrarían la posada deshabitada.

Miró de nuevo a la señora de la casa.

–Venir aquí ha sido la mayor tontería –dijo, abatida–. Me pareció una buena idea, pero lo único que he conseguido es hacer el ridículo y molestar a todo el mundo. Mi tío descubrirá que no estoy en mi habitación y enseguida deducirá que lo he traicionado. Se irá de la posada antes de que llegue el señor Bassat.

La señora soltó el cordón de la campanilla y se acercó a ella.

–Habla con sinceridad y parece honrada –le dijo amablemente–. Siento haberla prejuizado, pero es que el nombre de la posada Jamaica me da pavor y creo que cualquiera hubiera reaccionado igual que yo al verse confrontado con la sobrina del patrón. Está usted en una posición terrible y creo que ha sido muy valiente al venir aquí esta noche y recorrer sola tantos kilómetros para avisar a mi marido. Yo me habría vuelto loca de miedo. Estoy dispuesta a ayudarla en lo que considere necesario.

–No podemos hacer nada –dijo Mary–. Supongo que lo mejor será esperar aquí hasta que vuelva el señor Bassat. No se alegrará mucho de verme cuando sepa el gran error que he cometido. Bien sabe Dios que me merezco todos los reproches...

–Intercederé por usted –replicó la señora Bassat–. Era imposible que usted supiera que mi marido ya estaba informado y, si hace falta, lo aplacaré enseguida. Entretanto, dé gracias porque está aquí, a salvo.

–¿Cómo se enteró el señor tan rápidamente de la verdad? –preguntó Mary.

–No tengo la menor idea; como ya le he dicho, esta mañana vinieron a buscarlo de repente, y no me dijo nada más que cuatro palabras, porque enseguida le ensillaron el caballo y se marchó. Bien, ¿no le gustaría descansar ahora y olvidar todo esto un rato? Seguramente tendrá mucha hambre.

La señora se acercó otra vez a la chimenea y tiró del cordón de la campanilla tres o cuatro veces. A pesar del disgusto y la angustia, Mary comprendió la ironía

de la situación. La señora de la casa, que un momento antes la amenazaba con llamar a los criados, le ofrecía ahora hospitalidad y una comida que le servirían esos mismos criados. Se acordó también de lo sucedido en la plaza del mercado, cuando esta misma señora, con su capa de terciopelo y su sombrero de plumas, pagó un precio muy elevado por su propio poni, y se preguntó si ya habrían descubierto el engaño. Si su participación en él saliera a la luz, la señora Bassat no se mostraría tan generosa.

Entretanto, el criado volvió a aparecer y se plantó, muy tieso, mientras la señora le decía que trajera algo de cenar a Mary; los perros, que lo habían seguido hasta la biblioteca, se acercaron ahora moviendo la cola para hacerse amigos de la desconocida; le empujaban las manos con el suave hocico, la aceptaban como parte de la familia. Pero estar en la mansión de North Hill seguía siendo irreal y, por mucho que lo intentara, Mary no conseguía olvidar la preocupación y tranquilizarse. Le parecía que no tenía derecho a estar ante un fuego espléndido mientras fuera, en la oscuridad, la vida y la muerte luchaban cuerpo a cuerpo en la posada Jamaica. Comió mecánicamente, obligándose a tragar el alimento que necesitaba, consciente de la cháchara de la anfitriona, que, por una bondad de corazón mal encaminada, creía que charlar sin parar sobre todo y nada era la única forma de aliviar la angustia. Al contrario, ojalá se hubiera dado cuenta de que la conversación empeoraba su estado. Cuando Mary terminó de cenar y se quedó otra vez con las manos en el regazo, mirando el fuego, la señora Bassat, esforzándose por encontrar una distracción adecuada, sacó un álbum de acuarelas que ella misma pintaba y empezó a pasar las hojas para animar a su invitada.

Cuando el reloj de la repisa de la chimenea dio las ocho con agudas campanadas, Mary ya no pudo más. Esa inactividad plomiza era peor que el peligro y la persecución.

—Discúlpeme —dijo, poniéndose de pie—. Ha sido usted muy amable y jamás podré agradecerse bastante, pero estoy preocupada, sumamente preocupada. No puedo dejar de pensar en mi pobre tía, que en estos momentos tal vez esté sufriendo los tormentos del infierno. Tengo que saber lo que pasa en la posada Jamaica, tengo que ir allí esta noche.

La señora Bassat se alarmó tanto que se le cayó el álbum.

—Ya sé que está preocupada. Lo he visto desde el principio y he intentado distraerla un poco. Es horrible. Pero no puede ir sola y a pie a estas horas. No llegaría hasta después de la medianoche y Dios sabrá lo que podría sucederle por el camino. Voy a pedir el calesín y Richards la acompañará. Es de toda confianza y muy sensato, e irá armado por lo que pueda suceder. Si hay enfrentamiento, lo verá desde el pie del monte, pero en ese caso no debe acercarse hasta que termine. La acompañaría, pero en estos momentos estoy delicada de salud y...

—No, no, usted no debe acompañarme bajo ningún concepto —dijo Mary inmediatamente—. Estoy acostumbrada al peligro y a ir de noche por la calzada, pero usted no. No quiero causarle tantas molestias, no es necesario que mande enganchar el caballo a estas horas ni que despierte al mozo. Le aseguro que ya no estoy cansada, puedo ir andando.

Pero la señora Bassat ya había tirado del cordón de la campanilla.

—Manda decir a Richards que traiga el calesín a la puerta sin demora —ordenó al atónito criado—. Cuando venga le diré lo que tiene que hacer. Dígale que se dé toda la prisa posible.

Después entregó a Mary una capa gruesa con capucha, una manta igualmente gruesa y un calentapiés, sin dejar de insistir en que, de no ser por su estado de salud, ella misma la acompañaría, cosa de la que Mary se alegraba mucho, pues la señora Bassat no era la compañera ideal para un asunto tan imprevisible y peligroso.

A los quince minutos el calesín estaba en la puerta y Richards con las riendas en la mano; Mary lo reconoció enseguida, era el criado que había ido con el señor Bassat a la posada. En cuanto supo la misión que le encomendaban superó el rechazo que le producía tener que dejar su chimenea un domingo por la noche y, con dos grandes pistolas en el cinto y órdenes de disparar a quienquiera que pusiera el calesín en peligro, adoptó rápidamente una actitud de autoridad y beligerancia que ni él mismo se conocía. Mary subió al vehículo mientras los perros la despedían ladrando a coro y no se dio cuenta de que iniciaba una expedición que probablemente sería temeraria y arriesgada hasta que el calesín tomó la primera curva y la casa se perdió de vista.

En las cinco horas que llevaba fuera de casa podía haber pasado cualquier cosa y ni siquiera en el calesín llegaría antes de las diez y media. No podía adelantarse

a los acontecimientos, lo que tuviera que hacer se vería sobre la marcha. Con la luna alta en el cielo y el aire en la cara, se sentía capaz de enfrentarse al desastre cuando llegara el momento, y, aunque el trayecto hasta el lugar de la acción fuera peligroso, era preferible a quedarse sentada como una niña inútil oyendo la cháchara de la señora Bassat. Richards iba armado, también ella utilizaría una pistola, llegado el caso. El hombre no cabía en sí de curiosidad, naturalmente, pero ella respondía a sus preguntas lacónicamente y no le daba más conversación.

Por lo tanto, el trayecto se hizo casi todo en silencio, solo se oía el ruido constante de los cascos del caballo en la calzada, y de vez en cuando el ululato de un búho entre los árboles quietos. El crujido del seto y los rumores nocturnos del campo quedaron atrás en cuando el calesín llegó a la calzada de Bodmin; una vez más, el páramo oscuro se extendía a ambos lados, lamiendo el camino como un desierto. El camino brillaba, parecía una cinta larga a la luz de la luna. Describió una curva y se perdió en el repliegue del siguiente monte, pelado y desolado. No había viajeros esta noche, solamente ellos. En Nochebuena, cuando Mary recorrió ese mismo camino, el viento azotaba rabiosamente las ruedas del carruaje y la lluvia castigaba los cristales de las ventanillas: ahora el aire estaba quieto y frío, extrañamente quieto, y el páramo reposaba plácidamente al claro de luna. Las faldas de las oscuras peñas se levantaban, dormidas, hacia el cielo, con sus moles de granito suavizadas y alisadas por la luz que las bañaba; estaban de un humor pacífico y los dioses antiguos descansaban sin que nada los molestara.

El caballo y el calesín cubrieron rápidamente los agotadores kilómetros que Mary había recorrido andando y sola. Ahora reconocía todas las curvas del camino y la forma en que a veces el páramo subía por encima de la calzada con altos brotes de vegetación y retorcidos tallos de piorno.

Abajo, en el valle, más allá, estarían las luces de Altarnun; la encrucijada de Five Lanes extendía sus cinco caminos como dedos de una mano.

El tramo asilvestrado hasta la posada Jamaica se abrió ante ellos. Aquí se notaba el viento incluso las noches serenas, era un terreno completamente abierto, expuesto a todos los puntos de la brújula, y esa noche soplaba del oeste, de Roughtor, frío y afilado como un cuchillo, cargado de olores de los pantanos,

pasando por amargas turberas y rápidos arroyos. No se veía señal de hombres ni animales en la calzada, que subía y bajaba cruzando el páramo y, aunque Mary aguzaba la vista y el oído, no oía nada. En una noche como esa se oiría hasta el menor ruido y, según Richards, si el señor Bassat y los suyos, que al menos serían veinte hombres, se estuvieran acercando, se los oiría desde una distancia de tres kilómetros o más.

–Ya verá como nos los encontramos allí –le dijo a Mary–, y el patrón, maniatado, echando fuego por la boca contra el señor. El vecindario se alegrará cuando ese hombre no pueda seguir haciendo daño. El señor se lo habría impedido hace mucho si hubiera podido hacerlo a su manera. Es una lástima que no viniéramos más pronto; apuesto a que se lo han pasado bien al apresarlo.

–No tanto, si resulta que el pájaro ha volado –dijo Mary en voz baja–. Joss Merlyn conoce estos páramos como la palma de su mano y, si ha salido hace una hora o menos, no habrá parado.

–Mi señor también se crió en estas tierras, igual que el patrón –dijo Richards–; tratándose de perseguir lo que sea campo a través, yo apostaría por el señor en todo momento. Hace casi cincuenta años que caza por estos pagos, de niño y de mayor, y donde vaya un zorro, allí va el señor. Pero a este lo van a cazar antes de que empiece a correr, si no me equivoco.

Mary le dejó hablar; las cosas que decía entrecortadamente de vez en cuando no la molestaban tanto como la charla amable de la señora, y su ancha espalda y su cara honrada y surcada de arrugas le inspiraban confianza en esa noche de tensión.

Se acercaban a la hondonada del estrecho puente que salvaba el río Fowey; Mary oyó el chapoteo y la voz alegre del agua, que corría veloz por encima de las piedras. Enfrente se iniciaba la empinada cuesta de la posada, blanca a la luz de la luna, y, en cuanto aparecieron las oscuras chimeneas en lo alto del repecho, Richards se quedó en silencio, empezó a palpar las pistolas que llevaba en el cinto y carraspeó echando atrás la cabeza con un movimiento nervioso. A Mary se le aceleró el corazón y se agarró con fuerza a su lado del calesín. El caballo se inclinó sobre la pendiente con la cabeza baja y Mary pensó que ojalá no hiciera tanto ruido con los cascos en la calzada.

Al acercarse al final de la cuesta, Richards se volvió hacia ella y le susurró al

oído:

—¿No sería mejor que esperase aquí, en el calesín, a un lado de la calzada, mientras yo me acerco a ver si están?

Mary le dijo que no.

—Prefiero ir yo —replicó—; usted sígame a un par de pasos o quédese aquí y espere a que lo llame. Hay tanto silencio que al final no parece que el señor haya llegado con sus hombres, pero el patrón habrá huido ya. En todo caso, si todavía está ahí... es decir, mi tío, puedo entendérmelas con él, pero usted no. Déjeme la pistola, así me dará menos miedo enfrentarme a él.

—No me parece bien que vaya sola —dijo el hombre, vacilante—. A lo mejor se lo encuentra de golpe y ya no vuelvo a saber nada de usted. Como bien ha dicho, este silencio es muy extraño. Esperaba oír gritos y ruido de pelea, y la voz de mi señor por encima de las demás. Esto es casi antinatural, digamos. Seguro que los han retenido en Launceston. ¿No sería mejor que volvamos ahí abajo y esperemos a que lleguen?

—Ya he esperado mucho esta noche y casi me vuelvo loca —dijo Mary—. Prefiero encontrarme con mi tío cara a cara que quedarme aquí en la cuneta sin ver ni oír nada. Lo digo por mi tía. En todo este asunto es inocente como un niño y quiero ocuparme de ella, si puedo. Présteme una pistola y déjeme ir a la posada. Sé andar como los gatos y le prometo que no caeré en ninguna trampa. —Se quitó la pesada capa y la capucha que la habían protegido del frío de la noche y cogió la pistola que Richards le entregó a su pesar—. No me siga hasta que se lo diga o le dé alguna señal —dijo—. Si oye un disparo, quizá sea el momento de que vaya a buscarme, pero ándese con mucho cuidado. No hace ninguna falta que ni usted ni yo nos tiremos de cabeza al peligro. Por mi parte, creo que mi tío ya se ha ido.

Esperaba que así fuera, que llegara a Devon y ahí terminara todo. La comarca se libraría de él de la forma más sencilla. Tal vez incluso empezara una nueva vida, como había dicho o, lo que era más probable, se escondiera en alguna parte a ochocientos kilómetros de Cornualles y el alcohol acabara con él. Ahora, que lo capturaran o no carecía de interés para ella; lo que quería por encima de todo era recuperar su vida, olvidarlo todo y poner un mundo entre ella y la posada Jamaica. La venganza no servía para nada. Verlo maniatado e impotente, rodeado por el señor y sus hombres, no le proporcionaría ninguna satisfacción.

Se había mostrado muy segura hablando con Richards, pero a pesar de todo temía encontrarse con su tío, incluso armada como iba; al pensar en toparse con él de repente en el pasillo de la posada, dispuesto a atacarla con las manos, mirándola con sus ojos sanguinolentos, aminoró el paso antes de llegar al patio y echó una mirada atrás, a la sombra oscura de la cuneta en la que se habían quedado Richards y el calesín. Después levantó la pistola, puso el dedo en el gatillo y miró hacia el patio desde la esquina de la pared de piedra.

No había nadie. La puerta del establo estaba cerrada. En la posada todo era oscuridad y silencio, como cuando se fue, hacía casi siete horas, las ventanas y puertas seguían cerradas. Miró a su ventana, el cristal roto estaba igual que cuando se escapó por allí esa misma tarde.

No se veían marcas nuevas de ruedas en el patio ni preparativos de viaje. Se acercó sigilosamente al establo y pegó el oído a la puerta. Un momento después oyó al poni, que se movía con inquietud en su pesebre; le oyó dar con los cascos en el suelo empedrado.

Entonces no se habían ido y su tío estaba todavía en la posada.

Se le encogió el corazón y se preguntó si sería mejor volver donde Richards y el calesín y esperar, como había propuesto él, hasta que llegara el señor Bassat con sus hombres. Miró de nuevo a la casa cerrada. Si su tío pensaba huir, lo habría hecho antes, sin duda. Solo cargar el carro les llevaría una hora y debían de ser casi las once. Tal vez hubiera cambiado los planes y decidiera ir a pie, pero en ese caso tía Patience no habría podido acompañarlo. Mary vaciló, ahora la situación le resultaba extraña, irreal.

Se quedó escuchando en el porche, incluso intentó abrir la puerta. Estaba cerrada, naturalmente. Se atrevió a doblar la esquina de la casa y dio unos pasos; pasó por la puerta de la cantina y llegó al huertecito de detrás de la cocina. Pisaba con mucha cautela, amparándose en las sombras, y llegó al resquicio entre los postigos de la cocina por el que se veía la luz de la vela. No había luz. Se acercó más a los postigos y acercó un ojo al resquicio. La cocina estaba negra como la boca del lobo. Puso la mano en el tirador y lo giró lentamente. Para su gran asombro, cedió y la puerta se abrió. Le asustó mucho poder entrar con tanta facilidad, no lo había previsto, y le dio miedo entrar.

¿Y si su tío estaba esperándola en la silla, con la pistola sobre la rodilla? Ella

también tenía un arma, pero no le daba suficiente confianza.

Muy despacio, acercó la cara a la abertura de la puerta. No se oía nada. Por el raballo del ojo vio el rescoldo del hogar, que estaba prácticamente exhausto. Instintivamente supo que hacía horas que no había nadie allí. Abrió la puerta del todo y entró. La cocina estaba fría y húmeda. Esperó a que se le acostumbraran los ojos a la oscuridad, hasta que empezó a distinguir la forma de la mesa y la silla al lado. Había una vela en la mesa, la puso sobre el débil resplandor del hogar y la vela se encendió y titubeó. Cuando la llama se estabilizó, la levantó en el aire y miró alrededor. Lo que habían preparado para el viaje estaba allí todavía. Había un hato de tía Patience en la silla y un montón de mantas en el suelo, listas para ser enrolladas. La pistola de su tío estaba en el rincón de siempre. Entonces es que había decidido dejarlo, esperar al día siguiente, y ahora estarían durmiendo arriba, en la cama.

La puerta del pasillo estaba abierta de par en par; el silencio se hizo más opresivo que antes y la quietud, extraña y horrible.

Algo era distinto; faltaba algún ruido que explicara tanto silencio. Entonces se dio cuenta de que no oía el reloj. El tictac se había parado.

Salió al pasillo y aguzó el oído otra vez. En efecto, la casa estaba tan silenciosa porque el reloj se había parado. Avanzó despacio, con la vela en una mano y la pistola levantada en la otra.

Dio la vuelta a la esquina, donde el oscuro pasillo desembocaba en el vestíbulo, y vio que el reloj, que siempre estaba pegado a la pared, junto a la puerta de la salita, se había caído de cara al suelo. El cristal se había roto en mil fragmentos, que estaban esparcidos por el empedrado, y la madera se había astillado. No había nada en la pared en la que antes se apoyaba, solo el hueco, extraño y desnudo, y el papel, con la marca amarillo oscuro, en contraste con el tono desvaído de la pared. El reloj se había cruzado en medio del estrecho pasillo y, hasta que pasó al otro lado, no vio lo que había detrás.

El patrón de la posada Jamaica yacía con la cara en medio del desastre.

El reloj lo ocultaba al principio porque las sombras cubrían el cuerpo yacente, que estiraba un brazo por encima de la cabeza y con el otro agarraba la puerta astillada. Tenía las piernas estiradas y separadas, con un pie atascado en el zócalo, y parecía más grande que antes, tapando el paso con su corpachón de pared a

pared.

Había sangre en el empedrado, y más entre sus hombros, oscura y casi seca ya, donde le habían clavado el cuchillo.

Cuando lo apuñalaron por la espalda, debió de estirar los brazos, tropezar y agarrarse al reloj; y, al caer hacia delante, arrastró el reloj consigo al suelo y murió allí, agarrado a la puerta.

Capítulo XV



Mary tardó mucho en alejarse de las escaleras. Se había quedado sin fuerzas, impotente, como el cadáver del suelo. Entretenía la mirada en detalles inmateriales: los fragmentos de cristal del reloj, salpicados también de sangre, y el hueco de la pared donde antes se apoyaba.

Una araña se posó en la mano de su tío; le pareció raro que la mano no se moviera, que no quisiera quitársela de encima. Su tío se la habría quitado de un golpe. Después pasó de la mano al brazo y siguió hacia el hombro. Cuando llegó a la herida, dudó y dio un rodeo, pero volvió atrás por curiosidad; se movía con una ligereza y una osadía que parecía una horrible falta de respeto por la muerte. La araña sabía que el patrón no podía hacerle nada. Mary también lo sabía, pero no se le había pasado el miedo, al contrario que a la araña.

Lo que más la asustaba era el silencio. Ahora que no se oía el tictac del reloj, los nervios lo echaban de menos; el zumbido lento y constante había sido algo conocido, un símbolo de normalidad.

La luz de la vela jugaba en las paredes, pero no llegaba al final de las escaleras, desde donde la oscuridad la miraba con la boca abierta como un abismo.

Sabía que nunca podría volver a subir allí ni pisar el rellano vacío. Lo que hubiera arriba y más allá de ella quedaría en paz. La muerte había caído esa noche sobre la posada y su espíritu siniestro todavía planeaba en el aire. Le pareció que esto era lo que la posada Jamaica esperaba y temía desde siempre. Las paredes húmedas, el crujido de los tablones, los murmullos en el aire y los pasos sin nombre: eran las advertencias de una casa que se creía amenazada desde hacía tiempo.

Se estremeció; sabía que esta clase de silencio provenía de cosas enterradas y olvidadas de antiguo.

Temía sobre todo el pánico: el grito que luchaba por escapársele de los labios, ponerse a correr despavorida, manoteando ciegamente en el aire en busca de un sitio por donde escapar. Temía que le sobreviniera un ataque así, que le robara la

razón; y, ahora que el primer impacto del descubrimiento remitía un poco, sabía que podía sucederle y asfixiarla. Las manos perderían el sentido del tacto, el instinto de agarrar, y se le caería la vela. Entonces se quedaría sola, envuelta en tinieblas. Le entró una necesidad imperiosa de echar a correr, pero se dominó y retrocedió por el vestíbulo hasta el pasillo, con la luz de la vela danzando en la corriente de aire, y cuando llegó a la cocina y vio la puerta abierta y el trocito de huerto, perdió la calma y salió corriendo al aire frío con un gemido atascado en la garganta; volvió la esquina de la casa sin apartarse de la pared y emprendió la carrera por el patio como si la persiguieran, hasta que llegó a la calzada y se encontró con la figura conocida, fuerte y leal, del mozo del señor Bassat. El hombre le tendió los brazos para salvarla y ella le tocó el cinto buscando seguridad; ahora sí reaccionó completamente al impacto y empezaron a castañetearle los dientes.

–Está muerto –dijo–; está muerto, en el suelo. Lo he visto.

Y por mucho que lo intentaba no podía dejar de temblar de la cabeza a los pies. Richards la llevó a un lado de la calzada, hasta el calesín, cogió la capa, se la puso y ella se arropó agradeciendo el calor.

–Está muerto –repitió–; lo han apuñalado por la espalda, he visto el roto en el abrigo y la sangre. Lo he encontrado boca abajo en el suelo. El reloj se ha caído con él. La sangre está seca, como si llevara allí bastante tiempo. Todo es oscuridad y silencio en la posada. No hay nadie.

–¿Su tía se ha ido? –le dijo el hombre en susurros.

Mary negó con un movimiento de cabeza.

–No sé, no la he visto. Tenía que salir de allí.

Las fuerzas la abandonaron, Richards se lo vio en la cara, y se iba a caer, así que la ayudó a subir al calesín y después subió él.

–Muy bien –dijo–, muy bien. Quédese aquí sentada, tranquila. Nadie va a hacerle nada. Vamos, vamos. Así, bien.

La voz ronca del mozo la ayudaba y se acurrucó a su lado con la capa subida hasta la barbilla.

–Estas cosas no son aptas para muchachas –le dijo–. Tenía que haberme dejado ir a mí. Ojalá se hubiera quedado usted aquí. Es horrible que haya tenido que verlo muerto en el suelo, asesinado.

Las palabras la tranquilizaban y esa forma ruda de demostrarle comprensión le sentaba bien.

–El poni todavía estaba en el establo –le dijo–. Me quedé escuchando en la puerta y lo oí moverse. No terminaron de hacer los preparativos del viaje. La puerta de la cocina estaba abierta y había bultos en el suelo, y mantas también, preparadas para cargarlas en el carro. Ha debido de pasar hace unas cuantas horas.

–No entiendo por qué tarda tanto el señor –dijo Richards–. Tenía que haber llegado antes de que sucediera todo esto. Sería mejor que hubiera llegado ya y le hubiera contado usted todo lo que sabe. Aquí han pasado cosas feas esta noche. Usted no tenía que haber venido.

Se quedaron en silencio, mirando a la calzada, esperando que llegara el señor.

–¿Quién ha podido matar al patrón? –se preguntó Richards, confundido–. Pocos se enfrentarían con él y menos aún podrían vencerlo. De todos modos, son muchos los que podrían hacerlo, porque lo odiaba todo el mundo.

–Había un buhonero –dijo Mary, hablando despacio–. Se me había olvidado el buhonero. Seguro que fue él, seguro que consiguió salir del cuarto cerrado.

Se agarró a esta idea para escapar de otra; y volvió a contar con interés la visita del buhonero, la noche anterior. Inmediatamente le pareció que así se demostraba quién era el autor del delito y que no había ninguna otra explicación.

–No llegará muy lejos en cuanto el señor lo sepa –dijo el mozo–, eso se lo aseguro. Nadie puede esconderse en estos páramos, menos los que no son de por aquí, y nunca había oído hablar de ese tal Harry el buhonero. Pero, claro, hay que tener en cuenta que los hombres de Merlyn procedían de todos los rincones de Cornualles. Eran lo que se dice la escoria del país. –Hizo una pausa y añadió–: Si quiere, puedo acercarme a la posada a ver si ha dejado algún rastro. Puede que encuentre alguna...

Mary lo agarró por el brazo.

–No quiero quedarme sola otra vez –dijo rápidamente–. Llámeme cobarde si quiere, pero no puedo. Si hubiera visto lo que he visto yo, me comprendería. Hay un silencio muy inquietante en la casa esta noche, un silencio al que no parece inquietarle que haya un muerto allí.

—Me acuerdo de la época en que la casa estaba vacía, antes de que viniera su tío —dijo el criado—. Llevábamos allí a los perros a cazar ratas por diversión. En aquella época no nos parecía nada rara, solamente un caserón solitario sin alma propia. Pero el señor la cuidaba, se lo aseguro, mientras esperaba que apareciera algún inquilino. Yo soy de St Neot y no había venido nunca aquí, hasta que entré al servicio del señor, pero sé que antiguamente la posada Jamaica era un sitio alegre, con buena parroquia y gente simpática que vivía en la casa; siempre había una cama para los viajeros que pasaban por la calzada. Las diligencias hacían un alto, cosa que ahora ya no sucede, y, cuando el señor Bassat era pequeño, los cazadores se reunían aquí una vez a la semana. A lo mejor ahora todo vuelve a ser igual que antes.

Mary hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo solo he visto maldad —dijo—; solo he visto el sufrimiento que se ha infligido, dolor y crueldad. Seguro que cuando vino mi tío, su sombra se extendió sobre todo lo bueno y lo mató.

Hablaban en susurros y, casi sin darse cuenta, de vez en cuando miraban por encima del hombro hacia las altas chimeneas grises, que destacaban limpiamente contra el cielo a la luz de la luna. Los dos pensaban en lo mismo pero ninguno tenía valor para ser el primero en decirlo en voz alta, el criado, por delicadeza y tacto, y Mary, por puro miedo. Finalmente habló ella en tono muy bajo y grave.

—A mi tía también le ha pasado algo, lo sé; sé que está muerta. Por eso no me atreví a subir las escaleras. Está allí, muerta en la oscuridad, en el rellano. Quien haya matado a mi tío también la habrá matado a ella.

El criado carraspeó.

—A lo mejor ha huido al páramo —dijo— o se ha ido por la calzada en busca de ayuda...

—No —susurró Mary—, eso no lo haría jamás. Se quedaría con él en el vestíbulo, encogida a su lado. Está muerta. Sé que está muerta. Si no me hubiera escapado, esto no habría sucedido.

El hombre guardó silencio. No podía ayudarla. Al fin y al cabo no la conocía de nada y lo que hubiera pasado bajo el techo de la posada mientras ella vivía allí no era asunto suyo. La responsabilidad de la noche le pesaba sobre los hombros y deseaba que llegara el señor. Sabía gritar y pelear, eran cosas que tenían sentido,

pero si de verdad se había cometido un asesinato, como decía ella, y el patrón estaba muerto y su mujer también... ¡vaya! En realidad no servía de nada que ellos se quedaran allí como fugitivos, escondidos en la cuneta; era mejor irse a la calzada, donde hubiera señales de vida humana.

—He venido porque me lo ha ordenado mi señora —balbució torpemente—, pero me dijo que el señor estaría aquí. Como veo que no...

Mary levantó una mano.

—Un momento —dijo bruscamente—, ¿no oye algo?

Aguzaron el oído hacia el norte. Se oía un ruido inconfundible de cascos de caballos que procedía del otro lado de la hondonada, de la cima del monte siguiente.

—Son ellos —dijo Richard, exaltado—; es el señor, ha venido por fin. Fíjese, ahora los veremos llegar por la calzada y bajar la hondonada.

Esperaron y, al cabo de un minuto, apareció el primer jinete como un borrón negro sobre la dura calzada blanca, y otro detrás, y aun otro. Se estiraron en una fila y se reagruparon de nuevo avanzando al galope; la jaca, que esperaba pacientemente junto a la cuneta, levantó las orejas y se volvió a mirar inquisitivamente. Los cascos se acercaban y Richards, aliviado, salió a recibirlos a la calzada gritando y haciendo señales con los brazos.

El primero viró bruscamente y frenó al caballo dando voces de desconcierto al ver al criado.

—¿Qué demonios haces aquí? —gritó, porque era el señor Bassat, y levantó la mano para avisar a los que venían detrás.

—El patrón ha muerto, lo han asesinado —gritó el mozo—. Tengo a su sobrina ahí, en el calesín. Me ha mandado venir la señora Bassat, señor. Es mejor que se lo cuente la muchacha con sus propias palabras.

Sujetó el caballo mientras el señor desmontaba; respondió lo mejor que supo a las rápidas preguntas que le hacía; los demás jinetes lo rodearon, ansiosos de noticias; algunos desmontaron también y empezaron a pisar fuerte contra el suelo y a soplarse las manos para darse calor.

—Si han matado a ese hombre, como dices, por Dios que lo tenía bien merecido —dijo el señor Bassat—, aunque me habría gustado ponerle los grilletos personalmente por todo lo que ha hecho. A los muertos no se les puede ajustar

cuentas. Los demás, id al patio mientras intento sacarle algo con sentido a esa muchacha.

En cuanto Richards quedó libre de su responsabilidad se vio rodeado por los otros hombres, que lo trataban como a un héroe, porque había descubierto el cadáver y al asesino de un plumazo; pero, muy a su pesar, tuvo que reconocer que no había sido él el protagonista principal de la aventura. El caballero, que pensaba con lentitud, no había entendido lo que hacía Mary en el calesín y la consideraba prisionera de su mozo.

Asombrado, la oyó contar que había ido andando hasta North Hill con la esperanza de encontrarlo y, por si fuera poca proeza, había vuelto a la posada Jamaica.

–Esto me sobrepasa –gruñó–. Creía que estabas aliada con tu tío contra la ley. ¿Por qué me mentiste la otra vez? Me dijiste que no sabías nada.

–Mentí por mi tía –dijo Mary, inquieta–. Todo lo que dije aquel día fue para proteger a mi tía, aunque tampoco sabía lo que sé ahora. Estoy dispuesta a contárselo todo a un juez si es necesario; pero si intentara contárselo ahora a usted, no lo entendería.

–Tampoco tengo tiempo para eso –replicó el señor–. Has sido muy valiente recorriendo un camino tan largo hasta Altarnun para avisarme y hablaré en tu favor; pero todo esto y los horribles crímenes de Nochebuena se podrían haber evitado si hubiera sido usted sincera conmigo desde el principio.

»De todos modos, dejaremos esos asuntos para más tarde. El mozo dice que has encontrado muerto a tu tío, que lo han asesinado, pero que no sabes nada más de este delito. Si fueras hombre, ahora vendrías conmigo a la posada, pero te lo voy a ahorrar. Veo que has tenido que soportar muchas cosas. –Levantó la voz para llamar al criado–. Lleva el calesín y a la mujer al patio y quédate a su lado mientras nosotros registramos la posada. –Dirigiéndose a Mary, le dijo–: Tengo que pedirte que esperes en el patio, si tienes valor suficiente; eres la única persona que sabe algo de este asunto y la última que ha visto a tu tío con vida.

Mary asintió. Ahora era solamente un instrumento pasivo de la ley y tenía que hacer lo que le decían. Al menos el señor le había evitado el mal trago de volver a entrar en la posada y ver el cadáver de su tío. El patio, que estaba sumido en las sombras cuando llegó, bullía ahora de actividad; los caballos golpeaban el

empedrado con los cascos, se oía el ruido agudo de bridas y relinchos, de pasos y voces de hombres, la del señor sobreponiéndose a todas.

El señor Bassat llevó a los suyos a la parte de atrás, según le había indicado Mary, y el aire poco cerrado de la lóbrega y silenciosa casa salió a la noche: abrieron de par en par la ventana de la cantina y las de la salita; algunos hombres subieron al piso de arriba y recorrieron las habitaciones abriendo las ventanas a su paso para que entrara el aire fresco. La única puerta que seguía cerrada era la principal; y Mary sabía que el cadáver del patrón yacía allí, atravesado en el umbral.

Alguien dio un grito de alarma dentro de la casa y le respondieron un murmullo de voces y una pregunta del señor. En el patio se oía todo perfectamente por la ventana abierta de la salita. Richards miró a Mary y, por lo pálida que se puso, supo que lo había oído.

El hombre que estaba con los caballos y no había entrado con los demás a la posada preguntó, exaltado, al mozo:

—¿Lo has oído? ¡Hay otro cadáver dentro, en el rellano de arriba!

Richards no dijo nada. Mary se envolvió más en la capa y se caló la capucha. Siguieron esperando en silencio, hasta que el señor salió al patio y se acercó al calesín.

—Lo lamento —dijo—, tengo malas noticias para usted. Tal vez no sean inesperadas.

—No —dijo Mary.

—No creo que haya sufrido nada. Seguro que ha muerto al instante. Estaba en el suelo del dormitorio del final del pasillo. Una puñalada, como su tío. No creo que se enterara de nada. Lo siento mucho, créame. Me gustaría haberle evitado todo esto.

Estaba a su lado, cohibido y preocupado, y repitió otra vez que no había sufrido, que no se había enterado de nada, que había muerto al instante; y después, comprendiendo que Mary prefería estar sola y que no podía ayudarla, cruzó de nuevo el patio hacia la posada.

Mary, envuelta en la capa, no se movió; a su manera, rogaba por que su tía la perdonara, por que encontrara la paz por fin dondequiera que estuviera, por que se hubiera desprendido de las pesadas cadenas de la vida y fuera libre. También

rogaba por que hubiera comprendido lo que había intentado hacer; y sobre todo por que su madre estuviera allí, para que no se encontrara sola. Eran los únicos pensamientos que la consolaban un poco, y sabía que, si volvía a repasar los sucesos de las últimas horas, llegaría a la única conclusión posible: si no se hubiera ido de la posada, tal vez tía Patience no habría muerto.

Nuevamente llegó de la casa un murmullo exaltado, palabras sueltas y ruido de carreras, hasta que varias voces se elevaron a la vez; Richards se acercó corriendo a la ventana de la salita olvidando a su protegida con la tensión del momento y pasó una pierna al otro lado del alféizar. Se oyó ruido de madera al romperse y arrancaron los postigos de la ventana del cuarto cerrado, en el que, al parecer, no había entrado nadie hasta ese momento. Los hombres desmontaron la barricada de maderos y alguien entró con una luz; Mary veía bailar la llama en la corriente de aire.

De pronto la luz se apagó y las voces cesaron; oyó pasos que volvían a la casa; doblaron la esquina y salieron al patio, eran seis o siete hombres, con el señor a la cabeza, llevaban algo que se retorció y forcejeaba por soltarse y gritaba roncamente, como loco.

—¡Lo han cogido! ¡Es el asesino! —gritó Richards para avisar a Mary.

Mary se volvió, se apartó la capucha que le tapaba la cara y miró al grupo de hombres que se acercaba al calesín. El cautivo la miró a su vez y parpadeó porque la luz le daba en los ojos; tenía la ropa cubierta de telarañas, estaba sin afeitarse, muy sucio; era Harry el buhonero.

—¿Quién es este? —gritaban todos—. ¿Lo conoces?

El señor se puso enfrente del calesín e hizo una seña para que acercaran al hombre y ella pudiera verlo mejor.

—¿Conoces a este tipo? —le preguntó a Mary—. Lo hemos encontrado en la habitación cerrada, encima de unos sacos, y dice que no sabe nada de los asesinatos.

—Era de la banda —dijo ella lentamente—, vino anoche a la posada y discutió con mi tío, pero mi tío pudo con él, lo amenazó de muerte y lo encerró en ese cuarto. Tenía muchos motivos para matarlo, solo ha podido matarlo él. Le ha mentado a usted.

—Pero la puerta estaba cerrada con llave; hemos tenido que derribarla entre tres

o cuatro desde fuera –contestó el señor–. Este tipo no ha salido de ahí hasta ahora. Fíjate en la ropa, en los ojos, que todavía no se acostumbran a la luz. No es el asesino.

El buhonero lanzaba miradas furtivas a los guardias moviendo los ojillos de un lado a otro; Mary comprendió inmediatamente que el señor Bassat decía la pura verdad; Harry el buhonero no podía haber cometido el crimen. No se había movido del cuarto del fondo desde que su tío lo encerró allí, hacía más de veinticuatro horas. Había estado a oscuras, esperando que lo soltaran, y en esas largas horas había venido alguien a la posada y se había ido otra vez después de hacer su trabajo en el silencio de la noche.

–El que lo hizo no sabía que este granuja estaba encerrado en la habitación – continuó el señor– y al parecer no nos sirve de testigo porque no vio ni oyó nada. Pero lo vamos a encerrar en la cárcel por todo lo demás, y lo ahorcaremos si lo merece, que es lo más probable. Pero antes será nuestro testigo de la Corona y nos dará el nombre de sus cómplices. Uno de ellos ha matado al patrón por venganza, tenlo por seguro, y daremos con él si ponemos a todos los perros de Cornualles tras sus huellas. Dos o tres de vosotros, llevaos a este hombre al establo y retenedlo allí; los demás que vuelvan dentro conmigo.

Se llevaron al buhonero y este, al darse cuenta de que habían descubierto un asesinato del que podía ser sospechoso, recobró el habla y empezó a balbucear que era inocente, a gemir pidiendo misericordia y a jurar por la Santísima Trinidad, hasta que alguien le hizo callar de un bofetón y lo amenazó con colgarlo de la viga de la puerta del establo en ese mismo momento. El hombre se calló por fin, pero siguió profiriendo blasfemias en voz baja y lanzando miradas de vez en cuando a Mary, que estaba sentada en el calesín a pocos metros de él.

Ella seguía esperando con la barbilla entre las manos y la capucha hacia atrás, pero no oía las blasfemias del buhonero ni le veía los ojillos furtivos, porque se acordaba de otros, los que la habían mirado por la mañana, y de otra voz, la que en tono sereno y frío había dicho, refiriéndose a su propio hermano: «Morirá por esto».

También se acordaba de lo que le había dicho como al descuido cuando iban camino de la feria de Launceston: «Jamás he matado a un hombre... todavía»; y de la gitana de la plaza del mercado: «Tiene sangre en las manos, joven; un día

matará a un hombre». Todos esos detalles que había olvidado se despertaron ahora para acusarlo: el odio que le tenía a su hermano, la vena de crueldad despiadada, la falta de ternura, la mala sangre de los Merlyn.

Eso sería lo que lo delatara en primer lugar, antes que cualquier otra cosa. Tal para cual. Únicos en su especie. Jem había vuelto a la posada tal como había prometido y había matado a su hermano tal como había jurado. La cruda verdad la miraba cara a cara, fea, horrorosa, y deseó haberse quedado allí y que la hubiera matado también a ella. Era un ladrón, había llegado de noche y se había ido otra vez. Sabía que las pruebas podían encadenarse contra él una a una, y ella era testigo; sería como una valla que lo encerrara y de la que no podría escapar. Lo único que tenía que hacer ahora era ir a hablar con el señor y decirle: «Sé quién lo ha hecho», y todos le prestarían atención, todos; la rodearían como una manada de perros ansiosos por perseguir a la presa, y el rastro los llevaría hasta él pasando por Rushyford y Trewartha Marsh hasta Twelve Men's Moor. Tal vez hubiera olvidado el delito y ahora estuviera durmiendo sin ninguna preocupación, tumbado en la cama en la cabaña solitaria en la que habían nacido su hermano y él. Por la mañana se habría ido, silbando quizá; montaría a caballo y se iría de Cornualles para siempre; un asesino, igual que su padre.

Se imaginó el ruido de los cascos del caballo en la calzada a lo lejos, en la noche serena, marcando un *tempo* de despedida; pero la imaginación se hizo razón y la razón, certeza: lo que oía no era el sueño de su imaginación, sino un caballo de verdad en la calzada.

Volvió la cabeza y se quedó escuchando con los nervios a flor de piel; las manos, con las que se sujetaba la capa, se le llenaron de sudor frío y pegajoso.

El ruido del caballo se acercaba, un trote continuo y regular, ni apurado ni lento, y el ritmo animado que marcaba en la calzada encontró eco en los latidos de su corazón.

No era la única que estaba pendiente. Los hombres que vigilaban al buhonero se dijeron algo en voz baja y miraron hacia la calzada; Richards, el mozo, que estaba con ellos, vaciló un momento pero enseguida entró a toda prisa en la posada para avisar al señor. El ruido de los cascos se oía ya con fuerza en la última cuesta, era como un desafío al silencio y la quietud de la noche; cuando coronó el repecho y apareció por la esquina del muro, el señor salió de la posada

seguido por sus hombres.

–¡Alto! –dijo–. ¡En el nombre del rey! Tengo que preguntarle qué asuntos lo traen a la calzada esta noche.

El jinete tiró de las riendas y entró en el patio. El capote negro no daba pistas de su identidad, pero cuando hizo una inclinación y se quitó el sombrero, un halo espeso de pelo brilló a la luz de la luna y la voz que respondió al señor Bassat era suave y amable.

–Señor Bassat de North Hill, si no yerro –dijo, y se inclinó hacia delante en la silla con una nota en la mano–. Traigo un recado de Mary Yellan, de la posada Jamaica, que me ha pedido ayuda cuando la necesitaba; pero, a juzgar por la reunión que veo aquí, he llegado tarde. Se acordará usted de mí; nos hemos conocido. Soy el vicario de Altarnun.

Capítulo XVI



Mary estaba sola en el salón de la vicaría y miraba el lento fuego de turba. Había dormido mucho y estaba descansada y fresca; pero todavía no había conseguido la paz que deseaba.

La habían tratado con amabilidad y paciencia; demasiada amabilidad tal vez, así, de repente, después de tanta tensión, y hasta el señor Bassat, torpemente y con buena intención, le dio unos golpecitos en el hombro, como si fuera un niño herido, y le dijo en su tono brusco y considerado: «Ahora tienes que dormir un rato y olvidar lo que has sufrido; y recuerda que ya ha pasado todo, todo ha quedado atrás. Te prometo que pronto encontraremos al hombre que ha matado a tu tía, muy pronto, y lo ahorcaremos en los próximos juicios que se celebren en la región. Y, cuando te recuperes un poco de lo mal que lo has pasado estos últimos meses, nos dirás lo que quieres hacer y adónde te gustaría ir».

No tenía voluntad; que tomaran ellos las decisiones; y cuando Francis Davey le ofreció su casa, aceptó sin rechistar, sin sentir nada, consciente de que cualquier palabra de agradecimiento le sabría a ingratitud. Y tuvo que volver a soportar la humillación de haber nacido mujer, pues todos se tomaron su falta de fuerza y valor como algo natural e incuestionable.

Si fuera hombre, la habrían tratado más rudamente o con indiferencia, en el mejor de los casos, y le habrían ordenado que se presentara inmediatamente en Bodmin o en Launceston para prestar declaración, dando por sentado que buscaría alojamiento por su cuenta y que después, cuando le hubieran hecho todas las preguntas, podría irse al fin del mundo, si así lo quería. Y, cuando todo hubiera acabado, se embarcaría con destino a cualquier parte y se pagaría el pasaje trabajando de marinero; o se iría a recorrer los caminos con un penique de plata en el bolsillo y el corazón y el alma libres. Pero estaba allí, al borde de las lágrimas, con dolor de cabeza, mientras la despachaban del lugar de la acción con palabras y gestos suaves, porque estorbaba, los retrasaba, como todas las mujeres y todos los niños después de una tragedia.

El vicario la llevó en el calesín y el mozo del señor los seguía en su caballo; al menos pudo disfrutar del regalo del silencio, porque no le hizo ninguna pregunta ni le susurró inútilmente palabras de consuelo a las que no respondería, sino que se dirigió rápidamente a Altarnun; llegaron cuando el reloj de la iglesia daba la una.

El vicario fue a despertar al ama de llaves a su cabaña –era la mujer con la que Mary había hablado por la tarde– y le pidió que lo acompañara a la vicaría y preparase una habitación para la huésped, cosa que hizo al momento sin decir una palabra, sin una exclamación de asombro, después de coger sábanas limpias y aireadas de su propia casa para hacer la cama. Encendió fuego en la chimenea y calentó un grueso camisón de lana mientras Mary se quitaba la ropa y, en cuanto la mujer terminó de hacer la cama y la dejó dispuesta con las suaves sábanas, Mary se dejó llevar hasta ella como un niño a la cuna.

Habría cerrado los ojos al instante si no hubiera notado de pronto un brazo sobre los hombros y una voz que le dijo al oído: «Beba esto», fría y persuasiva; Francis Davey estaba junto a la cama con un vaso en la mano, pálido e inexpresivo, mirándola con sus extraños ojos.

–Ahora dormiré bien –le dijo.

Por el sabor amargo supo que el vicario le había puesto algo en la bebida caliente que le había preparado, y que lo hacía porque entendía lo inquieta y torturada que estaba.

Lo último que recordaba era que le había puesto la mano en la frente mientras los ojos inmóviles y blancos le decían que olvidara; y después se durmió, tal como le aconsejaban.

Cuando se despertó eran casi las cuatro de la tarde; las catorce horas de sueño habían hecho el efecto que se esperaba: suavizar el filo del pesar y aligerar el sufrimiento. La aguda tristeza por tía Patience había remitido un poco, y también el rencor. La razón le decía que no podía culparse: se había limitado a seguir el dictado de la conciencia. La justicia se le había adelantado. Tenía la cabeza tan abotagada que no había sabido prever la tragedia; esa era la raíz de su error. Quedaba el remordimiento, pero el remordimiento no le devolvería a su tía Patience.

En estas cosas pensó al levantarse de la cama; pero cuando se vistió, bajó al

salón y vio el fuego encendido, las cortinas corridas y al vicario ausente por sus asuntos, la sensación de inseguridad del día anterior volvió y le pareció que toda la responsabilidad del desastre caía sobre sus hombros. El rostro de Jem la acompañaba constantemente desde la última vez que lo había visto, demacrado y cansado a la falsa luz gris, con un propósito en la mirada y en el gesto de la boca que ella había pasado por alto a propósito. Él era el factor desconocido de principio a fin, desde aquella primera mañana, cuando llegó a la cantina de la posada Jamaica y ella cerró deliberadamente los ojos a la verdad. Era mujer, se había enamorado sin el menor motivo posible en todo el cielo y la tierra. La había besado y ahora estaba atada a él para siempre. Ella, que tan fuerte era antes, había caído, se había degradado, se había debilitado en cuerpo y alma; y junto con el orgullo había perdido la independencia.

Con una palabra al vicario, cuando volviera, y un recado al señor Bassat, vengaría a tía Patience. Jem moriría con la soga al cuello, como su padre; y ella volvería a Helford a buscar los cabos sueltos de su antigua vida, que ahora estaban enmarañados y enterrados.

Se levantó del sillón junto al fuego y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro pensando en que ahora debía enfrentarse al conflicto definitivo, aunque al mismo tiempo sabía que esto sería una mentira, un truco fácil para acallar la conciencia, porque jamás diría esa palabra.

Jem estaba a salvo con ella y se iría cabalgando con una canción en los labios y una carcajada a su costa, relegándola al olvido junto con su hermano y con Dios; mientras ella se arrastraría toda la vida dolida y triste, marcada por el silencio, hasta convertirse en una solterona ridícula a la que habían besado una vez en su vida y no había podido olvidarlo.

El cinismo y el sentimentalismo eran dos extremos que había que evitar y, mientras recorría la habitación una y otra vez, tan inquieta que no podía descansar la cabeza ni el cuerpo, tuvo la sensación de que Francis Davey la estaba observando, tanteándole el alma con su mirada fría. En realidad el salón tenía algo de él, ahora que no estaba presente, y se lo podía imaginar de pie en un rincón, al lado del caballete, con el pincel en la mano, mirando por la ventana cosas que habían muerto y desaparecido.

Cerca del caballete había unos lienzos colocados de cara a la pared y Mary les

dio la vuelta por curiosidad. Uno era una iglesia vista por dentro –su iglesia, supuso–, pintada un atardecer de verano, parecía, con la nave en sombra. Sobre los arcos se apreciaba un curioso resplandor verde que se extendía hasta el tejado, una luz repentina e inesperada que se le quedó prendida en la memoria después de dejar el cuadro a un lado, hasta que volvió a mirarlo y a sopesarlo.

Tal vez ese resplandor verde fuera una reproducción fiel, un efecto propio de la iglesia de Altarnun, pero a pesar de todo proyectaba una luminosidad misteriosa y obsesiva sobre el cuadro; Mary concluyó que, si tuviera casa propia, no lo colgaría en las paredes.

No habría encontrado palabras para describir la sensación de incomodidad que le inspiraba, pero era como si un espíritu que no conociese la iglesia hubiera entrado a ciegas y hubiera impregnado el ambiente de la nave en sombra con su aliento extraño. Siguió mirando cuadros y todos tenían ese mismo verdor, y con la misma intensidad. El color oscuro y el contorno mismo de las nubes, que empequeñecían el cuadro siguiente y dominaban la escena con esa luz verde que imperaba sobre toda la obra, echaban a perder lo que podía haber sido un estudio sorprendente del páramo de Brown Willy un día de primavera, con las nubes altas apostadas detrás de la peña.

Por primera vez se preguntó si por ser albino de nacimiento, un fenómeno de la naturaleza, se le habría modificado la percepción del color y, por lo tanto, tuviera la visión anormal y distorsionada. Podía ser una explicación, pero, a pesar de todo, la sensación de incomodidad no disminuyó cuando dejó los lienzos en su sitio, de cara a la pared. Siguió mirando la habitación, aunque había poco que ver, solo unos pocos muebles y ningún adorno ni libros. Ni siquiera había correspondencia en un escritorio que parecía no usarse a menudo. Tocó la pulida superficie preguntándose si se sentaría allí el vicario a redactar los sermones y de repente, injustificablemente, abrió el estrecho cajón del mueble. Estaba vacío y se avergonzó en ese mismo momento. Iba a cerrarlo cuando se fijó en que una esquina del papel que lo forraba estaba doblada y en la otra cara había un dibujo. Sacó el papel y miró el dibujo. Representaba una vez más el interior de una iglesia, pero con la congregación en los bancos y el vicario en el púlpito. Al principio no vio nada fuera de lo normal; se trataba de un tema natural para un vicario diestro con el lápiz; pero al mirarlo más de cerca se dio cuenta de lo que

era.

No era un dibujo cualquiera, era una caricatura tan grotesca como horrible. Las feligresas llevaban cofia y toquilla e iban ataviadas con sus mejores galas, como si fuera domingo, pero les había puesto una cabeza de oveja sobre los hombros, en vez de rostro humano; los animales miraban boquiabiertos al vicario, como atontados, con una solemnidad bobalicona y vacua, y tenían las pezuñas unidas como si rezaran. Las facciones de cada oveja estaban detalladas con esmero, como si representaran almas vivas, pero la expresión era igual en todas ellas: la de un idiota que no sabe ni tiene interés por saber. El predicador, con su sotana negra y el halo del pelo, era el propio Francis Davey, pero se había puesto cara de lobo, y el lobo se reía del rebaño que estaba a sus pies.

Era una burla blasfema y terrible. Mary dio la vuelta al papel rápidamente y lo dejó en su sitio, con la cara en blanco hacia arriba; después cerró el cajón, se alejó del escritorio y volvió a sentarse en el sillón al lado del fuego. Había descubierto un secreto, pero habría preferido que siguiera siéndolo. No era un asunto de su incumbencia, sino entre el dibujante y su Dios.

Oyó pasos que se acercaban a la casa, se levantó a toda prisa y alejó la luz del sillón para que, cuando entrara él, no le viera la cara.

El sillón estaba de espaldas a la puerta y se quedó sentada esperando a que llegara; pero tardó tanto que al final se volvió a ver si oía pasos y entonces lo descubrió detrás del sillón, pues había entrado desde el vestíbulo sin hacer ruido. Lo miró, sorprendida, y él se colocó en la luz y se disculpó por aparecer tan de repente.

—Discúlpeme —dijo—, seguro que no me esperaba tan pronto y he irrumpido bruscamente en sus sueños.

Mary hizo un movimiento negativo con la cabeza y balbució una excusa. A continuación, mientras se quitaba el abrigo y se ponía delante del fuego con su atuendo clerical, le preguntó qué tal se encontraba y si había dormido bien.

—¿Ha comido algo hoy? —añadió.

Mary le dijo que no, él sacó el reloj, lo consultó —faltaban unos minutos para las seis— y comparó la hora con la del reloj que había en el escritorio.

—Ya cenó un día conmigo, Mary Yellan, y volverá a hacerlo, pero esta vez, si es posible y ha descansado bien, ponga usted la mesa y traiga la bandeja de la

cocina. Hannah la habrá dejado preparada, no es necesario molestarla otra vez. Yo tengo que escribir un par de cosas, es decir, si no tiene inconveniente.

Le aseguró que había descansado bien y que nada le gustaría más que ser útil; él asintió y dijo:

–A las siete menos cuarto. –Y le dio la espalda.

Mary dedujo que podía retirarse.

Se fue a la cocina un poco desconcertada por la súbita aparición del vicario, pero se alegró de disponer de media hora más para sí misma, porque cuando él llegó no estaba preparada para sostener una conversación. Tal vez la cena fuera breve y, cuando terminaran, él volvería al escritorio y la dejaría con sus pensamientos. Se arrepintió de haber abierto el cajón. El desagradable recuerdo de la caricatura no se le iba de la cabeza. Estaba como un niño cuando descubre algo que sus padres le han prohibido y agacha la cabeza, avergonzado y culpable, temeroso de que la lengua lo traicione. Le habría resultado más cómodo cenar sola en la cocina, que la tratara como a una criada, no como a un huésped. Pero así estaban las cosas, su posición no estaba clara, porque el vicario mezclaba de una forma muy curiosa la cortesía y las órdenes. Se entretuvo preparando las cosas, cómoda entre los olores familiares de la cocina, y esperó de mala gana la llamada del reloj. El de la iglesia dio la hora y no le dejó excusa, así que llevó la bandeja al salón con la esperanza de que la expresión de la cara no revelara lo que sentía.

El vicario estaba de espaldas al fuego y había dispuesto la mesa frente a la chimenea. Aunque Mary no lo miró, notaba que él no le quitaba la vista de encima y, cohibida, se movía con torpeza. También se dio cuenta de que había hecho algunos cambios en la habitación y vio de soslayo que había desmontado el caballete y retirado los cuadros de la pared. Por primera vez, el escritorio estaba desordenado, lleno de papeles y correspondencia, y también había quemado cartas, porque se veían restos amarillentos y ennegrecidos entre las cenizas, debajo del fuego de turba.

Se sentaron juntos a la mesa y él le sirvió empanada fría.

–¿A Mary Yellan se le ha acabado la curiosidad, que no me pregunta lo que he hecho en todo el día? –dijo un rato después, en un leve tono de burla que sacó a Mary los colores de la culpabilidad inmediatamente.

–Lo que usted haga no es asunto mío –respondió ella.

–En eso se equivoca –replicó él–, sí que es asunto suyo. He estado todo el día entrometiéndome en sus asuntos. Me pidió ayuda, ¿no es así?

Mary estaba avergonzada y no sabía qué responder.

–Todavía no le he dado las gracias por haber acudido tan rápidamente a la posada Jamaica –dijo–, ni por la cama de anoche ni por el sueño de hoy. Debe de pensar que soy muy desagradecida.

–Yo no he dicho eso. Solo me admira la paciencia que tiene. No habían dado las dos cuando la dejé durmiendo esta madrugada, y ahora son las siete de la tarde. Son muchas horas, y las cosas no se hacen solas.

–Entonces ¿no se fue a dormir después de dejarme?

–Dormí hasta las ocho. Después desayuné y me fui otra vez de casa. Mi caballo gris estaba cojo y no podía montarlo, así que el trayecto fue lento con la jaca. Me llevó a paso de tortuga a la posada Jamaica y después a North Hill.

–¿Ha ido a North Hill?

–El señor Bassat me invitó a almorzar. Éramos ocho o diez comensales, diría, cada cual dando a voces su opinión al que tenía al lado, que no le prestaba atención. El almuerzo se alargó y me alegré de que terminara. Sin embargo, todos estábamos de acuerdo en que el asesino de su tío no disfrutaría de libertad mucho tiempo.

–¿El señor Bassat sospecha de alguien? –preguntó Mary en tono cauteloso, sin apartar los ojos del plato.

La comida le sabía a serrín.

–El señor Bassat es capaz de sospechar hasta de sí mismo. Ha interrogado a todo el que vive en quince kilómetros a la redonda, y los desconocidos que andaban por ahí son legión. Tardará una semana o más en sacarles la verdad a todos, pero le da igual, el señor Bassat no se arredra.

–¿Qué han hecho con... con mi tía?

–Se los llevaron a los dos a North Hill esta mañana, los enterrarán allí. Todo eso ya está arreglado y no tiene usted que preocuparse de nada. En cuando a lo demás... bueno, ya veremos.

–Y ¿el buhonero? ¿No lo ha soltado?

–No, está a buen recaudo bajo llave y candado, no deja de maldecir al aire. El

buhonero no me preocupa, y creo que a usted tampoco.

Mary bajó el tenedor que se había llevado a los labios y dejó la carne en el plato otra vez sin probarla.

–¿Qué quiere decir? –preguntó a la defensiva.

–Digo que el buhonero no le preocupa, y la comprendo: mis ojos no habían tropezado jamás con un personaje tan desagradable y repulsivo. Según Richards, el mozo de cuadra, usted sospechaba que era el asesino, y así se lo dijo usted al señor Bassat. De ahí mi conclusión de que ese tipo no le preocupa. Es una lástima para todos que el cuarto cerrado demuestre su inocencia. Habría sido un excelente chivo expiatorio y nos habría evitado muchas complicaciones.

El vicario siguió comiendo con buen apetito, pero Mary solo jugueteaba con la comida, y, cuando él le preguntó si quería repetir, le dijo que no.

–¿Qué ha hecho el buhonero, que le produce semejante disgusto? –inquirió, insistiendo en el asunto con pertinacia.

–Me atacó en una ocasión.

–Eso pensaba. Es un buen ejemplar de su especie. Y usted se resistió, naturalmente.

–Creo que le hice daño. No volvió a tocarme.

–No, supongo que no. ¿Cuándo le sucedió?

–En Nochebuena.

–¿Después de que la dejara yo en Five Lanes?

–Sí.

–Empiezo a comprender. Entonces ¿usted no volvió a la posada aquella noche? ¿Se encontró con el patrón y su banda en la calzada?

–Sí.

–Y ¿se la llevaron a la playa para que todo fuera más divertido?

–Por favor, señor Davey, no me haga más preguntas. Prefiero no hablar de aquella noche, ni ahora ni mañana ni nunca. Hay cosas que es mejor enterrar muy hondo.

–No hablará más de ello, Mary Yellan. Me repruebo el haberla dejado terminar el viaje sola. Viéndola ahora, con esos ojos límpidos y ese cutis claro, con esa forma de llevar la cabeza y sobre todo por el gesto de la mandíbula, no se percibe el rastro de lo que tuvo que soportar. La palabra de un párroco no vale gran

cosa... pero reconozco que ha demostrado usted una gran fortaleza. La admiro.

Mary levantó la vista, pero enseguida volvió a bajarla y se puso a desmigajar un trocito de pan con la mano.

—Cuando pienso en el buhonero —continuó él poco después, al tiempo que se servía un plato generoso de compota de ciruelas damascenas— me parece un gran descuido que el asesino no mirase en el cuarto cerrado. Tal vez tenía el tiempo en contra, pero tomarse uno o dos minutos más no habría supuesto una gran diferencia, y sin duda lo habría hecho todo mejor.

—¿En qué sentido, señor Davey?

—Pues poniendo fin al buhonero.

—¿Quiere decir que también debería haberlo matado?

—Exactamente. El buhonero no es un orgullo para el mundo mientras viva en él, y al menos muerto serviría de comida a los gusanos. Es mi opinión. Y lo que es más, si el asesino hubiera sabido que la había atacado a usted, habría tenido motivo suficiente para matarlo dos veces.

Mary cortó un trocito de tarta, aunque no lo quería, y se obligó a llevársela a los labios. Fingir que comía la ayudaba a mantener la compostura. Sin embargo, le temblaba la mano que sujetaba el cuchillo y se le cayó el trocito que había cortado.

—No sé qué relación guarda eso conmigo —dijo.

—Tiene una opinión muy modesta de sí misma —respondió él.

Siguieron comiendo en silencio, Mary, con la cabeza baja y los ojos fijos en el plato. El instinto le decía que ese hombre jugaba con ella como un pescador con su caña. Por último no pudo soportarlo más y tuvo que hacerle una pregunta.

—Entonces ¿el señor Bassat y los demás no han adelantado mucho, en realidad, y el asesino todavía anda suelto?

—¡Ah! Pero no nos hemos movido tan despacio. Se ha hecho algún progreso. El buhonero, por ejemplo, en un intento vano de salvar el pellejo, ha actuado como testigo de la Corona lo mejor que ha sabido, aunque no le ha servido de mucho. Nos deleitó con un crudo relato del trabajo que se hizo en la costa en Nochebuena, en el que afirma que no participó, y con retazos de las actividades de los meses anteriores. Habló de los carros que iban a la posada Jamaica por la noche, entre otras cosas, y nos dio el nombre de sus aliados, es decir, los que

sabía. Al parecer se trataba de una organización mucho mayor de lo que se suponía hasta el momento.

Mary no dijo nada. Cuando él le ofreció ciruelas dijo que no con un gesto.

–Lo cierto –continuó el vicario– es que llegó al extremo de insinuar que el patrón de la posada Jamaica era el jefe en apariencia, pero que en realidad su tío obedecía órdenes de alguien que estaba por encima. Esto, naturalmente, nos dio una perspectiva distinta de todo el asunto. Los caballeros se exaltaron e incluso se alteraron. ¿Qué opina usted de lo que dijo el buhonero?

–Es posible, desde luego.

–Si mal no recuerdo, en una ocasión usted me insinuó lo mismo, ¿verdad?

–Tal vez; no me acuerdo.

–En ese caso, podría parecer que el cabecilla desconocido y el asesino fueran una y la misma persona. ¿No le parece?

–Sí, claro, supongo que sí.

–Esto reduciría considerablemente las posibilidades. Podemos descontar a toda la chusma de la banda y buscar a una persona con cerebro y personalidad. ¿Alguna vez vio a alguien de estas características en la posada Jamaica?

–No, nunca.

–Se movería sin ser visto, posiblemente aprovechando el silencio de la noche, cuando usted y su tía estaban en la cama, durmiendo. No llegaría por la calzada, porque entonces usted habría oído los cascos del caballo. Pero siempre existe la posibilidad de que fuera a pie, ¿no es así?

–Sí, siempre existe esa posibilidad, como usted dice.

–En cuyo caso ese hombre conoce el páramo, o al menos los alrededores. Uno de los caballeros sugirió que tenía que vivir cerca, es decir, a una distancia que se domine a pie o a caballo. Y por ese motivo el señor Bassat quiere interrogar a todos los habitantes en quince kilómetros a la redonda, como le conté al principio de la cena. De esta forma se va cerrando la red alrededor del asesino, y, si se descuida un poco, lo atraparán. De eso estamos convencidos todos. ¿Ya ha terminado? Ha comido muy poco.

–No tengo hambre.

–Lo siento. Hannah va a creer que no hemos sabido apreciar su empanada fría. ¿Le he dicho que he visto a un conocido suyo hoy?

–No, no me lo ha dicho. Usted es el único amigo que tengo.

–Gracias, Mary Yellan. Es un halago hermoso y lo recordaré como se merece. Pero no me ha dicho usted la estricta verdad, y lo sabe. Tiene un conocido, me lo contó usted misma.

–No sé a quién se refiere, señor Davey.

–¡Vamos, vamos! ¿Acaso no la llevó a la feria de Launceston el hermano del patrón?

Mary se apretó las manos por debajo de la mesa y se clavó las uñas en la carne.

–¿El hermano del patrón? –repitió, para ganar tiempo–. No lo he vuelto a ver desde entonces. Creo que se ha ido.

–No. Lo han visto en el distrito después de Navidad. Me lo dijo él mismo. Y, por cierto, le había llegado la noticia de que está refugiada en mi casa y me ha dado un recado para usted. «Dígale que lo siento muchísimo», eso es lo que me dijo. Supongo que se refería a su tía.

–Y ¿no dijo nada más?

–Creo que habría dicho algo más, pero nos interrumpió el señor Bassat.

–¿El señor Bassat estaba allí cuando habló con usted?

–Sí, claro. Había varios caballeros más en la habitación. Fue precisamente poco antes de volver de North Hill esta tarde, cuando dimos la sesión de hoy por terminada.

–¿Por qué estaba Jem Merlyn en esa sesión?

–Tenía derecho, supongo, como hermano del difunto. No parecía muy conmovido por la pérdida, tal vez no se llevaban bien.

–¿El... el señor Bassat y los demás caballeros lo interrogaron?

–Hablaron mucho entre ellos todo el día. Al parecer el joven Merlyn posee inteligencia. Sus respuestas eran muy astutas. Debe de tener un cerebro mucho mejor que el de su hermano. Me dijo usted que vivía precariamente en alguna parte, si no yerro. Robaba caballos, creo recordar.

Mary asintió. Hacía dibujitos en el mantel con los dedos.

–Por lo visto es a lo que se dedicaba cuando no había nada mejor que hacer –dijo el vicario–, pero llegó la oportunidad de poner la inteligencia en juego, la aprovechó, y no se lo reprocho, supongo. Sin duda le pagaron bien.

La voz suave le atacaba los nervios, se los ponía de punta a cada palabra, y

comprendió que la había derrotado, que no podía seguir fingiendo indiferencia. Levantó la cara y lo miró directamente con los ojos cargados de angustia y abrió las manos en actitud de súplica.

—¿Qué le van a hacer, señor Davey? —le preguntó—. ¿Qué le van a hacer?

Los ojos claros e inexpresivos le devolvieron la mirada y fue la primera vez que vio pasar una sombra por ellos, como un chispazo de sorpresa.

—¿Hacerle? —dijo, evidentemente confundido—. ¿Por qué habrían de hacerle algo? Supongo que ha quedado en paz con el señor Bassat y no tiene nada más que temer. No creo que le echen en cara ninguno de sus anteriores pecados, después del servicio que les ha hecho.

—No lo comprendo. ¿Qué servicio les ha hecho?

—Esta noche no está usted tan despierta como de costumbre, Mary Yellan, y parece que soy yo el que habla con enigmas. ¿Sabía que Jem Merlyn denunció a su hermano?

Se quedó mirándolo con cara de tonta, tenía el cerebro obstruido, se negaba a funcionar. Repetía lo que decía él como un niño que aprende una lección.

—¿Jem Merlyn denunció a su hermano?

El vicario apartó el plato y empezó a colocar las cosas en la bandeja.

—Sí, claro —dijo—, eso me dio a entender el señor Bassat. Por lo visto fue él quien se puso de acuerdo con su amigo en Launceston en Nochebuena y se lo llevó a North Hill a modo de experimento. «Me has robado el caballo y eres un canalla tan grande como tu hermano —le dijo—. Puedo meterte en la cárcel mañana mismo y no volverías a ver un caballo en doce años o más. Pero seguirás libre si me proporcionas pruebas de que tu hermano, el de la posada Jamaica, es el hombre que creo que es.» Su joven amigo le pidió tiempo y cuando venció el plazo se negó: «No —le dijo—, si lo quiere, vaya a buscarlo usted. Que me muera si hago tratos con la justicia». Pero el señor Bassat le puso un anuncio oficial delante de las narices y le dijo: «En Nochebuena sufrimos el peor naufragio desde que el Lady of Gloucester se estrelló en la costa de Padstow el invierno pasado. ¿No va a cambiar de opinión ahora?». En cuanto al resto del acuerdo, el señor Bassat dijo muy poco que yo pudiera oír, recuerde que la gente no dejaba de ir y venir, pero supongo que su amigo se libró de la cadena, aprovechó la noche para cumplir su parte y volvió ayer por la mañana, cuando todos lo daban

por perdido para siempre. Fue directamente a hablar con el señor Bassat a la salida de la iglesia y, con toda la frialdad del mundo, le dijo: «Muy bien, señor Bassat, tendrá usted su prueba». Por eso creo que, como le he dicho hace un momento, Jem Merlyn tiene más cabeza que su hermano.

El vicario había retirado todos los platos de la mesa y había dejado la bandeja en una esquina, pero se quedó con las piernas estiradas delante del fuego, muy cómodo en su estrecha silla de respaldo alto. Mary no se fijaba en lo que hacía. Tenía la mirada perdida en el aire y la cabeza completamente ida con la información que acababa de recibir, pues las pruebas que con tanto temor y tanto dolor había reunido contra el hombre al que amaba se habían derrumbado como un castillo de naipes.

–Señor Davey –dijo, hablando lentamente–, creo que soy la persona más necia de todo Cornualles.

–Eso creo yo también, Mary Yellan –dijo el vicario.

El tono seco, tan cortante en comparación con la voz amable que conocía, era un reproche en sí mismo y lo aceptó con humildad.

–Pase lo que pase –continuó ella–, ahora puedo afrontar el futuro con valentía y sin avergonzarme.

–Me alegro –dijo él.

Mary se apartó el pelo de la cara y sonrió por primera vez desde que el vicario la conocía. Por fin desaparecieron la ansiedad y el temor.

–¿Qué más hizo o dijo Jem Merlyn? –le preguntó.

El vicario echó una ojeada al reloj y volvió a dejarlo en su sitio con un suspiro.

–Me gustaría tener tiempo para contárselo –dijo–, pero ya son casi las ocho. Las horas vuelan para los dos. Creo que, de momento, ya hemos hablado bastante de Jem Merlyn.

–Dígame una cosa: ¿estaba en North Hill cuando se fue usted?

–Sí. Lo cierto es que fue su último comentario lo que me instó a volver rápidamente a casa.

–¿Qué le dijo?

–No se dirigió a mí, sino que anunció que tenía intención de hacer una visita al herrero de Warleggan esta misma noche.

–Señor Davey, ahora está usted jugando conmigo.

–Le aseguro que no. Warleggan está a un buen trecho de North Hill, pero me atrevería a decir que Jem Merlyn sabe encontrar el camino en la oscuridad.

–¿Qué más le da a usted que vaya a ver al herrero?

–Va a enseñarle el clavo que encontró entre el brezo de detrás de la posada Jamaica. Es un clavo de herradura de caballo, y como Jem Merlyn es ladrón de caballos, reconoce el trabajo de todos los herreros de los páramos. «Mire esto –le dijo al señor Bassat–. Lo encontré esta mañana en el campo de detrás de la posada. Ahora que la reunión ha terminado y ya no me necesita para nada, me voy a Warleggan, con su licencia, y se lo voy a restregar a Tom Jory por la cara para que vea lo mal que trabaja.»

–Bueno, y ¿qué? –dijo Mary.

–Ayer fue domingo, ¿verdad? Y los domingos ningún herrero trabaja, a menos que sienta un gran respeto por su cliente. Ayer solo pasó un viajero por la fragua de Tom Jory y le rogó que le pusiera un clavo nuevo a su caballo cojo; a todo esto, sería sobre las siete de la tarde, supongo. Y después el viajero continuaría su viaje con destino a la posada de Jamaica.

–¿Cómo sabe todo esto? –preguntó Mary.

–Porque el viajero era el vicario de Altarnun –dijo él.

Capítulo XVII



Se hizo el silencio en el salón. Aunque el fuego ardía más alegremente que nunca, el aire se enfrió de pronto. Cada uno esperaba que el otro hablara y Mary Yellan oyó tragar saliva a Francis Davey. Poco después lo miró a la cara y vio lo que esperaba: los ojos claros la miraban fijamente desde el otro lado de la mesa, pero ya no eran fríos, sino que ardían en la máscara blanca de su rostro como antes vivos al fin. Ahora Mary sabía lo que él quería que supiera, pero no decía nada; prefería la ignorancia como recurso protector y dejaba pasar el tiempo, el único aliado que podía tener a su favor.

El vicario la instaba a hablar con la mirada y ella siguió calentándose las manos en el fuego. Con una sonrisa forzada dijo:

—Esta noche se divierte usted con los misterios, señor Davey.

Él no respondió enseguida; lo oyó tragar saliva otra vez; después el vicario se inclinó hacia delante en la silla y cambió bruscamente de tema.

—Perdió usted la confianza en mí hoy, antes de que volviera —le dijo—. Fue al escritorio y encontró un dibujo que la inquietó. No, no la vi; no soy de los que miran por el ojo de la cerradura, pero me fijé en que el papel no estaba en la misma posición. Y se preguntó lo que ya se había preguntado antes: «¿Qué clase de hombre es este vicario de Altarnun?». Y cuando oyó mis pasos en la entrada se encogió en el sillón, frente al fuego, en vez de mirarme a la cara. No me rehúya, Mary Yellan; ya no es necesario que finjamos, podemos ser sinceros el uno con el otro.

Mary se volvió hacia él y apartó la mirada otra vez: le dio miedo leer lo que decían sus ojos.

—Siento mucho haberme acercado al escritorio —dijo—; es una falta imperdonable y todavía no me explico cómo pude hacerlo. En cuanto al dibujo, no entiendo de esas cosas y no sé si es bueno o malo.

—Da igual que sea bueno o malo, la cuestión es que la asustó, ¿verdad?

—Sí, señor Davey, me asustó.

—Y entonces se dijo otra vez: «Este hombre es un fenómeno de la naturaleza y su mundo no es el mismo que el mío». En eso tiene razón, Mary Yellan. Vivo en el pasado, cuando el hombre no era tan humilde como hoy. Ah, pero no me refiero a los héroes prototípicos de la historia, con su jubón, sus calzas y su calzado de punta, esos nunca han sido amigos míos; me refiero a los de mucho antes, en el principio de los tiempos, cuando los ríos y el mar eran uno y lo mismo y los dioses antiguos caminaban por los montes.

Se levantó de la silla y se quedó frente a la chimenea, delgado, vestido de negro, pelo y ojos blancos, la voz amable ahora, como ella la conocía.

—Si fuera usted un estudiante, lo entendería —dijo—, pero es una mujer que vive en el siglo XIX, por eso mi lenguaje le resulta extraño. Sí, soy un fenómeno de la naturaleza y un fenómeno del tiempo. No soy de aquí y estoy resentido con esta época y con la humanidad. Es muy difícil encontrar la paz en el siglo XIX. Ya no hay silencio, ni siquiera en las montañas. Creí que lo encontraría en la Iglesia cristiana, pero el dogma me repugna y toda la fundación está construida sobre un cuento de hadas. El propio Jesucristo es una figura metafórica, una marioneta creada por el hombre.

»No obstante, hablaremos de estas cosas más adelante, cuando estemos lejos del fragor de la persecución. Nos espera la eternidad. Al menos contamos con una ventaja: no tenemos ataduras ni equipaje, podemos viajar ligeros, como se viajaba antaño.

Mary lo miró agarrándose con fuerza a los lados del sillón.

—No lo entiendo, señor Davey.

—Oh, sí, me entiende muy bien. Ahora ya sabe que maté al patrón de la posada Jamaica, y también a su mujer; tampoco el buhonero habría sobrevivido si hubiera sabido de su existencia. Ha completado usted lo sucedido mentalmente ahora mismo, mientras yo hablaba. Sabe que era yo el que dirigía hasta el último movimiento de su tío y que él solo era el jefe en apariencia. Muchas veces me he sentado aquí con él, en el sillón que ocupa usted, con el mapa de Cornualles desplegado en la mesa ante nosotros. Joss Merlyn, el terror de la comarca, retorció el sombrero entre las manos y se tocaba el flequillo cuando le dirigía la palabra. Era como un niño en este juego, impotente sin mis órdenes, un pobre fanfarrón que apenas distinguía su mano izquierda de la derecha. Su vanidad era

como un vínculo entre los dos, y cuanta mayor notoriedad alcanzaba entre sus aliados, más me satisfacía a mí. Hicimos muchas cosas con gran éxito y fue un buen servidor; nadie más conocía el secreto de nuestra asociación.

»Usted, Mary Yellan, ha sido el escollo en el que tropezamos. Cayó entre nosotros con sus grandes ojos inquisitivos y su noble y curiosa cabeza, y supe que el final estaba cerca. En cualquier caso, habíamos llevado el juego hasta el límite y era el momento adecuado. ¡Cuánto me dio la lata con su valor y su conciencia y cuánto la he admirado por ello! Naturalmente, tuvo que oírme en la posada, en la habitación de huéspedes vacía, y tuvo que bajar sigilosamente a la cocina y ver la sogá colgada en la viga: ese fue su primer desafío.

»Y después sale furtivamente al páramo detrás de su tío, que iba a reunirse conmigo en Roughtor; lo pierde de vista en la oscuridad, se encuentra precisamente conmigo y me hace confidencias. Bien, me convertí en su amigo, ¿no es eso?, la aconsejé bien y créame que ni el alguacil lo habría hecho mejor. Su tío no sabía nada de nuestra extraña alianza ni la habría entendido. Se granjeó la muerte por méritos propios, por desobedecer. Algo sabía yo de su determinación, Mary, de que lo traicionaría usted con la primera excusa que le proporcionara. Por lo tanto, no debía proporcionársela y, con el tiempo, usted olvidaría sus sospechas. Pero en Nochebuena su tío tuvo que emborracharse hasta la locura y cometer el más necio y salvaje de los errores, que puso a toda la comarca en guardia. En ese momento supe que se había traicionado él solo y, cuando se viera con la sogá al cuello, jugaría la última carta y diría el nombre de su amo. Por lo tanto, tenía que morir, Mary Yellan, y su tía, que era su sombra, también; y si hubiera estado usted en la posada aquella noche cuando pasé por allí... no, usted no.

Se agachó, le cogió las dos manos y la puso de pie para que estuviera al mismo nivel y lo mirara a los ojos.

—No —repitió—, usted no habría muerto. Se habría venido conmigo como vendrá esta noche.

Mary lo miró a los ojos. No le dijeron nada... estaban tan transparentes y fríos como siempre; pero le apretaba las muñecas con firmeza, sin el menor indicio de querer soltarla.

—Se equivoca —le dijo—, me habría matado aquella noche como me matará

ahora. No voy a ir con usted, señor Davey.

–¿Muerte o deshonor? –dijo él sonriendo; la fina línea de la boca rompía la máscara de la cara–. No la pongo en semejante disyuntiva. Todo lo que sabe del mundo lo ha aprendido en libros viejos, Mary, en los que el malo se tapa la cola con la capa y echa fuego por el hocico. Usted ha resultado ser una oponente peligrosa y prefiero tenerla de mi parte; bueno, esto es un halago. Es joven y posee cierta gracia que no me gustaría destruir. Por otra parte, con el tiempo recogeremos los cabos sueltos de nuestra amistad primera, que esta noche hemos perdido.

–Tiene razón al tratarme como a una niña y como a una necia, señor Davey –dijo ella–. He sido las dos cosas desde que tropecé con su caballo aquella noche de noviembre. La amistad que hayamos podido iniciar ha sido una burla y un deshonor, me dio usted consejo cuando tenía fresca en las manos la sangre de un inocente. Al menos mi tío era sincero; borracho o sobrio, pregonaba sus delitos a los cuatro vientos y soñaba con ellos por la noche... y los sueños lo aterrizzaban. Pero usted... usted se protege de las sospechas con vestiduras de sacerdote de Dios; se oculta detrás de la Cruz. Me habla de amistad...

–Ese rechazo y esa indignación me complacen mucho, Mary Yellan –contestó él–. Posee la misma vena de fuego que las mujeres de la antigüedad. Tenerla por compañera no es cosa que se pueda desechar. Vamos, dejemos la religión fuera de esto. Cuando me conozca mejor volveremos a ella y le contaré cómo busqué refugio en el cristianismo y descubrí que se fundaba en el odio, los celos, la codicia... todos los atributos del hombre civilizado, en tanto la antigua barbarie pagana estaba desnuda y limpia.

»Tengo el alma enferma... Pobre Mary, la que pisa con pie veloz el siglo XIX y me mira con su asombrada cara de fauno, a mí, que me reconozco un fenómeno de la naturaleza y una vergüenza en su reducido mundo. ¿Está preparada? Su capa está colgada en el vestíbulo y yo estoy esperando.

Mary retrocedió hasta la pared con la mirada puesta en el reloj; pero él todavía la sujetaba por las muñecas, y se las apretó más.

–Entiéndame –le dijo amablemente–, no hay nadie más en la casa, lo sabe, nadie oiría unos gritos lastimosos y vulgares. La buena de Hannah está en su cabaña, al amor del fuego, en el lado opuesto de la iglesia. Soy más fuerte de lo

que supone. Un pobre hurón blanco parece muy frágil, pero engaña, ¿verdad? Sin embargo, su tío conocía mi fuerza. No quiero hacerle daño, Mary Yellan, ni echar a perder su belleza solo por defender el silencio; pero es lo que me verá obligado a hacer si se opone a mí. Veamos, ¿dónde está ese espíritu aventurero que ha hecho suyo? ¿Dónde su valentía y su gallardía?

Mary vio en el reloj que seguramente había traspasado el límite de tiempo del que disponía. El vicario disimulaba bien la impaciencia, pero estaba ahí, en la chispa de los ojos y en la forma de apretar los labios. Eran las ocho y media, Jem ya habría hablado con el herrero de Warleggan. Habría unos veinte kilómetros hasta Altarnun, pero no más. Y Jem no era tan necio como lo había sido ella. Pensó rápidamente, calculando las posibilidades de éxito y de fracaso. Si se iba ahora con Francis Davey sería una carga y un freno en su avance: era inevitable y seguro que contaba con ello. Lo perseguirían, le pisarían los talones, y la presencia de ella lo traicionaría al final. Si se negaba a ir con él, en el mejor de los casos le clavaría un cuchillo en el corazón, porque, a pesar de los halagos, no cargaría con una compañera herida.

Le había dicho que tenía gallardía y espíritu de aventura. Bien, ahora le demostraría hasta dónde podía llevarla la valentía, y también que sabía jugar con su vida igual que él. Si estaba loco, que era lo que ella creía, esa misma locura sería la causa de su destrucción; en caso contrario, seguiría siendo el mismo escollo que había sido para él desde el principio, y sus trucos femeninos estarían a la altura del cerebro masculino de él. Tenía el derecho a su favor, y la fe en Dios, y él era un marginado en un infierno que él mismo se había creado.

Tomó una determinación, sonrió y lo miró a los ojos.

–Voy con usted, señor Davey –le dijo–, pero seré una espina clavada en la carne y una piedra en el camino. Al final lo lamentaré.

–Me da igual que venga como amiga o como enemiga –replicó–. Será la cruz que llevo a cuestas, razón de más para quererla. Pronto desechará esos amaneramientos y todos los tristes adornos de cultura que mamó y asimiló de pequeña. Yo la enseñaré a vivir, Mary Yellan, como no viven los hombres ni las mujeres desde hace cuatro mil años o más.

–No encontrará en mí buena compañía para el camino, señor Davey.

–¿Camino? ¿Quién habla de caminos? Iremos por el páramo y por los montes,

pisaremos granito y brezo, como los druidas en la antigüedad.

Mary podía haberse reído en su cara, pero él se volvió hacia la puerta, la abrió y le cedió el paso; ella hizo una burlona inclinación de cabeza y salió al pasillo. La dominaba el espíritu aventurero y el vicario no le inspiraba miedo, tampoco la noche. Ahora todo daba igual, porque el hombre al que amaba estaba libre y no se había manchado las manos de sangre. Podía amarlo sin reparos y decirlo a voces, si quisiera; sabía lo que había hecho por ella y volvería a su lado. Se lo imaginó cabalgando por la calzada, persiguiéndolos, y le oyó lanzar un desafío y un grito de victoria.

Siguió a Francis Davey al establo; los caballos ya estaban ensillados, cosa que no se esperaba.

—¿No vamos a ir en el calesín? —le preguntó.

—¿No le parece que es usted estorbo suficiente para tener que añadir más impedimenta? —contestó él—. No, Mary, tenemos que viajar ligeros y libres. Usted sabe montar; no hay granjera que no sepa montar; y yo le llevaré las riendas. Mas, ¡ay! Lo que no puedo prometerle es velocidad, porque la jaca ha galopado mucho hoy y nos lo echaría en cara; en cuanto al gris, está cojo, como ya sabe, y no nos llevaría muy lejos. ¡Ah, Restless! ¡Si al menos supieras que tienes la mitad de la culpa de este viaje! Cuando perdiste el clavo en el brezal traicionaste a tu amo. En castigo, llevarás a una mujer en tu lomo.

La noche estaba oscura, el ambiente, húmedo y desagradable y hacía un viento helado. Nubes bajas cubrían el cielo y ocultaban la luna. No habría luz en el camino y los caballos viajarían sin ser vistos. Parecía que la primera jugada iba en contra de Mary: la noche favorecía al vicario de Altarnun. Mary montó en el caballo preguntándose si un grito brutal de socorro despertaría al pueblo dormido, pero en el momento en que esta idea se le pasó por la cabeza notó la mano del vicario en el pie, que se lo colocaba en el estribo, y al mirarlo vio brillar el acero debajo del capote; él levantó la cabeza y sonrió.

—Sería una jugada estúpida, Mary —le dijo—. En Altarnun la gente se retira pronto a dormir y antes de que se espabilaran un poco y se frotaran los ojos yo ya estaría lejos, en el páramo, y usted... usted yacería boca abajo con la alta hierba por almohada y su juventud y su hermosura echadas a perder. Vamos, si tiene las manos y los pies fríos, se le calentarán con la cabalgada e irá muy a

gusto en Restless.

Mary no dijo nada, solo cogió las riendas. Ya había llegado muy lejos en el juego de azar y debía jugar hasta el final.

El vicario montó la jaca baya, con el gris atado a él por las riendas principales, e iniciaron el fantástico viaje como dos peregrinos.

Al pasar por la silenciosa iglesia, en sombra y cerrada, y dejarla atrás, el vicario se quitó el sombrero de teja negro e hizo una floritura.

—Tenía que haberme oído predicar —dijo en voz baja—. Se sentaban en los bancos como ovejas, exactamente como los dibujé, con la boca abierta y el alma dormida. La iglesia era un techo que los cobijaba y cuatro paredes de piedra y, como estaba bendecida por manos humanas desde el principio, creían que era un recinto sagrado. No saben que los cimientos se levantan sobre los huesos de sus predecesores paganos y sobre los antiguos altares de granito en los que se ofrecían sacrificios mucho antes de que Jesucristo muriera en la cruz. A veces he ido a la iglesia a medianoche, Mary, y he oído el silencio; hay un murmullo en el aire y un susurro de inquietud que nace de las profundidades de la tierra y no conoce la iglesia de Altarnun.

Las palabras del vicario levantaron ecos en la memoria que la llevaron hasta el oscuro pasillo de la posada Jamaica. Se acordó de cuando estaba allí con su tío muerto en el suelo, de la sensación de horror y miedo que impregnaba las paredes y provenía de una causa antigua. Esa muerte era insignificante, solo la repetición de lo que había sido antes, hace mucho tiempo, cuando no había nada en el monte en el que se levantaba la posada, únicamente piedra y brezo. Recordó el estremecimiento que tuvo, como si la hubiera rozado una mano fría e inhumana; y se estremeció ahora también, mirando a Francis Davey, su pelo y sus ojos blancos: unos ojos que habían contemplado el pasado.

Llegaron al principio del páramo y al sendero agreste que llevaba al vado del río y, más allá del río, al gran corazón negro del páramo, donde no había sendas ni caminos, solamente la dura vegetación y el brezo seco. Los caballos tropezaban con las piedras a cada paso o se hundían en el terreno blando que rodeaba las ciénagas, pero Francis Davey se abría paso como un halcón desde el aire, se cernía un momento sobre la tierra, estudiaba la hierba que pisaba, vacilaba y llegaba a terreno sólido.

Las peñas se levantaban alrededor de ellos y ocultaban el mundo; los caballos se perdían por los montes. Marchaban uno al lado del otro, buscando el camino entre helechos secos a pasos cortos, inexplicables.

Mary empezaba a perder la esperanza y miró atrás, a los negros montes que la empujaban. Los kilómetros parecían eternos entre ella y Warleggan; North Hill ya era de otro mundo. Estos páramos tenían una magia antigua que los hacía inaccesibles y los agrandaba hasta la eternidad. Francis Davey conocía sus secretos y se abría paso en la oscuridad como un ciego en su casa.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Mary.

El vicario la miró sonriendo bajo el sombrero de teja y señaló al norte.

—Llegará el día en que los oficiales de la ley vigilarán las costas de Cornualles — dijo—. Se lo dije en el último viaje que hicimos, cuando cabalgó conmigo desde Launceston. Pero ni esta noche ni mañana encontraremos esa clase de interferencia; solo las gaviotas y las aves silvestres habitan los acantilados desde Boscastle hasta Hartland. El Atlántico ha sido amigo mío en otras ocasiones, algo salvaje tal vez y más despiadado de lo que me gustaría, pero amigo mío a pesar de todo. Ha oído hablar de barcos, Mary Yellan, tengo entendido, aunque últimamente prefiera no acordarse de ellos; y un barco será lo que nos lleve lejos de Cornualles.

—Entonces ¿vamos a salir de Inglaterra, señor Davey?

—¿Qué otra cosa propondría, Mary Yellan? A partir de hoy, el vicario de Altarnun será expulsado de la Santa Iglesia y se convertirá otra vez en un fugitivo. Conocerá España, Mary, y África, y aprenderá algo del sol; pisará la arena de desierto, si lo desea. Me da igual dónde vayamos; usted elegirá el destino. ¿Por qué sonrío y me dice que no?

—Sonrío porque todo lo que dice es fantástico, señor Davey, e imposible. Sabe tan bien como yo que me escaparé a la menor oportunidad, en el primer pueblo tal vez. He venido con usted esta noche porque, si no, me habría matado, pero a la luz del día, a la vista del mundo, entre el ruido de hombres y mujeres será usted tan impotente como yo ahora.

—Como guste, Mary Yellan. Estoy preparado para correr el riesgo. La encuentro muy cómoda y segura en su actitud, pero pasa por alto un detalle: la costa norte de Cornualles no se parece en nada a la del sur. Según me dijo, es

usted de Helford, donde discurren amenos senderos a la orilla del río, donde los pueblos se tocan unos con otros y hay cabañas en la calzada. La costa del norte no es tan acogedora, como verá. Está tan solitaria y viaja por ella tan poca gente como por estos páramos, y jamás verá otro rostro sino el mío hasta que alcancemos el refugio que he pensado.

–Permítame que le asegure una cosa –dijo Mary, con una actitud fanfarrona, fruto del miedo–, permítame que le asegure que tan pronto como lleguemos al mar y estemos esperando su barco de espaldas a la costa, nombre el país que nombre, África o España, ¿cree que lo seguiré y que no lo denunciaré a usted, el asesino de los hombres?

–Cuando llegue el momento lo habrá olvidado, Mary Yellan.

–¿Olvidar que ha matado a la hermana de mi madre?

–Sí, y más cosas también. Olvidará los páramos y la posada Jamaica y hasta los piececitos entrometidos que se cruzaron en mi camino. Olvidará las lágrimas que derramó en la calzada de Launceston y al joven que las provocó.

–Le complace hablar de cosas personales, señor Davey.

–Me complace poner el dedo en la llaga. ¡Oh, no se muerda el labio ni frunza el ceño! Le leo el pensamiento. Ya le he contado que he oído muchas confesiones en mi vida, conozco los sueños de las mujeres mejor que usted. En esto tengo ventaja sobre el hermano del patrón.

Sonrió otra vez, la fina línea de la boca rompía la cara, y ella desvió la mirada para no ver los ojos que la degradaban.

Siguieron cabalgando en silencio y al cabo de un rato a Mary le pareció que la oscuridad de la noche se intensificaba y el aire se cerraba; no veía los montes de alrededor, como antes. Los caballos buscaban el camino con delicadeza, se detenían constantemente y resoplaban como si tuvieran miedo, inseguros de sus pasos. El terreno estaba empapado y era traicionero y, aunque Mary ya no veía la tierra a ambos lados, sabía, por la sensación blanda y la vegetación que cedía, que estaban rodeados de cenagales.

Esto explicaba el miedo de los caballos; echó una ojeada al vicario para ver de qué humor estaba. Iba inclinado hacia delante, forzando la vista en la oscuridad, que cada vez era más densa y difícil de penetrar, y, por la tensión del perfil y la postura de la boca, cerrada como trampa, supo que estaba completamente

concentrado en los pasos que daban, que se habían vuelto súbitamente más peligrosos. El caballo contagió su nerviosismo a la jinete y Mary se acordó de las ciénagas que había visto a la luz del día, de los brotes marrones de hierba alta que se cimbreaban al viento y más allá, los altos y finos juncos que temblaban y crujían con el menor soplo y se movían apiñados como una sola fuerza, mientras, debajo de ellos, el agua negra esperaba en silencio. Sabía que incluso la gente de los páramos podía extraviarse y titubear y que, si uno avanzaba con confianza un momento, podía resbalar al siguiente y hundirse sin previo aviso. Francis Davey conocía los páramos, pero tampoco él era infalible y podía perderse.

Los arroyos burbujaban y cantaban, se les oía correr por encima de las piedras desde un kilómetro de distancia o más; pero el agua de los pantanos no hacía ruido. El primer resbalón podía ser el último. Tenía los nervios tensos de expectación y casi sin darse cuenta se preparó para saltar de la silla si el caballo tropezaba de repente y, hundiéndose, empezaba a patear ciegamente, estrangulado entre la maleza. Oyó tragar saliva al vicario y el ruidito le agudizó el miedo. El vicario miró a izquierda y derecha con el sombrero en la mano para ver mejor; le brillaba el pelo por la humedad, que se le pegaba también a la ropa. Mary vio levantarse la bruma húmeda de la tierra. Notó el olor ácido y podrido de los juncos. Y entonces, delante de ellos, cerrándoles el paso, apareció un gran banco de niebla nocturna, un muro blanco que sofocaba olores y sonidos.

Francis Davey frenó los caballos y los dos lo obedecieron al instante, temblando y resoplando, y el vaho que despedían por los flancos se mezcló con la niebla.

Esperaron un poco, pues la niebla del páramo puede desaparecer tan rápidamente como aparece, pero esta vez no se veían claros en el aire ni jirones disolviéndose. Estaba suspendida sobre ellos como una tela de araña.

Francis Davey se dirigió a Mary; parecía un espectro a su lado, con las pestañas y el pelo llenos de niebla y la máscara blanca de la cara más inescrutable que nunca.

—Al final los dioses se han vuelto contra mí —dijo—; conozco estas nieblas de antiguo y esta va a durar horas. Seguir ahora por las ciénagas sería mayor locura que retroceder. Tenemos que aguardar hasta que llegue el alba.

Ella no dijo nada, pero sus esperanzas renacieron, aunque en el mismo momento en que lo pensaba se acordó de que la niebla dificultaba la persecución, era tan enemiga del perseguidor como del perseguido.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

En ese mismo momento él cogió las riendas otra vez y orientó a los caballos hacia la izquierda, apartándose del terreno bajo, hasta que la blanda vegetación dio paso a un terreno más firme de brezo y piedras sueltas, aunque la niebla blanca se movía con ellos paso a paso.

—Habrá descanso para ti, después de todo, Mary Yellan —dijo—, una cueva que te cobije y granito por lecho. Es posible que la mañana te devuelva el mundo, pero esta noche dormirás en Roughtor.

Los caballos se aplicaron con esfuerzo a subir a pasos lentos y pesados hasta salir de la niebla a los montes negros de alrededor.

Más tarde, Mary se sentó envuelta en la capa como una sombra fantasmagórica, con la espalda apoyada en la cavidad de una piedra. Encogió las piernas hasta tocarse la barbilla con las rodillas y las rodeó con los brazos, pero aun así, el aire se le colaba por los pliegues de la capa y le lamía la piel. La gran cumbre aserrada de la peña levantaba la cara hacia el cielo como una corona por encima de la niebla, y por debajo de ellos las nubes flotaban, sólidas, inmutables, como una muralla maciza e impenetrable.

El aire era puro aquí, transparente, desdeñoso, ajeno al mundo de abajo en el que los seres vivos tenían que tantear entre la niebla y tropezar. El viento susurraba entre las piedras y agitaba el brezo; frío y afilado como un cuchillo, soplaba sobre la superficie del altar que formaban las losas y levantaba eco en las cuevas. Estos ruidos, al mezclarse unos con otros, parecían un pequeño clamor en el aire.

Después callaban, se alejaban y un antiguo silencio de muerte se apoderaba del lugar. Los caballos encontraron refugio pegados a una piedra grande, con las cabezas juntas, pero también estaban inquietos e incómodos y se volvían una y otra vez hacia su amo. Él se sentó aparte, a unos metros de distancia de su compañera, a calcular las posibilidades de éxito. Ella no lo perdía de vista, siempre preparada para un ataque; y, si él se movía de pronto o se daba la vuelta en su losa, ella soltaba las manos, que abrazaban las rodillas, y se quedaba a la

espera apretando los puños.

Le había recomendado que durmiera un poco, pero el sueño no acudía esa noche.

Si se presentaba insidiosamente, luchaba contra él, lo golpeaba con las manos y se esforzaba por superarlo como si fuera el enemigo. Sabía que podía asaltarla de pronto, sin que ella se diera cuenta, y después se despertaría al notar el tacto frío de las manos del vicario en la garganta y su cara blanca encima de ella. Vería el pelo corto y blanco alrededor de su cara, como un halo, y los ojos inmóviles e inexpresivos con una luz que no habría visto antes. Este era su reino, solo en el silencio, entre las grandes agujas retorcidas de granito que lo protegían y la niebla blanca de abajo que lo envolvía. Lo oyó carraspear una vez como si se dispusiera a hablar y pensó en lo apartados que estaban de cualquier esfera de vida, dos seres arrojados juntos a la eternidad, y que esto era una pesadilla, que no habría día siguiente, que ella no tardaría en perderse a sí misma y fundirse con las sombras.

Él no dijo nada y en el silencio volvió a oírse el murmullo del viento. Subía y bajaba gimiendo entre las piedras. Era un viento nuevo que arrastraba consigo un gemido y un grito, un viento que salía de la nada, que no iba a ninguna playa. Se levantaba de las piedras mismas y de la tierra que había debajo de las piedras; cantaba en las cavidades de las cuevas y en las grietas de la roca, primero como un suspiro, después como un lamento. Jugaba en el aire como un coro de muertos.

Mary se arropó con la capa y se tapó las orejas con la capucha para no oírlo, pero el viento aumentó, le tiró del pelo y una pequeña ola de corriente entró gritando en la cueva que había detrás de ella.

Esta turbulencia no venía de ninguna parte, pues al pie de la peña la densa niebla no se despegaba del suelo, más obstinada que nunca, sin un soplo de aire que se llevara las nubes. Aquí, en lo alto, el viento se agitaba y lloraba, susurraba de miedo, gemía por recuerdos antiguos de sangre derramada y desesperación con un matiz salvaje, perdido, que resonaba en el granito muy por encima de su cabeza, en la cumbre del Roughtor, como si los dioses estuvieran allí alzando su gran cabeza al cielo. Se imaginó que oía el murmullo de mil voces y los pasos de mil pies y vio convertirse en hombres las piedras de alrededor. Eran rostros

inhumanos, más antiguos que el tiempo, grabados y arrugados como el granito; hablaban una lengua que no entendía y las manos y los pies eran curvos como las garras de las aves.

La miraban con sus ojos de piedra, la traspasaban con la mirada, no le prestaban atención y comprendió que era como una hoja al viento, que se movía de un lado a otro sin ningún propósito, en tanto ellos, monstruos de antigüedad, vivían y perduraban.

Se acercaban a ella hombro con hombro, sin verla ni oírla, moviéndose a ciegas para destruirla; y de pronto gritó y, sobresaltada, se puso de pie con los nervios de punta.

El viento cesó, se redujo a un mero soplo en el pelo de Mary; las losas de granito seguían detrás de ella, oscuras e inmóviles como antes, y Francis Davey la miraba con la mano en la barbilla.

–Se ha dormido –dijo.

Ella lo negó, aunque dudaba de su propia palabra y todavía peleaba contra el sueño que no era tal.

–Está cansada, pero insiste en esperar despierta a la aurora –le dijo–. Es solo medianoche, faltan muchas horas todavía. Deje actuar a la naturaleza, Mary Yellan, y tranquilícese. ¿Acaso cree que quiero hacerle daño?

–No creo nada, pero no puedo dormir.

–Se ha quedado helada, ahí encogida en su capa, con la cabeza apoyada en una piedra. Yo no estoy mucho mejor, pero aquí no hay corriente que sople por la grieta de la roca. Haríamos bien en darnos calor mutuamente.

–No, no tengo frío.

–Se lo propongo porque entiendo algo de la noche –dijo–; las horas más frías son las que preceden a la aurora. Hace mal en sentarse sola. Venga, apóyese en mí, espalda contra espalda, y duerma si lo desea. No tengo la menor intención ni el menor deseo de tocarla.

Ella se negó y juntó las manos por debajo de la capa. No le veía la cara porque estaba en sombra, vuelto hacia ella de perfil, pero sabía que sonreía en la oscuridad y se burlaba de su miedo. Mary tenía frío, como había dicho él, y necesitaba calor, pero no iba a buscar protección en él. Se le habían entumecido las manos y no notaba los pies; era como si el granito formara parte de ella y la

abrazara contra sí. La cabeza entraba y salía del sueño y Davey se coló en el sueño en forma de gigante fantástico de pelo y ojos blancos que le rozaba la garganta y le musitaba palabras al oído. Mary llegó a un mundo nuevo habitado por seres como él, que estiraban los brazos para cerrarle el paso; después se despertaba otra vez y, espoleada por el frío viento que le daba en la cara, volvía a la realidad y todo seguía igual: la misma oscuridad, la misma niebla, la misma noche, solo habían pasado sesenta segundos.

A veces paseaba con él por España, él cogía flores monstruosas para ella, de corola rojo vivo, siempre lanzándole sonrisas; y cuando ella las tiraba se le quedaban prendidas en la falda como zarcillos, y trepaban hasta el cuello y lo rodeaban en un abrazo venenoso y mortal.

O iba a su lado en un coche bajo y negro como un escarabajo, y las paredes se les echaban encima y los aplastaban, les sacaban la vida y el aliento del cuerpo hasta aplanarlos del todo, romperlos, destruirlos, uno junto al otro para la eternidad, como dos losas de granito.

Se despertó de este último sueño con una certeza: le tapaba la boca con la mano, y no era una alucinación de su cabeza dispersa, sino la cruda realidad. Habría opuesto resistencia, pero la sujetaba con fuerza y le hablaba con brusquedad al oído, le decía que estuviera quieta.

Le puso las manos a la espalda y se las ató con su propio cinturón, pero sin apresurarse, sin brutalidad, con una lentitud fría y serena. La atadura era eficaz, pero no hacía daño, e incluso pasó un dedo por debajo del cinturón para comprobar que no le rascaría la piel.

Ella lo miraba sin poder hacer nada, buscándole los ojos con la mirada, como si así pudiera descubrir por anticipado una señal de su cerebro.

Después sacó un pañuelo del bolsillo del abrigo, lo dobló, se lo puso en la boca y se lo ató atrás para evitar que hablara o gritara; ella solo podía esperar el siguiente movimiento del juego. Después la ayudó a levantarse, porque no le había atado los pies y podía andar, y la condujo un poco más allá de las grandes piedras de granito, hacia la falda del monte.

—Mary, tengo que hacer esto por el bien de los dos —le dijo—. Hace unas horas, cuando emprendimos esta expedición, no conté con la niebla. Si pierdo ahora será por su culpa. Preste atención y entenderá por qué la he atado y por qué su

silencio todavía puede salvarnos.

Estaba en el borde del monte, sujetándola por el brazo, y señaló hacia abajo, hacia la niebla blanca.

—¿Lo oye? —le dijo—. Tal vez tenga el oído más fino que yo.

Mary comprendió que debía de haberse dormido más tiempo del que creía, porque la oscuridad no era tan negra, había llegado la mañana. Unas nubes bajas flotaban por el cielo entrelazadas con la niebla y hacia el este se percibía un resplandor débil que anunciaba un sol pálido y desganado.

La niebla no había escampado y ocultaba el páramo de abajo como un manto blanco. Ella miró hacia donde señalaba la mano y no vio nada más que bruma y ramas de brezo empapadas. Después aguzó el oído, como le había indicado él, y a lo lejos, por debajo de la niebla, oyó un ruido que no era un grito ni una llamada, sino un clamor en el aire. Al principio era tan débil que no se distinguía, y el tono resultaba sorprendentemente agudo, no parecía una voz humana, no parecían gritos humanos. Se acercaba impregnando el aire de exaltación; Francis Davey se volvió hacia Mary, todavía tenía bruma blanca en las pestañas y en el pelo.

—¿Sabe lo que es? —le preguntó.

Ella lo miró a su vez y negó con un movimiento de cabeza, y lo mismo le habría dicho si hubiera podido hablar. Nunca había oído ese ruido. Él sonrió, una sonrisa lenta y estremecedora que le cortaba la cara como una herida.

—Lo oí una vez y lo olvidé; el señor de North Hill tiene perros de caza en las perreras. Es una lástima para nosotros, Mary, que no me acordara.

Mary lo entendió y, al comprender de pronto lo que era ese clamor lejano e insistente, miró al señor Davey con ojos de horror y después a los caballos que aguardaban pacientemente junto a las losas de piedra.

—Sí —dijo él, siguiendo su mirada—, tenemos que dejarlos sueltos, hacerlos bajar al páramo. Ahora ya no nos sirven para nada, solo atraerían a la jauría. Pobre Restless, me traicionarías por segunda vez.

Con dolor de corazón, Mary lo vio soltar a los caballos y llevarlos monte abajo. Después se agachó, cogió unas piedras y empezó a tirárselas a los flancos, y los caballos resbalaban y tropezaban entre los helechos húmedos de la ladera; finalmente la lluvia continua de piedras les desató el instinto y huyeron ladera

abajo lanzando resoplidos de terror, levantando piedras y tierra a su paso, hasta que desaparecieron en la bruma blanca del fondo. Los ladridos se oían más cerca ahora, agudos y persistentes, y Francis Davey se acercó corriendo a Mary, se quitó el largo abrigo negro que le llegaba a las rodillas y arrojó el sombrero al brezo.

—¡Vamos! —dijo—. Amigos o enemigos, ahora nos amenaza el mismo peligro.

Treparon monte arriba entre las grandes piedras y las losas de granito, él la sujetaba por un brazo, porque las manos atadas le dificultaban el ascenso; sortearon grietas y rocas entre brezo y helechos húmedos que les llegaban a las rodillas y subieron más y más hasta el gran pico del Roughtor. Aquí, en la cumbre, el granito tenía formas monstruosas, se retorció y se combaba hasta parecer un tejado; Mary se tumbó sin aliento debajo de la gran losa de piedra; sangraba por los arañazos, mientras él seguía trepando más arriba, buscando asideros en los huecos de la piedra. Le tendió la mano y, aunque ella hizo un gesto negativo y le indicó por señas que no podía dar un paso más, él se estiró cuanto pudo y la puso otra vez en pie, cortó el cinturón que la maniataba y le quitó el pañuelo de la boca.

—Sálvese si puede —le gritó, y le ardían los ojos en la pálida cara, con el halo blanco de pelo flotando al viento.

Mary se quedó en una losa grande, a unos tres metros del suelo, jadeando, exhausta, mientras él seguía ascendiendo como un líquen negro por la superficie lisa de la roca. Los aullidos de los perros, que procedían de la capa de niebla del fondo, parecían inhumanos, de otro mundo, y ahora se unieron al coro de gritos de hombres, un torbellino de exaltación que llenaba el aire de ruido y resultaba más terrible por cuanto era invisible. Las nubes pasaban raudas por el cielo y el resplandor amarillo del sol emergió por encima de un jirón de niebla y se hizo visible. La niebla se disgregó y desapareció. Se levantaba del suelo como una columna retorcida de humo hasta que se la llevaban las nubes al pasar, y la tierra que había tapado tantas horas miraba ahora al cielo pálido y recién nacido. Mary echó un vistazo hacia abajo, hacia la falda del monte, y vio puntitos en movimiento, hombres hundidos en el brezo hasta las rodillas, alumbrados por la luz del sol, mientras los perros ladrones, marrones y rojizos sobre la piedra gris, corrían delante de ellos como ratas por las grandes piedras.

Enseguida encontraron el rastro, eran cincuenta hombres o más gritando y señalando hacia las grandes losas de piedra; y a medida que se acercaban, el clamor de los perros resonaba en las grietas y gemía en las cuevas.

Las nubes se disolvieron igual que la niebla y un trozo de cielo, más grande que la mano de un hombre, asomó, azul, por encima de sus cabezas.

Alguien volvió a gritar y un hombre que estaba arrodillado en el brezo a unos cincuenta metros de Mary levantó la pistola hasta la altura del hombro y disparó.

El tiro fue a dar en un gran bloque de granito y no la rozó; y cuando se levantó vio que el hombre era Jem, que no la había visto.

Disparó otra vez, la bala le pasó silbando muy cerca de la cabeza y notó su aliento en la cara.

Los perros culebreaban entre el brezo, uno de ellos saltó hasta una piedra sobresaliente que estaba por debajo de Mary y la olisqueó. Jem disparó una vez más y, mirando a lo lejos, Mary vio la alta silueta negra de Francis Davey recortada contra el cielo, de pie en una losa que parecía un altar, muy por encima de ella. Se quedó quieto un momento, como una estatua, con el pelo al viento; después estiró los brazos como abre un pájaro las alas para volar, se inclinó y cayó desde la cima de granito hasta el brezo cargado de agua y las pequeñas piedras quebradas.

Capítulo XVIII



Era un día crudo y brillante de principios de enero. Los surcos y los baches de la calzada, cubiertos por lo general de barro o agua, presentaban una fina capa de hielo, y la helada teñía las roderas de gris.

Esta misma helada había pasado una mano blanca por los páramos, que se perdían en un horizonte claro de un color indefinido que apenas contrastaba con el límpido cielo azul. El suelo crujía y la hierba corta chasqueaba al pisarla como si fueran guijarros. En un país de senderos y setos el sol habría brillado cálidamente, casi parecería primavera, pero aquí el aire cortaba el cutis y en todas partes se veía la mano cruda y helada del invierno. Mary paseaba sola por Twelve Men's Moor, el viento le azotaba la cara aplicadamente y se preguntó por qué el Kilmar, que se veía a la izquierda, ya no le parecía amenazador, sino un simple monte negro, arrasado, bajo el cielo. Tal vez la angustia le había impedido apreciar la belleza y en sus pensamientos había confundido el hombre con la naturaleza; la austeridad del páramo se había entrelazado de una forma extraña con el miedo y el odio a su tío, en la posada Jamaica. El páramo seguía siendo desolador y los montes, hoscos, pero ya no percibía malevolencia y podía pasear por allí tranquilamente.

Ahora tenía libertad para ir donde quisiera y pensó en Helford y en los valles verdes del sur. Sentía en el corazón una añoranza rara, enfermiza, por su antiguo hogar y los rostros cariñosos que conocía.

El ancho río corría hacia el mar y el agua lamía las orillas. Le dolía recordar los olores y los ruidos que habían sido suyos tanto tiempo y los diferentes brazos que se apartaban del río padre como hijos extraviados y se perdían entre los árboles y los estrechos arroyos cantarines.

Los bosques daban cobijo a los fatigados, el fresco rumor de las hojas en verano era como música y ramas deshojadas ofrecían resguardo en invierno. Estaba necesitada de pájaros, de verlos volar entre los árboles. Anhelaba el murmullo hogareño de las granjas: el cloqueo de las gallinas, el canto agudo del gallo y el

graznido áspero y aturdido de las ocas. Quería oler otra vez los efluvios penetrantes del abono reciente de los establos y notar el aliento cálido de las vacas en las manos, oír pisadas fuertes en el patio, ruido de calderos junto al pozo. Quería apoyarse en la cancela y contemplar una calle del pueblo, dar las buenas noches a un amigo al pasar y ver el humo azul saliendo por las chimeneas. Reconocería algunas voces ásperas y cordiales y una risa que salía por la ventana de una cocina. Se ocuparía de las tareas de la granja; se levantaría temprano y sacaría agua del pozo, se movería entre su pequeño rebaño con confianza y facilidad, doblaría la espalda para trabajar y el esfuerzo sería gozoso, un antídoto contra el dolor. Todas las estaciones serían bien recibidas por la cosecha que traerían y disfrutaría de paz y satisfacción mental. Ella pertenecía a la tierra y a ella volvería, echaría raíces igual que sus antecesores. Helford la había visto nacer y cuando muriera volvería a su seno.

La soledad no le pesaba mucho, así que no pensaba en eso. Un campesino trabajador no prestaba atención a la soledad, sino que se iba a dormir cuando terminaba el trabajo. Había resuelto emprender ese rumbo y seguirlo le parecía justo y bueno. No se quedaría más tiempo debilitada e indecisa, como la semana anterior, sino que contaría sus planes a los Bassat cuando volviera a casa a la hora de comer. Eran amables y le hacían muchas proposiciones... demasiadas tal vez, y le rogaban que se quedara con ellos, al menos hasta el final del invierno y, en vez de ser una carga para ellos, le habían insinuado con mucho tacto que le darían un empleo de cierta categoría en la casa: cuidar un poco de los niños tal vez, hacer compañía a la señora Bassat.

Había atendido a estas conversaciones con una actitud modesta y remisa, sin comprometerse a nada, generosamente amable, dándoles las gracias en todo momento por lo que ya habían hecho por ella.

El señor Bassat, confiado y de buen humor, le tomaba el pelo por lo silenciosa que estaba.

—Vamos, Mary, las sonrisas y el agradecimiento están muy bien hasta cierto punto, pero tienes que tomar una decisión. Eres muy joven para vivir sola, lo sabes, y muy bonita, además, te lo digo abiertamente. Aquí, en North Hill, tienes un hogar, lo sabes, y mi mujer también te ruega que te quedes. Hay mucho que hacer, mucho que hacer. Hay que cortar flores para la casa, escribir

cartas y regañar a los niños. Te prometo que no estarás ociosa.

Y en la biblioteca la señora Bassat le decía lo mismo y le ponía la mano con cariño en la rodilla.

—Nos encanta que estés aquí, ¿por qué no te quedas indefinidamente? Los niños te adoran y ¡Henry me dijo ayer que el poni sería para ti si decías determinada palabra! Es un gran detalle por su parte, te lo aseguro. Aquí pasarías una época agradable y cómoda, sin complicaciones ni quebraderos de cabeza, y me harías compañía cuando el señor Bassat se ausente. ¿Sigues pensando en tu casa de Helford?

Entonces Mary sonreía y le daba las gracias otra vez, pero no podía expresar con palabras lo mucho que significaba para ella el recuerdo de Helford.

Suponían que todavía no se había recuperado completamente de las tensiones de los últimos meses y procuraban remediarlo como fuera por pura bondad; pero los Bassat recibían a mucha gente en North Hill, vecinos que iban de visita desde muchos kilómetros a la redonda y solo tenían un tema de conversación, como era natural. El señor Bassat hubo de contar su historia ciento cincuenta veces, hasta que el nombre de Altarnun y la posada Jamaica se volvieron aborrecibles a oídos de Mary, cuando lo que deseaba era olvidarlos para siempre.

Y había un motivo más para irse: se había convertido en objeto de demasiada curiosidad y debate, y los Bassat, muy orgullosos, presumían de ella y la llamaban heroína ante sus amigos.

Hacía todo lo posible por agradecérselo, pero nunca estaba a gusto entre ellos. No eran como ella. Eran de otra raza, de otra clase. Los respetaba, los apreciaba, les deseaba lo mejor, pero no podía quererlos.

Por pura bondad de corazón le permitían participar en la conversación cuando tenían visita e insistían en que se sentara con todos, cuando en realidad lo que deseaba era el silencio de su dormitorio o la acogedora cocina de Richards, el mozo, y su mujer, la de las mejillas como manzanas, que siempre la recibía bien.

Y el señor, haciendo alarde de buen humor, se dirigía a ella en busca de consejo y se reía a mandíbula batiente de cuanto le decía.

—Ahora habrá una vacante en Altarnun. ¿Te vas a hacer clérigo, Mary? Estoy convencido de que serías mucho mejor que el anterior.

Y ella tenía que sonreír en agradecimiento y se preguntaba cómo podía ser tan

torpe para no darse cuenta de los recuerdos tan amargos que le traían esas palabras.

–Bueno, pues se acabó el contrabando en la posada Jamaica –decía el señor Bassat–, y, si se hicieran las cosas a mi gusto, también se acabaría el alcohol. Barrería todas las telarañas, la dejaría como los chorros del oro y ningún cazador furtivo ni ningún gitano osaría asomarse por allí cuando hubiera terminado la limpieza. Pondría a un hombre honrado que no hubiera olido el brandy en su vida, que llevara un mandil atado a la cintura y que pusiera un rótulo de bienvenida en el dintel de la puerta. Y ¿sabes quiénes serían los primeros en ir allí? Pues tú y yo, Mary.

Y estallaba en carcajadas golpeándose el muslo; Mary respondía con una sonrisa forzada para no dejarlo con la broma en el aire.

En estas cosas pensaba paseando sola por Twelve Men's Moor, y sabía que tenía que irse de North Hill muy pronto, porque esas personas no eran su gente y solo entre los bosques y los ríos de su querido valle del Helford encontraría de nuevo paz y satisfacción.

Un carro procedente de Kilmar se acercaba dejando en la helada blanca un rastro como una liebre. Era lo único que se movía en la silenciosa llanura. Lo miró con suspicacia, porque en esa parte del páramo no había cabañas, solamente Trewartha, pero lejos, en la hondonada del Withy Brook, y sabía que allí no había nadie. No había vuelto a ver al propietario desde que la había disparado en Roughtor. «Es un canalla desagradecido, como toda su familia –había dicho el señor Bassat–. Si no fuera por mí, ahora estaría en la cárcel cumpliendo una larga condena que lo domaría de una vez por todas. Lo puse en un brete y tuvo que ceder. Te aseguro que no ha vuelto a caer desde entonces, y gracias a él te encontramos, Mary, a ti y a esa escoria de sotana negra; pero ni siquiera me ha dado las gracias por haberlo librado de toda culpa y ahora se ha largado al fin del mundo, por lo visto. Todavía no ha habido un solo Merlyn que saliera bueno, y seguro que este sigue el camino de los otros.» Por eso sabía que no había nadie en Trewartha y que los caballos se habían ido libremente con sus semejantes y vivían en el páramo en estado salvaje; su amo se habría marchado con una canción en los labios, tal como ella había supuesto.

El carro se acercaba a la falda del monte y Mary se llevó la mano a la frente

para protegerse del sol mientras lo miraba. El caballo agachó la cabeza, se esforzaba arrastrando una extraña carga de cazuelas y sartenes, un colchón y palos. Alguien se iba a otra parte con la casa auestas. Ni siquiera entonces cayó en la cuenta de la verdad y no reconoció al carretero hasta que el carro llegó a su altura y el hombre, que caminaba al lado, la miró y la saludó. Ella se acercó fingiendo la mayor indiferencia y se dirigió inmediatamente al caballo para darle unas palmaditas y decirle cosas, mientras Jem ponía una piedra en la rueda y la encajaba debajo con el pie para impedir que el carro se moviera.

—¿Te encuentras mejor? —le dijo desde detrás del carro—. Me dijeron que estabas enferma y en cama.

—Te han informado mal —replicó—. He estado en North Hill todo el tiempo, paseando por la finca; no he estado enferma ni nada parecido, pero no soporto el vecindario.

—Corría el rumor de que ibas a quedarte allí a hacer compañía a la señora Bassat. Supongo que eso se parece más a la verdad. Bueno, llevarás una vida acomodada con ellos, diría. Son buenas personas cuando los conoces, sin duda.

—Me han tratado mejor que nadie en todo Cornualles desde que murió mi madre; eso es lo único que tengo en cuenta. Pero, a pesar de todo, no voy a quedarme en North Hill.

—¿Ah, no?

—No. Vuelvo a mi casa, a Helford.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Intentaré poner la granja en marcha otra vez, o al menos hacer lo que pueda para conseguirlo, porque todavía no tengo el dinero suficiente; pero sí amigos, y en Helston también, que me ayudarán a empezar.

—¿Dónde vas a vivir?

—No hay una cabaña en el pueblo que no pueda considerar mi casa, si así lo quiero. En el sur somos buenos vecinos, ¿sabes?

—Yo nunca he tenido vecinos, así que no puedo llevarte la contraria, pero siempre me ha dado la impresión de que vivir en un pueblo es como vivir en una caja. Si miras por encima de tu cancela, te asomas al huerto de otro y si sus patatas son más grandes que las tuyas, es motivo de habladurías y discusiones; y sabes que, si preparas un conejo para la cena, el vecino lo huele desde su cocina.

¡Eso no es vida para nadie, Mary, maldita sea!

Mary se rió de él porque arrugaba la nariz de asco; después echó un vistazo a la carga de la carreta y al desorden que la presidía.

—¿Qué haces con todo eso? —le preguntó.

—Me pasa lo mismo que a ti: no soporto el vecindario —dijo—. Quiero dejar atrás el olor a turba y a ciénaga y la vista del Kilmar al fondo, con esa cara tan fea que tiene, siempre mirándome con el ceño fruncido, de la noche a la mañana. Esto que ves en el carro es mi casa, Mary, lo único que he tenido en mi vida, así que me lo llevo y me instalaré donde me plazca. Soy un trotamundos desde pequeño; nunca he tenido ataduras, ni raíces ni caprichos que duraran mucho tiempo; y así moriré, siendo un trotamundos. Es la única vida que quiero.

—Jem, la vida errante no da paz ni tranquilidad. Bien sabe Dios que la existencia por sí sola es un viaje bastante largo, no hace falta cargarla más. Llegará el día en el que quieras tener un trocito de tierra propio, cuatro paredes, un techo y un sitio en el que descansar tus pobres huesos cansados.

—Todo el país es mío, Mary, si se trata de eso, con el cielo por techo y la tierra por cama. No lo entiendes. Eres mujer y tu reino es tu casa, y todas las cosas conocidas que haces todos los días. Yo nunca he vivido así y nunca lo haré. Una noche dormiré en el monte y otra en la ciudad. Me gusta probar suerte en sitios distintos, en todas partes, disfrutar de la compañía de desconocidos, ser amigo de los que pasan de largo. Hoy conozco a un hombre en la calzada, viajo con él una hora o un año y mañana ya no está. Tú y yo hablamos lenguas distintas.

Mary seguía acariciando el caballo, notando la piel cálida y húmeda en la palma de la mano, y Jem la miraba con la sombra de una sonrisa en los labios.

—¿Adónde vas ahora? —le preguntó.

—A alguna parte al este del Tamar, me da igual cuál —dijo—. Nunca volveré al oeste hasta que sea viejo y canoso y se me hayan olvidado muchas cosas. Pensaba ir hacia el norte después de Gunnislake y dirigirme a las tierras del centro. Allí todos son ricos y están más adelantados que nadie; habrá fortuna para el que vaya a buscarla. A lo mejor un día tengo dinero en los bolsillos y compro caballos por placer, en vez de robarlos.

—Las tierras del centro son feas y negras —dijo Mary.

—Me da igual el color de la tierra —respondió él—. Las tierras pantanosas

también son negras, ¿verdad? Y también la lluvia cuando cae en las pocilgas de Helford. ¿Dónde está la diferencia?

–Hablas por hablar, Jem; lo que dices no tiene sentido.

–¿Cómo voy a tener sentido si te apoyas en mi caballo con ese pelo salvaje que me vuelve loco enredado en sus crines, y sabiendo que dentro de cinco o diez minutos estaré en el monte siguiente sin ti, mirando hacia el Tamar, y tú volviendo a North Hill a tomar el té con el señor Bassat?

–Entonces, retrasa el viaje y ven a North Hill conmigo.

–No seas tonta, maldita sea, Mary. ¿Me imaginas tomando el té con el señor y a sus hijos jugando a caballito en mis rodillas? No soy de su clase, y tú tampoco.

–Ya lo sé, por eso vuelvo a Helford. Añoro mi casa, Jem; quiero oler el río otra vez y andar por las tierras que conozco.

–Pues vete; dame la espalda y echa a andar ya. Unos quince kilómetros más allá llegarás a una calzada que te llevará a Bodmin, y de Bodmin a Truro y de Truro a Helston. Cuando llegues a Helston encontrarás a tus amigos y su casa será la tuya hasta que la granja se ponga en marcha.

–Estás muy desagradable hoy, y cruel.

–Soy desagradable con los caballos cuando se obstinan y no me hacen caso, pero no por eso los quiero menos.

–En tu vida no has querido nada ni a nadie –dijo Mary.

–Eso es porque no he tenido mucha ocasión de utilizar esa palabra –replicó él.

Fue a la parte de atrás del carro y sacó la piedra de la rueda con el pie.

–¿Qué haces? –dijo Mary.

–Ya es más de mediodía y tendría que estar en camino. Me he entretenido aquí más de la cuenta –dijo—. Si fueras hombre, te diría que vinieras conmigo, y te subirías al asiento, meterías las manos en los bolsillos e iríamos hombro con hombro hasta donde quisieras.

–Lo haría ahora mismo si me llevaras al sur –dijo ella.

–Sí, pero es que voy hacia el norte y no eres hombre, sino solo una mujer, como descubrirías a tu pesar si vinieras conmigo. Quítate de en medio, Mary, y no retuerzas las riendas. Me voy. Adiós.

Le cogió la cara entre las manos y la besó, y ella vio que él se reía.

–Cuando te hagas vieja en Helford y lleves mitones te acordarás de esto –le

dijo—, y tendrá que durarte hasta el final de tus días. Te dirás: «Robaba caballos y las mujeres le daban igual; ¡ah! Si no fuera por mi orgullo, ahora estaría con él».

Jem subió al carro y la miró desde arriba al tiempo que movía el látigo y bostezaba.

—Recorreré ochenta kilómetros antes de que caiga la noche —dijo— y al final dormiré como un cachorro en una tienda al lado de la calzada. Encenderé una hoguera, me haré tocino para cenar. ¿Pensarás en mí o no?

Pero ella no lo escuchaba; estaba quieta, mirando al sur, dudando, retorciéndose las manos. Más allá de esos montes, el páramo desolado se transformaba en tierras de pasto, y las tierras de pasto en valles y ríos. A la orilla del agua corriente la esperaban la paz y la quietud de Helford.

—No es orgullo —le dijo—, sabes que no es orgullo; es la añoranza que tengo de mi casa y de todo lo que he perdido.

Él no dijo nada, tiró de las riendas y silbó al caballo.

—Espera —dijo Mary—, espera, sujétalo y dame la mano.

Jem soltó el látigo, le tendió la mano y la ayudó a subir al asiento, a su lado.

—Y ahora ¿qué? —dijo él—. ¿Dónde quieres que te lleve? Estás dando la espalda a Helford, ¿te das cuenta?

—Sí, lo sé —dijo ella.

—Si vienes conmigo, te espera una vida dura, Mary, alocada a veces, sin ataduras en ninguna parte, poco descanso y poca comodidad. Los hombres no son buena compañía cuando están de mal humor, y yo soy el peor de todos, bien lo sabe Dios. Lo que tendrás a cambio de tu granja es muy poca cosa, y poca esperanza de la paz que deseas.

—Acepto el riesgo, Jem, me las entenderé con tus cambios de humor.

—¿Me quieres, Mary?

—Eso creo, Jem.

—¿Más que a Helford?

—A eso no podré contestar nunca.

—Entonces ¿por qué te has sentado a mi lado?

—Porque quiero; porque es lo que tengo que hacer; porque aquí es donde tengo que estar ahora y para siempre —dijo Mary.

Jem se rió, le cogió la mano y le dio las riendas; y Mary no volvió a mirar atrás,

sino que enfiló hacia el Tamar.

Notas

¹ Pequeño lago del páramo de Bodmin, uno de los muchos en los que supuestamente se halla Excalibur, la famosa espada del rey Arturo. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]*

² Monte de 420 metros, la mayor altura de Bodmin y de todo Cornualles.

³ Se trata de una canción infantil que predice lo que va a suceder en función del número de urracas que uno vea.

⁴ En el original *snap-dragon*, juego típico de Navidad que consiste en comer uvas pasas mojadas en coñac de un cuenco grande al que se prende fuego.

Créditos

ALBA Rara avis

Título original: *Jamaica Inn*

© Daphne du Maurier, 1936

© de la traducción: Concha Cardenoso Sáenz de Miera

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www.albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

primera edición: marzo de 2018

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-411-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos XIX y XX).

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es